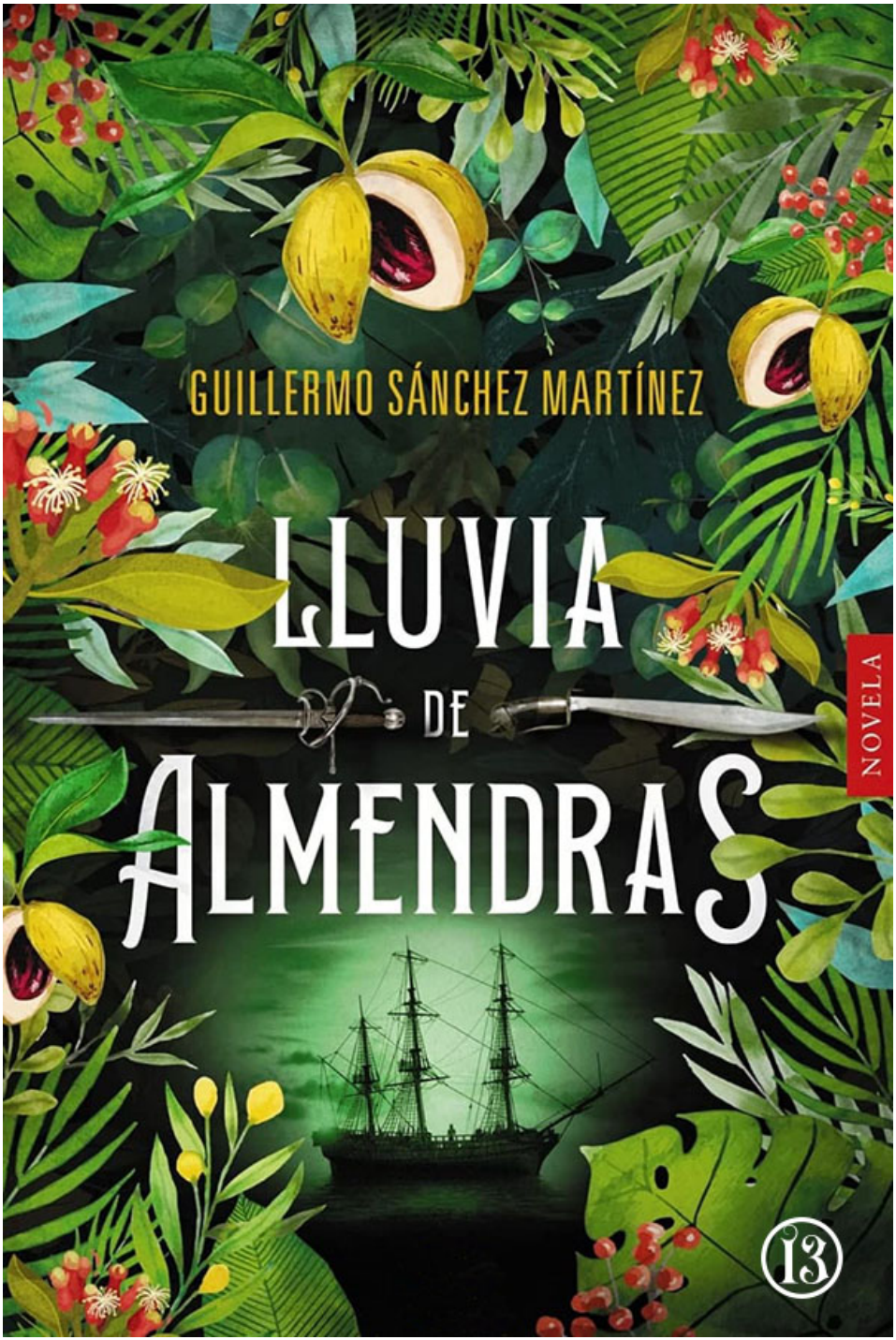
GUILLERMO SÁNCHEZ MARTÍNEZ
LLUVIA DE ALMENDRAS
NOVELA
13

Lisboa, 1514. Reinaldo Duarte se siente atraído por el aroma y el valor de las especias que llegan en galeones a la desembocadura del río Tajo y terminan en la herboristería de maese Queirós, donde trabaja como aprendiz. Gracias a la relación de Queirós con Francisco Serrano y Hernando de Magallanes, sabrá de la existencia de las islas Molucas, a cuya isla de Tidore llega en 1519 para negociar con el clavo que se cultiva en las laderas del Kiematabu y donde acabará enamorado de la princesa Moluquia, que le invita a creer que ha encontrado su lugar en el mundo. Con el telón de fondo de la primera circunnavegación del mundo, encabezada por Magallanes y culminada por Elcano, Lluvia de almendras es una bella novela en la que se relata el enfrentamiento entre España y Portugal en la llamada «guerra de las antípodas», uno de los episodios menos conocidos de la historia de la península ibérica.

Guillermo Sánchez Martínez

Lluvia de almendras

Título original: *Lluvia de almendras*
Guillermo Sánchez Martínez, 2021

-

Revisión: 1.0
20/11/2021

A Guille, mi querido pirata
del país de Nunca Jamás

PRIMERA PARTE

I
LAS AVES DEL PARAÍSO

AL VER LLOVER ALMENDRAS SOBRE LA PLAYA, Reinaldo Duarte supo que había llegado tan lejos que ya solo eran posibles dos cosas: dar la vuelta o quedarse. Las olas parecían susurrar palabras malayas de bienvenida y el viento se desplomaba sobre la arena negruzca como un viajero cansado, como si aquella lejana isla fuese el último destino posible del mundo, y en cierto modo lo era, porque en ese preciso punto de los mapas confluían el este y el oeste.

Nunca estuvo antes en esa isla y, sin embargo, la reconoció como el escenario de algunas de sus lecturas juveniles. Reinaldo Duarte no atisbaba señales de vida, ni huellas visibles de los cíclopes que andaban boca abajo, ni de los gigantes de orejas tan grandes que sobre una se acostaban y con la otra se guarecían del frío en las noches de invierno, ni de las águilas gigantescas que volaban con bueyes bajo sus fabulosas garras, ni de esos monstruos que se alimentaban con el olor de las frutas, andaban a pie cojo y veían lo que ocurría a decenas de millas de distancia con el ojo que tenían sepultado en el centro del pecho… Porque esas criaturas asombrosas solo existían en los libros. Tal vez por eso sintió cierta nostalgia, por primera vez en mucho tiempo, de la biblioteca de su tutor, maese Queirós, y de aquellos anaqueles que desprendían un aroma a polvo de búcaro y estaban repletos de historias hermoseadas por la imaginación, de leyendas inspiradas por el deseo de aventura, de volúmenes ilustrados con grabados y mapas que dibujaban el norte,

abajo, y el sur, arriba…

Al despedirse en el puerto de Lisboa, Reinaldo recibió de la *mano* de maese Queirós una vieja carta náutica portuguesa del sudeste asiático y un huevo de avestruz que imitaba la forma de un globo terráqueo, basado en los primigenios mapas de Megástenes, embajador indio del principal beneficiario del imperio de Alejandro Magno, Seleuco Nicátor. En la parte inferior del huevo podía distinguirse aquel puñado de islas, arremolinadas como dados lanzados desde el firmamento para salpicar los mares del sur, bajo un saliente denominado Malaca y unas letras cursivas que se unían a duras penas en el espacio de una uña para advertir que aquella era «la tierra de los dragones». Tal vez Megástenes quiso referirse metafóricamente a las fauces de un mar sediento de aventureros temerarios o a las llamaradas de fuego que lanzaban los temperamentales y voluptuosos volcanes de sus islas, pero lo cierto es que Reinaldo creyó navegar durante mucho tiempo bajo la amenaza de dragones verdaderos.

Su embarcación era como una cascarita de nuez; tenía un forro externo de un dedo de grueso, una tela de algodón, una estera dorada a modo de velamen y una bandera que no podía parecerse a ninguna otra reconocible porque estaba hecha de plumas de papagayo, que se desplegaban en la dirección de los céfiros reinantes con su extensa gama de brillantes amarillos, rojos intensos, celestes desvaídos y verdes alimonados. En realidad, la oriflama no servía de distintivo, sino de brújula. O así lo entendían los marineros malayos que componían su tripulación, porque aquellas plumas se erizaban de miedo ante las cercanías de los tifones y avisaban de amenazas invisibles a los ojos de los humanos, como si el papagayo del que procedían estuviera todavía sin desplumar, vivito y coleando.

El lugarteniente de Reinaldo se llamaba Tago y preveía la dirección de las corrientes y de los vientos basándose en la paciente observación del comportamiento de las algas marinas. Juntos cruzaron el estrecho de Salang y, tomando como referencia las costas orientales de Sumatra y Java, sortearon los arrecifes coralinos de Lombok, Sumbawa y Solor y bordearon las islas de Banda y

Lucapino, sin ceder a la tentación de fondear en ellas, como si de espejismos se trataran, a la espera de la presencia de las brisas amigas que prometieran la llegada al reino de las especias. Daba gusto ver a ese prao malayo deslizarse sobre la espuma de las olas, con el flotador exterior a barlovento, levantado como si estuviera a un suspiro de volcarse. Las bravas embestidas de un mar rizado y hosco ponían a prueba la fortaleza de las lianas que unían las cuadernas a las láminas centrales, sobre las que solo podía andarse a tientas y empellones cuando las olas se encrespaban. A veces el viento mugía con fuerza y, a su paso, acariciaba las rugosidades de las blancas conchas de cauri que decoraban la superficie de los troncos, componiendo una mágica música que invitaba a los remeros malayos a cantar las viejas canciones que les habían enseñado sus padres y sus abuelos, con estribillos repetitivos de ensalmos y jaculatorias que espantaban a las brujas que causaban los naufragios.

Reinaldo y su tripulación resistieron semanas de navegación a base de vino con jengibre, hígado de tiburón y cazabe, un bizcocho duro pero imperecedero e inmune a los gusanos que Tago había comprado en la isla de Ambon. Tago era siempre, y en todo lugar, un ejemplo para los demás cuando escaseaban los víveres, hasta el punto de beber su propia orina o invitar a suculentas raciones de algas para succionar a sorbitos el agua dulce que retenían. Si apretaba el hambre, se hacía un corte en su dedo índice para que su sangre, fría como la de los reptiles, sirviera de señuelo a los escualos. Más de una vez, con sus propias manos, se le vio subir a bordo tiburones, como si de náufragos se trataran, con la ayuda de una manta y un elemental arpón que luego le servía para arrancarles su sabroso y nutritivo hígado.

Ya desde la playa de Tidore, Reinaldo se tomó un respiro para contemplar, de un solo golpe de vista, aquel paisaje de vivaces colores, orlado por los destellos de esmeralda de la selva, en perfecta armonía con el color cerúleo del mar y el oscuro cinturón de nubes ceñidas a los grisáceos riscos que presagiaban la cónica presencia del Kiematabu, el volcán dormido de la isla. De repente llamó su atención la algazara de una turba de mocosos desnudos que corrían

por la arena oscura, imitando onomatopeyas de alimañas y aves nocturnas, el ulular de los búhos, el croajar de los cuervos, los graznidos del grajo y los carreteos de las cotorras. Los niños pretendían atrapar al vuelo los regalos que parecía mandarles el cielo. Reinaldo frunció el ceño y se pellizcó ambas mejillas para comprobar que aquella deslumbrante visión no era fruto de una alucinación causada por el cansancio del viaje, pero sus ojos no le mentían: llovían almendras. Alguna vez había visto caer al suelo saltamontes o renacuajos empujados por las lluvias de los monzones, pero esta vez se trataba de una pertinaz y sobrenatural lluvia de almendras, ovaladas y exorbitantes como bellotas; almendras derramadas sobre una playa del color de la ceniza, como si de un pastel de azúcar morena se tratara; maná que sus dioses regalaban a sus hijos al atardecer, a manera de merienda o quizás de algo más, de una mística comunión con la prodigiosa naturaleza.

—Los dioses nos mandan almendras —dedujo Reinaldo.

—No son los dioses, sino las aves del paraíso, pero ellos todavía no lo saben… —contestó Tago.

—¿Las aves del paraíso escupen almendras…?

—Son aves del paraíso que cada tarde, al ponerse el sol, salen en estampida de los islotes cercanos, sobrevuelan la playa, ocultas por encima de las nubes, y dejan caer desde sus buches las últimas almendras que no se pudieron comer…

—Sabré guardar el secreto, Tago.

—Sería menester…

—Ordene a los hombres que cubran las mercancías con hojas de palma y establezcan turnos de guardia para la noche.

Los nativos ya empezaban a rodearles por todas partes. Les ofrecían gallinas, cocos, higos, granadas, guayabos, piñas, bananas y ajonjolí, y les proponían precios de intercambio por los cuchillos, las tijeras, las cuentas de vidrio y otras buhonerías. Reinaldo asociaba a la felicidad esa mezcolanza de delicadas fragancias que dejaba el prao a su paso: madera de sándalo de la isla Timor, goma de benjuí de las

Célebes, canela de Ceilán y jengibre y pimienta de Malabar… La playa había tomado cierto aire de verbena de pueblo. Los marineros malayos —predominaban los malayos y así les llamaban, de manera genérica, pero también había javaneses y tamiles— trasladaron la embarcación bajo las ramas oscilantes de una palmera, que servía de frontera natural entre la arena y la selva. Luego abrieron sus cestas de mimbre, se pintaron en las caras unas verticales rayas azules y negras con nuez de betel picada y una pizca de sal, se untaron en sus cuerpos desnudos una menta odorífica bañada en aceite de coco y declamaron unas frases ininteligibles. Cuando daban por terminado el ritual, ya se sentían transformados en hombres irresistibles a la vista y el olfato de las jóvenes nativas. Era un buen momento para llegar a Tidore, decían, porque aquella isla estaba habitada en ese momento solo por niños y por viejos. Los hombres estaban ocupados en una expedición que casi alcanzaba la categoría de ceremonia, destinada a reforzar los lazos entre las islas de los mares del sur, que duraba semanas, a veces meses, y consistía en el intercambio de gargantillas, pulseras, pendientes y collares.

Junto a Reinaldo y Tago vinieron a juntarse unos muchachos que trazaban con leños en la arena un círculo gigantesco y se introducían en él para retarse a combatir con campilanes de madera. El juego tenía dos reglas: no se podía pisar la raya trazada y había que sostenerse sobre una sola pierna, recogiendo la otra sobre los glúteos. Estaban empezando a molerse a palos, cuando unas jóvenes nativas llegaron con aromáticos brebajes recogidos en recipientes de porcelana con los que hacían sus unciones a vencedores y vencidos. El premio y la consolación resultaban igualmente reconfortantes.

Poco después se presentó en la playa el ministro, Quichil Rak, un tipo esquelético, de rala y canosa barba, que anunció la presencia del sultán Almanzor para la primera hora de la mañana siguiente y advirtió a Tago que no debían merodear por la noche los alrededores del palacio si no querían correr el riesgo de ser decapitados. Al parecer, los soldados del cuerpo de guardia estaban en permanente estado de alerta porque el sultán tenía fama de ser un eminente astrólogo y pasaba las noches claras en vela, escrutando el

firmamento desde su azotea, leyendo los ocultos mensajes de las estrellas, que conocía por sus nombres y localizaba a cualquier hora y en cualquier estación del año.

Quichil Rak fijó la equivalencia de las mercancías en libras de clavo, con la anuencia de Reinaldo y Tago. El ministro reservó una decena de campanas de bronce y platos de porcelana para regalos a invitados ocasionales y embajadores de reyezuelos de otras islas. Sin embargo, lo que más pareció llamarle la atención fue un lote de espadería, compuesto por dagas pequeñas y afiladas y unos pesados alfanjes de anchas hojas y curvas orientales que se forjaban en las islas de Sula y Butra. Tago y el ministro no parecían hablar de negocios sino de sentimientos o al menos eso podía deducirse del tono melodioso, rítmico y dulce de aquel dialecto malayo, transmitido de padres a hijos a través de poemas, canciones, ensalmos y conjuros.

—El ministro dice que tardará en pagar.

—¿Cuántos días? —preguntó Reinaldo.

—Veinte lunas, quizá treinta —contestó el ministro de Almanzor, que entendió la pregunta sin necesidad de traducción, agitando tres veces los dedos extendidos de sus dos manos.

—Dice que la recolecta del clavo lleva su tiempo y que no pueden empezar antes de que las puntas de la flor tomen un color rosa anaranjado, ni después de la caída de la corola… —aclaró Tago.

El ministro también se ofreció como intermediario y garante de un cargamento de oropimente y purgantes y otros fortalecedores de la salud quebradiza —solimán, argento y azogue— que había encargado el consejo de ancianos del poblado de la montaña y debía trasladarse, al día siguiente, por una ruta que atravesaba el bosque, la selva y las laderas del volcán. Reinaldo desconocía el uso que aquellos matusalenes podían dar al oropimente, pero tampoco le importaba demasiado si por cada onza de aquellas pócimas cobrizas pagaban una libra de clavo, aunque fuera con treinta lunas de retraso.

Reinaldo había oído decir a unos mercaderes en Goa que aquella isla luminosa de Tidore guardaba en sus adentros el secreto del elixir

de la juventud, del que ya había tenido noticias por el *Libro de las maravillas* que había leído en la biblioteca de maese Queirós. Se decía que sus ancianos vivían más de ciento veinte años y que solo ellos decidían el momento de morir, despanzurrándose al lanzarse al mar desde los más altos acantilados, a los cauces secos de los ríos desde los desfiladeros o a la sima más profunda desde el borde del Kiematabu, el volcán apagado… Pero Reinaldo no solía preguntar a sus compradores, ni tampoco le parecía que fuera de su incumbencia en qué tipos de guerras andaban envueltos, ni de qué manera pretendían poner fin a sus vidas, y se esforzaba en estar a la altura de su fama, adquirida con el sobrenombre de «Rei, el navegante», que se había extendido hasta aquellas islas por sus negocios en Borneo con oro, marfil y miel, y por las ventas de sus tinturas y medicinas exclusivas, apreciadas en aquellas regiones para la limpieza de heridas infectadas y los hechizos amorosos.

Terminadas las negociaciones, Reinaldo y Tago miraron con naturalidad y complacencia a un coro de nativas que canturreaban en cuclillas con los pechos al aire. Una de ellas, la que parecía de mayor edad, de cara ancha, tez bronceada y una mirada algo oblicua, se aproximó bamboleando rítmicamente la tela de finos hilos vegetales que se entrelazaban en su faldellín. «Tunkatu», se presentó, y ofreció una escudilla de puré de tallo de palmas, que presentaba la apariencia de una pastilla rojiza de jabón que se hubiera desleído en agua, y una especie de leche batida y espumosa sobre la que Tago previno a Reinaldo.

—Hay muchos tipos de licores de palma y a veces las nativas los mezclan con yerba viva.

—¿Yerba viva…? —preguntó Reinaldo.

—Extractos que incitan al deseo.

—¿Más fuerte que el licor de caña de bambú? —la pregunta coincidió con su primer trago largo y Tago entendió que ya resultaría inútil cualquier advertencia, sobre todo cuando le vio bajar la cabeza para recibir de Tunkatu un collar de conchas a modo de bienvenida.

Reinaldo se despertó a la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza. No podía saber si se trataba de una alucinación, de una pesadilla o de una muestra más de la superlativa naturaleza de aquella isla, pero lo último que recordaba era sentirse rodeado, en la oscuridad de la noche, por una procesión de cangrejos ermitaños que agitaban sus pinzas con gusanos, almejas y restos de coco.

Con las primeras luces del alba se declaró en el borroso horizonte un incendio de chispeantes colores. El pueblo se despertó con un sonido de tamboriles y un tintineo de mazos al chocar con vasijas de bronce que anunciaban la presencia del fabuloso séquito del sultán, con su catarata de esposas e hijos de diferentes madres, sus correspondientes sobrinos y nietos, y una nutrida cohorte de sirvientas jorobadas. En Europa no existía un solo rey que tuviera tantos lacayos a su servicio; en cualquier caso, un ejército de asistentes de esa naturaleza no guardaba proporción alguna con el reino de una isla de diez mil habitantes en total, cuyo perímetro podía recorrerse a pie en un solo día. Ni siquiera podría justificarse tanta pompa y boato con las razones históricas y mitológicas que entroncaban con la genealogía del sultán Almanzor, procedente de un linaje de gobernantes nacidos del huevo de una serpiente y una ninfa que bajó a la tierra para bañarse en el río y no pudo regresar al mundo superior porque se enamoró de un nativo que le cortó las alas.

Almanzor profesaba la religión musulmana, como las tres últimas generaciones de una dinastía que había tratado con mercaderes árabes que comerciaban con especias. Sin embargo, ningún rajá impuso en la isla la práctica de su propia fe, ni tampoco podría haberlo hecho en el interior de la isla, donde concedían desde tiempo inmemorial un alma y una vida propias a las maravillas que tenían al alcance de la vista.

El sultán venía tocado con un pomposo turbante, adornado con guirnaldas de flores azuladas y un extraño velo que adoptaba la figura de una mitra. Caminaba descalzo, bajo una sombrilla de seda tan pequeña que no podía abarcar su figura corpulenta, y jugueteaba como un funambulista sobre el caprichoso borde que dibujaba la

marea en la arena de la playa, obligando a la comitiva a una especie de danza grotesca. Lucía una túnica de seda atiborrada de bordados dorados, y por encima una amplísima camisa de tela blanca anudada a un faldellín con estampados de figuras misteriosas e indefinibles que debían haberle regalado comerciantes llegados de tierras lejanas. El sultán tenía una favorita, pero disponía de un harén de más de treinta esposas a las que gustaba satisfacer, a veces en el transcurso de una sola noche, de modo que estaba vivamente interesado en el polvo de cuerno de rinoceronte y una mezcla de aceites, incienso molido y resinas de drago conocida como sangre de dragón, substancias muy cotizadas por su poder como afrodisíacos y por su uso en distintos sortilegios sexuales.

Quichil Rak les mostró el rasero de la joroba de sus sirvientas para indicarles la altura máxima desde la que podrían levantar la cabeza para hablar al sultán. Estas mujeres jorobadas llevaban en sus manos cofres dorados con nueces de betel, que Almanzor masticaba a todas horas, y recipientes de porcelana rebosantes de agua para que tuviera siempre limpias las manos, que resultaban ser representaciones simbólicas de su conciencia. Las asistentas eran destinadas al servicio real antes de nacer y cuando dejaban de ser niñas, el chamán les quebraba el espinazo con una depurada técnica de golpes sin causarles la muerte o la parálisis para que así mostraran el resto de sus días, sin esfuerzo alguno, la inclinación y el respeto debidos a su señor. Las sirvientas contrahechas ofrecieron a Reinaldo y Tago las nueces de betel y el sultán sonrió, mostrando la coloración rojiza que el betel dejaba en sus encías con una mueca fantasmagórica.

—¿Habéis traído mis plumas de manucodiata? —así llamaba Almanzor a las aves del paraíso.

Reinaldo hizo un gesto para que uno de los marineros de su tripulación le acercara un cofre de madera de nogal y boj. Almanzor abrió el arca y tomó en alto el pájaro muerto para apreciar sus colores al trasluz, como si contemplara el arcoíris: su cuello amarillento, su garganta verdosa, su pecho aterciopelado y oscuro… Luego separó las plumas oscuras de la cola, parecidas a las de un

peine de ámbar, y desplegó minuciosamente el penacho de colores iridiscentes, desde el anaranjado al rojo escarlata, pasando por el magenta. La comitiva exhaló una especie de exclamación coral. La manucodiata estaba impoluta, olía a flores silvestres y conservaba el brillo y los matices que tuvo en vida, cuando fue abatida en las ramas de un árbol de la selva de Sulawesi. Los marineros malayos las cazaban con un golpe de mazo; no podían usar flechas, hachas u objetos punzantes porque las aves eran consideradas reencarnaciones de antepasados que renacían en el paraíso; se alimentaban del néctar de las flores y el rocío de la mañana, y pasaban toda la vida volando sin descansar, planeando sobre las nubes, aun estando dormidas, sin posarse en el suelo o en las ramas hasta que desfallecían y caían al suelo. Reinaldo no quería ni imaginar la reacción de los tidoreses si supieran que las aves del paraíso estaban detrás de las providenciales lluvias de almendras y que no morían cansadas de volar, sino como consecuencia de los mazazos secos de los cazadores… Pero en las islas Molucas pagaban su precio en oro por su valor de reliquias en tiempos de paz y de talismanes en tiempos de guerra. Por eso Almanzor volvió a esbozar su sonrisa rojiza, guardó su ave del paraíso en el cofre de nogal y boj, abrazó a Reinaldo y Tago, les dio las gracias y se fue por donde vino con su corte de esclavas jibosas, esposas y demás familiares.

—¿El sultán quiere las plumas de las aves como reliquias o talismanes? —se atrevió a preguntar Tago a Quichil Rak.

—Tal vez pronto tenga que utilizarlas como talismanes.

Tago sabía que los reyes que declaraban la guerra solo podían ser perdonados por su propio pueblo si se colocaban al frente de sus huestes en el campo de batalla. La sola presencia de las plumas de las manucodiatas en el turbante confería a su poseedor el don de la invisibilidad y le hacía invulnerable frente a las flechas y las lanzas enemigas, de tal modo que si alguien moría con un penacho de plumas en la cabeza solo podía considerarse como producto de la magia o de la fatalidad.

—El cielo y la tierra siempre se oponen. De no ser así, peligraría el equilibrio del universo… —afirmó Quichil Rak.

—¿El cielo contra la tierra…? —inquirió Tago.

—Ternate representa el cielo y Tidore, la tierra, pero nuestras guerras siempre fueron armónicas y nobles…

—¿Y ahora han dejado de serlo…?

—Ahora el fuego de los cañones y mosquetes privan a nuestras batallas de belleza.

—¿Los cañones de Portugal…? —preguntó Tago, intrigado.

—No, los cañones del capitán Francisco Serrano, un mercenario… —respondió el ministro Quichil Rak.

Reinaldo sintió un escalofrío al oír el nombre de Francisco Serrano y sin saber muy bien por qué, su evocación trajo los efluvios de la vieja botica de Lisboa, el aroma de la rosa de Alejandría con el que los domingos su tutor pulverizaba su boca para espantar el mal aliento, el sasafrás, la achicoria, la zarzaparrilla, el ruibarbo y el acíbar de los batidos curativos que repartía por el vecindario, el agua de ámbar con el que regaba cada mañana el patio de la herboristería antes de que llegaran los clientes…

Quichil Rak hablaba de los cañones de Francisco Serrano, el sobrino de maese Queirós, aquel soldado con pinta de monje que se marchó a las indias orientales con el pecho henchido de orgullo para agrandar la frontera de su patria. Reinaldo Duarte recordó el chirrido de corazas, adargas y capacetes en el día de la despedida de Serrano, cuando acudió de la mano de su tutor a despedirle en la explanada del Terreiro do Pago, entre el astillero y la vieja picota de la que siempre colgaba al menos una cabeza chorreante de sangre como ejemplo para maleantes o traidores. Las cuadrillas de caballos piafaban al oír el sonido de las trompas. Las tropas de Alfonso de Albuquerque desfilaban y Serrano zapateaba al unísono con los ballesteros y los maceros. Lucía unos calzones de terciopelo rojo y unas calzas de lana. Reinaldo recordaba que maese Queirós no dejaba de mirarle mientras juraba fidelidad a la bandera y pasaba por

delante del estrado presidido por el rey Manuel y el virrey de las Indias, Francisco de Almeida, antes de embarcar en el galeón Madre de Dios…

Reinaldo estaba al tanto de parte de sus andanzas, pero las huellas de su aventura se habían perdido en el mar de Banda. Mientras pudo, Francisco Serrano mantuvo una disciplinada correspondencia con su tío, maese Queirós, y con su primo y compañero de armas en Malaca, Hernando de Magallanes, a quien invitó a venir a esta parte del mundo para compartir su prodigiosa riqueza en especias. Por sus cartas se supo también que Serrano había partido en una expedición para dominar el comercio de Banda y que una tormenta le impidió reunirse con el resto de la Armada portuguesa. Lo que desde entonces llegó a conocerse de sus peripecias empezó a formar parte de una leyenda que se agigantó con el paso de los años, y aunque nadie le hubiese visto vivo desde entonces tampoco se atrevieron a darle por muerto. Llegaron vagos rumores de su dedicación al comercio con macis y nuez moscada, y de su estancia en Java donde se casó con una princesa javanesa que le había dado dos hijos. La más divertida de todas las cosas que se contaban de él fue aquel golpe de audacia que ideó, después de naufragar en Gresik, para que su tropa se hiciera con el control de dos fustas de salteadores. Se hicieron pasar por muertos a la deriva en un barco fantasma y aguardaron el momento de saltar sobre los asaltantes, justo cuando les abordaban como buitres en busca de un cargamento de oro, perlas o especias…

Ya no tenía muchos misterios más aquella nueva ruta comercial de las especias abierta por Vasco de Gama hacia los mares del sur, que rodeaba el cabo de Buena Esperanza y eliminaba los riesgos, la dureza y la duración de la ruta de la seda descrita por Marco Polo. ¿Pero cómo había terminado Serrano convertido en un mercenario? ¿Acaso los vientos monzones se habían llevado sus ideales y su juramento de fidelidad a Portugal y al rey Manuel…? El ministro tidorés Quichil Rak respondió a esas mismas preguntas de Tago esa misma mañana:

—Francisco Serrano tiene a sus órdenes un ejército de diez soldados portugueses y otros tantos servidores javaneses que manejan con oficio los mosquetes y cuatro grandes cañones. Su fama de guerreros viajó como la espuma de las olas después de realizar varias expediciones de castigo en la isla de Cerem y someter con incendios a los poblados de los enemigos de Hitu. El brillo de sus armaduras deslumbró al rajá de Ternate, Abuleis, que le pagó cinco veces más que el rey de Hitu y le nombró su visir. Almanzor le ofreció a cambio de su protección un tercio de nuestra producción de clavo, a un tercio del precio que alcanzaría en Malaca, pero ya fue tarde y contestó que no habíamos entendido la gravedad de la situación, que solo podríamos salvar nuestras vidas si le entregábamos toda la cosecha…

—Nosotros pagaremos un precio justo por el clavo —repuso Reinaldo y pidió a Tago que tradujera sus palabras—; nos parece despreciable conseguirlo bajo la amenaza de mosquetes…

—El caso es que ahora solo tenemos dos posibilidades, dejarnos robar o hacerles frente… —explicó Quichil Rak.

—¿Y cómo piensa hacer frente a bolas de cañón y al fuego de los arcabuces? —preguntó Tago.

—Nuestros hombres son admirados en todas las islas del archipiélago moluqueño por su puntería con las zurriagas…

Quichil Rak confiaba en la destreza de sus hombres con las zurriagas, que parecían estar hechas con lenguas de camaleones y lanzaban dardos envenenados y colmillos de caimanes a distancias considerables con una precisión asombrosa, pero Tago insistió a Quichil Rak:

—Un solo cañón podría ganar una batalla contra zurriagas, señor ministro, y le recuerdo que el enemigo dispone de cuatro…

—Ya nos han contado la crueldad con la que se han empleado en la isla de Cerem y el daño que han causado con sus cañones a los enemigos de Hitu, pero nuestros hombres son valientes…

—No dudo de la valentía de su ejército, pero las guerras se ganan con hombres y los hombres de Tidore están ahora de viaje, comerciando en otras islas —intervino Reinaldo y esperó la

traducción de Tago antes de formular su pregunta—: ¿Cuántos días podrían tardar en regresar…?

—Cinco lunas —contestó Quichil Rak, apoyándose en el gesto de su mano izquierda abierta.

—Confiemos entonces en el poder de las aves del paraíso, señor ministro —Reinaldo esperó a que Tago tradujera y después se despidió de Quichil Rak con una reverencia.

Reinaldo, Tago y su tripulación malaya tenían ese mismo plazo, no superior a treinta lunas, marcado por el periodo de florecimiento, vareo y secado al sol del clavo. Sin embargo, si Quichil Rak tenía dos opciones —dejarse robar o presentar batalla—, ellos contemplaban una tercera posibilidad, cobrar las especias que Tidore daba por su mercancía y huir de la amenaza de la mecha de los mosquetes de Francisco Serrano y su ejército de mercenarios antes de que fuera demasiado tarde.

Reinaldo sabía que no podía ni debía sincerarse todavía, por mucho que sus secretos le picotearan la conciencia con persistencia de pájaros carpinteros en sabrosas maderas del árbol del mangostán. Tal vez tendría que hablar de la mano del azar para explicar que el enemigo, ese soldado de fortuna que había protagonizado naufragios, desembarcos piratas, guerras tribales y hasta un bello romance con una princesa javanesa, era el sobrino de su tutor, maese Queirós; tal vez alguien descubriera que la mayoría de las cartas náuticas y los mapas encriptados que le habían llevado hasta allí, con anotaciones al margen, emborronadas y casi ilegibles, tenían la inconfundible letra cancilleresca salida de la pluma de Francisco Serrano…

Tarde o temprano tendría que reconocer que su presencia en aquel paisaje familiar tampoco era producto de la casualidad, como no podía serlo su interés por el negocio de las especias. Reinaldo Durte se había convertido en «Rei, el navegante» para salir al encuentro de Magallanes, en dirección contraria, rumbo a las Islas Molucas, con la ayuda de esas cartas que Francisco Serrano hacía

llegar a Lisboa. Reinaldo había crecido leyendo en la biblioteca de maese Queirós las incalculables posibilidades del clavo y ahora que estaba allí no le haría volver atrás una guerra, que no se distinguiría de ninguna de esas otras guerras que el mundo ya había tenido por el derecho a una pizca de pimienta y jengibre en sus platos. Así había sido siempre en la historia de la humanidad. Lo demostraban las cruzadas de los templarios para conquistar la Tierra Santa con la secreta intención de acceder a esas especias que conservaban y aromatizaban las carnes y los pescados, e incluso trascendían su valor como condimento y conservante; solo había que leer las aplicaciones medicinales que en la antigüedad daban al clavo en Asia o el poder cosmético de esa misma canela con la que Esther se embelleció para enamorar al rey Asuero…

II
MOLUQUIA, LA HOJA DEL TAMARINDO

LOS NATIVOS DECÍAN QUE LA ISLA TENÍA VIDA PROPIA y su sonsonete característico, una especie de melodía salvaje inspirada por el tam-tam que emergía desde las entrañas de sus profundidades volcánicas, el chapaleo del mar al acariciar la orilla y el soplido del viento al mecer su instrumento de madera preferido, las ramas de las arboledas milenarias; una canción cósmica interpretada por concertistas que hacían vibrar sus lenguas, sus picos y sus articulaciones con un sublime lirismo en forma de zumbidos de insectos, trompeteos de águilas, balidos de cabras, carracas de cigarra, bisbiseos de serpientes, arrullos de palomas, silbidos de mirlos…

La expedición prometida por Quichil Rak llegó desde el poblado de la montaña y se encaminó rítmicamente a la canoa de la pesca para llenar sus grandes cestas hechas de cañas de bambú con bonitos, tilapias y sardinas, un festín de escamas centelleantes y plateadas, parte del imprescindible comercio que a diario se establecía entre los poblados de la costa y la montaña de Tidore. Reinaldo intuía que las caderas y los pies de los porteadores seguían el mismo compás con un donaire natural que no podía enseñarse en ninguna escuela de danza de ningún sitio del mundo. Solo había que echar un vistazo a los niños bailongos que apenas sabían andar y se incorporaban a la cola de la caravana a su paso por las lindes que bordeaban las empalizadas del poblado, entre las palmeras de la

playa y las primeras enredaderas del bosque. Moluquia resplandecía como una mota de polvo en el listón de claridad que se proyectaba sobre aquel fondo verdoso y selvático, ungida con los olorosos aceites que remarcaban su origen aristocrático, perteneciente a una estirpe de antiguos monarcas de la isla. Sus cabellos se enredaban entre cintas de flores de colores claros y sus pechos se ocultaban tras un collar ensartado con discos de conchas rojas. A diferencia del resto de nativas, vestía una enagua de fibras vegetales que le cubría desde la cintura hasta la rodilla, lucía brazaletes y cinturones de helécho y hacía colgar de sus orejas un discreto anillo hecho con el caparazón de una tortuga marina.

—Es la guía que nos envía el ministro para cruzar la isla, la princesa Moluquia —aclaró Tago.

Se decía de ella que su belleza se debía a los encantamientos hechos a golpe de tambor por su tío abuelo, el chamán Appiorán, conocido como el hombre de fuego, que le insufló los espíritus de una ardilla y un delfín para que tuviera las virtudes del bosque y del mar, y salpicó sus mejillas sonrosadas con pecas que representaban el mapa de las estrellas del firmamento. En todos sus años de navegación por el sudeste asiático, Reinaldo no había contemplado un mentón tan afilado, una cara tan ovalada, unas muecas tan vivarachas. Su propia silueta evocaba la de sus ensoñaciones juveniles: esas mujeres que paseaban por el estuario del Tajo y las colinas de Almada, y al saberse observadas lanzaban miradas pizpiretas por encima de los paisajes de sus abanicos, y coqueteaban con unas sombrillas que ya no necesitaban para protegerse de la macilenta luz de los atardeceres invernales de Lisboa.

Deslumbrado por su belleza, Reinaldo le dedicó una señorial reverencia. La ceremonia fue interrumpida con fiereza por Tunkatu, la nativa a la que se despertó abrazado, aunque no recordara nada de lo que hizo y dijo en toda la noche. Ni corta ni perezosa, Tunkatu se subió a su chepa, tomó el collar que le había regalado y con el filo de las conchas de cauri le asestó al menos cinco picotazos en el cuello.

Si bien sus celos causaron las risas de los presentes, Reinaldo precisó de la aplicación de un raro ungüento de cáñamo, aceite de coco y ceniza caliente para frenar una peligrosa hemorragia.

Antes de partir, Moluquia se dio un rápido chapuzón en el mar y regresó a la playa como una Venus recién nacida, sacudiendo sus cabellos para secarlos al sol, con un recipiente de barro rebosante de agua salada que puso al cuidado de uno de los indígenas de la caravana. Como todas las mujeres de la isla que querían ser madres, Moluquia se sumergía en busca de los muchos espíritus que a la entrada del otoño deseaban volver a la vida, dispuestos a reencarnarse en las entrañas de las bañistas. Con el fin de agotar todas las posibilidades de embarazo, las nativas guardaban el agua del mar en vasijas que llevaban a sus casas y destapaban por las noches con el fin de permitir a esa sustancia incorpórea penetrar en el interior de sus cuerpos dormidos.

Los isleños venían y se iban del mundo de una manera original. Poco o nada tenía él que objetar a ese modo en que las almas hacían el largo viaje de la muerte a la vida, desde las ínsulas del inframundo a las costas, con la esperanza de volver a ser otra vez niños. Tampoco nadie le interrogaría sobre la procedencia de los hijos, como hacían los niños a cierta edad en occidente, porque no resultaba necesario desmentir tan poética visión que negaba la relación entre el comportamiento sexual y la procreación, aunque transporinara por completo el sentido de la paternidad. Reinaldo había decidido respetar y no desmentir nada que tuviera que ver con la fe, la alquimia, la magia o los fantasmas, ni tampoco disponía de palabras malayas suficientes para explicar realidades tan complejas.

La honda impresión que le causó aquel primer viaje al poblado de la montaña le sirvió para llenar de bosquejos y retazos las primeras páginas del libro de contaduría general de intercambios comerciales. Quiso ser tan riguroso en sus relatos y dibujos que distinguió en todo momento lo que veía con sus propios ojos de lo que no. Como sus temas preferidos eran la zoología, la botánica, la geografía y la farmacología, Reinaldo decidió convertirse en cronista de las maravillas de aquella isla y registró la existencia de orquídeas

gigantescas, de moscones de cabezotas verdosas y azuladas que se obstinaban en sobrevolar formando círculos, de mosquitos con cabezas de elefante que acribillaban piernas y brazos, de otros mosquitos de diminutas lenguas de fuego que exploraban arbustos espinosos, de hojas que imitaban la forma de las mariposas y al caer de las ramas recreaban su vuelo en mortales y postreras acrobacias; así se convirtió Reinaldo Duarte en el primer hombre en registrar la existencia de ojos de mariposas que parecían marchar solos porque sus alas eran transparentes, de mariposas de dibujos de colores tan vivos que extasiaban e inmovilizaban a quienes seguían su vuelo, de mariposas gigantes con colas de golondrina que trinaban en pleno vuelo haciendo realidad sus sueños de pájaro…

Así quedarían registradas sus teorías para debatirse en un futuro en las universidades y colegios de Portugal, pensaba él, con sus anulaciones a pie de página con las que atestiguar, entre otros muchos corolarios, que le parecía híbrida la naturaleza de aquella isla y que las distintas especies sentían una irresistible atracción las unas por las otras, como parecía demostrar con el dibujo de unas ranas voladoras que más que croar rugían como tigres y planeaban desde las copas de los árboles en dirección a las charcas, sirviéndose de unas largas y desproporcionadas membranas que le permitían sentir el placer del aleteo de los pájaros, aunque solo fuera por los escasos instantes que durara su vuelo.

En medio de aquella suprema y absorbente naturaleza que le rodeaba, Reinaldo se sentía deslumbrado por Moluquia, que iba amulándose a la cinta del pelo las flores que encontraba a su paso, de tal modo que en cada recodo del camino parecía una mujer distinta; flores de colores brillantes e inauditos, de púrpuras azuladas, violetas fuertes y amarillos chillones. Reinaldo decía que su aliento exhalaba tomillo, romero y lentisco, y que, al detenerse repentinamente en su camino, quedaba aureolada por un nimbo de luz difusa; o por lo menos así creía verla, o así expresaba poéticamente sus sentimientos. Moluquia avanzaba en fila india por un pasillo de helechos con autoridad de exploradora, por delante de los porteadores. Por extraño que pareciera, después de perderse de vista durante unos

instantes, reaparecía otra vez delante suya para preguntarle con su mirada de azabache si se encontraba en condiciones de seguir.

Luego apretaba el paso y Reinaldo volvía a seguir el brillo de sus collares agitándose en su cuello, como si fueran a cobrar una vida propia, hasta que la veía desaparecer de nuevo tras un grueso tronco. Siguiendo lo que creía su pista, Reinaldo se atrevió a abandonar la ruta de la caravana y fue sumergiéndose en aguas pantanosas en medio de una oscuridad abisal mientras se encomendaba a los santos habituales de su devoción, San Joao y San Antonio de Padua, a quienes pidió en aquel momento no terminar sus días sepultado bajo traicioneras arenas movedizas. Pero al final apareció un haz de luz, una rendija abierta por el sol entre el tupido ramaje, que le dejó ver al resto de la expedición, con Moluquia a la cabeza. Lo peor vino después. Reinaldo soltó varios bramidos de espanto, mientras bailaba una extraña danza y se arrancaba de sus muslos y brazos unos bichos que le trepaban por debajo de las mangas de la camisa y de las perneras de sus calzas abombachadas. Corrían por su piel lombrices oscuras, coloreadas por una luminiscente raya amarilla que les cruzaba el cuerpo desde la cabeza a la cola: sanguijuelas que se aferraban a sus axilas, a su cadera y a su trasero como a una tierra prometida. Moluquia se arrepintió de haber llevado su broma demasiado lejos, se apiadó de él y se acercó para arrancarle las sanguijuelas una a una, con cuidado de no romperlas en dos partes y dejarse dentro sus cabezas hinchadas, viscosas y rojizas, aplastándolas parsimoniosamente, una vez extraídas con las yemas de sus dedos pulgar e índice.

Los nativos aprovecharon para sacar miel de un raro panal defendido por nubes de abejas, tan pequeñas que solo alcanzaban el tamaño de hormiguitas, y cazar libélulas y saltamontes con esa correa artesanal de asombrosa flexibilidad que fabricaban con una resina que solo ellos conocían, sus apreciadas zurriagas, las armas con las que el ministro Quichil Rak pretendía hacer frente a las bolas de los cañones de Francisco Serrano. Reinaldo habría necesitado en aquel iniciático viaje la custodia de un escuadrón de ángeles de la guarda. Estuvo seguro de ello cuando intentó descansar

bajo la sombra de un árbol triste. Iba distraído con el trino de las garcillas, con el arrullo de las tórtolas, con el vuelo rasante de un autillo que perseguía hormigas voladoras, con la caída de un sapo que rodaba montaña abajo convertido en una pelota de trapo, seguramente huyendo de alguna tarántula… Moluquia le asaltó por la espalda, le abrazó y se quedó tan trenzada a su cuerpo que Reinaldo interpretó con cierta lógica que se trataba de un primer e irresistible arrebato amoroso de su admirada princesa moluqueña. Por primera vez percibió de cerca su aliento, rozó sus caderas y quedó embelesado como un astrónomo frente al planisferio celeste de sus mejillas, como un pirata frente a su mapa del tesoro, y quiso recorrer con la yema de los dedos aquellas pecas minúsculas del color de la canela que se repartían por su cara como una lluvia de perseidas. Sin embargo, Moluquia gritó con todas sus fuerzas:

—¡Tagoooo…!

Moluquia no soltó a Reinaldo hasta que Tago tradujo sus explicaciones sobre los peligros del árbol triste:

—Es el único árbol de la isla bajo el que no puedes descansar —dijo Moluquia, todavía azorada— porque el viento, al pasar bajo sus ramas, produce graves quemaduras que solo empezarían a notarse horas después, cuando la piel y el alma estuvieran ya envenenadas.

Reinaldo le dio las gracias por salvarle de la sombra asesina de un árbol que, según contaban los porteadores de la expedición, nació de las cenizas de una doncella enamorada que se prendió fuego a la salida del sol porque no era correspondida. Sus hojas florecían de noche y regalaban sus fragancias a los enamorados, pero aborrecían tanto los rayos solares que, al amanecer, sus frutos se marchitaban y los hombres que se cobijaban bajo su sombra morían. Así lo explicaría Reinaldo en su nuevo diario de viajes, bajo el encabezamiento de «árboles tidoreses y sus diferentes manifestaciones», en páginas perfectamente numeradas con dibujos que permitían el reconocimiento del árbol triste, que tostaba el viento que pasaba bajo su sombra; del atiloque, que creaba una

pequeña laguna a sus pies; del apilaja o árbol bueno, del que manaba agua, si se cortaba su corteza en canal, como si se tratara de un manantial…

Poco antes de llegar a su destino en el poblado de la montaña, el terreno se escarpó y el suelo se cuarteó bajo los pies. Un repecho en el sendero, orlado por helechos y enredaderas, dio paso a una alfombra de musgo, líquenes y yerbas lombrigueras por las que merodeaban salamanquesas de colores. Las chozas del poblado se encontraban ya a tiro de piedra, ocultas tras una nube de algodón churruscado que parecía hacer arrumacos al cuello del volcán. Reinaldo tomó la mano de Moluquia para ayudarla a superar una ligera inclinación del terreno y la princesa tidoresa volvió a reclamar la presencia de su intérprete:

—¡Tago…! —esta vez no hizo un solo aspaviento, pero se notó esa tensa calma que precede a la tempestad—. Dile a Reinaldo que esta mano la puse junto a la de un hombre sobre un plato de arroz y que soy como la hoja del tamarindo.

Tago asintió con la cabeza. No había que ser una autoridad en costumbres locales para entender que le estaba dando calabazas. Los porteadores de la expedición contaban que en las bodas tidoresas, los jóvenes novios pasaban a considerarse esposos desde el momento en que ponían sus manos sobre un plato de arroz y que el tamarindo tenía un olor parecido a los naranjos y sus hojas se abrían por las mañanas y se cerraban por las noches. A esas alturas del viaje, Tago ya sabía de Moluquia cosas que a Reinaldo no le apeteció ni le convino aceptar y que tal vez habrían cambiado el curso de los futuros acontecimientos. Su condición de princesa le había llevado a un matrimonio de conveniencia con uno de los sobrinos del rajá de Ternate, en una relación que libró a su pueblo de una indeseable guerra y de paso le dio dos hijos —Rachil, el mayor, y Nachil, la más pequeña— que andaban ya camino de la adolescencia. No podía conocerse la edad exacta de Moluquia, pero decía recordar perfectamente haberse tiznado dos veces de los pies a la cabeza con la ceniza que emanaba de la boca del Gamalama, el volcán de la isla vecina. Basándose en la periodicidad de su expulsión de magma, que

se estimaba aproximadamente en una por cada década, podía calcularse que la mujer por la que Reinaldo bebía los vientos rondaba los treinta años, aunque aparentaba tener muchos menos.

La vieja lava del volcán de Tidore, el Kiematabu, había esculpido en las rocas formas voluminosas, fascinantes y caprichosas que los nativos identificaban con animales, personas o cosas. Bordeando una hilera de piedras gigantescas que se sostenían unas a otras en un perenne desafío a la lógica, la expedición llegó a una empalizada de cañas en forma de semicírculo. Lejos de resultar inaccesible para bestias salvajes o enemigos acérrimos, el cercado parecía dispuesto como una advertencia para los espíritus que habitaban en los alrededores. Desde lo alto de una atalaya, pétrea y cónica como un menhir, se oyó el testarudo sonido de una caracola que anunciaba la llegada de los visitantes. Un enjambre de críos acudió a darles la bienvenida con grana, una fruta que tenía la textura y el sabor del pescado, de la que se extraían tajadas de una extraña sandía que llamaban culicaí. Entre ellos estaban los hijos de Moluquia; Nachil acababa de celebrar la fiesta de su primera falda coincidiendo con el nacimiento del vello púbico y Rachil era un mozalbete que ya empezaba a encandilar a todas las nativas en edad casadera de la costa y del interior.

Siguiendo por un camino pedregoso, formado por conchas marinas que dibujaban caprichosos parterres, llegaron a las cabañas, hechas de adobe, cañas de bambú y tupidas techumbres entretejidas con abundantes hojas de palma. Nadie podía decir que sintiera frío, pero allí los nativos usaban sayuelos sin cuellos y por encima de sus faldellines se liaban unas mantas oscuras que venían a caer a la altura de las rodillas.

En nombre del consejo de ancianos les recibió el tío abuelo de Moluquia, el chamán Appiorán, «el hombre de fuego». A diferencia de los demás nativos, vestía una túnica hecha con cortezas de palma que carecía de mangas y hacía visible su ajorca metálica dorada, que lucía alrededor de su brazo como señas de identidad y poder. Appiorán les hizo pasar al interior de la choza para que se acomodaran con las piernas cruzadas en el suelo terrizo. Al sentarse,

Reinaldo se apoyó torpemente en el hombro de Moluquia y el chamán le afeó el gesto porque los plebeyos no podían tocar con sus manos el cuello, el hombro o el occipucio, por ser las zonas sagradas del cuerpo que les identificaban como miembros de una estirpe aristocrática y mágica.

Appiorán se consideraba a sí mismo descendiente del nativo que vio caer desde el cielo el espíritu de la magia, encarnado por un cangrejo que le transmitió sus poderes. Como también poseía el don de la adivinación, Appiorán leyó en la mirada de Reinaldo que le tomaba por un farsante de mojiganga y no solo supo que pretendía merecer el amor de Moluquia, sino que consideró que no se esforzaba lo suficiente por mantener la cabeza a la altura o por debajo de su sobrina-nieta. Con el fin de suavizar la tensión, Tago demostró su don de gentes y le hizo entrega al chamán de una cesta con tósigos —manga brava, barbas de tigre y bichos de Ormuz— que no podían conseguirse en aquella isla, ni tampoco en sus alrededores, y tenían en común la crueldad de sus síntomas venenosos y la rapidez de sus efectos.

Appiorán empezó a manejar un sonajero con su mano izquierda y pidió a sus invitados que respiraran al ritmo de los latidos del corazón que imitaba con su mazo en un tambor de piel de cabra, induciendo a los presentes a una especie de sueño ligero con el hipnótico bamboleo de la telaraña de correas de la caja de un pandero. Después emitió silbidos, gorjeos, trinos de pájaros y hasta ciertos berridos y gruñidos de animales en un lenguaje indescifrable que se remontaba a la época en la que los hombres y los animales estaban en perfecta armonía y hablaban el mismo idioma. Entonces fue cuando invocó con intraducibies jaculatorias la presencia de los buenos vientos que traerían y llevarían a sus visitantes por encima de las nubes, ahuyentó los malos espíritus que vagaban por esos mundos que solía frecuentar y les regaló una fugaz y ficticia sonrisa, no sin antes agradecer las mercancías que tan necesarias empezaban a resultar en el poblado.

A la hora de la despedida, al procurar nerviosamente que su cabeza no quedara por encima de la del chamán, Reinaldo cometió

la imprudencia de pisar su esterilla mágica como si se tratara de una alfombra. Appiorán bebió agua salada y masticó especias para foguear su espíritu llameante, que le permitía realizar profecías, siempre y cuando estuvieran relacionadas con la felicidad y la esperanza de los hombres, y mandar maldiciones o castigos en forma de dolores de estómago, muelas o testículos. Apenas unos instantes después de mandar a Reinaldo la condena de un dolor de estómago, Appiorán ya parecía arrepentido pero entonces ya solo pudo prescribir a su invitado un brebaje, de lima y yerbas mimosas machacadas, para que se lo tomara en la calabaza de los bebedizos mágicos y mitigara así el cólico que sufriría de forma inexorable en las horas siguientes. El chamán tenía libertad para apaciguar los espíritus inquietos o interpretar las escenas que acaecían en las regiones del alma e incluso en las más intrincadas de los sueños y pesadillas, pero también tenía su limitación: no podía dar marcha atrás a sus maldiciones ni ofrecer pronósticos que alteraran el rumbo de las certezas ni de los destinos que ya estuvieran escritos.

Al abandonar la choza del chamán, Reinaldo, Tago y Moluquia comprobaron que a su puerta se había formado una interminable fila de vejestorios que pretendían recuperar el vigor sexual y conocer los precios del polvo de cuerno de rinoceronte, del azogue para sus purgaciones y del oropimente para poner fin a sus vidas o a las de otros. Reinaldo pasó una primera mala noche en el granero que Moluquia habilitó como su provisional hogar en el poblado, entre el leve dolor de estómago que le mandó el chamán, los llantos de los bebés que, según los lugareños, estaban por nacer, y los silbidos y las coplillas de las almas que vagaban por el pueblo, nostálgicas del mundo que en otro tiempo habitaron…

En atención a los satisfactorios acuerdos comerciales alcanzados, Appiorán hizo las paces con Reinaldo y dio sus bendiciones a Moluquia para que le mostrara las maravillas naturales que ocultaban al mundo los alrededores del volcán Kiematabu. Luego se ausentó por un tiempo sin avisar a nadie, como era su costumbre y su obligación, porque de sus hechizos dependían las buenas cosechas y las pescas productivas, la construcción de chozas que resistieran el

acoso de los temporales y de canoas veloces que burlaran la persecución de las brujas que causaban los naufragios, y a veces, incluso, el rescate de enfermos que ya habían puesto un pie y parte del otro en el inframundo.

Al día siguiente, Moluquia enseñó a Reinaldo columnas vaporosas y chorros de lodo que emergían de la tierra resquebrajada y superaban la altura de los hombres. Ambos escalaron montañas de piedra y descubrieron las brechas y las hendiduras de las que brotaban las cascadas de un agua tan fría que solo podía beberse a sorbitos, y de un agua que se juzgaba milagrosa porque manaba caliente por las mañanas y debía beberse antes del mediodía para evitar que se congelara porque el descenso de su temperatura resultaba ineludible y gradual.

Siguiendo el manual de la galantería moluqueña, Reinaldo le regaló a Moluquia una colección de piedras pulimentadas que halló en los bordes de las fuentes termales, en agradecimiento por la muestra de tan insólitas y recónditas maravillas. En aquellos días, Reinaldo todavía no contemplaba la posibilidad de encontrarse ante la fuente de la eterna juventud, esa misma que habían buscado eximios alquimistas a lo largo y ancho de la historia del mundo. Sin embargo, sospechaba que existía alguna enigmática relación entre los remedios naturales que se ofrecían en los alrededores del poblado y las portentosas condiciones físicas que mostraban aquellos viejecitos que subían y bajaban cuestas empinadas sin mostrar signos de ahogo, conservaban en relativo buen estado sus dentaduras y gozaban de una vista de lince para distinguir las cosas a distancias superiores a un tiro de zurriaga.

En cualquier estación del año, las mañanas en el poblado eran soleadas y las tardes, nubladas y cubiertas por una fina capa gris de llovizna. Aprovechando las forzosas vacaciones ocasionadas por la espera de la maduración y el florecimiento del clavo —su pago por las mercaderías que había traído a la isla—, Reinaldo se dedicó a clasificar las clases de aguas magmáticas que rodeaban el poblado de la montaña, según las temperaturas que alcanzaban, los tipos de manantiales de los que manaban y su grado de eficacia, dependiendo

de su aplicación sobre heridas, llagas, sabañones, resfriados y pústulas. Le habían contado que los nativos caían enfermos solo de higos a brevas, pero no relacionaban la existencia de la enfermedad o de la muerte salvo con maldiciones, que podían ser conjuradas por el chamán si eran detectadas a su debido tiempo.

Reinaldo, Tago y los marineros malayos establecieron en poco tiempo con los habitantes del poblado una relación de paisanaje, basada en el interés y la curiosidad, y fueron invitados a la ceremonia de homenaje a una pareja de venerables ancianos que habían perdido la vista y la memoria de los acontecimientos y los cataclismos. Los miembros del consejo que regían los destinos de la comunidad aseguraban que habían vivido cuatro eclipses, cinco guerras y tres grandes terremotos. Los ancianitos agasajados vestían sus mejores galas y sus brazaletes y collares, al chocar con sus sobresalientes esternones, dejaban en el aire una feliz música de sonajeros. La comitiva que cruzaba la empalizada debía ser fúnebre, pensó Reinaldo, por el silencio respetuoso y la gravedad de los gestos, aunque no pudieran verse difuntos ni plañideras por ninguna parte. Daban tímidos pasos del brazo de sus nietos, bisnietos y tataratataranietos, encabezando una solemne procesión que pasaba por todas las puertas de las chozas, donde recibían una mezcolanza de sonrisas amables y amagos de sollozo, de frases a mitad de camino entre el agradecimiento y el pésame.

Los familiares hicieron entrega a los abuelitos de una vasija de barro que contenía zumo de limón. Al acercarse, Tago notó el aroma de almendras amargas que dejaba el oropimente al diluirse. Sacudidos por la emoción, la parejita echó una última vista atrás, aunque sus ojos cansados ya apenas nada pudieran vislumbrar. Así se adentraron en el terreno de los espíritus del bosque, con las manos entrelazadas, y se perdieron confundidos con las siluetas de los troncos de los árboles, a la espera de un sopor letárgico y del viento que llevara sus almas a la isla de los muertos. En poco tiempo había dejado de ser un misterio cómo venían y se iban de este mundo los nativos de Tidore.

III
LA FIESTA DE LOS ESPÍRITUS

REINALDO SE ACERCABA A MOLUQUIA CON CUALQUIER EXCUSA para percibir su aliento, siempre fresco y fragante, que recordaba el aroma de las hojas tiernas, verdes y perennes del bosque de Tidore. Desde muy temprano masticaba distintas especias con el objeto de tener a punto el vaho de su boca para ofrecerlo como muestra de afecto a sus seres queridos. En la biblioteca de maese Queirós, Reinaldo había leído la historia de un emperador chino que obligaba a sus súbditos a tomar colutorios de clavo y condenaba a pena de muerte a quienes osaran presentarse ante él con mal hálito. Había leído también mitos y leyendas de los mercaderes de especias que se embarcaban en largas travesías y las extraordinarias posibilidades farmacológicas y mágicas que ofrecían los condimentos y las esencias del sudeste asiático. Aunque nada había podido demostrarse todavía, creía firmemente que algún día los frutos de los claveros pondrían fin al escorbuto, esa terrible enfermedad que hinchaba las encías, aflojaba los dientes, hacía sangrar por la nariz, enrojecía las piernas, palidecía la cara y finalmente causaba la muerte de miles de marineros que viajaban por la ruta del cuerno africano. Pensó que lo mismo el elixir de la juventud y la solución a la mortalidad de los hombres no brotaba de ninguna fuente mágica, sino de aquellos cúmulos que se ceñían como un cinturón de oscura espuma a la cadera del Kiematabu. Tal vez algún día no muy lejano, podría demostrar que el clavo molido con agua o con leche de coco

reducía la fiebre, quitaba el dolor de cabeza, ayudaba a la digestión de las comidas pesadas, esclarecía la vista de los ancianos que padecían nubes en sus ojos, acompasaba los corazones, moderaba el vómito, mitigaba el miedo de los hombres a lo desconocido…

A Moluquia le costaba entender que en la otra parte del mundo necesitaran del clavo para conservar las carnes vacunas ante la escasez de pastos en invierno, entre otras cosas porque en Tidore no existían las vacas y todas las estaciones del año eran igual de benignas, pero aceptó dar un paseo por las nubes para ver esas plantaciones de los árboles del clavo que enfebrecían de codicia a los mercaderes. En el camino, Moluquia no consintió acompasar sus pasos a los de Reinaldo y Tago, en cierto modo para evitar las murmuraciones, y siempre caminó por delante, interpretando el papel de guía que le había conferido el chamán Appiorán. Poco después de cruzar un paisaje magmático, avanzaron por los linderos empinados y se dejaron envolver en una neblina suntuosa mientras oían zumbidos de insectos y chirridos, bramidos y graznidos de aves de paso, que unas veces sonaban sincronizadas y otras de manera discordante; desafíos y amenazas territoriales de animales que Moluquia denominaba con sus propias onomatopeyas, el quaisch-quaish, el crijj-crijj, el noof-noof o el hukk-hukk. Reinaldo nunca olvidaría su entrada en aquel mar de nubes de caprichosas formas, que decidió atravesar con la parsimonia que se reserva para esos momentos que se han esperado durante toda una vida. Allí estaban, a la vuelta de un recodo, aquellos milenarios árboles que se erguían en difíciles ejercicios de equilibrio sobre los costados inclinados y arenosos del cono volcánico.

La primera vez que Reinaldo dibujó un clavero en su cuaderno de viajes se inspiró en otros árboles que conocía, a los que quizás podía parecerse, porque no había visto en ninguna parte del mundo esa forma puntiaguda del fruto que imitaba el remache de un clavo. Le pareció que tenía la forma piramidal de un abeto, la altura de una encina, la forma de las hojas de laurel y que sus flores eran tan aromáticas y hermosas como las de un manzano. A simple vista podía comprobarse que los clavos empezaban a enrojecerse como las

alas de un papagayo y anunciaban, desde todas sus copas, que faltaba poco para el estallido final. Moluquia le explicó que nacían verdes, crecían blancos y se recogían cuando adquirían el color rojizo, ni antes, ni después, sino en ese momento justo, para luego ser secados al sol y regados en la playa con el agua salada del mar para que conservaran intactas todas sus propiedades mágicas.

Los claveros tenían para los moluqueños un valor sagrado. El nacimiento de cada nativo se celebraba con la plantación de un árbol que era bautizado con el propio nombre del recién nacido. Así se creaba una relación inextricable entre claveros y personas que se prolongaba durante toda una vida, convirtiéndose cada cual por separado en reflejo del otro. De hecho, Moluquia seguía muy preocupada porque su árbol no había dado frutos en las dos ultimas cosechas, las del final del invierno y principio del verano, y tampoco llevaba camino de darlos en la recolección otoñal. Su clavero pareciera quebrado por un rayo, síntoma de un fatal presagio; las ramas se mostraban temblorosas y los capullos se asomaban tímidamente entre las flores, pero con un deslustrado y pálido color rosáceo…

—La adalah takdirku —«es mi destino», dijo en su dialecto malayo.

—Siempre hay que tener esperanza —contestó Reinaldo, aunque no sabía lo que le había dicho Moluquia, ni tampoco estaba seguro de ser entendido porque Tago se mantuvo al margen de la pretendida conversación.

—¿Harapan? Nachil y Rachil kamu iah harapan aku —«¿Esperanza? Nachil y Rachil son mis esperanzas», respondió Moluquia en su idioma, demostrando que entendía muchas palabras en portugués.

A la mañana siguiente, Reinaldo y Moluquia visitaron una laguna de agua dulce, fría, clara y poco profunda que se hallaba bajo la falda de la montaña. Moluquia clavó sus bailones ojos negros en los de Reinaldo y se despojó del sayuelo, de su collar enhebrado con

semillas rojas y de su faldellín de corteza de palma para zambullirse desnuda. Cuando sintió que el agua le cubría el ombligo, giró la cadera y adoptó una pose de afrodita de Milos; dejó ver sus pechos pequeños y sus pezones crecidos por la frialdad del agua, se repeinó el flequillo con las manos y luego ladeó la cabeza invitándole al baño. Reinaldo buscó una rama donde colgar la camisa blanca que ya había empezado a desabotonarse, pero se quedó paralizado al ver que una pequeña serpiente —o una gran culebra, nunca estuvo seguro de eso— reptaba por la rama de una higuera que hundía sus raíces en la misma orilla. Masticaba unas hojas verdosas que luego escupía al agua. Había aliñado un raro brebaje con su saliva y esperaba pacientemente, mientras el delicado rumor del agua acariciaba los juncos y las ramas secas de la orilla, a que sábalos y tilapias subieran a la superficie, adormiladas por el efecto sedante de su pócima secreta y ya convertidas en su almuerzo, en una especie de ofrenda ritual.

De repente, Reinaldo levantó la vista y gruñó como un jabalí al percatarse de la presencia de un cocodrilo de color verde oscuro y amplias franjas achocolatadas, que estaba dispuesto a lanzarse al agua para participar en el festín de peces convocado por la serpiente y trinchar y desmenuzar a todo bicho viviente que encontrara a su paso. El cocodrilo se relamía con bufidos y jadeos similares al llanto y la silueta de sus colmillos puntiagudos lanzaban destellos de marfil. De nada sirvieron los alaridos de náufrago con los que Reinaldo pretendió advertir a Moluquia de la amenaza. Sin embargo, cuando todo apuntaba a un desenlace digno de tragedia griega, ella se abrazó calmadamente a las escamas del cocodrilo y rascó con determinación las crestas bajo las que se enterraban los ojos de aquella bestia, que encogió la mandíbula y mostró un rictus amable, una especie de sonrisa incontrolable y nerviosa.

Al salir del agua, Moluquia explicó a Reinaldo que tras la apariencia animal de esos cocodrilos podían ocultarse hombres hechizados o malditos por su comportamiento en otras vidas y que si bien podían resultar temibles cuando arrastraban su barriga por el barro, se volvían inofensivos y hasta cobardes cuando tenían la

barriga llena y se adentraban en el agua. Por un tiempo, Reinaldo consideró la posibilidad de mandar a Lisboa como una atracción de circo a ese cocodrilo pacífico y hechizado que reía, lloraba y se dejaba abrazar, con la intención de incrementar con una primera criatura moluqueña la colección de animales míticos y fabulosos que los reyes tenían en Lisboa, gracias a los regalos que los sultanes asiáticos hacían al virrey Alfonso de Albuquerque. Pensó que tal vez podría exponer públicamente sus cocodrilos en un estanque, ofrecerles una dieta diaria de ratas, peces y golondrinas para garantizar su docilidad y mansedumbre, o tal vez ofrecerlos para que formaran parte de esos lotes exóticos de regalos que recorrían medio mundo, de corte en corte, como muestras de la generosidad real y de las fabulosas criaturas que habitaban las nuevas tierras exploradas por sus intrépidos navegantes…

Esa misma noche, siempre pensando en las aplicaciones prácticas de sus hallazgos diarios, realizó a la luz de la luna llena un descubrimiento que tal vez pudiera resultar provechoso para el futuro de la humanidad. Se trataba de un leño seco, ígneo e inextinguible que iluminaba como un farol de barco la plazuela semicircular del poblado en la que se daban cita los cuentacuentos. La llama no parecía consumirse y abrigaba a la gente como una manta de lana. Su luz envolvente creaba una agradable atmósfera y acompañada por la cálida y adormecedora voz de los narradores de cuentos, llegaba a causar efectos hipnóticos. Reinaldo pensó que quizás ese leño moluqueño podría reemplazar a las viejas candelas de junco y revolucionar el concepto de iluminación de las calles de las ciudades de occidente. Así se aumentarían las horas útiles de las actividades propias del hombre y se ganaría la batalla contra la oscuridad del medievo; los candiles de las casas no necesitarían el aliento de la cera de abeja o el aceite de linaza y las velas de los viejos pinchos de los candeleros de tres pies dejarían su lugar a estos prodigiosos maderos de las Molucas…

En esos tensos días marcados por el plazo y las intimaciones del capitán Francisco Serrano, Reinaldo se estrenó en el uso de la palabra desde la oscura roca basáltica que presidía la plazuela, una

especie de trono destinado a los narradores de cuentos. Lo hizo con una versión de la leyenda de Narciso, según Ovidio, que llegó a los oídos de los nativos traducida por Tago. En los días anteriores habían visto a otros cuentistas valerse de compinches para aseverar que las historias que contaban eran rigurosamente ciertas, que ellos mismos las habían visto con sus propios ojos, por inverosímiles que pudieran resultar. Así era como los cuentistas y sus cómplices hacían pasar por verídicas historias de sapos que volaban cabalgando sobre los cuellos de los gansos para escapar de la isla, o relatos de libélulas y azucenas que habían desarrollado el cerebro y la lengua de tanto observar a los humanos y habían acampado en los claros del bosque para disfrutar de los adelantos de la maravillosa civilización que habían creado. Siguiendo esas técnicas de aseveración de los cuentos, los marineros malayos corroboraron que habían conocido la cueva de Eco y tocado con sus propios dedos la bella flor que creció con el nombre de Narciso. Algunas nativas llegaron a identificarse de tal manera con los personajes que interrumpieron su relato para pedir explicaciones sobre el rechazo de Narciso a la ninfa de la fábula o las causas del castigo que la diosa Hera impuso a Eco de repetir las últimas palabras que oía. Algunas rompieron en sollozos en determinados capítulos, como el del llanto por desamor en la cueva o el de la muerte del joven al saciar su sed en el arroyo que reflejó su imagen. Animado por el éxito obtenido, Reinaldo se atrevió también con un viejo relato que carecía de moraleja, aunque resultara divertido, que había leído en la biblioteca de maese Queirós. La protagonista era una rana gigante de muy mal carácter y tan sedienta que se bebió las aguas de todos los ríos, lagos y océanos del mundo. Los animales le pidieron que devolviera el agua que guardaba en su estómago, pero la rana se negó, y entonces decidieron que probarían a hacerle reír a carcajadas. Los monos hicieron malabarismos en las ramas, los camaleones sacaron sus lenguas, las hienas rieron de forma contagiosa, pero nada dio resultado hasta que una anguila se deslizó sobre su viscosa barriga y le hizo tantas cosquillas que los ojos redondos de la rana estuvieron a punto de caerse al suelo y en medio del ataque de risa, devolvió el

agua que había arrebatado a todos los cauces de la tierra…

Pero aquellas horas felices llegaron a su fin con el toque del mazo sobre el batintín metálico de Appiorán, que solía preceder a las grandes noticias. Como hacía cada vez que se empleaba a fondo en sus vaticinios, el chamán arrancó de raíz la planta de la menta que crecía a la entrada de su cabaña, se sentó en su estera y en un estado de creciente agitación, puso a hervir las hojas con aceite de coco en una olla de barro. El aroma mentolado inundó las entrañas del poblado. El chamán parecía viajar a lomos de un animal invisible, alargando el cuello como si quisiera ver más allá del cráter del volcán, con una mirada desafiante hacia las nubes con panza de burro que se arremolinaban en la ladera. Siguiendo la vieja tradición, los nativos le rodearon con creciente preocupación hasta que por fin el chamán procedió a dar detalles del suceso: Los hombres de Tidore volvían sanos y salvos de su expedición por las islas del sudeste asiático y los espíritus, congratulados, acudirían a la gran fiesta de bienvenida. Durante el resto del día, Appiorán comió raíces de jengibre y masculló viejos conjuros, destinados a redoblar la velocidad de las canoas en las que viajaban los expedicionarios tidoreses para que se deslizaran sobre la espuma que se desparramaba sobre la cresta de las olas, de tal modo que no fueran alcanzados, en el trayecto final, por los bramidos de los temporales, los zigzagueantes truenos o las temibles brujas, siempre hambrientas de naufragios.

A la mañana siguiente quedó demostrada la infalibilidad de los conjuros chamánicos. Al frente de la expedición regresó Kan, el esposo de Moluquia, con cofres y arquetas llenas de regalos ceremoniales y adornos corporales: collares de conchas rojas, aros de caparazón de tortuga, brazaletes de helécho trenzado, peines de madera, vasijas y cacharros de barro y mil y un géneros de cuchillos. Kan se adelantó unos pasos para entregar al chamán una reluciente hacha ceremonial de piedra pulida, con un mango de marfil, en agradecimiento por sus sortilegios y por la feliz terminación de la aventura. Appiorán le recibió con la más vistosa de sus túnicas, del color de las orquídeas, tan larga que los pies se le enredaban a cada

paso que daba, aunque los nativos interpretaban sus torpes trompicones como encontronazos con los espíritus que le rodeaban a la espera del comienzo de la fiesta. Como era de prever, el chamán dijo sus palabras rituales de bienvenida al centenar de hombres que acompañaba a Kan:

—Vuestras mujeres han permanecido en la aldea, se han mantenido castas en vuestra espera; en vuestra ausencia han cuidado bien de vuestros hijos, de vuestros hermanos menores, de vuestros huertos y vuestras chozas, y todas me han ayudado en sus oraciones para manteneros lejos de los peligros del mar…

Dicho lo cual, las mujeres de la tribu corrieron alborozadas para abrazar a sus esposos, novios y hermanos. En presencia de Reinaldo, Kan mezcló su aliento con el de Moluquia, colgó de su cuello un collar soulava e incrustó en su brazo izquierdo un brazalete mwalli, unos regalos que venían a representar la larga distancia recorrida y los muchos riesgos sorteados. Moluquia abrió la chamarreta de gasa de Kan y colocó la cabeza en su pecho, dándole a entender que agradecía su protección y se sentía feliz por su vuelta a casa. A Reinaldo no dejaba de parecerle un nativo despechugado, melenudo y soberbio que no merecía el amor de Moluquia, pero su opinión contaba muy poco o nada en aquellos momentos.

Un cielo anubarrado, de un color gris ceniza, estrangulaba la luz de la tarde y un incómodo viento desparramaba por los parterres de las chozas semillas y hojas secas llegadas desde ignotos parajes de la isla. Un coro de jóvenes tocaba unas diminutas flautas de tres orificios que se fabricaban con los huesos del águila y un paredón de rocas devolvía su dulce tono con un eco pétreo y solemne.

Los ancianos fueron los primeros en acudir a la plazuela del poblado para charlar de sus cosas, mientras comían pescado crudo con pimienta y zumo de limón. Luego llegaron las mujeres más jóvenes, con sus labios pintados de rojo con hojas de betel, a juego con los collares de conchas de cauri que centelleaban a la luz de los leños incandescentes que presidían la plazuela de los cuentacuentos, el escenario central del poblado. La luna, como somnolienta, salpicada por un desvaído halo amarillento, se ofrecía sobre la silueta

de la montaña para dar realce a la fiesta de los espíritus.

Los nativos buscaban pareja con el sinfónico reclamo de cascabeles que producían los canutos dorados que pendían de sus testículos, una infalible y milenaria técnica de seducción que se empleaba en las jornadas festivas. Reinaldo y Tago siguieron el camino de una larga hilera de hormigas rojas, cabezonas y dotadas de unas antenas tan largas que caían sobre el suelo como patas. Querían saber si era cierto, como decían los marineros malayos, que entre la hilera circular de chozas y la empalizada se traficaba de forma clandestina con los polvos de cuerno de rinoceronte que habían traído para animar el deseo sexual de ochentones, nonagenarios y centenarios. Lo que sí comprobaron fue que las nativas se estaban tomando muy en serio la ancestral tradición de comportarse como buenas anfitrionas y proveer a los visitantes de comida y sexo hasta la saciedad. De hecho, vieron a un marinero tamil de su tripulación exhalar ambiguos sollozos que unas veces parecían placenteros y otras, agónicas demandas de auxilio, mientras un tropel de nativas se turnaba para succionar su pene.

Reinaldo y Tago estaban rodeados de fantasmas por todas partes. Los nativos parecían charlar solos, en medio de lo que parecían corrientes de aire o pequeños remolinos de viento; hablaban de los noviazgos, de las mejoras realizadas en las cabañas o de las cosechas de los últimos años. Cumpliendo las más elementales normas de cortesía se detenían frente a los espíritus de los antepasados y les presentaban a los hijos, nietos o bisnietos que no habían tenido la oportunidad de conocer en vida. Un pobre indígena pidió la ayuda de Appiorán porque decía que la fuerte jaqueca que padecía se debía a una presencia espectral que quería hacerse a toda costa de un hueco en el interior de su cabeza e incluso amenazaba con apoderarse de su cuerpo entero.

—¿Crees en los espíritus? —preguntó Tago.

—Yo lo que creo es que hemos traído a esta isla drogas naturales suficientes para enajenar a diez batallones de soldados —contestó Reinaldo.

—El hecho de que los animales no parezcan distinguir los

colores no demuestra la inexistencia de los mismos…

—No creo que los muertos tengan el poder de la invisibilidad.

—Dicen que puedes verlos si abres los ojos del alma —respondió Tago.

Se veía que el largo viaje había abierto el apetito de los espíritus porque deambulaban alrededor del altar de las ofrendas, donde se amontonaban cestas de sagú, bananas, granadas, piñas, mango y nueces de areca. Al parecer, muchos habían llegado esa misma tarde desde la isla de los pájaros, montados en colas de cometas o encarnados en pájaros nocturnos o luciérnagas. Llegaban desde un lugar ilocalizable del firmamento que también recibía el nombre de isla de los muertos, aunque la mayoría vagabundeaba por la selva y los bosques cercanos para no estar lejos de personas que no querían abandonar o terminando cosas que dejaron por hacer en su existencia terrenal. Appiorán había prevenido a Reinaldo y a Tago de los hechizos mortales de las viles brujas y los seres malignos que transportaban enfermedades y causaban devastadores desastres naturales, pero también les recomendó que se dejaran atrapar por aquella bienintencionada atmósfera fantasmal, saludaran a los espíritus con teatrales reverencias si los intuían o incluso permanecieran atentos a sus impalpables mensajes de ultratumba porque solían ser siempre provechosos.

Appiorán volvió a la plazuela con sus mejores galas, agitando las plumas de aves del paraíso que adornaban su cabeza y haciendo sonar sus maracas de calabaza con tal cadencia y energía que en un periquete consiguió hipnotizarse a sí mismo. El sonido irrevocable de su tambor convocó a vivos y a muertos a danzar en el círculo que dibujaba la hilera de las chozas más céntricas. Las jóvenes nativas bruñían con fibras y embadurnaban con aceites de palma los cuerpos de los jóvenes danzantes que, si bien parecían trastornados y extáticos por la ingesta de datura, sujetaban con firmeza sus lanzas rituales, siguiendo con sus pies el ritmo de una dulce melodía de atabales y sonajeros.

Moluquia ya estaba allí, con las piernas cruzadas y la mirada abstraída, siguiendo el vuelo de las pavesas que saltaban desde la candela para devenir en ceniza. En ese momento reapareció Kan, su esposo, como un espectro entre los espectros, surcando la bruma amarillenta de la noche. Estaba fuera de sí. Se empeñaba en atrapar con sus manos ilusiones ópticas, adoptando muecas disparatadas, histéricas y angustiosas asociadas a las tramas que le traían las visiones. Estornudaba compulsivamente. Salió de un cobertizo cubierto con hojas de pandano, donde había pasado la tarde oliendo flores con formas de trompetas rosáceas y púrpuras, y masticando datura, una nuez verdosa con forma de corazón y el tamaño y el color de las lentejas que sabía a resina. Se trataba de una droga ya utilizada por los sacerdotes de Apolo en Creta para sus oráculos que Linneo tradujo del sánscrito con el nombre de datura. Los ancianos del poblado recomendaban a sus jóvenes que nunca la tomaran mezclada con vino de palma, ni las ingirieran en las noches de luna llena, porque en estos casos sus efectos se multiplicaban hasta alcanzar la pérdida del juicio e incluso la muerte, pero Kan y sus amigos no tuvieron en cuenta ninguna de estas sabias sugerencias.

El esposo de Moluquia llegó dando cambaladas, a la luz de aquellos leños que llameaban mágicamente, justo cuando se disponían a danzar aquellos nativos pulidos de fibra y aceite de palma como diamantes de Narsinga y perlas de Calecar. Pero los golpes de tambor parecieron difuminarse en una atmósfera de una dramática tensión cuando Kan empezó a declarar, con ciertos titubeos, pero con una voz alta y clara, en presencia de Moluquia, de la tribu y de todos los espíritus…

—¡Oh, Moluquia, Moluquia…! Escucha lo que tengo que decirte: yo te maldigo por siempre porque has sido infiel y deshonesta, porque has arrancado una a una las sanguijuelas de la piel de un extranjero, porque has aceptado sus regalos y te has paseado con impudicia delante de todos, ahondando en mi público deshonor; porque te has dejado despiojar tu occipucio sagrado por las manos de un enemigo, mientras yo, tu amante esposo, navegaba por ignotos mares para complacer tus deseos y los de tu pueblo. Yo

te maldigo y te repudio, Moluquia, por siempre jamás…

Moluquia se levantó como impulsada por una fuerza telúrica. La luz de la luna cabrilleaba en sus volantes de gorgueras de colores y en su mejor paño de seda, que lucía sobre los hombros para celebrar el malhadado regreso de su esposo. Dando largas zancadas de vuelta a su choza, su resplandeciente silueta se diluyó tras una bruma opalina. Reinaldo se quedó petrificado, como una esfinge funeraria. Tago se desarmó como una marioneta a la que hubiesen cortado los hilos y no pudo ni empezar a traducir lo que bien podría interpretarse sin necesidad de conocer los dialectos de aquellas islas. El chamán dejó caer su calabaza, que rodó por una pequeña pendiente como un caballo desbocado. Kan se llevó a la boca nueces de betel y por la comisura de sus labios, como si se hubiera mordido la lengua, rodó un hilo del mismo color de la sangre. Al sentirse observado por toda la comunidad, se pasó el revés de la mano por la boca y su mentón quedó entero pintarrajeado de rojo púrpura, como una pintura de guerra.

Enseguida salió Moluquia de su hogar con ademanes airados y derramó sobre la arena de su parterre el agua salada que quizá contuviera algún espíritu dubitativo que meditara reencarnarse en sus entrañas. Su figura se perdió en dirección al lugar de la selva donde se decía que habitaba la tribu de los hombres sin cabeza.

Las voces de las nativas daban alaridos de pena porque conocían que detrás de ese gesto se hallaba la aceptación de una inveterada costumbre, según códigos que no estaban escritos en ninguna parte, pero que se seguían a rajatabla desde el principio de los tiempos: la decisión irrevocable de buscar el árbol más alto, marinear por su tronco hasta la copa, lanzarse de cabeza al vacío y destriparse los sesos contra el suelo para proclamar con la muerte su inocencia.

Reinaldo Duarte sabía que sus días de vino y rosas estaban contados si el consejo de ancianos y el chamán le consideraban culpable. Había oído decir que el castigo para los amantes consistía en ser acuchillado colectivamente y llevado, todavía moribundo, a una ensenada en la que sería convertido en pasto para los tiburones. O en el mejor de los casos, podría ser sometido por Appiorán a un

examen espiritual y caso de salir airoso del mismo, ser condenado a la pena menor de ejercer la tutoría y cuidado de los hijos de Moluquia, Nachil y Rachil, hasta que alcanzaran la mayoría de edad.

Alarmado por el cariz que tomaban los acontecimientos, Reinaldo tomó un leño candente para iluminar la peligrosa senda boscosa y selvática, no sabía muy bien si para evitar el suicidio de Moluquia o para escapar de aquel poblado de locos, pero no encontró ni un solo voluntario para tan intrincada búsqueda, ni siquiera entre su tripulación de marineros malayos. Nadie daba un piscis por su vida, teniendo en cuenta que desconocía el lenguaje de los animales y que las criaturas crepusculares resultaban ser muy celosas de su espacio nocturno, que defendían con gruñidos, bisbiseos y graznidos de advertencia. Aun así, se adentró en ese hostil territorio pese a las amenazas que representaban los animales salvajes, la tribu de los hombres sin cabeza, las fumarolas de agua hirviendo y las ciénagas infestadas de sanguijuelas, con la idea de alcanzar a Moluquia y convencerla de la necesidad de enfocar la defensa de su honor de un modo más inteligente y menos cruel para todos. Atrochó siempre para ir ganando tiempo al tiempo, pero los leños solo servían para alumbrar la tenebrosa dimensión de la oscura noche selvática y todas sus caminatas terminaban sin éxito en el mismo sitio, en la laguna de los cocodrilos cobardes y las serpientes astutas.

IV
LA BATALLA DEL CAÑONAZO

EL CONSEJO DE ANCIANOS SE REUNIÓ CON URGENCIA y después de oír un centenar de testimonios, dictó una sentencia de condena perpetua al olvido, parecida a la decretada por Artajerjes contra Eróstrato, el pastor que quiso alcanzar la fama reduciendo a cenizas el templo de Artemisa. Desde ese momento, quedó prohibido que su nombre volviera a ser pronunciado en la isla en un tono elogioso y fue privado de opinión sobre los asuntos importantes que se ventilaban en la isla, tales como la pesca, la caza, las guerras, las danzas, las fiestas y las expediciones ultramarinas, en una resolución que le convertía, a los ojos de todos sus vecinos, en un ser invisible y despreciable. Kan fue recluido en el cobertizo de las hojas tropicales de pándano, donde tomó la datura que le hizo enloquecer de soberbia y celos, bajo la custodia de una pareja de hombres armados con azadones —primos suyos, nacidos como él en Ternate— que lejos de vigilar su posible fuga, se conformaban con impedir su linchamiento público.

Por desgracia, los bebedizos de Appiorán, de pastinaca, hojarasca y aceites mezclados en una olla cobriza, no resultaban eficaces para vaticinar si Moluquia se hallaba viva o no. Sus amigas estaban tan convencidas de que ya no volverían a verla que se repartieron como reliquias sus pertenencias y rescataron de su choza vasijas con restos de saliva y otros objetos personales de su esposo que sirvieran al chamán para preparar un vengativo sortilegio.

Appiorán recurrió a sus poderes mágicos para penetrar en el vaporoso ambiente de sus sueños y castigarle con repetidas pesadillas que le hicieran despertar enfebrecido y envuelto en sudores fríos. Un día después, el chamán se presentó en la puerta del cobertizo donde se hallaba Kan y al percibir su mirada rebosante de miedo desde un ventanuco entreabierto, mojó en el mejunje el hacha ritual de piedra pulida con mango de marfil que le había regalado y apuntándole al corazón le sentenció:

—Yo te condeno a sentir los dolores de mil patadas en el vientre, el ahogo de diez serpientes que te abracen el cuello y el terror de ver al buitre que te comerá los ojos y la lengua antes de viajar a la isla de los pájaros…

Como los augurios del chamán solían ser bastante certeros, Kan se supo en grave peligro de muerte y prometió a sus primos un rebaño de cabras si le ayudaban a escapar del cobertizo, superar los peligros de la selva, el bosque y el mar, y llevarle de vuelta a Ternate para recibir los antídotos mágicos de los chamanes de su tío abuelo, el rajá Abuleis. Sin tiempo que perder, emprendieron la fuga en las primeras horas de la noche con el amparo de una oscuridad abisal. Kan andaba con los pies de plomo de los malos sueños y huía a la velocidad de una tortuga que fuera a desovar a la playa. Se quejaba de una asfixiante congoja que reptaba desde su estómago hacia el cuello con la determinación de diez serpientes pitones constrictoras. A duras penas, llegaron a la playa al amanecer y se hicieron con una de las canoas que sus primos ternateses ocultaban con hojas de palma. En el transcurso de la travesía que separaba Tidore de Ternate, en dirección noroeste, Kan fue contando uno a uno los mil retortijones que parecían desgarrarle el vientre y vio revolotear por encima suya a los buitres que le comerían los ojos. Cuando llegó a las puertas del palacio de Abuleis, Kan ya había perdido el habla. Las luces oblicuas de la mañana proyectaban sobre las casonas de los sirvientes unas visiones de fantasmagóricas y deformes criaturas. Los chamanes de cámara del rajá Abuleis acudieron con presteza a

sofocar sus alaridos de agonizante. Le administraron una decena de filtros, contrahierbas y antídotos, pero no consiguieron neutralizar los efectos de la magia de Appiorán.

El rajá Abuleis ordenó que abrieran el abdomen de su cadáver con un cuchillo plateado y desmenuzaran su hígado y sus vísceras en busca del diagnóstico de muerte por hechizo que necesitaba para declarar la guerra a Tidore. El rajá pidió a sus chamanes que embalsamaran el cuerpo con sus mejores resinas, pero que antes le extrajeran sus grasas con cañas de bambú, y se las cocinaran y sirvieran, a modo de alimento espiritual, para tramar su venganza en el tiempo que durara la digestión.

El difunto fue colocado en un catafalco de losa basáltica. Sus deudos maldijeron aquella boda de conveniencia con Moluquia y pidieron encarecidamente al rajá que retrocediera en el tiempo y volviera a recordar las muchas razones que existían para que de nuevo entraran en guerra el cielo y la tierra, esos papeles simbólicos que una y otra isla desempeñaban en el complejo y dual universo moluqueño, como partes que se necesitaban y complementaban para explicarse a sí mismas, pero que resultaban al mismo tiempo irreconciliables y opuestas. Transcurridos los cinco días de luto decretados para honrar la memoria de su sobrino nieto, el malhadado Kan, el rajá Abuleis dio la orden de dar un escarmiento histórico a sus vecinos, de acuerdo con los planes que había trazado con la ayuda del almuerzo espiritual de las grasas que le fueron extraídas antes del embalsamamiento.

Entre tanto, en Tidore se dio por terminada sin éxito la búsqueda del cuerpo de Moluquia, después de escudriñar los linderos que separaban los poblados de la montaña y la costa, de buscar por los acantilados, bajo los cocoteros de los palmerales que rodeaban el palacio del sultán Almanzor e incluso en las cuevas cercanas que pudieran haberle servido de refugio ante el acoso de las alimañas nocturnas… Pero parecía haberse evaporado. Su misteriosa desaparición dio lugar al nacimiento de decenas de leyendas poéticas y extravagantes que circularían durante meses por las plazuelas de los poblados.

En ausencia del testimonio de Moluquia, el consejo de ancianos pidió al chamán que cumpliera con la ancestral costumbre y examinara el espíritu de Reinaldo Duarte para determinar si era culpable o inocente de adulterio para mandarle a la barriga de un tiburón o condenarle al cuidado, la educación y la manutención de los pobres huérfanos, Nachil y Rachil. Antes del examen espiritual de Reinaldo, el ministro Quichil Rak acaparó la atención del chamán para afrontar con garantías la cuestión de estado en la que se había convertido el infamante comportamiento de Kan y las consecuencias del hechizo que le había llevado a una muerte retorcida. Ante la inminencia de la presumible ofensiva del rajá Abuleis y de su lugarteniente, Francisco Serrano, Appiorán trituró sus plantas sagradas, las disolvió en agua para apaciguar la ira de los espíritus y deambuló por los pasadizos del futuro para profetizar la existencia de la batalla y en el caso de darse, su resultado final. El propio sultán Almanzor pasó varias noches en vela, escrutando la posición de las estrellas, la fuerza de las mareas y los vuelos de las aves nocturnas, pero ningún indicio estelar, marino o terrenal parecía predecir con certeza el enfrentamiento, ni mucho menos su desenlace.

A la mañana siguiente, los aspavientos y mohines de Appiorán indujeron a pensar en la proximidad del enemigo. Los nativos se abastecieron de su anticuado arsenal de dagas, cuchillos, lanzas, cerbatanas, escudos de madera y zurriagas con dardos envenenados y colmillos de caimanes. Con muy pocas variaciones, se trataba de la misma armería empleada en las últimas cinco guerras que se habían librado contra el mismo enemigo. En otro tiempo tal vez las fuerzas anduvieran parejas, pero desde la alianza con Francisco Serrano, y su ejército de arcabuces y cuatro cañones, nadie dudaba de la aplastante superioridad de Ternate; por eso, el consejo de ancianos autorizó al chamán para recurrir, en el caso de ser sitiados, a la conjura de la pérdida del apetito de la población, que tan buenos resultados diera con ocasión de los dos últimos terremotos sufridos en la isla. Pero Appiorán estaba cada vez más macilento y descuidado. Todavía no se había podido despojar de sus vestiduras de gala para estar a la

altura de tantos encargos oficiales como recibía. Se había quedado exánime después de los últimos encantamientos y decía que ya no se sentía con fuerza para más conjuros, ni para seguir con aquella vida vagabunda e incorpórea de chamán, quizás porque estaba reservando todas sus energías para encontrar viva a Moluquia, su querida ahijada.

Con el fin de aplazar la inminente guerra, Reinaldo Duarte se ofreció para mediar con Francisco Serrano y su decena de soldados de fortuna de nacionalidad portuguesa que le acompañaban, incluso a entregarse a la justicia de Ternate, como causante de aquella crisis en las relaciones de los dos reinos vecinos. Sin embargo, Quichil Rak le agradeció su generosidad y desestimó su intercesión porque su sola presencia solo conseguiría agitar más los ánimos y precipitar la caída sobre Tidore de una lluvia de flechas, balas y bolas de cañón.

El rajá Abuleis era un verdadero especialista en puestas en escena y apareció frente a las costas de Tidore en un junco chino de velas de un rojo parecido al de las amapolas, bajo un formidable parasol de tantos colores como el arcoíris, despreciando los peligros del frente y luciendo sobre el pecho el maxilar inferior de la mandíbula de Kan a modo de medallón, ensartado en un collar de finas conchas marinas. Ni siquiera camino de la guerra estaba dispuesto a renunciar a ser atendido como lo que era, un todopoderoso rajá, y a su alrededor pululaba una sumisa servidumbre que se esmeraba en atender sus deseos con la cabeza por debajo de la altura de su ampuloso turbante. Tras el junco de Abuleis, un millar de exultantes y estridentes guerreros ternateses se afanaban en meter el miedo en el cuerpo al adversario y se distribuían en canoas y praos, formando una extensa línea que discurría paralela entre la playa de Tidore y el horizonte. Por delante de todos ellos, amarrado a una especie de trono, en la plataforma central del prao de mayor calado, se hallaba la momia recocida de Kan, con el torso recubierto de barro y sus extremidades pintadas de un color ocre oscuro. Sus familiares más cercanos viajaban en esa misma embarcación, embadurnados con las vísceras del finado,

clamando venganza con sus miradas afiladas sin necesidad de alzar la voz; en nombre de ellos se oía el grito de un guerrero, que nombraba a Kan de una forma obstinada y repetitiva, por si no había quedado clara la razón de tan extravagante batalla. Entonces irrumpió desde la retaguardia una galeaza de velas latinas sin oriflamas que, a juzgar por sus golpes de timón debía ser la del verdadero director de aquella expedición de castigo. Allí estaba Francisco Serrano, que se había subido al último peldaño de la escalera del puente de mandos. Su embarcación avanzó por un mar de olas trémulas que tomaban la apariencia de una gigantesca bandera de franjas para situarse allí donde las aguas empezaban a ser más cristalinas, casi transparentes. Y allí se dejaron ver también los doce soldados portugueses, con pintas de bucaneros, armados con falconetes y mosquetones, esos instrumentos del demonio que, según se quejaban los tidoreses, estaban acabando con la belleza de los viejos combates cuerpo a cuerpo.

Reinaldo se había ocultado tras los helechos que anunciaban la zona boscosa, entre raíces de árboles milenarios, en un difícil ejercicio de mimesis con el paisaje para no llamar la atención, siguiendo las indicaciones de Quichil Rak. Desde allí oyó dar al capitán Francisco Serrano la orden de desplazar sobre la cubierta un afuste de cuatro ruedas que se agitó como la cabeza de una hidra mitológica al ajustarle el punto de mira. La contienda constó de un único y breve episodio. Un chupinazo resonó en el estómago de los nativos como el golpe de tambor que diera un cíclope, como la erupción de dos volcanes juntos. La pelota de hierro describió una parábola perfecta y aterrizó con absoluta precisión sobre el blanco previsto, un granero elevado sobre troncos en forma de octógono y techo de paja que los tidoreses empleaban para el almacenaje de frutas, hortalizas y útiles pesqueros. Como por un ensalmo del chamán, el depósito y todas sus mercancías desaparecieron. Los nativos acudieron con presteza para asomarse al filo del enorme agujero provocado por la bombarda, con el fin de avistar el centro de la tierra y conocer por fin a esas criaturas que habitaban en el mundo inferior. Aquella batalla pasó a ser conocida como la del cañonazo;

la más breve, amén de menos cruenta, de la historia de la guerra en los mares del sur.

El sultán Almanzor ni siquiera se inmutó, fiel a su condición de alto dignatario, amparado por el brillante y mágico plumaje amarillo, azul y escarlata de su sagrada ave del paraíso. Su rival, el rajá Abuleis, le enseñó desde la cubierta de su junco una sonrisa mordida, pero se mantuvo a cierta distancia para que se notara su respeto a la vieja norma por la que ningún gobernante, ni siquiera en tiempos de guerra, podía poner sus pies en una isla vecina si no había sido antes cortés y formalmente invitado. De ese modo, sintiéndose en el centro de todas las miradas, Francisco Serrano bajó de la galeaza, se subió a una chalupa y pese al bamboleo causado por una fuerte resaca marina, consiguió mantenerse de pie mientras se comía un bizcocho rancio. Vestía de forma estrafalaria, con retales de viejas guerras. Parecía que se habían reunido en una sola persona un comerciante chino, un filibustero malayo y un lord inglés; morrión tocado por una enhiesta pluma de ganso, calzón de terciopelo rojo, camisa de lino y una faja por la que asomaban tres puñales y un sable con una vaina de piel de tigre acabada en plata avejentada. Serrano pisó la arena tostada de la playa de Tidore y dedicó una desganada reverencia al sultán y al ministro que acudieron a recibirle. En una ceremonia llena de atávico simbolismo, esperó la llegada de un chamán de Ternate que trajo, en una sanguinolenta bandeja de plata, tres tétricas reliquias a modo de obsequio para Moluquia: la lengua, las plantas de los pies y las palmas de las manos de Kan. Viejos ritos moluqueños. Una de las sirvientas jorobadas de Almanzor acudió a su chasquido de dedos para recibir tan macabro regalo:

—Se lo haremos llegar en cuanto nos sea posible localizarla —dijo el sultán con un forzado gesto de agradecimiento.

—En nombre del gran Abuleis, rajá de Ternate, os hago saber —el capitán Serrano levantó la voz para ser oído por la Corte de Almanzor y el consejo de ancianos de Tidore, y leyó en el dialecto

malayo—: que antes de la anochecida debéis hacernos entrega de veinte jóvenes pertenecientes a familias principales y entre ellos, una de vuestras hijas —miró al sultán para no dar lugar a equívocos— que será tomada como esposa por nuestro señor, el rajá Abuleis, y quedarán en nuestro poder como garantes del pago de un impuesto de guerra que se estipula en cuatro quintas partes de la cosecha de clavo de vuestra isla. Tal es la generosidad del rajá Abuleis que os permitirá hacer uso de una quinta parte para el intercambio de arroz y sagú, por ser productos básicos para la alimentación de vuestro pueblo y no ser el sufrimiento del mismo su pretensión, sino tomar cumplida venganza de los hechos que conocéis.

El sultán Almanzor muñequeaba nerviosamente, subiéndose las mangas de su túnica, y se secaba el sudor con un pañuelo de seda mientras aceptaba, con un ligero cabeceo, los términos de la capitulación, que incluía la entrega de una de sus diez hijas en edad casadera, la princesa Anisa. Quichil Rak sostuvo la sonrisa de conejo recién degollado mientras encomendaba al consejo de ancianos la elección de los veinte jóvenes que servirían de rehenes hasta el momento de la entrega del ochenta por ciento de la próxima cosecha del clavo. Los cuchicheos de los nativos al conocer las condiciones de la rendición le recordaron a Quichil Rak los cantos de chicharra de la última plaga padecida por la isla; llegó a temer que las zurriagas y las hachas que se guardaban en el interior de las canoas no fueran empleadas contra el enemigo común, sino en una rebelión contra el poder del propio sultán Almanzor.

Los quejidos de las madres resonaban como trombones desafinados cuando oían pronunciar los nombres elegidos por el consejo de ancianos para formar parte del impuesto. Appiorán se encargó personalmente de decirles a los hijos de Moluquia, Nachil y Rachil, con torpes carantoñas, por desacostumbradas, aunque quizás por eso más enternecedoras, que su pueblo les exigía el esfuerzo de pasar unos días en Ternate, pero que no temieran por nada, que nada malo en realidad pasaría porque así se lo habían contado los espíritus que habitaban en sus sueños proféticos.

El sultán desplumó su ave del paraíso y regaló a cada joven,

incluyendo a su propia hija, Anisa, una pluma del color que ellos eligieran, como talismán infalible y garantía de un pronto y feliz regreso a la isla. Justo en ese momento de las despedidas, una ligera llovizna de almendras regó la orilla de la playa. Los mercenarios portugueses se miraban unos a otros, aturdidos por tan mágico aguacero, que atribuían al poder de los chamanes o a señales que desde el cielo mandaran los espíritus de los antepasados de los nativos. Los jóvenes rehenes fueron subiendo a punta de mosquetes en barcazas y el rajá Abuleis, con una mueca desafiante, alzó el índice de su brazo izquierdo para dar la orden de retirada y que todos siguieran en procesión el surco que dejaba la plataforma de la momia parda, fangosa y desdentada de Kan.

Reinaldo Duarte vivió las consecuencias de la batalla del cañonazo a la prudente distancia que le había recomendado el ministro y le rogó al chamán que le sometiera lo antes posible al examen de su espíritu. Quería demostrar su inocencia y tomar cartas en el asunto. Volvió a la choza del chamán en compañía de Tago, que asumió su condición de intérprete y testigo de los hechos que se juzgarían en aquella sesión chamánica que podía condenarle a ser pasto de los tiburones. Esta vez tuvo mucho cuidado de mantener siempre la cabeza por debajo de la suya y, en particular, de no pisar su estera mágica: una insolencia que acarreaba ciertas ineluctables maldiciones que ya había sufrido en sus carnes, como ese cólico de origen mágico de sintomatología típica —náuseas, vómitos y diarrea — que le mantuvo durante toda una noche despierto y agarrado a sus tripas oyendo cancioncillas de espíritus y llantos de bebés que estaban por venir al mundo. Ya había asumido con naturalidad esa autoridad que le correspondía al chamán como mediador de lo divino, informador del mundo futuro y del habitado por los espíritus, infatigable viajero a regiones ignotas, siempre al servicio de quiénes, por su torpe y limitada naturaleza humana, solo podían acceder al conocimiento del presente. Dicho así quizás podría resultar extraño, pero Appiorán desarrollaba un oficio beneficioso e imprescindible: recetaba remedios infalibles contra el dolor de muelas, interpretaba los símbolos que aparecían en los sueños,

suministraba a los amantes pócimas amorosas, aumentaba o disminuía los encantos personales, rezaba las salmodias de la construcción de canoas y del cultivo de los huertos, asistía a las parturientas y atribuía a cada criatura nacida en Tidore el clavero que le acompañaría el resto de sus días como una especie de *alter ego*…

Al llegar el inexorable momento del examen espiritual de Reinaldo, Appiorán introdujo en una olla una rara resina rojiza y las cenizas de la corteza de un ciprés, ayudándose de un embudo hecho con hojas de fresno. Luego mezcló en una vasija de barro una flor amarillenta y pálida con un par de hojas dípticas de color grisáceo, le añadió varias gotas de limón y volcó el extracto en la marmita original del emplasto, valiéndose del mismo embudo. Entonces invitó a Reinaldo y a Tago a oler el cuenco humeante, advirtiéndoles con un gesto que todavía no había llegado el momento de beber la infusión:

—Antes debes contestarme a unas preguntas.

—A eso vine.

—¿Complació Moluquia en algún momento tus deseos…?

—No.

—¿Fue infiel y deshonesta, como aseguraba Kan?

—No.

—¿Despiojaste a Moluquia tocando su occipucio sagrado…?

—No.

—¿Arrancó sanguijuelas de tu cuerpo desnudo?

—Sí.

—¿Compartió su comida contigo en presencia de los demás?

—Nunca.

—El mal viajó dentro de una caña de bambú y llegó flotando a la orilla de nuestra isla. El bambú es de una engañosa apariencia, flexible y al mismo tiempo tan fuerte que evita que las lluvias arrastren las tierras…

Appiorán le mostró una caña de bambú de cinco palmos de largo parecida a una varita mágica que utilizó para trazar en la arena una línea divisoria entre ambos. El chamán tomó la caña de bambú,

situándola justo encima de la raya dibujada en la arena y la frotó con las manos a tal velocidad que salió despedida, bailando en el aire a tres palmos del suelo con un bisbiseo de serpiente.

—La caña ha caído de tu lado —resolvió el chamán, tras un incómodo silencio.

—¿Es una buena señal?

—Es señal de que dices la verdad.

—¿Eso es todo entonces…? —preguntó Reinaldo con cierto candor.

—No, por supuesto —contestó secamente.

Appiorán inclinó ligeramente la cabeza, obligando a Reinaldo y a Tago a improvisar una reverencia para que sus ojos siguieran a su misma altura y confirmó que el tibio sol acababa de ocultarse tras las rocas calizas que se apeñuscaban en la ladera de la montaña, siempre veleidosas y dominadoras del paisaje del poblado. Una luna cálida y redonda se había adueñado del cielo. Su influjo y la música de la flauta se apoderaban lentamente del cuerpo de Appiorán, haciéndole entrar en un trance paulatino y placentero, exento de temblores, sobresaltos y sudores. Las estrellas titilaban exultantes y las aves nocturnas celebraban, alborozadas con sus graznidos, el inicio de su turno.

—Los espíritus y las divinidades escuchan las interrogantes humanas a cualquier hora del día, pero sus respuestas solo pueden ser escuchadas por los seres humanos a la luz de la luna.

Dicho esto, Appiorán tomó su flauta de ganso y fue tapando y destapando orificios para arrancar al instrumento sonidos atiplados y arcanos, a veces estridentes, pero que transmitían emociones hondas, mensajes insondables, probablemente dirigidos a ese auditorio del más allá hacia el que elevaba su mirada.

—Kan era un cazadotes, el fruto de una relación maligna. Vino para evitar una guerra y, sin embargo, ha traído desgracias mayores a esta tierra —aseguró el chamán con una voz pausada y sentenciosa.

Entonces invitó a Reinaldo a beber a sorbitos la infusión, que había tomado un ligero color anaranjado, como resultado de la mezcla de las resinas rojizas, las flores amarillas y las hojas agrisadas.

Después le pidió que se quitara la camisa y se tendiera sobre su estera mágica para extender sobre su pecho y su vientre unas hojas de canelo, cálidas y humedecidas, que habían pasado por la olla todavía burbujeante.

—Ahora deja volar la mente, siente llegar a la yema de tus dedos y a cada poro de tu piel la fuerza que te manda el universo y que te permitirá penetrar en el conocimiento de sus misterios…

Reinaldo sintió un leve cosquilleo en la garganta y un principio de vértigo en el estómago. Luego quedó deslumbrado por una luz centelleante y cobriza que le transportó ante un laberinto de helechos del que salió escindido en dos personas distintas, como si su alma hubiese huido irremediablemente, sin la memoria de quién era ni de qué hacía en ese paradisíaco vergel rodeado de agua por todas partes. Reinaldo permaneció atrapado en ese extraño espejismo por un largo tiempo, o al menos eso le pareció, descalzo sobre una arena negruzca, como bañada en tinta de calamar, observando a un tipo que parecía distinto, pero que en realidad se trataba de él mismo, persiguiendo libélulas, escarabajos gigantes y ciempiés trepadores. Ese otro yo era inmensamente feliz como lo fue siendo niño, cuando apelmazaba en la boca aquellas lujosas golosinas que llegaban casi a diario a la plaza del Pelurinho Velho desde lugares que ni siquiera aparecían en los mapas, un variopinto género de frutos secos —almendras, nueces, pistachos, porciones de coco— y confituras generosamente regadas con miel y mermelada.

El chamán despertó a Reinaldo y le pidió que tomara el extremo de una manta de color marrón claro y tirara de ella con fuerza:

—Tienes que saber que tu cuerpo y tu alma se han disociado en algún lugar de tu pasado…

Para su sorpresa, la manta fue estirándose como si no tuviera fin, distorsionándose hasta insospechados extremos, como la propia percepción del espacio y el tiempo. Entre gestos de comediante de mojiganga y nigromante de oscuras artes, Appiorán parecía flotar y alejarse a una distancia que excedía considerablemente las dimensiones de la modesta choza en la que a duras penas cabían dos camastros, una estera y tres personas sentadas en cuclillas. Incrédulo

y aturdido, Tago compartía las mismas visiones de Reinaldo sin haber bebido un solo trago del brebaje.

—Viajaré a las regiones de tu alma con mis alas de pájaro para apaciguar la ira de los espíritus —anticipó el chamán.

Appiorán reapareció ante ellos puesto en pie y de perfil, contorsionando su silueta para proyectar un contorno difuso y deforme sobre el adobe. De repente, su brazo derecho irrumpió por detrás de su propia boca, que parecía agrietarse en el esfuerzo sobrehumano por agrandarla, y lentamente apareció reptando sobre la pared de la cabaña la sombra de un elefante agitando su trompa.

—¿Qué nombre dais a este animal? —preguntó Appiorán a Tago.

—Elefante.

—Reinaldo, tienes el alma de un elefante. Ahora siento tu dolor como el mío, pero el amor cura las heridas del tiempo y al revés, el tiempo cura las heridas del amor —dijo el chamán, mirándole fijamente.

A Reinaldo ya no le hicieron falta más demostraciones de hechicería para creer en el inmenso poder de Appiorán. Nadie en aquella isla había visto jamás un elefante y por supuesto que nadie, ni siquiera su amigo Tago, conocía que en Lisboa su destino se entretejió con el del elefante que el sultán Modafar II de Cambay regaló al virrey de la India, Alfonso de Albuquerque.

—Si quieres encontrar la felicidad en esta parte del mundo tendrás que desvivir lo vivido en la otra, pero antes necesito saber algunas cosas más…

—A eso he venido.

—Está bien, Reinaldo, dime entonces… ¿Quién eres realmente? ¿Por qué tienes alma de elefante? ¿Qué tipo de aventura buscas en este lugar del mundo? ¿Qué relación tienes con esa sanguijuela llamada Francisco Serrano…? Si quieres que te ayude a salir vivo de esta isla tendrás que decirnos todo lo que nos has ocultado hasta ahora…

El chamán terminó envolviéndose en su manta, como un príncipe en su ampulosa capa, y se dispuso pacientemente a escuchar su historia. Reinaldo se fue a buscar su alma de elefante y se quedó flotando en la bruma vaporosa de las viejas remembranzas, evocando el aroma de agua de ámbar y polvo de búcaro que desprendía la biblioteca de maese Queirós, en la atmósfera evanescente de aquellos anaqueles que contenían libros hagiográficos, biblias, cantorales, tumbos, cartularios y tratados sobre plantas medicinales…

V
EL ALMA DE LOS ELEFANTES

En los archivos del Hospital de Todos los Santos de Lisboa constaba que Reinaldo Duarte fue abandonado poco después de nacer, en el último año del siglo XV, como consecuencia de una suma de desgracias propias de la época, como la muerte de su padre en un naufragio en el golfo pérsico y el embarazo imprevisto de su madre, pobre de solemnidad. El Hospital era al mismo tiempo hospicio y asilo, y acogía con la misma naturalidad tanto el principio como el final de las vidas de muchas personas. El niño Reinaldo destacó pronto en facetas que solían tenerse en cuenta en una inclusa, como la buena disposición para los estudios, la puntualidad, la relación con sus compañeros en los juegos y la franqueza con los frailes. Su director espiritual opinaba que ya estaba tardando demasiado en recibir la llamada de Dios, imprescindible para emprender el camino que todos esperaban de sus virtudes y que debía conducirle en tres o cuatro años a ordenarse como fraile predicador de la familia dominica. El niño veía con buenos ojos la posibilidad de embarcarse en la tarea de la evangelización de América, China o Japón, pero una tarde su sinceridad le llevó a expresar al padre superior las serias dudas que albergaba sobre el Dios uno y trino, y la existencia de esa otra vida que espera a todo buen cristiano con la resurrección de los muertos.

Cuando maese Queirós acudió al Hospital de Todos los Santos con una generosa donación, en busca de un chico despabilado,

educado y voluntarioso que pudiera seguir sus pasos de herbolario, el padre superior le dijo que disponía de uno que le vendría como anillo al dedo. Y en menos de un santiamén suscribieron el contrato por el que maese Queirós se comprometió a enseñarle todos los secretos del oficio por cinco años, a cambio de cama, sustento, un par de zapatos, unas calzas de cordellate blanco, un jubón de lienzo y una capa parda.

A la herboristería se entraba por un pórtico de imitación palaciega de la Rua Nova que tenía un parteluz, coronado por dos cabezas pétreas de leones que sostenían, con gestos de pereza, una supuesta divisa familiar: el nombre de Queirós en el interior de un almirez. Sus padres y abuelos se habían dedicado a la pescadería y aunque sabía que nunca podría enlazar genealógicamente con los apellidos de la aristocracia local, maese Queirós se inventó un escudo familiar a imagen y semejanza de los Correia, los Sousa de Meneses, los Veiga y los Portoalegre, que habían construido sus palacetes en la zona baja de Lisboa.

Bajo la máscara de una sonrisa ficticia y muy poco natural, ocultaba un temperamento mudable y una personalidad avinagrada. Maese Queirós era enclenque, casi calvo y patizambo, una característica que no se correspondía con ninguna deformación hereditaria, sino con su último trabajo como jinete del novedoso servicio de postas establecido por Franz Baptista Von Taxis, utilizado por el poderoso factor de la familia Fugger en Lisboa, Jorg Herwart, para comunicarse con Ginebra, pasando por Valladolid, Zaragoza y Lyon. Una buena mañana de invierno, maese Queirós se bajó del caballo, devolvió para siempre el estribo, las albardas y las cinchas, y comprobó que se le habían quedado arqueadas las piernas en recuerdo de aquella agitada etapa de su vida. A pesar de esta ligera contrariedad, nunca sintió complejos a la hora de codearse con los más importantes hombres de negocios, aunque de cintura hacia abajo parecía un paréntesis errabundo y a veces acaparaba con sus requiebros de patituerto las calzadas estrechas de la ciudad. Maese Queirós dio en poco tiempo grandes zancadas en la escala social lisboeta y empezó a frecuentar los paseos más elegantes en una silla

de mano cargada por dos esclavos negros de alquiler. No era ningún secreto, ni tampoco le importaba que el asunto empezara a ser de dominio público, que se supiera que los primeros reales no los ganó como boticario, sino con el corretaje del tráfico de cautivos que, guiados por los látigos de los negreros, llegaban en oleadas desde Mauritania y la India para ocuparse de lo que ya nadie quería hacer en la nueva y opulenta Lisboa; esto es barrer, cocinar, lavar o acarrear sillas de mano como la suya.

La primera vez que vi a Reinaldo Duarte estaba delante de un buró de madera de roble de dos cuerpos, dividido por una mesa que soportaba la parte superior, compuesta por un armario con dos puertas y baquetones moldurados que mostraban más de cien gavetas numeradas, con tiradores de cobre esmaltados y cincelados con nombres incitantes: cañafístulas, tamarindos, mirabolonos… Maese Queirós reconocía que no siempre estos remedios conseguían alargar la vida, pero al menos endulzaban y hacían más llevadera y soportable la existencia humana en medio de tantos males como asolaban al nuevo siglo.

Nunca se sabía si las prisas de Reinaldo eran fingidas o reales, pero sí es cierto que se gastó las suelas de sus nuevos zapatos como esportillero de jarabes, píldoras, electuarios, triaca, mitridato y demás panaceas, aceites de lombrices, lagartos y escorpiones o el popular bálsamo de Fioravanti, que producía siguiendo una fórmula magistral que combinaba resina, almizcle y nuez moscada en unas cantidades que solo maese Queirós conocía. El caso es que la silueta de Reinaldo se hizo familiar corriendo por las laderas y las costanillas, por los arcos y pasarelas, por el mapa laberíntico de callejuelas y fachadas del mismo color de las calabazas. Bajaba y subía escaleras de piedra que conducían a las balconadas de las colinas, donde las altas ramas de los álamos hacían carantoñas a las nubes y desde las que se tenía una fabulosa vista de una oleada de tejados cárdenos y de las fustas y los pataches, empavesados y henchidos de banderas de colorines hasta el palo mayor, que hendían las aguas parduzcas del estuario. A veces coincidía en esos miradores con familias enteras que se asomaban a otear el horizonte

para ver si se acercaban a la costa aquellos galeones que les devolvían a sus seres queridos tras una larga estancia en mares lejanos y hasta entonces desconocidos. Desde la cubierta se devolvían los saludos, los aplausos y los vítores de la gente con salvas que celebraban el final feliz de la travesía por las rutas abiertas por el cabo de Buena Esperanza hacia Ormuz, Goa y Malaca. Los barcos dejaban por su popa una estela jabonosa que Reinaldo asociaba a los batidos de sasafrás, achicoria, ruibarbo y zarzaparrilla de la herboristería. Llegaban cargados con esas raras mercadurías que satisfacían la demanda de melindrería y refinamiento de una nueva clase acomodada que no solo quería imitar a la aristocracia, sino compararse con ella y hasta superarla.

Portugal estaba embarcada en la aventura inabarcable de ocupar continentes que multiplicaban por mil la extensión de su reino; una nación recoleta y recostada sobre la costa que soñaba sueños imposibles mirando al mar. Por eso los galeones volvían ahora con cartas de mercaderes, soldados, religiosos y marineros que contenían poemas de amor, promesas y deseos cumplidos o por cumplir, noticias de enfermedades, sucesos, muertes quizás presentidas, batallas ganadas o perdidas… Así llegaban a las manos de maese Queirós, de forma más o menos puntual, informaciones de las exploraciones, descubrimientos, aventuras, naufragios y otros borrascosos avatares personales de su sobrino, Francisco Serrano, ese mismo joven que un día zarpó con la armada de Francisco Almeida junto a mil quinientos soldados y doscientos artilleros, a bordo de veintidós galeones y seis carabelas, en la sacrosanta misión de arrebatar a emires, sultanes y rajás el dominio de sus tierras en Asia.

A la herboristería de maese Queirós llegaban a diario lotes de jengibre, macis, azafranes índicos y sándalos rojos y blancos. Reinaldo comprobó, en su diario serpentear por la ciudad, que el mundo era mucho más grande de lo que había podido imaginar; al alcance de su mano se presentaban exóticos objetos procedentes de todo el mundo que saltaban a la vista en los tenderetes de la «Ribera das Naus»: añil de Cambaya, tapices persas, porcelanas chinas y piedras preciosas, unas falsas y otras verdaderas.

Impulsado por ese inagotable deseo de experiencias, Reinaldo conoció a un personaje tan insólito como todo lo que se compraba y vendía a su alrededor. Le llamó la atención por el color aceitunado de su piel, por su turbante azafranado y una larga túnica de seda con pliegues de la que brotaban sus pies descalzos. Parecía consumido en un centenar de dudas a la sombra de las lonas de los cambistas, escribanos, memorialistas y notarios, oficios todos muy cotizados en un lugar que empezaba a convertirse en principio y fin de un nuevo mundo, donde se vivía al filo de la despedida y de la muerte; convenía dejar constancia de noticias que bien podrían ser las últimas o las primeras, antes o después, de un largo tiempo de ausencia. Al extraño personaje acababan de pedirle una fortuna, que no poseería ni juntando el dinero que podía amasar en varios años de su vida, por redactar una carta de amor en portugués para una sirvienta del palacio de Ribeira, que pretendía cautivar con palabras prestadas de un idioma que hablaba a duras penas, pero desde luego no escribía de ninguna manera.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Reinaldo.

—Solo si sabes escribir cartas de amor.

Se llamaba Avatari, domador y cuidador de la decena de elefantes que el rey Manuel guardaba en sus establos reales. Avatari llegó con el ultimo lote de regalos del sultán de Gujarat en una especie de arca de Noé que salió de Cochin con dieciséis especies diferentes de animales. Avatari aseaba, educaba y alimentaba a una manada de elefantes que se dejaba ver abriendo la procesión que acompañaba al rey Manuel, y a su corte, desde su nueva residencia en el palacio de Ribeira hasta la Catedral, donde oían la misa dominical. Era tan diestro en este viejo oficio conocido como «mahout» que con sutiles indicaciones táctiles, con los talones o con los dedos de sus pies sobre los lomos de los paquidermos, hacía llegar, a veces de manera delicada, otras ásperamente, las órdenes de la velocidad y la dirección que debía tomar.

—Yo escribiré sus cartas si me permite ver de cerca a sus elefantes… —le propuso Reinaldo.

—Una visita al zoológico real por cada carta que escribas…

—De acuerdo.

Avatari pudo comprobar con el paso del tiempo que Reinaldo tenía el don de conmover a las damas y trasladar al papel, con una impecable ortografía y una exquisita caligrafía, sentimientos tan inexpresables que llegó a sospechar que de tanto pensar en la sirvienta para inspirarse había llegado a enamorarse de ella. Reinaldo cumplió así su sueño de ver de cerca, incluso de tocar con sus manos, a esos gigantescos y mitológicos animales que Avatari cuidaba en los establos de los aposentos reales de Estaus, un palacio que servía también de acogida para ciertos embajadores extranjeros que no eran del gusto del rey Manuel y terminaban huyendo espantados, al segundo o tercer día de su llegada, por los extraños ruidos nocturnos que emanaban del zoológico real y por el insoportable olor a boñiga que se enseñoreaba de tan nobles estancias. De hecho, antes de entregar las cartas a su amante, el «mahout» se ocupaba de perfumarlas para que no se contaminaran con la pestilencia que se respiraba en el primer bestiario del mundo, símbolo real de la expansión y el poder del Imperio portugués.

Ya empezaba a resultar difícil sorprender a los ciudadanos de Lisboa con una ceremonia que fuera realmente original. Los elefantes habían llegado a resultar personajes tan cercanos y familiares que solo causaban sorpresa a los foráneos que se tropezaban con ellos en sus paseos dominicales, aunque una vez a la semana podía contemplarse también, en la gran terraza que daba al muelle, en el Terreiro de Pago, cabalgatas de animales de coloridos superlativos, panteras negras, leopardos moteados, irisados pavos reales y bandadas de loros amarillos recién llegadas de Cabo Verde, papagayos de brillantes plumajes y cotorras de pecho gris que gorgoriteaban con quejidos y sonidos casi humanos, copiados del natural bullicio callejero que creaban a su paso.

Pero la colección zoológica del rey Manuel estaba llamada a completarse con otro animal mítico. Un pregonero con jubón y gregüescos acuchillados de llamativos colores, escoltado por lacayos con libreas de paño guarnecidas de azul y plata, anunció a la población la inminente llegada al Puerto de Belem del galeón

Nuestra Señora de Ajuda con las más variadas especies índicas, entre ellas la nueva joya de la corona: un nuevo regalo del sultán Muzafar al gobernador de la India portuguesa, Alfonso de Albuquerque. El pregonero proclamaba a bombo y platillo que, por primera vez en Europa desde los tiempos del Imperio romano, los ciudadanos de Lisboa disfrutarían de la presencia del verdadero unicornio, llegado desde la lejana península de Jafna. Ya estaba aquí Ganda, el rinoceronte, así conocido por su nombre en gujaratí. La expectación fue tal que una *troupe* de saltimbanquis, malabaristas y acróbatas tuvieron que aplazar su actuación y desmontar los alambres instalados desde un extremo a otro de la plaza de Rossio, en la parte baja de la ciudad, porque resultaría imposible competir con tan grandioso espectáculo. Los zapateros, carpinteros y tejedores del barrio de Alfama cerraron sus negocios por un día entero y se enfrentaron a la untuosa neblina de la mañana para atravesar la ciudad y asistir al gran acontecimiento del año y tal vez del siglo.

Pero Ganda llegó agotado por el largo viaje de cuatro meses desde Goa a Lisboa, pasando por Madagascar, Mozambique y la isla de Santa Elena, y si no se quedó dormido fue por el fastidioso y férreo traqueteo de las cuatro ruedas macizas del carro, que avanzaban lentamente sobre los adoquines de la calzada y le obligaban a guardar un meritorio equilibrio con sus gruesas patas. Ganda resultaba ajeno a las ovaciones que el gentío le dedicaba a su paso. Guardaba un silencio estatuario, como el de la tarasca del Corpus; mostraba una mirada displicente y asomaba lánguidamente su cuerno entre los barrotes de madera de roble. Su cuidador, Ocem, atribuía la insipidez del rinoceronte a la fatiga y al concierto de la orquesta de cámara del rey —sabido era que la música amansaba a las fieras—, que interpretaba durante el recorrido piezas de inspiración gregoriana acompañada con oboe, fagot, trompa y clarines. A su llegada a las inmediaciones de la picota del astillero, donde se continuaba colgando las cabezas de los ajusticiados, se habilitó un espacio para que los grandes señores pudieran asistir al paso de la caravana, acompañados por sus esclavos y por sus damas vestidas de gala, como en carnestolendas. Ni siquiera el piafar de los

caballos enjaezados para la ocasión y encalabrinados por sus jinetes, de calzas rojas y botas altas de gamuza blanca, consiguieron inquietar al rinoceronte en su camino hacia los establos del palacio de Ribeira. A Ganda solo le faltó bostezar al despedirse de sus entusiastas seguidores, antes de ser finalmente alojado a una prudente distancia de los elefantes y del resto de animales exóticos.

El rey Manuel quería poner a prueba la veracidad de los relatos de Plinio el Viejo y Diodoro Sículo, que hablaban de la atávica enemistad existente entre ambos animales, y salir de dudas de las opiniones, diferentes y hasta opuestas, que existían sobre la superioridad de uno u otro. Por eso mandó salir de nuevo a las calles al pregonero y a los lacayos, esta vez para anunciar que el Domingo de la Trinidad tendría lugar en el palacio de Estaus el gran duelo a muerte entre el rinoceronte Ganda, la última gran adquisición de la colección real, y el elefante Alí, el favorito de la infanta Isabel. Durante las dos semanas siguientes, el rinoceronte y el elefante fueron paseados por las principales arterias de la ciudad de las manos de sus respectivos cuidadores, Ocem y Avatari, para caldear el ambiente del combate y de las apuestas, que se habían convertido en el principal entretenimiento de la clase alta de la sociedad lisboeta.

De algún modo, maese Queirós mantuvo su relación comercial con la familia Fugger después de bajarse del caballo de postas de los Von Taxis, pero el negocio de la herboristería de la Rua Nova acusó la disminución de su actividad comercial en Lisboa, en beneficio de inversiones más audaces. La buena estrella de maese Queirós empezó a declinar con la llegada a la desembocadura del Tajo de una nueva generación de mercaderes especializados que encarecieron, hasta multiplicar por diez en algunos casos, el precio de determinados productos que proporcionaban unas ganancias complementarias, como las perlas de Calecar, el oro de Sumatra, los diamantes de Narsinga y esas frágiles porcelanas chinas que a veces llegaban a su destino hechas añicos, convirtiendo su restauración en un oneroso negocio paralelo. Lo cierto es que maese Queirós

decidió dar rienda suelta a su faceta oculta de empedernido jugador y apostó una verdadera fortuna, en cualquier caso, mucho más de lo que había ahorrado en todo ese tiempo, por la victoria del elefante sobre el rinoceronte.

En realidad, no existía en su biblioteca constancia alguna del resultado de estas cruentas batallas que libraban ambos animales desde tiempo inmemorial. Los textos consultados por maese Queirós solo hablaban de la enemistad que sostenían a través de los siglos, pero destacaban la capacidad de los elefantes para penetrar en estampidas en las líneas enemigas, como pretendió hacer Aníbal al cruzar los Alpes en compañía de treinta y siete gigantescos ejemplares y nueve mil caballos. Además, maese Queirós presumía de conocer muy bien a su majestad el rey Manuel y estaba seguro de que nunca organizaría un combate en el que la fiera preferida de la infanta Isabel sufriera algún daño. Tampoco jugaba a favor del rinoceronte la indolencia que había demostrado en sus paseos por las calles céntricas de la ciudad, ni los rumores que hicieron circular en su propia herboristería algunos de los tripulantes que habían viajado con Ganda, quienes aseguraban que llegó enfermo y estuvo a punto de morir de hambre en las Azores porque los grumetes que se ocupaban de bajarle la comida a la bodega se almorzaban a escondidas su ración de higos, mangos y frutas.

Mientras tanto, Reinaldo se presentaba diariamente en los establos del palacio de Estaus para escribirle nuevas cartas de amor a la amante de Avatari, el cuidador de Alí, aun cuando su noviazgo ya no necesitara de tan tozuda persistencia. Reinaldo sabía que el elefante entendía de alguna manera las cosas que le decía su cuidador y como deseaba conocer detalles de esas conversaciones previas a la batalla, acudió para echarle una mano en la titánica tarea de dar a cada paquidermo los treinta litros diarios de agua en pequeñas bañeras y los casi cien kilos en total de sus dietas de bambú, hierbas, hojas de palma y zanahorias, que los animales extraían del fondo de una gran cuba con esa especie de agilísimo y fibroso dedo que les salía de los extremos de las trompas.

—¿Has hablado ya con Alí?

—No, todavía no.

—¿Cuándo piensas decirle que tendrá que enfrentarse a un rinoceronte?

—Mejor será que lo sepa en el momento de la batalla y que se deje llevar por sus instintos naturales.

—¿Crees que ganará…?

—Bueno, ya sabes que Alí es el mejor elefante de la colección real.

—No te he preguntado eso, Avatari.

—¿Te has fijado en el cuerno de Ganda? —Avatari respondió con una pregunta, arqueando las cejas.

—Sí, tiene una punta tan afilada como la de una lanza.

—Pues temo que con ella le destripe y se quede a su lado para ver sus asaduras recalentarse al sol…

—¿Tan seguro estás de eso? —preguntó Reinaldo, desconcertado.

—Así será, salvo que mantenga la distancia a trompazos y levante continuamente sus patas delanteras…

—Mi tutor ha apostado todo lo que tiene a favor de Alí…

—Pues si no puede retirar la apuesta, debería apostar tanto dinero o más por Ganda…

—¿Le has visto combatir alguna vez, aunque sea contra un animal de su propia especie…?

—No, el rey ha elegido para el combate al más alto y fuerte, pero Alí no ha peleado jamás; es un elefante adolescente que ha dedicado su corta vida a jugar, comer y pasear —respondió Avatari mientras veía ducharse a su elefante con su propia trompa.

—Hay que detener este combate, tal vez si el rey supiera todo esto que me dices suspendería la lucha para no contrariar a la infanta Isabel. Tienes que salvar su vida…

—¿Acaso alguien se preocupa por la mía…?

—¿Qué quieres decir con eso, Avatari…?

—Si Alí muriera en el combate, mi trabajo como cuidador no terminaría porque en el establo seguirían viviendo otros elefantes. Si Alí ganara, todas estas cartas de amor que has escrito no servirían de

nada porque aquí terminaría mi historia de amor.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—La fama de Alí atravesaría las fronteras de medio mundo y a mí, como cuidador, me esperaría un largo viaje por las cortes de los reinos con los que el rey Manuel quisiera establecer relaciones comerciales, como pasó con Hanno…

—¿Hanno…?

—Hanno era un elefante blanco e inteligente que el rey regaló al papa. Su cuidador le enseñó a llorar para que sus lágrimas reblandecieran al monarca y a la infanta y le libraran de un viaje que ni uno ni otro querían hacer, pero aquella cara de tristeza le añadió un atractivo más al regalo. Resultó entonces que el rey mandó a Roma el primer elefante del mundo que lloraba y a su cuidador, con él…

—¿Me estás diciendo, Avatari, que deseas la victoria de Ganda…?

—Te estoy diciendo que no quiero abandonar Lisboa y que todo lo que has escrito en mi nombre es cierto: soy un hombre enamorado…

Alí corrió a un limonero cercano para descortezar los frutos con su propia trompa. Reinaldo acudió a su lado y consiguió que se dejara acariciar las orejas, calientes, redondeadas y de caprichosos relieves como las penínsulas de los mapas de la biblioteca de maese Queirós. Se trataba de un elefante singular, dotado de memoria y sensibilidad, que se paraba a distinguir las voces y se calmaba al oír las de entonación delicada de las mujeres y los niños. Todavía no se había apareado y, en cierto modo, dependía de la hembra adulta que dominaba la manada, con la que a diario frotaba su cuerpo y entrelazaba su trompa en solicitud de protección y afecto.

—Tengo una pregunta más, Avatari, y necesito que me cuentes la verdad: ¿Has apostado en contra de Alí?

—Créeme, no tengo un solo real que apostar, pero si lo tuviera, lo haría.

Maese Queirós no prestó atención a todos estos argumentos que Reinaldo le trasladó y mantuvo su apuesta. Así llegó el Domingo de la Trinidad —3 de junio de 1315—, un día muy apropiado para desvelar misterios que, desde sus tiempos en el hospicio, a Reinaldo le seguían pareciendo insondables. El palacio de Estaus estaba decorado para la ocasión con los más brillantes pendones y escudos, que colgaban de sus muros almenados. Alrededor del patio se habían colocado unas empalizadas, reforzadas por sogas fuertemente amarradas a los varales y a los guardabarros de las carretas, dispuestas en forma de óvalo. Su tutor empleó sus influencias con la familia Fugger para entrar y ver el combate desde la viga de uno de esos carruajes que cerraba el paso a los contendientes. Maceras, palafreneros y ballesteros de palacio se las vieron y desearon para contener a centenares de personas que se concentraron en el exterior a la espera de noticias o de un descuido para entrar y disfrutar del espectáculo.

La llegada de Alí, elegantemente ataviado con un collar de terciopelo morado entrelazado con buganvillas, fue anunciada por pífanos y tambores. Las damas de la corte arremolinaban sus camisas de encaje con mangas voladas en los alféizares de las ventanas interiores del palacio. En esto llegó al balcón principal el rey Manuel, acompañado de la infanta Isabel. Avatari le dijo algo a su elefante y le premió con un poco de miel envuelta en una pasta de trigo para que la escandalera de la concurrencia no le afectara. Reinaldo lo veía todo desde una pequeña apertura en la empalizada y no estaba seguro de si lo que realmente necesitaba Alí en ese momento eran unas palabras tranquilizadoras, sino tal vez una arenga que consiguiera enardecerlo.

El rey hizo desde el balcón una leve señal con un pañuelo y el maestro de ceremonias descorrió la tapicería que ocultaba la temible presencia de Ganda. Ocem cubrió su piel acorazada con un manto de barro, soltó sus cadenas y el rinoceronte buscó la sombra mientras agitaba su cabeza para sacudirse unos moscardones que revoloteaban a su alrededor. Al principio parecía deslumbrado por el sol porque se desvió del centro del coso, pero lo que pretendía era frotarse el

cuerno y afilarlo con el dentellón de una de las carretas. Ganda no tenía buena vista de lejos, pero vislumbró la figura del elefante y anduvo unos pasos cortos y silenciosos hasta que rompió a correr como un cruzado poseso que saliera a dar al enemigo un mortal espadazo. Al verlo llegar, Alí soltó un bramido de socorro y corrió despavorido, derribando sin esfuerzo alguno la empalizada, en busca del pórtico que le conducía a su establo, sin reparar en la oleada de pánico que causaban sus pisadas al huir. Y allí quedó Ganda, enseñoreándose del patio del palacio, desabrido como siempre frente a las muestras de júbilo del respetable público, dibujando con su orina una especie de raya divisoria, defecando parsimoniosamente y extendiendo sus heces con las pezuñas a la espera de que su pestilencia de estiércol proclamara a los cuatro vientos la conquista del territorio ganado al elefante en fuga.

Como el propio maese Queirós, el rey Manuel creía que el elefante sortearía la embestida del afilado cuerno, envolvería el cuerpo acorazado del rinoceronte con su gigantesca trompa, lo estrellaría contra el suelo y levantaría sus dos grandes patas para aplastarlo despiadadamente, pero ambos imaginaron una lucha imposible. Su hija, la infanta Isabel, consiguió escabullirse de la vigilancia de la guardia real, corrió escaleras abajo en dirección al establo para consolar al elefante con su melosa voz de niña y le hizo prometer a su señor padre, el rey en persona, que retiraría de su vista para siempre al odioso rinoceronte, en una primera muestra de la personalidad que luego desarrollaría en su ejercicio como emperatriz de España.

En las semanas siguientes a la oprobiosa derrota del elefante, maese Queirós se mantuvo en pie gracias a los propios jarabes de ámbar, talco y lapislázuli que solía prescribir contra el marasmo. Poco después empezaría a dar síntomas de enajenación, perdería paulatinamente esa jovialidad un tanto hipócrita, que venía a ser un sello más de la casa, y empezaría a atender a sus clientes con risotadas grotescas y desplantes inadmisibles. Por los bodegones del puerto ya empezaba a ser conocido como un personaje jocoso y digno de lástima por sus cogorzas nocturnas y sus grescas

tumultuarias.

Para todos resultó doloroso verle caer en desgracia de aquella manera tan ridícula y estrepitosa. Si maese Queirós no hubiese apostado su futuro a una sola carta en aquella absurda lucha de bestias, Reinaldo Duarte no tendría el alma de un elefante, ni posiblemente nada de lo que aquí se cuenta hubiera ocurrido realmente. El poder sobrenatural del sino abarca a todas las personas, desde el rey al más humilde de sus servidores, que eran los cuidadores de su zoológico, y a los mismos animales que poblaban ese nuevo mundo sin saber muy bien por qué habían sido arrancados de sus selvas tropicales, de sus sabanas, de sus bosques, de sus lagos, de sus humedales…

Como había pronosticado Avatari, el vencedor —en este caso, Ganda— se convertiría en una víctima fatal de su propia fama, ganada en tan breve o casi inexistente combate, y embarcó desde el puerto de Belem como un regalo para el extravagante papa León X. Su rumbo se torció porque el rey Francisco I de Francia pidió verlo con sus propios ojos a su paso por la isla de If. Una feroz tormenta, que se desató en el estrecho de Portovenere, desarboló y mandó a pique la embarcación. Ganda barritó desde la cubierta en solicitud de ayuda, pero no pudo deshacerse de los grilletes que apresaban sus gruesas patas. Algunos días después del desastre, el cuerpo abotargado del rinoceronte apareció en la playa de Villefranche-sur-mer junto a los restos del naufragio. Como nadie se atrevió a robar su colmillo de marfil, Ganda no perdió su valor original de regalo pontificio. Fue disecado y embutido en paja, y reemprendió el camino de Roma para convertirse en pieza de museo de la recién construida ciudad del Vaticano. Años después, el cuerpo momificado del rinoceronte sería alanceado como un toro y arrastrado como un pelele por los mercenarios que saquearon Roma, siendo entonces emperador y emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico, además de reyes de España, respectivamente, Carlos y su esposa portuguesa, Isabel, la dueña del elefante Alí…

VI
UN TRITÓN EN EL BAÑO

MAESE QUEIRÓS SOSTENÍA UNA INQUEBRANTABLE FE en las propiedades del mercurio que, en su opinión de reputado alquimista, transformaría el pensamiento de la humanidad, puesto que su composición contenía las claves de la vida eterna, permitía separar el oro de la plata y aliviar los síntomas de una aterradora enfermedad que empezaba a propagarse por Lisboa; un mal llamado de mil formas en esos años: mal napolitano, mal español, morbo gálico, enfermedad de Cupido y finamente sífilis…

Maese Queirós encontró de este modo una última oportunidad para salir a flote en los tejemanejes de la materia prima que necesitaban orfebres, joyeros, vendedores de espejos y alquimistas. La lujosa herboristería de la Rua Nova se convirtió en una tapadera de sus principales fuentes de ingresos, que pasaron a ser sus comisiones en el intercambio de grandes cantidades de pimienta por el cobre que llegaba desde la cuenca del Rhin, por cinabrio y solimán de las minas de Bohemia, Transilvania y el palatinado, y sobre todo por los cien medios quintales de mercurio que arribaban anualmente a Lisboa desde las exclusivas explotaciones de la familia Fugger en Idria.

Los médicos atribuían a mi adolescencia una serie de síntomas que parecían relativamente leves por separado, pero delataban en su conjunto un grave padecimiento. Cada vez resultaban más preocupantes mis muestras de fatiga y abulia, esa pérdida del apetito

que hacía de los almuerzos un trámite insoportable, esos repentinos dolores de cabeza que interrumpían mis clases particulares, esa ronquera que suspendió de forma indefinida mis lecciones de canto, esos inopinados cambios de humor que solían terminar en diarios castigos de mis preceptores. Cuando aparecieron alrededor de mi cuello unas llagas del color de las semillas del café y verrugas, sarpullidos y ampollas que dejaban un rastro de cochambrosas secreciones amarillentas, mi señor padre, el conde de Portoalegre, tomó una serie de decisiones de dudosa eficacia: encargó a bravucones a sueldo que dieran escarmientos en las casas de mancebía del puerto, me encerró en casa y diseñó una serie de explicaciones que solo consiguieron sembrar el pánico entre la población. Llegó a decirse con tal de distraer la realidad que yo había comido del mismo plato que un niño pobre, que me cayeron las gotas de sudor que se desprendieron de la frente del cochero al usar el látigo con los caballos, que había respirado la atmósfera portuaria corrupta por el trasiego de personas y mercancías llegadas desde los más caprichosos confines del mundo solo Dios sabe con qué desconocidos padecimientos… Como era de prever, el miedo se apoderó del negocio de la prostitución y al dispersarse las doncellas por las barreduelas y los muladares, se favorecieron las posibilidades del contagio y su propagación. Los médicos perdieron definitivamente el control de la enfermedad en Lisboa y sus alrededores.

Los doctores de la corte del rey que me atendieron en esos días dieron cuenta de una engañosa mejoría y advirtieron que el mal lanzaba inesperados zarpazos que inoculaban en mi cabeza ideas rayanas en la locura y arrebatos de violencia. Temiendo que algún día dilapidara con negocios poco razonables el boyante patrimonio familiar de los Silveira, que se sustentaba con el comercio de especias, perlas y piedras preciosas, mi padre le encomendó a maese Queirós que me preparara una de las primeras fumigaciones mercuriales de la historia de la medicina. Por entonces yo ya tenía la apariencia de un leproso y a mi alrededor rezumaba cierta pestilencia de pocilga y caballeriza. Maese Queirós me presentó a Reinaldo

Duarte con una innecesaria retahila:

—Os presento a Francisco de Silveira, primogénito de los condes de Portoalegre, la influyente y noble rama de la casa de los Silveira que tan incontables servicios ha prestado…

—Dejadlo ya. Aquí todos me llaman «Chiquinho» —dije en un tono que debió sonar descortés, como casi todo lo que decía en *aquella época de* mi vida, e *impedí* que *Reinaldo hiciera una* ridícula reverencia.

—Yo soy el mancebo de la herboristería de maese Queirós…

—Os conozco desde hace tiempo…

Desde entonces, Reinaldo empezó a entrar como Pedro por su casa en la mansión, con mi diaria medicación de píldoras de Barbarroja, hechas a base de ruibarbo, aloe y cinamomo, y un repulsivo potingue enmascarado en zumos de adelfas y jugos de sabor azucarado extraído de las azuladas flores de cardenal. Tres veces por semana debía bañarme en agua hirviendo y esperar la llegada de Reinaldo, que entraba en esa atmósfera brumosa para darme friegas de aquel milagroso ungüento gris, completando unos reiterados movimientos circulares hasta que el mercurio quedaba pulverizado en todos los poros de mi piel y llegara a parecer uno de esos mitológicos tritones que habitaban, según las leyendas, en las profundidades del estuario del Tajo.

En esa misma época resultaron frecuentes las visitas a la herboristería de un viejo amigo de la familia Queirós, Hernando de Magallanes. Se trataba de un experto marino, hidalgo de armas, noble de cuarto grado y paje de la reina Leonor en sus años mozos. Había comprobado que ya no gozaba del favor real porque le negaban el aumento de medio ducado en su salario mensual, pese a su intachable hoja de servicios en Goa, Ormuz y Malaca, y tenía pendiente un juicio por vender un rebaño de ovejas en África al enemigo. Magallanes era un personaje hosco, tozudo y reservado, ancho de hombros y algo achaparrado, moreno y cejijunto, que ocultaba cicatrices de guerra bajo su renegrida y ensortijada barba, y cojeaba ligeramente por la caída de un caballo y un lanzazo en la rodilla que había recibido en la batalla africana de Azamor. Maese

Queirós era primo de su padre, pero más allá del sentimiento de familiaridad, se sentía unido a él por lazos de gratitud desde que, espada en mano, acudiera a rescatar a su sobrino, Francisco Serrano, de una emboscada del ejército malayo en la que murieron centenares de soldados portugueses.

Magallanes había encontrado en la biblioteca de maese Queirós, entre las tapas de un breviario, un panfleto ajado y escrito en un defectuoso alemán, titulado *Copia der Newen Zeytung au Presillg Landt*, que había llegado a Lisboa de la mano de un anónimo navegante procedente de las islas Madeira. La intención de aquel pasquín era informar a los mercaderes de Augsburgo de la existencia de un cabo y de un estrecho similar al de Gibraltar, a cuarenta grados de latitud sur, que permitiría el paso hacia el oeste con destino a las islas de las especias o lo que es lo mismo, la comunicación de los dos grandes mares que parecían separar el nuevo continente descubierto por Cristóbal Colón.

Reinaldo Duarte coincidió varias veces con Hernando de Magallanes en la biblioteca de maese Queirós y de algún modo llegó a ser testigo de esa terca determinación que luego resultaría decisiva para certificar la redondez del mundo y su verdadera medida. En una lluviosa tarde de otoño, Reinaldo sirvió a Magallanes una tisana con extractos de cebolla, láudanos y jacintos, una especialidad de la casa que resucitaba el ánimo de los muertos. Había llegado a la herboristería con un humor de mil diablos. El rey Manuel no quería recibirle para hablar del gran proyecto de su vida porque consideraba inútil buscar un peligroso e indemostrable paso para alcanzar las Molucas por el oeste, cuando ya su armada lo hacía por una ruta más cómoda y corta por el este. Magallanes pensaba que los seres humanos estaban obligados a conocer la dimensión de la redondez del mundo en que vivían y por eso había que rodearlo por el derrotero que proponía, con barcos de su país o con barcos de otro. Pero más allá de su vocación de explorador, también pretendía reencontrarse con su primo, amigo y viejo compañero de armas, Francisco Serrano. Maese Queirós había dado a leer a Magallanes las últimas cartas de Serrano, en las que decía haber descubierto «un

nuevo mundo más rico y grande que el de Vasco de Gama».

Como no había forma de acceder al archivo secreto de la Torre de Tombo, ni sobornar a los funcionarios que guardaban celosamente los mapas de Enrique el Navegante, Magallanes dedicó sus días y parte de sus noches a preparar el viaje que le haría confluir en el mismo sitio que Serrano, aunque por rutas y bajo banderas bien distintas. Y allí permaneció sus últimos días en Lisboa, en la biblioteca de maese Queirós, donde se guardaban sin inventario tantos volúmenes que a veces tenían que esperar en baúles el momento de ascender a las estanterías, buscando la localización exacta de lugares de nombres sugestivos como Java, Simbala, Solor, Galam, Manloa, Vitora, Rosolanguim, Guli-Guli… Nunca encontraría documentos tan esclarecedores sobre el paso entre los dos grandes océanos como los recogidos en la *Copia der Newen Zeytung au Presillg Landt*, pero sí algunos planisferios basados en los relatos del genovés Niccolo Caveri y alguna dudosa referencia del sexto de los siete viajes del explorador chino Zheng He, que a bordo de juncos chinos de más de cien metros de eslora había costeado el Polo Sur antes que nadie, doblado el cabo de Buena Esperanza antes que Bartolomé Díaz y descubierto el nuevo continente antes que Cristóbal Colón…

En aquellos días, las visitas de Reinaldo a los viejos anaqueles de la biblioteca estaban impulsadas por un viaje menos ambicioso, mucho más breve. Ya por entonces sabía que maese Queirós había decidido prescindir de sus servicios en la herboristería a la terminación del contrato firmado con el padre superior del Hospital de Todos los Santos. Por eso se había entregado a la búsqueda de un golpe de fortuna que resolviera su futuro para siempre. Había leído en un viejo libro del geógrafo árabe Edrisi que «en el último meandro antes de llegar a la desembocadura del Tajo, las aguas lanzaban contra la orilla pepitas de oro como pipas de calabaza…».

—Estás perdiendo la cabeza, Reinaldo, ese geógrafo escribió eso hace más de cuatrocientos años —le advertí cuando me confesó su

propósito en el transcurso de una de mis curas…

—Sí, es cierto, pero también debe serlo que los cetros y las coronas de los últimos reyes portugueses han sido labradas con el oro encontrado aquí, en Almada —señaló con el dedo índice un lugar situado en la otra orilla del río Tajo en uno de los viejos mapas que había encontrado en la biblioteca.

Reinaldo parecía todavía más contumaz que Magallanes y pasó cinco días enteros excavando con sus propias manos puñados de arena que luego hacía pasar por una batea y movía en círculos, como sus masajes mercuriales, pero no halló rastro alguno de aquellas auríferas orillas de las que hablaba el geógrafo árabe. A esas alturas de su vida, ya sabía que las cosas no pasaban por casualidad. Su destino había cambiado como el viento de poniente que arrastraba hacia las costas portuguesas las borrascas del Atlántico, aquellos céfiros voluptuosos que, según las leyendas, poseían el don de fecundar a las yeguas que galopaban distraídas por los prados que rodeaban la desembocadura del Tajo.

Coincidiendo con la aparición de una nueva y revolucionaria medicación contra el mal de las bubas, basada en la madera del guayaco que llegaba desde las recién descubiertas islas del nuevo continente, mi padre movió sus influencias para ofrecer a Reinaldo Duarte un trabajo como grumete en el Mae de Deus. El galeón tenía, entre otras muchas misiones, las de restituir en el mando como virrey de la India y almirante a Don Alfonso de Albuquerque y hacerle llegar indicaciones confidenciales del embajador de Venecia sobre los preparativos de una armada en Suez, que el sultán mameluco de El Cairo pretendía dirigir contra las naves portuguesas en el océano índico.

Portugal estaba ensanchando de tal modo sus límites que sus pulmones parecían estar a punto de explotar. El día de la partida del Mae de Deus se presentaron voluntarios centenares de campesinos empobrecidos por las malas cosechas, con tan poca experiencia en la navegación que el capitán tuvo que colgar ajos en un costado del barco y cebollas en el contrario para hacerles entender el significado de las palabras babor y estribor.

Al viejo malecón de piedra de Lisboa acudieron para despedir a Reinaldo su viejo tutor, maese Queirós, y Avatari, a lomos de Alí, que ya no necesitaba ni los golpecitos de tacón de su «mahout» para caminar por las ya familiares calles de Lisboa. Como pasó años atrás con Hanno, Ali también lloró en aquella despedida. Al ver sus lágrimas de elefante, Reinaldo se abrazó a su trompa y ronroneó unas palabras en sus grandes orejas que solo debían tener significado en el lenguaje secreto que había aprendido a hablar en el transcurso de sus visitas al establo de Estaus. Así adquirió su alma de elefante.

En el transcurso del inacabable viaje al sudeste asiático, Reinaldo limpió la cubierta, izó las velas, trepó por los palos, cantó las horas, dio las cantinelas y arregló varias veces las barbas de los oficiales. Sentía una enorme curiosidad personal por conocer a don Alfonso de Albuquerque, el hombre que hacía llegar aquellos animales exóticos al zoológico real, pero por esas paradojas que seguían dándose con obstinada insistencia en su vida, el Mae de Deus llegó a Goa el mismo día de su sepelio en la iglesia de Nossa Senhora de Serra. El almirante murió sin conocer que le había sido devuelto su rango de virrey con todos los honores ni llevar a cabo sus últimos grandes planes, que consistían en desviar el río Nilo para debilitar el poder de los egipcios y sacar el cuerpo de Mahoma de su tumba para utilizarlo como rehén.

Frustrado por la muerte del «león de los mares», Reinaldo Duarte se convirtió en «Rei, el navegante» y puso rumbo a las islas Molucas para encontrarse con Magallanes…

VII
UN MAR DE SENSACIONES

A PRIMERA HORA DE AQUELLA MAÑANA TIBIA DE OTOÑO, los clavos se veían tan enrojecidos y refulgentes que de las ramas de los árboles parecían colgar corazones palpitantes que estuvieran a punto de caerse al suelo. Los pétalos se habían plegado sobre sí mismos, las cabezas de los frutos alcanzaban el tamaño de un guisante, las hojas ya habían tomado la apariencia de los laureles y las flores, pequeñas, redondeadas y olorosas, tendían a ser tan primorosas como las de un manzano maduro. Aquellos claveros habían alcanzado el esplendor de su poder de evocación. A la sombra de aquella frondosa arboleda, a media tarde de caminata de la playa y casi a tiro de piedra del cono volcánico, en la zona más montañosa y abrupta de la isla, por extraño que pareciera, las fragancias que exhalaban los claveros sugerían sensaciones relacionadas con los viajes por mar y con las esencias mismas de la sal, del hígado de bacalao, de las algas y de la espuma de las olas cuando cambian de color y empiezan a rizarse presagiando un tifón.

El futuro nunca les había inquietado demasiado, pero ahora se hacían muchas preguntas sobre el destino de los hijos de las principales familias de la isla. Temían verse obligados a ofrecer de manera perpetua las cosechas de clavo para liberar a las futuras generaciones de tidoreses, que serían eternamente chantajeadas por tipos sin escrúpulos que ambicionarían su clavo para venderlo en la otra parte del mundo por razones culinarias que no podían entender

del todo; porque armonizaba con el ajo y la cebolla, porque realzaba el gusto de las ensaladas de frutas, de las piernas de cordero asado, de los escabeches de buey…

El chamán Appiorán apareció con más solemnidad si cabe que en otras ceremonias para decretar el inicio de la cosecha, como era preceptivo, con tres golpes de batintín. El chamán en Tidore era el dueño del reflejo del sol y de las sombras, de ese simbólico reloj de arena que marcaba las horas; un vigía del tiempo que daba con su sonajero las señales de la siembra, de la recolecta, de la pesca y de la navegación. Solo él podía ver en los mágicos cristales volcánicos de la montaña escenas de sequía o de guerras invisibles para el resto de los mortales, y desdoblarse y viajar al país de las sombras para interrogar a los espíritus sobre el futuro.

Uno de los nativos se ofreció a subirle a hombros para que procediera a la meticulosa exploración de los primeros brotes. Con cierto pulso tembloroso, en parte provocado por el agotamiento de su portador, cuya cabeza atrapaba el chamán con sus muslos, Appiorán desbrozó varios pétalos orlados por coronas de cuatro puntas, comparó los botones florales con el ancho de su dedo índice y compartió en voz alta su opinión:

—Si los dejamos crecer algo más, nacerá la madre del clavo —aquel mensaje incomprensible para neófitos en la materia significaba que, en ese caso, el fruto empezaría a ser de peor calidad. Después de un expectante silencio y de suspirar tres veces, añadió—: ¡Ha llegado la hora!

Sus tres golpes de mazo causaron tal algarabía entre los presentes que el nativo que le llevaba a hombros tuvo que volverse y mostrar la figura de Appiorán hacia la muchedumbre para que pudiera corresponder a los vítores. Reinaldo recordó el paseíllo que en las tardes de gloria daban a los caballeros que toreaban a la jineta en las plazas de los pueblos. La noticia corrió de boca en boca con la celeridad propia de las revelaciones y los sucesos. En apenas media tarde, casi todas las personas en edad de trabajar de los poblados de

la costa y de la montaña se dieron cita en la ladera arenosa y húmeda del volcán dormido, a los pies de aquellos claveros de ondulantes y sinuosas formas. Enseguida empezaron a desrabar sus frutos y arrebatar al clavo sus pedúnculos florales, depositando los preciados botones en las esteras que se extendían a la sombra de sus propias ramas, con una veneración que se parecía bastante al amor propio, en un sentido no necesariamente metafórico porque todos y cada uno de ellos estaban representados y asociados a la vida de esos mismos árboles desde el mismo momento de nacer.

Los miembros de la tripulación malaya decían que en ningún sitio pagaban mejor por trabajar para una recolecta de especias. Pudo comprobarse que estaban en lo cierto poco después, cuando a la luz de la luna las nativas solteras se desprendieron de sus enaguas de fibras y recompensaron con generosas atenciones sexuales los desvelos demostrados en la dura jornada de recogida del clavo por los nativos que quisieran disfrutar de sus encantos.

El ministro Quichil Rak llegó con sus mejores galas ceremoniales y con el pecho casi hundido por el peso de los collares de espóndilos rojos, que agitaba orgullosamente a modo de condecoraciones. Se dio un paseo por aquel paisaje evanescente, instalado a la altura de las nubes, para confirmar la marcha de la cosecha de clavo y ordenar su posterior traslado a la orilla de la playa para secarlo y entregarlo a las tropas de los mercenarios del rajá Abuleis. Al ver a Reinaldo, el ministro le felicitó por pasar satisfactoriamente el examen de espíritu:

—Enhorabuena, te has ganado ser considerado uno más de nosotros —también le dio a Tago un pequeño golpecito de felicitación en el brazo mientras traducía sus palabras.

—Siempre me he considerado uno de los vuestros —contestó Reinaldo.

—¿Estarás hasta el final con nosotros…? —preguntó Quichil Rak, mientras jugaba con una extrema sutileza con su hacha ceremonial, de un filo tan enrojecido de cortar el fruto del betel que parecía que acababa de cercenar el cogote de un enemigo.

—Nunca podría estar contra vosotros. Tenéis mi palabra.

—Podéis hacer llegar a vuestra tripulación que el porcentaje de clavo que os corresponde quedará a buen recaudo.

—Nunca lo pusimos en duda.

—Tidore siempre cumple lo que promete. Mañana viajaré a Ternate para explicarle a Serrano que en una semana podremos cumplir con nuestra parte del trato y que ahora ellos deben cumplir con la suya, devolvernos sanos y salvos a nuestros hijos…

—Si hay algo más que pueda hacer por vos…

—Si es verdad que el tío de Francisco Serrano fue vuestro tutor, como asegura Appiorán…

—Así es…

—Deberíais sentaros a su lado en el almuerzo que Almanzor dispondrá en su honor. Debéis ganaros su confianza.

—Contad con ello.

Reinaldo había encontrado en la arista de sus viejos mapas, entre la boca del volcán y las olas del mar, una patria que le proporcionaba esperanzas, sueños, negocios y amor, aunque existieran indicios de un futuro veleidoso y tornadizo. El chamán le había contado al ministro detalles de su vida que ni siquiera él estaba completamente seguro de conocer y, desde luego, estaba al tanto de las razones que impulsaron su viaje y del posible reencuentro en las Molucas de Francisco Serrano con su primo y amigo Hernando de Magallanes, que estaría a punto de llegar con una flota de galeones por el estrecho que unía los dos grandes mares.

—Los claveros son nuestros árboles sagrados, forman parte de nuestra existencia, pero quizás desconozcamos algunos aspectos que los extranjeros parecéis conocer… —Quichil Rak solía tocar el codo de Tago cada vez que necesitaba sus servicios como «lengua».

Quichil Rak dispuso que trajeran una decena de cuencos de esa pasta de tono rojizo que llaman sagú, acompañada de sal y limón para sazonarse a gusto.

—Pregunte todo lo que desee saber —dijo Reinaldo mientras se arrellanaba en la cresta de una piedra que parecía el caparazón de

una tortuga gigante.

—A veces me pregunto qué idea tendrán de nosotros en un lugar tan lejano como el reino del que procedéis —Quichil Rak solo concebía hasta entonces un mundo dividido en tres partes, cielo, tierra e inframundo.

—Yo también me hice esa pregunta en Lisboa y llegué a creer que aquí los hombres andaban boca abajo, poseían un solo pie y tenían una cabeza de perro y dos orejas tan grandes que se acostaban sobre una de ellas y con la otra se tapaban para no pasar frío…

—¿Una cabeza de perro…?

—Es el animal más inteligente entre los que conviven con el hombre, un amigo fiel que nunca abandona a su dueño.

—Sigo sin entender por qué nuestro clavo ha desatado la codicia de tantos hombres del otro lado del mundo…

—Vuestras especias sirven para conservar la carne en invierno y dan un sabor diferente a cada plato con las salsas. Existen personas ricas dispuestas a pagar grandes cantidades de oro por mejorar el gusto de sus almuerzos, de sus postres, de sus bizcochos, y el aroma de sus ungüentos y perfumes. La esencia de vuestro clavo encerrada en una pequeña poma aleja las fiebres y las epidemias, combate el mal de ojo y tal vez pueda demostrarse algún día que curan el hipo, el escorbuto, la tos, los espasmos, las náuseas…

—Todas esas cosas las cura Appiorán con sus ensalmos. ¿No hay chamanes en vuestra tierra…?

—Hay doctores y sacerdotes… —Reinaldo sonrió con franqueza al oír la pregunta de Quichil Rak.

—¿Hay muchas personas ricas en vuestro reino…?

—Nuestra sociedad se divide entre ricos y pobres, pero los ricos son pocos y los pobres, muchísimos.

—En nuestras islas, el hombre pesca y caza, y la mujer recoge conchas y frutos silvestres, y el salario de cada cual depende del grado de aceptación de los demás, del beneplácito de todos…

—Eso viene a ser también el significado del salario en nuestro mundo, pero la organización es distinta y el grado de aceptación se hereda.

—¿Cuándo un hombre puede considerarse rico?

—Hay muchas clases de ricos, pero el menor de todos ellos es el que ha guardado más de veinte mil maravedíes o tiene propiedades por un valor superior…

—Lo entenderé mejor si me decís cuánto vale una gallina…

—Sesenta y ocho maravedíes.

—¿Y un pollo…?

—La mitad de una gallina.

—¿Y un huevo…?

—Un maravedí.

—¿Con cuántos maravedíes puede embriagarse un hombre?

—Con diez maravedíes en vino llegará de vuelta a casa dando trompicones —Reinaldo siguió sonriendo ante la obstinación del ministro en conocer los precios de ese otro mundo que se interesaba por el suyo y sus equivalencias.

—¿Son ricos los hombres que vienen en barcos a comprar nuestras especias…?

—No, los ricos son los que mandan a esos hombres por vuestras especias.

—¿Cuántos maravedíes ganan por hacer este viaje?

—El salario mensual depende del cargo. Un capitán general gana doce mil maravedíes mensuales, un piloto dos mil quinientos; barberos, despenseros y ballesteros, mil doscientos, y así hasta llegar al paje, que gana quinientos…

—Decidme algo más… —Quichil Rak daba vueltas con cierta excitación a los anillos de caparazón de tortuga que tenía ensartados en su oreja y a los discos de concha de sus brazos—. ¿Por qué esas personas ricas no plantan el clavo en sus montañas…?

—Porque solo crecen y maduran en vuestras sagradas laderas.

—¿Y por qué en un solo año han llegado más extranjeros que en toda la historia de nuestra isla…?

—Porque el negocio ha movido a los hombres a buscar por el mar rutas más rápidas que en otros tiempos. Antes de nacer vos, la más importante ciudad de la ruta de las especias, Constantinopla, cayó en manos de los turcos, y para evitar pasar por allí y llegar a

Venecia, pasando por Arabia y Alejandría, había que atravesar montañas, desiertos y grandes peligros… Ahora no.

—Me habláis de lugares lejanos y desconocidos…

Quichil Rak decía haber viajado mucho, pero a duras penas conocía cinco de las trece mil islas que se dispersaban por los mares de la vieja Insulindia. Reinaldo tomó una rama torcida del suelo y dibujó sobre la arena el mapa del mundo que a su interlocutor le faltaba por conocer. Puso una piedra blanca para representar a Lisboa y le pidió una concha marina de su collar para simbolizar con más realismo la ubicación de Tidore. Quichil Rak seguía atentamente con la mirada la larga línea punteada que describía Reinaldo, rodeando las costas de África, ayudándose con la teatral imitación del sonido de los vientos que soplaban sobre las lonas de los barcos de golfo en golfo y de isla en isla hasta llegar a su destino.

—¿Por dónde viene ese Magallanes con su nueva armada…?

Reinaldo hizo una pausa y dudó a la hora de explicarle el complejo asunto de la existencia de un papa que impartía bulas que dividían el mundo en dos como una naranja, distribuyendo su jugo entre Portugal y Castilla, de modo que cada nación poseyera las tierras no poseídas por la otra, siempre y cuando los portugueses navegasen hacia levante y los españoles hacia el lado contrario… Pero consideró al final que esa materia resultaba inaprensible y demasiado compleja, incluso para él, y simplificó su respuesta. Se levantó del pétreo caparazón que le servía de asiento y dibujó una raya en sentido contrario y un gran círculo, y contestó por fin a la pregunta:

—Por aquí…

—¿Magallanes también nos amenazará con sus cañones…? —preguntó Quichil Rak mientras entrelazaba sus dedos con la trenza que caía sobre su concha de espóndilos.

—No creo, vendrá a cargar sus bodegas con vuestras especias.

—Es de suponer que siendo Serrano y Magallanes amigos y familiares, como decís, podrían actuar de la misma manera.

—No temáis por eso, señor ministro, negociarán en nombre de su rey, y no en el suyo propio, un precio acorde. Si me permitís el

consejo…

—Por supuesto…

—Deberíais vender sin alzar la tara, es decir, despachar el clavo al peso original y no al que tendrá al secarse, salvo que queráis regalar dos tercios de producción…

—¿Qué clase de mercaderías nos ofrecerán a cambio?

—Brazadas de paño rojo, tazas de vidrio, tijeras, cuchillos, hachas, espejos…

—¿Espejos…?

—Un recipiente plano parecido a un plato que os devolverá vuestra propia imagen, como hace el agua quieta de vuestras lagunas…

—Pediré espejos para mis esposas jóvenes…

—¿Cuántos espejos necesitaréis? —preguntó Reinaldo con una sonrisa espontánea que sostuvo más allá de la respuesta de Quichil Rak.

—Media docena de espejos.

—Centraros preferiblemente en las brazadas de paño rojo y tened en cuenta sus diferentes calidades. No establezcáis por un «bahar» de clavo el precio de diez brazadas de paño rojo sin especificar antes que solo sería a cambio del paño de mejor calidad…

El ministro les pidió que se acercaran a las esteras que soportaban las primeras montañas parduzcas de clavo. Reinaldo pasó la lengua por una de las cabezas de las especias y comprobó que, en contraste con el dulce aroma que desprendía, su sabor era muy amargo. Quichil Rak tomó un puñado con sus dos manos y miró a Tago para garantizar que traduciría con precisión su pregunta:

—¿Por qué puedo intercambiar este montón de clavo en Malaca? —Quichil Rak tomó tantas especias como le cupieron en sus manos y se las llevó a la nariz para aspirar su refrescante aroma.

—Por diez gramos de oro —contestó Reinaldo, que ya empezaba a percibir el cansancio en los gestos de su intérprete.

—¿Qué podría comprar en Malaca con diez gramos de oro…?

—Una banda de corsarios para toda una vida o un junco chino, no sé…

—¿Y un cañón como el que disparó la bola que derribó nuestro granero…?

—En Malaca no, pero en Venecia, España y Portugal, seguramente podríais pagarlo.

—Entonces la próxima guerra no nos sorprenderá con las manos vacías.

Reinaldo y Tago le hicieron una rimbombante reverencia, satisfechos ante la idea sugerida de dar a su negocio la enriquecedora perspectiva del tráfico de armas. A la mañana siguiente, el ministro Quichil Rak pidió audiencia al sultán Almanzor para contarle todo aquello que ya conocía a ciencia cierta: que los españoles venían de camino con la intención de intercambiar clavo con paños rojos de distintas calidades, que la codicia de aquellos hombres había sido desatada por el deseo de los ricos, que los intermediarios encarecían los costes de la pimienta, la nuez moscada y el clavo de tal manera que por un puñado de especias podría comprarse un cañón, que desde la caída de Constantinopla, España y Portugal estaban enfrascadas en una carrera por encontrar el mejor camino para llegar hasta sus islas…

A media tarde, Quichil Rak se marchó a Ternate para anunciar al rajá Abuleis y a su lugarteniente Serrano que ya tenían las cuatro quintas partes de la cosecha de clavo convenidas, no sin antes constatar el estado de los rehenes; que la hija de Almanzor, Anisa, los hijos de Moluquia, Rachil y Nachil, y los demás niños, habían recibido en todo ese tiempo el trato correcto que se les debía.

VIII
LA CONQUISTA DE UN LUGAR EN EL MUNDO

AL SECARSE AL SOL EN LA PLAYA, EL CLAVO SE TORNÓ de un color marrón oscuro y pese a perder dos tercios de su peso original, el alcance de su aroma se triplicó, extendiéndose mucho más allá de lugares que pudieran distinguirse con la vista, desde las oscilantes ramas del bosque a las borrosas fronteras de las nubes que bailaban sobre los verdosos reflejos del mar. Las cabezas de clavo estaban expuestas con cierto desorden, como las invasiones de algas marinas que las mareas depositaban en la orilla de la playa, como las monedas que se lanzan sobre una mesa para redoblar las apuestas en los juegos de naipes.

Francisco Serrano y sus mercenarios llegaron acompañados por remeros y guerreros a bordo de quince canoas ternatesas, las más grandes que habían encontrado en la isla vecina para transportar las ganancias de la que ya era conocida como la batalla del cañonazo. El rajá Abuleis había prestado su junco chino para trasladar a los hijos de las principales familias tidoresas de vuelta a casa. Al divisar la costa e intuir la presencia de sus familiares, los niños saludaban alegremente desde la proa con esas mismas plumas de aves del paraíso que habían recibido de manos del sultán y cumplido su función de talismanes protectores.

Serrano dejó a sus soldados gobernando su chalupa para que no la arrastrara la fuerte resaca y desembarcó frente a las esteras de clavo, haciendo el ademán de abanicarse con la enhiesta pluma de

ganso que remataba su morrión. Después de pasear sin prisas por la orilla, dio el visto bueno a los nativos para que empezaran a transportar los fletes con sumo cuidado, no sin antes precisar que debían utilizar las mismas esteras sobre las que estaban expuestos los botones florales para reservarlos en el viaje a Ternate de las salpicaduras del oleaje y de los perniciosos efectos de la sal. Luego se remangó su camisa de lino, dedicó una mirada escrutadora y un tanto petulante al sultán y al ministro, y les saludó apretando con fuerza sus antebrazos como solía hacer con sus compañeros de armas.

Al sultán Almanzor le disgustó la altanería demostrada por Serrano, pero dio orden a Quichil Rak para que invitara a él y a sus soldados a un banquete de bienvenida. Juntos siguieron una senda polvorienta, marcada por los parterres de margaritas y las conchas rojas que señalaban la dirección de su palacio. En el camino, las nativas tarareaban sus cantinelas y ofrecían a los soldados collares de conchas de colores y cacatúas negras de raras colas amarillentas que buscaban afanosamente resquicios para escapar entre las cañas de bambú de las cestas artesanales en las que viajaban. Cuando se acercaron lo suficiente a las puertas del palacio, Quichil Rak espantó a las hospitalarias indígenas para que no molestaran a sus invitados con tres gritos secos —«Uuup… jiiip… aaap…»— que a Reinaldo le recordaron aquellas órdenes que el «mahout» Avatari daba a sus elefantes cuando pretendía que levantaran sus patas.

Los comensales fueron tomando asiento sobre rocas ígneas, oscuras y pulimentadas. A la derecha de cada invitado se había colocado la cubertería de gala, con utensilios de procedencia china; cucharas de plata y porcelana, y cuencos de cerámica para el caldo de hierbas aromáticas con jengibre y de barro para las pastas rellenas de sagú. Los nativos tidoreses que habían sido invitados al protocolario almuerzo en representación del consejo de ancianos observaban con atención todos los detalles, sin decir una sola palabra, ni atreverse a tocar con sus manos las cucharas plateadas, cuya existencia desconocían porque solían emplearse exclusivamente en las instancias palaciegas. El sultán Almanzor pretendía que sus súbditos

rezaran con la devoción de los musulmanes, batallaran con el arrojo y el desprecio de la propia vida que exhibían los turcos y se sentaran a la mesa con la ceremoniosa delicadeza de los chinos, pero ya empezaba a quedar claro que su pueblo nunca destacaría en una sola de estas facetas.

Francisco Serrano y sus dos lugartenientes se colocaron con su natural impavidez frente al sultán, el ministro y Reinaldo Duarte, a una distancia prudencial que equivalía exactamente a la longitud de un alfanje sostenido en las manos con el brazo extendido. El capitán Serrano no parecía muy locuaz, ni especialmente interesado en conceder ninguna confidencia en público, pero sintió curiosidad por la presencia de Reinaldo Duarte, de quien ya le había hablado Quichil Rak:

—Me ha dicho que nacisteis en Lisboa…

—Yo entonces solo era un niño y vos no me recordaréis, pero coincidimos un par de días en la casa de su tío, maese Queirós…

—Claro, claro, claro… —cayó en la cuenta Francisco Serrano—. No puedo creer que seáis el aprendiz de boticario que tomó a su cargo…

—Así es, Reinaldo Duarte para servirle…

—¿Cómo sigue el viejo maese Queirós…?

—Su estado de salud y el de sus negocios empeoraron al mismo tiempo, pero sobrevive, eso creo…

—La salud y los negocios siempre fueron de la mano en su vida… Y dime, ¿Te tratan bien aquí, muchacho…?

—Traigo mis mercancías, creo lazos comerciales… Busco mi lugar en el mundo.

—Tengo mala memoria para recordar los sueños que me trajeron aquí, pero todos buscamos ese lugar en el mundo del que habláis.

—Yo no pido mucho: una pizca de amor, de fortuna, de aventura, de felicidad…

—Tal vez estés en el lugar correcto, pero yo diría que has elegido el bando equivocado —espetó Serrano, mirándole de arriba abajo con cierto aire insolente.

—No salí de Lisboa por mi gusto, sino por obligación, y los vientos me empujaron hasta aquí…

—Yo podría doblar el precio que os pagan aquí, el vuestro y el de vuestros marineros malayos, para que Ternate se convierta en vuestro nuevo lugar en el mundo. ¿Qué decís?

—Me arrepentiría de hacerlo el día que Portugal mande a estas islas un nuevo gobernador que desapruebe vuestra conducta…

—No estoy dispuesto a aceptar lecciones morales de nadie, mucho menos de un jovenzuelo como vos —contestó, airado, Francisco Serrano, mientras se tapaba con la mano derecha los reflejos del sol que se colaban entre las ramas de los árboles del patio palaciego.

—Disculpad si os he ofendido. Solo digo que ese nuevo gobernador pedirá explicaciones de lo que hacéis en nombre del rey de Portugal.

Tenía más enjundia lo que se callaban que lo que se decían. A ninguno interesaba confirmar lo que sospechaba del otro. Serrano evitó hablar de la inminente llegada de Hernando de Magallanes y su Armada española, y Reinaldo no hizo mención alguna de las cartas que su interlocutor había enviado desde el sudeste asiático, de las útiles indicaciones que le habían servido para llegar a las Islas Molucas. En cualquier caso, ambos sabían que la relación que les unía a maese Queirós les hacía poseedores de comunes e inconfesables secretos. Quichil Rak solo sabía dos o tres frases en portugués, pero le disgustó el tono que había notado en la voz de Francisco Serrano porque la única función de Reinaldo en el banquete era conseguir que se sintiera cómodo y confiado.

El ministro levantó discretamente su mano izquierda, por debajo del hombro, como mandaban las normas de educación, y frotó sus dedos corazón y pulgar con un chasquido musical para hacer llegar en un orden procesional a una decena de jorobadas del séquito del sultán que trajeron a la mesa bandejas plateadas repletas de higos, manzanas, naranjas, maíz, jengibre, miel, batatas y frutos del pan.

Por el lado contrario de la mesa llegaban copas de ribetes dorados de vino de palma y unas vasijas tachonadas de perlitas que rebosaban de zumo de limón, llevadas con tal destreza que en el camino no se derramaba ni una sola gota sobre la arena. Más adelante aparecieron los pollos fritos, servidos con ñame y arroz en unas patenas sobredoradas que portaban unas nativas pizpiretas que parecían haber ensayado una danza que, en realidad, solo consistía en un natural contoneo de las caderas y el zarandeo de sus zarandajas de coral sobre los pechos. Otras nativas contratadas para la ocasión agitaban graciosamente sus collares mientras llenaban las copas de vino de palma. Entre ellas estaba Tunkatu, la aborigen de cara ancha y nariz achatada que bebía los vientos por Reinaldo, pero que ahora parecía decidida a desplegar todos sus encantos para encandilar a Serrano por encargo de Quichil Rak.

El sultán se levantó y, como anfitrión del ágape, propuso un brindis por el intercambio de clavo y rehenes que se estaba llevando a cabo en la playa, y por establecer unas relaciones que en adelante estuvieran presididas por la cordialidad y el entendimiento mutuo. Almanzor tomó un primer trago para demostrar que el vino estaba libre de tósigos, pero Serrano ni siquiera pudo levantarse para alzar la copa y susurró a uno de sus soldados de guardia que se encontraba indispuesto. Se sintió desfallecer y arrojó al suelo todo lo que su antebrazo encontró a su paso en la mesa con un furioso ademán. Los ojos parecían querer escapar de sus órbitas y puso fin al festín con una sola palabra:

—¡Emboscada…!

La guardia pretoriana desenvainó sus espadas y machetes, improvisando un pasillo para facilitar la retirada de su capitán. Uno de los soldados apuntó con su arcabuz al sultán y amenazó con descerrajarle la cabeza de un disparo si le veía a él o a su ministro dar una sola señal de ataque con flechas, varas o piedras, aunque solo fuera arqueando la ceja o frunciendo el ceño. Serrano sacó fuerzas de flaqueza para agarrar por el cuello a Reinaldo y advertirle, entre resoplidos y jadeos que reflejaban su repentino malestar:

—Vos y yo ajustaremos las cuentas; sois un villano y un

traidor…

Reinaldo palideció de miedo, pero no por el pescozón de su compatriota, sino porque descubrió las miradas cómplices del sultán y el ministro, y desconocía si el veneno del árbol de las mangas del que ya había oído hablar en la isla había sido servido con el vino de palma, las frutas o el pollo frito con ñame y arroz, y si habían sido envenenados todos los comensales extranjeros o solo una parte de ellos. El sultán, impertérrito y con gesto pétreo, expresó con su ensayado rictus de no haber partido un plato de porcelana en su vida que no conocía el significado de la palabra «emboscada».

El capitán Serrano despreció orgullosamente la ayuda de su guardia en la huida y caminó hacia la playa por su propio pie, apretándose el ombligo con las manos como si estuvieran a punto de salírsele las tripas por los efectos de un machetazo. Camino de la playa, Serrano seguía repitiendo como un mantra a todos los soldados y nativos de Ternate que se hallaban diseminados por toda la costa cargando el clavo:

—¡Emboscada!, ¡Emboscada!, ¡Emboscada…!

Quichil Rak dio la orden de zafarrancho de combate para recuperar las quince embarcaciones que ya estaban rebosantes de clavo sobre la arena, con las proas dirigidas a la isla vecina. Las palabras de Serrano se multiplicaban como un eco, pero lo que unos nativos ternateses entendían como una llamada a la retirada, otros identificaban como un grito de guerra, y todos quedaron sumidos en un desconcierto que favorecía la estrategia local. Los guerreros tidoreses aprovecharon la confusión y el pánico del enemigo para sacar a relucir esas mismas dagas afiladas y alfanjes de ancha hoja y curvas orientales que habían comprado a Reinaldo y su tripulación malaya. En los primeros escarceos destacaron por su eficacia las zurriagas, esas correas artesanales hechas de resinas de una prodigiosa flexibilidad que lanzaban colmillos de caimán y dardos envenenados que se estrellaban contras los palos mayores y los cascos de la galeaza y el junco chino; a veces, encontraban sus auténticos objetivos, los corazones, los cuellos, los pechos y las piernas de los enemigos. Poco después, la concertina de silbidos y

zumbidos de las zurriagas dio paso a los gemidos y chasquidos propios del cuerpo a cuerpo. Entre las palmeras y la orilla del mar se podían contemplar quince batallas fragmentadas y desiguales por el control de cada una de las canoas, con estratagemas y resultados de distinto signo.

Reinaldo corrió a la playa y comprobó aliviado que el intercambio de rehenes se había producido por completo y que los niños, entre ellos los de Moluquia —Rachil y Nachil—, ya se encontraban a salvo en el interior del poblado. A juzgar por la complaciente sonrisa de Almanzor al verle dar cambaladas, las horas de Francisco Serrano debían estar contadas aunque el capitán portugués había conseguido huir y escapar en su chalupa, acompañado por su guardia personal, en busca de su ración de palo de maluco, el único contraveneno que se había demostrado capaz de mitigar los efectos del tósigo del árbol de las mangas que guardaba en su pechuga el pollo frito. Mientras tanto, sin el preciado apoyo de las ballestas y los arcabuces de los soldados portugueses, las hachas y las cimitarras de doble filo de los nativos rechinaban triunfantes en la orilla, reconquistando aquella belleza y elegancia de antaño que añoraban los nostálgicos de las viejas batallas.

Apoyados en el factor sorpresa y en su superioridad numérica, los tidoreses consiguieron conservar en su poder doce de las quince canoas repletas hasta los topes de clavo; las tres embarcaciones restantes fueron puestas a flote por los rivales ternateses, pese a la fuerte marea de resaca, en medio de una lluvia de lanzazos y de piedras lanzadas por hondas que los nativos manejaban con sus dedos pulgar e índice con asombrosa potencia, pero no con la precisión requerida para aumentar el número de bajas del contrario. Después de hacer un recuento de efectivos y caídos en la batalla, Quichil Rak lamentó los dos muertos y doce heridos registrados en sus filas, pero levantó en señal de victoria el hacha que él mismo hizo después caer, con un golpe seco y definitivo, sobre la cabeza del último prisionero ternatés, que cayó sobre la arena encenizada de la playa. Esa última cabeza enemiga fue ensartada en una lanza y mostrada a los hombres de Serrano que todavía estaban a tiro de

arcabuz, aunque ya no tenían tiempo ni mostraban deseos de encender la mecha de sus serpentines. Contando la última víctima, la decapitada por el propio ministro, el ejército tidorés había matado a siete adversarios ternateses, todos indígenas.

Quichil Rak se abrió paso entre la enfervorizada multitud que le jaleaba como su caudillo y se dirigió a Reinaldo y a Tago para hacerles partícipes de la victoria, aunque habían sido los únicos en aquella isla que no estaban al corriente de la batalla que se iba a librar:

—Vuestros campilanes forjados en las minas de Sula y Butra han resultado decisivos… —les felicitó el ministro.

—Espero que os resulten también útiles en la próxima batalla, pero intuyo que entonces tendréis que responder a bolas de cañones y balas de arcabuces…

—La próxima batalla está lejos de empezar, disfrutad aquí y ahora de esta victoria, que también es vuestra —contestó Quichil Rak, señalando a las nativas que corrían apresuradas de un lado para otro de la playa, enredándose en el pelo hierbas de San Juan y violetas, y ajustándose el talle de sus faldellines, como hacían en las vísperas de las grandes celebraciones.

Almanzor proclamó que aquella gloriosa jornada debía recordarse para siempre y festejarse desde que arreciara la lluvia de almendras de cada tarde hasta que los cálidos rayos del sol de la mañana volvieran a calentar las especias, todavía expuestas en las barcazas, convertidas ahora en símbolos triunfales y ofrendas a los espíritus de los antepasados que, como ya era sabido, no tardarían en acudir a la convocatoria festiva. El éxito alcanzado había restañado las heridas sangrantes del orgullo isleño. Se respiraba una atmósfera de radiante felicidad. Llegaron entonces las aves del paraíso, agazapadas entre los pliegues de las capas oscuras de las últimas nubes de la tarde camino de sus islotes, y dejaron caer desde sus buches la diaria ración de almendras mordisqueadas que se disputaban los niños al caer sobre la orilla de la playa.

—Ya están aquí otra vez, están por todos lados… —advirtió Tago.

—¿Quiénes…? —preguntó, un tanto desconcertado, Reinaldo.

—Los espíritus…

Los nativos decían que los espíritus movían las altas ramas de las palmeras para hacer caer los cocos, y que se notaban sus pisadas porque las hojas resecas del bosque y las conchas marinas de la arena ahumada de la playa crepitaban solas, sin motivo aparente. Ajeno a la celebración, el chamán Appiorán estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la cima de una duna, con el cuerpo embadurnado de especias, junto a su bastón y su ajorca. Hacía sonar delicados arpegios de flauta, su sonajero de calabaza y su tam-tam con un soniquete de latidos lánguidos al principio y trepidantes al final. Parecía ensimismado mientras contemplaba a una pareja de tortugas marinas que fundían cachazudamente sus caparazones entre las olas; aferraba el macho a la hembra con sus uñas y aletas, prometiéndose un placer perenne a la velocidad con la que hacían todas sus cosas, ajenas a la fuerza con la que las mareas las atraían a la orilla y al riesgo de terminar encalladas en la arena.

Cuando el chamán dejó de golpear su tambor de madera de castaño y piel de cordero, Reinaldo se sentó a su lado y le ayudó a hervir el agua, filtrar las substancias leñosas y volverlas a mezclar con la ceniza de la corteza de sus árboles mágicos, para que pudiera meter en la cazuela la parte inferior de un tallo de cactus que había triturado con sus pacientes golpes de mazo.

—¿Quieres anestesiar el dolor de tu corazón sangrante…? —esta vez Reinaldo pareció entender lo que le preguntaba, aunque no sabía muy bien si como consecuencia de sus ensalmos telepáticos o porque estaba haciendo progresos en aquella melódica lengua malaya que parecía creada para cantar canciones de cuna y contar cuentos de miedo.

—No, gracias.

—La madre tierra está enfurecida con los hombres que la

habitan.

Appiorán llevaba varios días insistiendo en que los volcanes despertarían de sus sueños y sus gargantas, irritadas por el odio que se respiraba, empezarían a vomitar fuego, piedras y cenizas. Se lo había confesado antes a un anciano que acudía a sus sesiones chamánicas, quejándose de tan fuertes dolores de cabeza que se creía poseído por espíritus malignos. Sin embargo, el chamán diagnosticó que sus jaquecas se debían a la abundancia de hechos memorizados en un último periodo en que la naturaleza no se había prodigado con seísmos, maremotos o erupciones dignas de mención, pues los recuerdos de los nativos no se retenían divididos por días, meses, años, lustros y décadas, sino por espacios entre grandes hecatombes.

Desde la cresta de la duna, Reinaldo vio por un lado el vuelo de avecillas de picos largos y cabezas de tordos que batían sus plumas brillantes; y por otro, una larga fila de cangrejos que salían en tropel del agua en busca de sus presas nocturnas. Se levantó una leve ráfaga de viento y una vaharada de clavo inundó aquella cenefa de arena volcánica que se extendía entre la selva y el mar, y se dejó invadir por una sensación de sosiego antes de sentirse convencido, por primera vez desde su llegada a ese archipiélago de ensenadas, de la conquista de su verdadero lugar en el mundo. Mientras tanto, inspirado por el paisaje y por sus tallos de cactus, el chamán extendió sus brazos y los agitó como los de un pájaro que fuera a emprender un majestuoso vuelo en busca de visiones inaccesibles para los mortales, antes de formular tres profecías:

—Moluquia está viva…

Reinaldo no tenía forma de saber si aquella revelación pertenecía a la categoría de las que se cumplían o de las que no, entre otras cosas porque Appiorán no empleaba su magia en lo seguro, sino en lo azaroso, por eso necesitaba la fe de sus fieles:

—Si es así, removeré palmo a palmo toda la tierra de esta isla para encontrarla.

—Serrano no sobrevivirá a la cuarta luna…

—Nunca creí que pudiera alegrarme de su muerte —se atrevió a contestar Reinaldo.

—… Y los barcos de los extranjeros vienen de camino…

IX
LOS DIOSES HABLAN POR LA BOCA DEL VOLCÁN

LAS AVES DEL PARAÍSO SURCARON ESA TARDE NUBES remotas y por primera vez en mucho tiempo no llovieron almendras del cielo, de manera que las almas de los nativos se llenaron de oscuros presagios y los pájaros nocturnos ulularon con mucha antelación con canturreos de mal agüero, enmarañados e irreconocibles, parecidos a los chirridos de los goznes de un portón o a los gruñidos de los lobos hambrientos. Como el espíritu del chamán pertenecía a los tiempos en que los humanos y los animales hablaban el mismo lenguaje, le era dado el augurio de los cataclismos y se sabía investido de la autoridad suficiente para declarar los estados de emergencia. Al conocer el presentimiento chamánico, el ministro Quichil Rak mandó descargar el clavo de las canoas y transportarlo al nuevo granero, que había sido construido en un altozano, a la espalda de las chozas, lejos del alcance de un posible desastre natural y del punto de mira de los falconetes de cualquier embarcación enemiga que pudiera acercarse a la orilla.

A lo largo del día se habían producido tenues temblores de tierra; pero justo antes de anochecer, una especie de grito de un dios enronquecido irrumpió desde las entrañas de la tierra, y la isla enmudeció por el tiempo que tarda un ser humano en contener una bocanada de aire y volver a respirar. Cuando los nativos de Tidore dirigieron sus miradas aterrorizadas al cuello de su propio volcán,

sonaron tres explosiones seguidas y una columna de fuego señaló en dirección contraria, la de la boca del Gamalama, el volcán de Ternate.

En las páginas de su libro de contaduría, Reinaldo Duarte escribió que, desde la playa de Tidore, vio correr una colada de lava incandescente y viscosa que abrió caminos de fuego desde la ladera de la montaña hacia su desembocadura en el borde más abrupto y rocoso de la costa ternatesa. De repente, la isla vecina quedó a merced de un cielo preñado de nubes ennegrecidas, de centelleos inquietantes, de humos de colores granates y finalmente de rocas gigantescas del tamaño de pequeñas colinas que sobrevolaban en direcciones caprichosas, como si fueran lanzadas por iracundos titanes ocultos en el interior de aquella montaña.

Súbitamente, las tinieblas envolvieron también la isla de Tidore y sin dar tiempo a nadie para ponerse bajo cubierto en sus chozas, cayó una tromba torrencial de cenizas. Un monzón de titilantes pavesas tomó la playa, como una colonia de impávidas mariposas de fulgurantes alas que estuvieran insufladas de una vida propia por un dios menor. Tan solo el chamán se mantuvo impasible, con la cabeza levantada hacia el cielo, conminando al espíritu del volcán en su secreto lenguaje para que calmara ese insaciable enojo que mostraba. Poco a poco fue creciendo el tenor de los quejidos y sollozos de los nativos tidoreses, envueltos en una vaporosa niebla que les impedía divisar la mortífera munición de escombros y rocas ígneas de distinto calibre que zigzagueaban caprichosamente, procedentes de la isla vecina. Solo los ancianos parecían saber cómo manejarse en aquel apocalíptico desconcierto porque en sus vidas ya habían conocido dos o tres erupciones del Gamalama e invitaban a los niños a protegerse la cabeza con las manos y los brazos y a correr todo lo que pudieran en dirección al collado, entre las dunas y el bosque. Sabían que la primera gran oleada no tardaría en llegar. Estaba claro que los fundadores del poblado habían elegido aquel altozano para edificar sus chozas basándose en la experiencia de aquellos fenómenos cíclicos de la naturaleza.

Tago y los marineros malayos se unieron a la tropa de indígenas

que ayudaban a niños, ancianos y mujeres a ponerse a cubierto. Cuando quisieron darse cuenta, ya todos estaban convertidos en estatuas grisáceas con una mueca de miedo pintada en los semblantes, tan encenizados que ni siquiera Reinaldo, Rachil y Nachil pudieron reconocerse entre sí. Unas nubes de un polvo rojo, procedente del mismísimo averno, avanzaban a ras del suelo y no parecían guiadas por el azar, sino por la persecución de un rastro humano o animal sobre el que extender su caliginoso manto. Reinaldo se frotó los ojos al ver venir las olas gigantescas, rizadas y coronadas por crestas de una blanquecina espuma que alcanzó la altura de las palmeras. Los hijos de Moluquia corrieron tocándose las nalgas con los talones en cada zancada y no pararon hasta que llegaron a la parte más alta de los alcores y estuvieron por fin seguros de no ser tragados por las fauces de aquel memorable maremoto.

Entonces, como por ensalmo, con la respiración aún alterada por el polvo y los gases, Appiorán reapareció en la cima de su duna. Sus prosélitos le abrieron un pasillo entre toses secas y exclamaciones de admiración y se arracimaron a su alrededor para oírle recitar una ristra de oraciones e imprecaciones en el idioma de los espíritus. El chamán se limpió parsimoniosamente el hollín de la nariz y recorrió con su bastón la línea marcada por la nueva orilla, situada diez pasos más arriba de su lugar natural, como advirtiendo al mar que no permitiría que traspasara las marcas de aquella nueva frontera que él mismo marcaba con su presencia. Al ver al chamán oficiar tan teatral ceremonia, Reinaldo esbozó una leve sonrisa y al contraer la comisura de sus labios, el molde de su máscara de ceniza se desmoronó. Bien pudo ser porque Appiorán conociera la fórmula precisa para aplacar la ira de la naturaleza, como creían sus seguidores más fieles, o porque en su vida tuvo oportunidad de familiarizarse con el comportamiento de los volcanes y los seísmos hasta conocer sus límites, lo cierto es que el chamán conquistó el reconocimiento de todos sus adeptos e intentó demostrar que en ningún momento se había movido de la duna; es más, que ni siquiera había llegado a mojarse los pies.

Almanzor se personó en el poblado para conocer de cerca los

estragos del maremoto causado por la erupción del Gamalama. Hubo que lamentar la desaparición de tres nativos, arrastrados por la furiosa embestida de las olas cuando pretendían poner a salvo la última canoa cargada de clavo que faltaba por trasladar al granero. Nunca más se supo de ellos, ni de ese último lote de especias que pretendían rescatar. El oleaje borró media playa de un plumazo, salpicó los penachos de algunos cocoteros e inundó los parterres de las chozas más cercanas a la orilla, formando un manso cenagal que sirvió para que los nativos pudieran limpiarse la cara. No obstante, el temido fin del mundo se quedó en una advertencia dada por los dioses a los hombres por la boca de un volcán. O al menos eso fue lo que dijo el chamán a sus seguidores.

Lentamente fue restableciéndose la normalidad en Tidore, aunque el aire destilaba azufre y las incontables estrellas estuvieron cubiertas tres noches seguidas por un manto nebuloso y opaco. En la distancia todavía se distinguía, bajo una densa humareda, la nube vaporosa que chorreaba por la boca rabiosa del volcán de la isla vecina. Las fumarolas fracturaban la ladera de la montaña y los riachuelos de lava serpenteaban con vida propia y hambre atrasada, arrasando a su paso árboles del pan, naranjos, bananeros, castaños y cocoteros de la isla vecina.

El sátrapa de Ternate tuvo que suspender sus planes, que consistían en invadir Tidore y despojar del trono al sultán Almanzor por mandar embrujar a su sobrino Kan y envenenar al capitán de sus tropas, Francisco Serrano, y centrarse en dar solución a las tres plagas que solían suceder a una desgracia de esta naturaleza: la emigración, la antropofagia y los levantamientos populares. Los más viejos del lugar decían que aquellos despojos volcánicos del Gamalama que habían cruzado el mar tendrían efectos benefactores sobre los árboles frutales y las futuras cosechas de ñame y arroz de Tidore. Al extenderse estos rumores en la devastada Ternate, los súbditos de Abuleis que tenían lazos familiares, afectivos o comerciales con la hasta entonces isla enemiga, y la certeza de ser recibidos con los brazos abiertos, se embarcaron en canoas y balsas en busca de ese futuro mejor que se ofrecía a la vista, a menos de

media mañana de navegación. El rajá Abuleis enfermó de cólera al conocer la fuga de muchos de sus súbditos y no solo ordenó a sus soldados que hicieran guardia por las noches en las playas para evitarlo y mataran sin contemplaciones a quienes fueran sorprendidos en el intento, sino que hizo decapitar y clavar sus cabezas chorreantes de sangre en los cultivos, a modo de condena ejemplarizante y ofrenda de reconciliación con los dioses.

Ya fuera porque tuvieran una vista de lince o una febril imaginación, algunos nativos tidoreses aseguraban que en los días azules y claros se distinguían, desde los riscos de los acantilados, los gestos pesarosos y afligidos de sus viejos enemigos paseando por la playa de Ternate. Los volcanes mostraban su enojo cuando les venía en gana y recordaban la fragilidad de la existencia a quienes moraban en aquellas montañas flotantes que vivían con el fuego en sus entrañas. Así, de repente, los pobladores de las Molucas recuperaron el aprecio por sus vidas y volvieron a vivirlas como hasta entonces lo habían hecho, como un regalo diario que empezaba con la salida del sol y terminaba con la lluvia de almendras de cada atardecer. Y desde entonces, como un aborigen más, Reinaldo también reordenó y dividió las memorias que había empezado a escribir en dos grandes partes: antes y después de la memorable erupción del Gamalama.

X
DESPUÉS DE LA ERUPCIÓN DEL GAMALAMA

DESPUÉS DE LA ERUPCIÓN DEL GAMALAMA, REINALDO Duarte detectó la presencia de ranas voladoras que se lanzaban desde las más altas rocas al cenagal creado por el maremoto; ranas que parecían imitar a esas crías de pájaros a las que sus madres inculcaban que a volar se empezaba así, dando un salto gigantesco; ranas que no disponían de alas, pero extendían sus membranas y planeaban aprovechando las caprichosas corrientes del aire; ranas sopranos, que inflaban sus gargantas cantarínas y croaban felices al descubrir que no estaban solas en el charco…

A diario llegaban a la orilla de Tidore inestables y diminutas balsas cargadas de gente con la desesperación enquistada en las miradas. Uno de ellos, un malayo que respondía a un nombre cristiano, Manuel, vino para concertar una entrevista con el sultán Almanzor en nombre de su señor, el caballero portugués Francisco de Lorosa. Según decía, Lorosa había renunciado al ofrecimiento de Abuleis de reorganizar la tropa de Serrano, entre otras cosas porque aglutinar a esos hombres resultaba ya una tarea imposible; desde el envenenamiento y la muerte de su capitán, unos habían cambiado la disciplina militar por una vida mucho más placentera y otros habían desertado y tomado nuevos rumbos ante la inminencia de la llegada a Ternate de Antonio de Brito, el nuevo gobernador. Sabían que Brito llegaría dispuesto a colocar en lo más alto de una pica las cabezas de los mercenarios que actuaron en todo ese tiempo sin

atender al interés, la imagen y el servicio de Portugal. Sin ir más lejos, se habló mucho en esos días del incidente protagonizado por una carabela portuguesa que acudió a la isla de Bachian para cerrar un negocio de quinientos bahares de clavo; fue tal la cogorza de licor de palma de los siete marineros portugueses que al bajar a tierra para cargar las especias, persiguieron indígenas casadas y llegaron a penetrar en la sala del harén del Emir de Bachián, que al día siguiente pasó a cuchillo a los culpables y se quedó con la mercancía en compensación por los daños sufridos…

El caso es que Manuel contó a Quichil Rak que Lorosa no estaba dispuesto a esperar la llegada del gobernador, que no dudaría en castigar los desmanes cometidos por sus compatriotas en todo ese tiempo. El plan de Lorosa pasaba por enrolarse en la armada de Magallanes, que debía estar a punto de aparecer por Tídore en busca de especias. Estaba dispuesto a preguntar el precio que tendría que pagar para subirse en uno de sus galeones, de vuelta a España o a Portugal, lo mismo le daba, en compañía de su esposa javanesa, que perteneció a la misma corte de la viuda de Serrano, y de sus dos hijos pequeños. Quichil Rak contestó a Manuel que podría hacer llegar a su señor que el sultán Almanzor no le recibiría porque estaba muy ocupado, atendiendo al gobierno de su reino por las mañanas y a los designios de las estrellas por la noche, pero que por razones de afinidad e idioma le atendería un compatriota suyo. Ya por entonces, Reinaldo se había ganado la confianza del sultán y no solo asesoraba al gobierno de Quichil Rak, sino que ejercía ciertas funciones plenipotenciarias y disponía de libertad para alcanzar determinados acuerdos a cambio de obtener informaciones útiles.

Pedro Francisco de Lorosa —ese era su nombre completo aunque era más conocido por su apellido, Lorosa— había llegado a Ceilán después de desertar; al calor del formidable y dulce negocio de la canela en rama, cuya demanda crecía en Europa conforme aumentaba su prestigio como especia poseedora de poderes curativos contra la tristeza y todos los males del alma. Lorosa amplió su negocio en Mutir y Bandán, donde acudió en busca de cinamomo y nuez moscada. Sin embargo, unos meses después se dedicaría en

cuerpo y alma a la exploración de islas ignotas con la esperanza de hallar, siguiendo un mapa secreto, el reino sagrado de los macrobios, unos seres monstruosos que ejercían de custodios de tesoros de incalculable valor y de mares salados de fondos sembrados de perlas del tamaño de huevos de tórtola. El rastreo de las pistas que tenían sus misteriosas cartas náuticas le condujo finalmente a Java, donde se unió a la tropa de soldados que capitaneaba Francisco Serrano y entendió que no había tesoro más preciado que el de la felicidad, ni perlas más brillantes que las de los ojos de la nativa javanesa que le acompañaba.

Lorosa llegó a Tidore a bordo de un prao que carecía de velas, timón y remos, pero que parecía deslizarse sobre las olas como si fuera llevado por cuerdas invisibles tiradas por briosos delfines. Vestía una resplandeciente camisa blanca de mangas raídas y tan anchas que tenía que sujetárselas para que no le ocultaran las manos. Se decía que sus botas altas de filibustero eran las que calzó hasta el día de su muerte el mismísimo Francisco Serrano. Lorosa se había cansado de ser un personaje de fábula y ya no disimulaba ni quería parecer otra cosa distinta de lo que era, un hombre en huida, cansado de perseguir sueños deshilachados. Venía acompañado por su esposa javanesa y sus dos hijos pequeños, que bajaron de la barquichuela con la ayuda de su criado malayo, Manuel. Traían presentes para el sultán y su ministro: una aleta seca de tiburón de dudosa utilidad y a falta de perlas del tamaño de los huevos de una tórtola, una concha descascarillada y revestida por un ligero vestigio iridiscente de nácar, apenas una reminiscencia de sus quimeras.

—Sed bienvenidos —dijo Reinaldo, abriendo los brazos con un gesto hospitalario.

—Gracias, espero que el sultán Almanzor sepa apreciar que nos hemos jugado la vida por estar aquí.

Lorosa dio un leve respingo al observar a su lado unas extrañas botas en forma de pata de ganso; eran los pies de Appiorán, que trazó una raya de dos codos de larga sobre la tierra y lanzó su tallo de bambú para determinar si se trataba o no de una persona de fiar.

—No os preocupéis, si no os duele el estómago a lo largo del día

es que el tallo ha demostrado que venís con buenas intenciones —reía Reinaldo, invitándole a seguir el camino serpenteante que dirigía al bosque para alejarse de las miradas curiosas de los indígenas.

Lorosa parecía sorprendido con los colores y los tamaños, ya fuera por imperceptibles o superlativos, de los insectos y de las moscas azuladas con cabezas de elefante, cuernos de gamo y patas tan enormes que al posarse alcanzaban la altura de un pichón.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí, Reinaldo?

—El suficiente para saber que este es mi nuevo lugar en el mundo.

—Yo, en cambio, no tenía ni presente ni futuro en Ternate.

—¿Por qué debo creer que habéis perdido el favor de Abuleis y no sois un espía…?

—Abuleis se molestó por mi negativa a sustituir a Serrano y me retiró el poder y la facultad de opinar. Ya sabéis lo que dicen por aquí, que un hombre privado de opinión es solo la sombra de un espíritu vagabundo…

—Tal vez haya influido en vuestra decisión la llegada del nuevo gobernador, Antonio de Brito…

—Sí, también es cierto, está a punto de llegar con una flota de galeras…

—Podéis hablarme en confianza…

—Es cierto, el nuevo gobernador colgará de una pica las cabezas de quienes considera mercenarios que han actuado por cuenta propia. Nadie vino en nuestro auxilio en todo este tiempo y ahora, sin embargo, se nos juzgará como si hubiésemos tenido otra opción…

—Parece una broma del destino que ambos nos hayamos convertido en enemigos de la patria que nos vio nacer en el lugar más lejano que fuera posible imaginar…

—El destino me empuja de vuelta a casa, pero ya solo desde esta orilla podría subir a los galeones españoles. Estoy dispuesto a pagar el precio que me pidáis —Lorosa todavía no había soltado la empuñadura de un puñal que asomaba por encima de una especie de

fajín, en espera de un gesto de Reinaldo que irradiara cierta confianza.

—El precio es ser útil en todo este tiempo al sultán Almanzor y continuar siéndolo después para los españoles en su viaje de vuelta a casa —Reinaldo llamó a uno de los sirvientes de Quichil Rak para que le acercara un zumo de limón a sus familiares, que se habían sentado en un montículo de arena oscura y algas verdosas.

—Tengo buenas noticias para Almanzor: su hija Anisa ha dado a luz a su nieto, de nombre Calanogapi, que será el heredero del trono de Abuleis. Podéis hacerle llegar al sultán que ella espera que el nacimiento de su hijo sirva para la reconciliación de los dos reinos y no para lo contrario…

—Haré llegar la noticia al sultán lo antes posible, a través de su propio ministro.

El paseo que emprendieron Lorosa y Reinaldo venía señalado por un pequeño arroyuelo que se abría paso entre piedras calizas y formaba una diminuta cascada, tapada por las frondosas ramas de un pino. Lorosa hacía aspavientos, braceaba y se golpeaba con la intención de aplastar mosquitos tan pequeños que escapaban a su vista y, sin embargo, le aguijoneaban los párpados y las mejillas con sus lenguas incendiadas.

—Frotaros la piel con esto —Reinaldo abrió un plátano y compartió con su invitado una parte de la cáscara—, os evitará el escozor. ¿Sabéis si ha llegado a Ternate alguna noticia de Magallanes y su armada…?

—Parece que ha conseguido demostrar que el continente descubierto por Cristóbal Colón no se extiende sin interrupción de polo a polo, es decir, que existe un estrecho…

—Yo conocía también esos mapas que demostraban la existencia de un paso al sur del continente… —Reinaldo calló, más por modestia que por prudencia, para no descubrir que había asistido a la forja del más ambicioso viaje hecho hasta entonces en la historia del hombre.

—No puede saberse exactamente cuándo ni en qué condiciones llegará, solo que salió con la ayuda del oro de Castilla, entre otras cosas porque solo a Castilla podía interesar este viaje a las Molucas por el oeste.

—¿Sabéis si han mandado desde Malaca alguna flota con la intención de interceptar a Magallanes…?

—El nuevo gobernador vendrá con noticias frescas. El año pasado tuve novedades porque coincidí con la flota portuguesa que venía a cargar especias en Bachian y quedó retenida en Bandán por el mal tiempo. Allí fue donde el capitán Tristán de Meneses me contó que Magallanes había dicho que las Molucas caían bajo jurisdicción española y que pagaría tarde o temprano su traición…

—Comprendo el desagrado que habrá causado en Portugal el éxito de Magallanes…

—Ya os podéis imaginar los comentarios del capitán Tristán: «Valiente escándalo…». «Es que ya no existe el honor y la vergüenza en este mundo…». Pero todos los geógrafos y marinos portugueses están convencido de que Magallanes no está en lo cierto y que las islas Molucas pertenecen a Portugal.

—Creedme, nadie dispone en el mundo de los instrumentos adecuados para hacer un cálculo de longitudes tan certero para asegurar la demarcación exacta en la que caen estas islas…

«Toc, toc…». Dos golpes secos interrumpieron la conversación. Una inesperada explosión de manchas azules, pardas y rojizas se alzó sobre la cabeza de Reinaldo, que levantó la mirada hasta encontrar una pareja de trogones que construían sin prisas sus nidos, mordisqueando las ramas con sus cortos y coloreados picos de tucanes.

—Pues bien, Tristán de Meneses me contó que habían mandado una expedición al cabo de las Tormentas y otra al cabo de Santa María, en el nuevo continente, pero la suerte y los vientos contrarios impidieron el éxito de la misión —Lorosa comprobó que Reinaldo seguía vivamente interesado en esos pequeños detalles con los que

podría ganar su confianza y hacer realidad su sueño de embarcarse en los galeones de Magallanes para empezar una nueva vida.

—Era de esperar que siguieran intentándolo…

—Más adelante, Diego López de Siqueira mandó seis naves con la intención de hacerles frente y apresar los galeones de Castilla, pero apenas un mes después se vieron obligados a cambiar de rumbo y enviar esa flota al mar Rojo para frenar el avance de la Armada turca de Solimán el Magnífico contra Malaca. Todo el esfuerzo de la Armada portuguesa tuvo que centrarse en atacar las galeras turcas en el puerto de Adén antes de que zarparan. Por eso creo que Magallanes llegará a su destino, aunque esté por ver si lo hace con sus cinco barcos…

Lorosa interrumpió su relato al contemplar, entre la hojarasca, un brillo parecido al de dos gemas enroscadas en el centro de unos anillos verdosos; eran las pupilas de una serpiente reconcentrada en sí misma en una viscosa espiral.

—Aquí existen cosas que exceden a la imaginación de los hombres —afirmó Reinaldo.

—No subestiméis la imaginación humana —contestó Lorosa, tal vez aludiendo a su insensata búsqueda por los mares del sudeste asiático de unas perlas del tamaño de los huevos de una tórtola.

XI
EL PREGÓN DE LA MUERTE

TRES SEMANAS DESPUÉS DE LA ERUPCIÓN DEL GAMALAMA, el rajá Abuleis murió retorciéndose de dolor, ahogado en el charco de su propio vómito, emponzoñado con oropimente disuelto en la copa de vino de palma que le sirvió Sania, la quinta de sus siete esposas y primera de las hijas del rey de Bachián. Sania se deslizó esa noche entre los mullidos cojines de la habitación real, despojándose de su translúcido velo de seda para desplegar su plan con la frialdad de una encantadora de serpientes. El rajá no se tomó la molestia de llamar al esclavo que ejercía el oficio de catador de venenos y se bebió la copa de un trago, sin parpadear. La dosis empleada resultó demoledora. Nadie pudo borrarle de la cara el rictus de la última náusea. Sania tenía sus razones. Días atrás, Abuleis había amenazado con declarar la guerra al emir de Bachián —suegro del propio rajá y padre de Sania— si no rompía sus tradicionales relaciones amistosas y comerciales con el reino de Tidore. Sania tomó partido por su padre al conocer que Abuleis tenía previsto mandar contra su pueblo una expedición de castigo cuando el ejército se reorganizara tras la irreparable pérdida del capitán Serrano y se recuperara de los devastadores efectos de la erupción del Gamalama.

Siguiendo el ritual fúnebre, las seis viudas fieles del harén de Abuleis —al frente de ellas Anisa, hija de Almanzor y madre del heredero Calanogapi— se raparon las cabezas y cubrieron sus caras

de hollín. Una por una, acompañadas de todos sus hijos, fueron jurando sobre su tumba una venganza imposible porque ya cortaban las olas en dirección a Tidore dos juncos chinos con Sania y gran parte de su familia. Por mucho tiempo se investigó la posibilidad de una gran conjura porque el plan necesitaba de muchos y variados cómplices, y la huida de la envenenadora con su séquito no podía improvisarse de la noche a la mañana. Lo cierto es que todos los parientes de Sania que habitaban en Ternate habían sido avisados con anticipación para que estuvieran dispuestos a emprender la apresurada huida, con todas sus pertenencias, en el puerto de Talangomi; todos, salvo un tío y un hermanastro suyos que no pudieron ser localizados a tiempo y pagaron con la vida su falta de hábitos rutinarios; ambos fueron martirizados para que confesaran lo que de ningún modo podían conocer y, finalmente, sus cabezas quedaron empaladas, empapadas en sangre y colocadas a uno y otro lado del catafalco real, señalados en las exequias como responsables de una rebelión de la que no habían tenido noticias; es más, de haberlas tenido, habrían salvado sus vidas.

Al comprobar que era jaleada desde la costa de Tidore como una heroína, la princesa de Bachián, Sania, saludó desde el estrado del junco, ondeando la mano al mismo compás de una delicada banderola de seda que mecía el viento. Los elementos decorativos de la embarcación tenían una disposición poco natural, una cola de serpiente en la proa y una cabeza de lagarto en la popa que hacían pensar, a cualquiera que observara la escena con atención, que el junco navegaba al revés. Los atabales retumbaron con tal estrépito al llegar a la ensenada que muchos temieron que fueran a conmoverse las entrañas de la tierra y despertaran de su sueño al volcán tidorés, el Kiematabu, que llevaba más de una década sin dar señales de vida.

Al día siguiente se pregonó la muerte del aborrecible Abuleis por todos los rincones de Tidore y sus islas aliadas, y fueron declaradas

tres jornadas festivas para celebrar la gesta de Sania. Los festejos dispuestos solo podían compararse en regocijo y fasto a los que se dedicaban en honor de los héroes de las guerras ganadas o de los dioses protectores de la naturaleza, cuando los eclipses de luna no acarreaban cataclismos ni desgracias. Soplaba un viento cálido, un aire nuevo. Una luz resplandeciente iluminaba las lanzas, los brazaletes y las conchas marinas que los más jóvenes disponían en la arena para sus danzas guerreras. Se organizaron luchas a un solo pie por las mañanas, juegos del escondite para niños por las tardes y concursos de cuentacuentos al calor de las lumbres por las noches. La playa se llenó de nativos del poblado de la montaña, de cazadores de dotes procedentes de otras islas, de parejas que se prometían amores eternos en los caminos secretos del bosque, de familias enteras que acudían a la cresta de los acantilados en plácidas excursiones para tener buenas vistas, de jóvenes guerreros de Bachián que venían para servir de escolta a la princesa Sania en su regreso a casa… Las adolescentes lucían sus mejores faldellines vegetales y a su paso por la orilla, en un ambiente de cautivadora sensualidad, los chicos les ofrecían peines de hueso y collarines de coral a cambio de un chapuzón y alguna caricia erótica bajo la espuma de las olas; tal vez algún desprevenido amante terminara mal su romance, con los clásicos rasguños en el cuello que provocaban las afiladas conchas que las nativas utilizaban cuando se sentían despechadas, pero se trataba de un riesgo que merecía la pena correr y debía aceptarse como parte del juego que empezaba con una inocente mirada amorosa…

Almanzor se dejó ver por la orilla de la playa, acompañado por sus hijos, sus sirvientes y su séquito de jorobadas vestidas de negro, que siempre miraban al suelo y llevaban las manos ocupadas con copas repletas de betel, frutos secos, jengibre y vino de palma. El sultán se colocó, como siempre, en un entarimado de troncos, una especie de balsa por terminar, desde la que disponía de una buena visibilidad para disfrutar de las tradicionales competiciones de canoas que, a media mañana de cada día festivo, reunía a las expertas tripulaciones del archipiélago en una dura rivalidad por

premios que solo tenían un valor moral, como una ovación, un collar de conchas rojas, un banquete en su honor o las sensuales atenciones de las jóvenes solteras.

Reinaldo pensaba al contemplar todo esto que, a fin de cuentas, tampoco resultaban tan diferentes el fervor que despertaba entre la muchedumbre los paseos del sultán y su séquito por la playa, en comparación con esos otros desfiles de la familia real portuguesa por las calles de Lisboa, camino de la catedral para oír la santa misa o por el puerto de Belem, para las recepciones de aquellos zoológicos flotantes que llegaban por el estuario del Tajo con elefantes, rinocerontes y loros, cacatúas y papagayos de los más variopintos colores. Almanzor notó que Reinaldo le miraba fijamente, como ninguno de sus súbditos tendría nunca el atrevimiento de hacerlo, y mandó a uno de sus criados a decirle que estaba invitado a subir a su estrado. Tago le acompañó con la intención de pedirle unas bien calculadas disculpas en su idioma por una mirada que, en su cultura, no representaba ninguna falta de educación, en todo caso interés y curiosidad, pero que en las Molucas podría costar una sentencia de muerte. Las jorobadas le ofrecieron de la propia bandeja real raciones de betel, esas nueces estimulantes que pintarrajeaban la sonrisa de un intenso color rojizo. Reinaldo le agradeció el agasajo, pero rechazó prudentemente la invitación y alargó la reverencia con una exagerada flexión de piernas de modo que su cabeza no sobrepasara la altura de su turbante de seda. Entonces Almanzor se giró sobre sí mismo como una danzarina, con una agilidad impensable para un tipo tan tripudo, con la idea de mostrarle la camisa de tela blanca con ribetes dorados, el faldellín azulado y la guirnalda de margaritas que orlaba su tocado.

—¿Os parece apropiado este atuendo para recibir a los españoles?

—Del todo apropiado, Señor.

—Parece que sus naves se retrasan…

—Es el viaje más largo de la historia de la humanidad, majestad, tened paciencia.

El sultán no podía disimular cierta ansiedad por conocer el resultado de esa otra carrera hacia las Molucas que habían establecido el nuevo gobernador de Ternate, Antonio de Brito, y el capitán de la Armada española, Hernando de Magallanes; de hecho, Almanzor recurría diariamente a las profecías de Appiorán y a la posición de los astros y las estrellas que consultaba desde el observatorio en la azotea de su palacete sin éxito aparente.

—¿Juzgaríais acertado mandar praos en su búsqueda para guiarlos de camino a la isla?

—No os preocupéis, buscarán guías en las islas cercanas, y llegarán porque tienen buenos mapas y expertos pilotos.

—Os tengo que comunicar algo más: He decidido poner a los hijos de Moluquia bajo la tutela de los preceptores de palacio para que reciban la misma educación que mis propios hijos…

—Moluquia os lo agradecería de corazón.

—He pensado también proponer a los españoles que algunos de nuestros jóvenes hagan el viaje a Castilla y de vuelta puedan contarnos las maravillas que hayan visto allí. Tal vez Rachil pueda ser uno de ellos…

—Moluquia se sentiría orgullosa de vuestra decisión.

—También he pensado decirles que bautizaré esta isla con el nombre de Nueva Castilla, de manera que no olviden jamás sus lazos con nuestro pueblo.

—Como deseéis, aunque no lo veo necesario, majestad.

—He pensado regalar a sus capitanes aves del paraíso, a ser posible sin daños en las alas como las que guardo…

—Disculpe los daños en las alas, ya sabrá que a veces caen a tierra desde grandes alturas y que vuelan tan cerca del sol que sus alas se queman…

—Lo sé, lo sé, querido Reinaldo, no se disculpe…

—Le haremos llegar lo antes posible sus nuevas aves del paraíso.

Almanzor levantó ligeramente la mano derecha con la palma extendida y luego se tocó con el dedo índice el corazón, los labios y la frente, en un gesto estudiado que cabía interpretar como que ya había dicho todo lo que tenía que decir, que le habían satisfecho sus

explicaciones y que su presencia ya no resultaba necesaria por más tiempo. Reinaldo notó al abandonar el estrado que los nativos le reverenciaban, que salía bendecido por una conversación pública con un ser sobrehumano que guardaba lazos espirituales con las divinidades, con un descendiente de uno de los cuatro pollos originales nacidos de los huevos hallados por el legendario príncipe Bicocigara tras unas cañas mágicas en las costas de Bachián…

Cumpliendo el encargo que acababa de hacerle el sultán, Reinaldo pidió a Tago que organizara una urgente expedición a la isla de Aroe, al sur de las Molucas, a un solo día de navegación si los vientos resultaban propicios. Aquellas avecillas del tamaño de un zorzal que parecían haber retozado en la paleta de un pintor constituían un negocio sólido, rentable y duradero gracias a su halo mágico, a su origen divino, a su belleza incorruptible y a sus fantásticas propiedades, entre las que se hallaban la de convertir a sus portadores en invisibles e invulnerables para el enemigo. Los marineros de su tripulación poseían todas las virtudes que orlaban a los buenos cazadores de manucodiatas: eran diestros, experimentados y discretos, de una absoluta confianza, para no desvelar jamás aquella formidable mentira que rodeaba de principio a fin la existencia de las aves del paraíso. Se decía de aquellas «aves de Dios», como eran conocidas por los nativos, que adquirieron los mismos colores del arcoíris en el transcurso de un largo viaje desde el paraíso terrenal, difundiendo el mensaje de la existencia de la vida eterna como mensajeras divinas, volando sin descanso hasta que comprendían que el viaje por los dominios empíreos tocaba a su fin y caían desfallecidas a la tierra después de una vida entera sin posarse en una sola rama. De hecho, Reinaldo dibujó una de ellas en su cuaderno de viajes, faltando a la realidad, sin patas ni garras, que debían resultar imperceptibles por la propia falta de uso que le atribuían las leyendas. Esas hermosas aves poseían plumajes iridiscentes, pero sus alas no se quemaban por estar en contacto con el sol, ni se bañaban en los colores del arcoíris; todas esas supercherías resultaban de una exorbitante belleza poética y desde un punto de vista literario, incluso, merecían ser ciertas, pero no lo

eran, exceptuando ciertos signos de incorruptibilidad de sus cuerpos, que les acercaban a cierta idea de santidad cristiana, y el inextinguible brillo que conservaban sus plumas aún después de muertas.

Reinaldo se pasó jornadas enteras camuflado en las más altas copas de los árboles de la selva tropical de la isla de Aroe. Las aves del paraíso que le había solicitado el sultán tardaban en aparecer y eran difíciles de detectar porque parecían carecer de sombras y si las tenían, terminaban enredadas y confundidas entre el ramaje. Se distinguían por su canto y por esos hábitos de galanteo que las hacían más desvalidas aún. Resultaban difíciles de ver hasta que el macho empezaba su cortejo: se colgaba boca abajo de las ramas, enardecía su papada de tonalidades verdosas y doradas, y desplegaba su radiante cola dispuesta en forma de abanico y de un frondoso helecho para merecer la atención de las hembras, en un muestrario de colores que parecían copiados del mismísimo arcoíris; amarillo limón, azul cálido, tenue escarlata o rojizo como un nubarrón hinchado con las luces del atardecer… Entonces, justo entonces, los marineros malayos de la tripulación de Reinaldo las abatían sin miramientos, con el golpe seco de esas flechas de punta que venían recubiertas de corcho para eliminar cualquier indicio de cacería…

XII
UN SULTÁN SIN REINO Y UN CHAMÁN SIN SUERTE

AL REBRILLAR LA CRESTA DE LA DUNA CON LOS PRIMEROS rayos del alba, el chamán hizo sonar su caracola mágica para anunciar el comienzo de su jornada de encantamientos. Se formaron grandes colas de personas en busca de conjuros, infusiones o ensalmos que las hicieran más atractivas a los ojos de sus amantes o limitaran el poder de seducción de sus competidoras en las lizas del amor. Appiorán estaba muy ocupado en los días que seguían a las fiestas porque justo entonces solían dar la cara los males de amor, las desavenencias conyugales, los celos y otros males derivados de las pasiones amorosas que se encendían como mechas en las celebraciones.

Reinaldo y yo conocimos en Lisboa a una curandera que hacía parecidos hechizos de amor y cobraba verdaderas fortunas por sus sortilegios a ciertos amantes despechados de la aristocracia local, hasta que fue denunciada a un inquisidor y ya no volvió a saberse nada más de ella, aunque quedaran en la memoria popular sus recetas de habas moradas, corazones de ciervo, sesos de asno, ojos de loba y sogas de ahorcado, así como sus ocurrentes conjuros…

«El corazón te arrebato, tan humilde vengas a mí como las suelas de mis zapatos…».

Appiorán también atendía a las jovencitas que empezaban a tapar su pubis con los faldellines vegetales. Las nativas solían pedirle

algún truco cosmético para aumentar sus encantos, aceites vegetales para ungirse la piel o encantamientos al arrullo de su mágica flauta que incrementaran el poder de la mirada, sonrosaran las mejillas, alisaran las cabelleras, blanquearan las pieles o perfilaran las narices que luego harían rozar con sus pretendientes. Appiorán decía que no se podía vivir sin sentir deseos y que solo había algo peor que no conocer el amor y era el miedo a perderlo una vez que lo habías conocido. Sabía de lo que hablaba porque tenía dieciséis esposas, diseminadas por el archipiélago, que procuraba contentar gracias al don de la bilocación, en relaciones que podían transformarse en tormentosas cuando su capacidad de intuición le invitaba a consumirse en el fuego de los celos.

—¡Appiorán… Appiorán…! ¡Los hombres sin cabeza…! ¡Los hombres sin cabeza han matado a Galupo…!

Los gritos de una pobre mujer se ahogaban en sollozos. Galupo era el viejo capitán de la guardia real del sultán Almanzor, un viejo amigo de la infancia de Appiorán. Su cuerpo yacía en la plazuela del poblado, boca abajo, con los ojos desorbitados, retorcido en un escorzo que daba auténtico escalofrío. Sus familiares alejaban a los curiosos para permitir al chamán que actuara a sus anchas. Su presencia resultaba necesaria para determinar si el alma de Galupo había huido de forma irremisible a la isla de los pájaros o todavía estaba a tiempo de alcanzarla para devolverla a su cuerpo y en ese caso —el chamán era muy respetuoso con las opiniones de los muertos—, preguntarle si realmente deseaba volver de su mano al mundo de los vivos, una opción que solían descartar los suicidas y la inmensa mayoría de los ancianos centenarios. El chamán levantó por encima de su cabeza una roca cristalina de origen volcánico, a la que atribuía el poder de reflejar a los espíritus, unas veces burlones, otras asustados, pero después de orientar el peñasco en distintas direcciones alrededor de la víctima no pudo percibir presencia

extraña alguna en los márgenes de la realidad.

—Su alma se ha separado y ha empezado el gran viaje, pero todavía no podemos dar por definitiva su muerte —dijo a la viuda de Galupo para retener sus lágrimas.

Appiorán había advertido enseguida en la espalda de su infortunado amigo una mancha de barro y un círculo amoratado, señales que se habían convertido en una especie de garabato que la tribu de los hombres sin cabeza dejaba sobre la piel de sus víctimas para que todo el mundo reconociera su intervención. La viuda señalaba a Bumi, que lloraba sin gimotear con la aflicción de quien ya estaba condenada antes de hacer llegar su voz al consejo de ancianos. Cuando pudo calmarse, Bumi le explicó a Appiorán que se habían internado en el bosque, sin necesidad de afrodisíacos, impulsados por el influjo de una hermosa luna llena, y que fueron asaltados por una sombra que dio a Galupo una ligera palmadita en la espalda.

Tago llegó para consolar a Suka, una de las hijas de Galupo, que solía revolotear alrededor de los marineros tamiles y malayos en busca de afecto, arrumacos y regalos. Appiorán pidió que le trajeran en una redoma un trago de agua salada del mar, cubrió el cuerpo de Galupo con hojas de canela y le pintó con sangre de cabra una pequeña raya horizontal sobre su frente. Luego bebió dos pequeños sorbos del agua salada que pidió y los escupió en las cuatro direcciones de una invisible rosa de los vientos, mientras hacía genuflexiones a una velocidad inapropiada para su edad y espolvoreaba ceniza de volcán en torno al cuerpo inerte de su amigo. Tras un breve periodo de meditación, se dirigió a la viuda para darle al mismo tiempo su diagnóstico y su pésame:

—El alma de Galupo se ha adentrado en la espesura de otro mundo, a una distancia insalvable de su cuerpo, pero la vida convierte lo invisible en visible y la muerte al revés…

La viuda rompió en un afligido llanto, dando la señal de comienzo al coro de plañideras, y el chamán bisbiseó una oración ininteligible y emuló el gorjeo de un cuclillo en ese lenguaje asociado al tiempo en que el hombre estaba en armonía con las aves y el

universo. Entonces Appiorán determinó que aquella mancha arcillosa hallada en la espalda de Galupo era un potente veneno extraído de la baba de los peludos cangrejos que moraban en los riachuelos del interior de la isla; esos que solo se dejaban pescar de noche, mediante hilos movidos por pequeñas ramitas, y que solo sabían manejar los hombres sin cabeza. Luego extendió sus brazos y desapareció del velorio, dando saltos de saltimbanqui.

En la biblioteca de maese Queirós, Reinaldo había leído libros que hablaban de seres prodigiosos descritos con tan asombrosa precisión que nunca consiguió saber si eran consecuencias de una realidad deliberadamente desfigurada o de espejismos inducidos por el cansancio, las hierbas alucinógenas o la piedra de la locura; historias de hombres acéfalos que tenían ojos en la espalda para ver a los traidores y bocas redondeadas como herraduras para tragarse cabritillos enteros; seres fantásticos sin dientes ni lengua que no necesitaban alimentarse; monstruos que comían corazones humanos, grifos que se alimentaban de corazones de ballenas con la ferocidad de los leones en la tierra y la agilidad de las águilas en el aire, voraces serpientes de siete cabezas con fauces gigantescas que engullían rebaños de animales y ejércitos de hombres, gallinas con pieles de lana de corderos, papagayos que saludaban a los humanos en los cien idiomas dados al hombre en la torre de Babel…

Pero… ¿Existía realmente la tribu de los hombres sin cabeza o se trataba de una leyenda más de la isla…? ¿Podría estar Moluquia con ellos, con o contra su voluntad, como se decía en el poblado…? Reinaldo le preguntó todas estas cosas a Tago, pero su lugarteniente no era partidario de dar opiniones gratuitas ni de crear falsas esperanzas que no estuvieran basadas en sus propias pesquisas.

Tago no lo sabía todavía, pero considerara o no legítima su relación sentimental con Suka, la hija de Galupo, lo cierto es que fue invitado a las exequias como un yerno más del finado; porque así se considerara o porque realmente lo fuera, lo mismo daba una cosa que otra, de su cuenta corrieron el vino de palma y la fruta que se repartió en el transcurso del duelo, así como los obsequios a las plañideras por sus sentidos llantos a lo largo de la noche. Como

todo no podían ser inconvenientes, Tago también participó en el tradicional reparto de las partes del esqueleto de Galupo, un ritual que tenía por objeto perpetuar su memoria, y fue agraciado con el maxilar inferior de su calavera, que solía utilizarse como amuleto para engarzar en los collares, mientras que a Suka le tocó en suerte la tibia, un objeto muy apreciado como espátula para cocinar ñame y arroz.

Pero lo más importante que se llevó Tago de esa noche de velorio fue un arsenal de respuestas para los enigmas que atormentaban a Reinaldo. Todo empezó al quemarse con leña seca decenas de pétalos purpúreos de lirios del campo y esparcirse su fragancia por el poblado. Las nativas, con sus cabezas afeitadas, se sintieron llamadas a danzar por parejas en la misma plazuela en la que Galupo cayó muerto. Más tarde se encendieron los leños incandescentes y fueron cumpliéndose los rituales de todo buen funeral moluqueño. Las lechuzas chirriaban, las brujas aladas y los demonios invisibles hacían sonar sus calabazas y cachiporras, empezaban a mezclarse los llantos de los niños que estaban por nacer con los gemidos del viento y los rumores de las olas… Pero esta vez no se contaron cuentos de piojos que viajaban de isla en isla a bordo de las alas de gigantescas mariposas, ni de monstruosos pulpos que se dedicaran a secuestrar niños en la orilla de la playa con sus largos tentáculos. Tago escuchó con atención todos los episodios dignos de admiración que protagonizó en su vida el difunto Galupo, el viejo y querido capitán de la guardia real, y así conoció los hechos acaecidos apenas unos días después de la penúltima erupción del Gamalama:

«La tribu de los hombres sin cabeza existe y los nativos dan por hecho que Moluquia vive con ellos, estaría por ver si con o contra su voluntad —explicó Tago a Reinaldo a la mañana siguiente—. Si es cierto todo lo que dicen, tienen razones para vengarse; lo sé por el miedo que arde en las miradas de los compañeros de armas de Galupo. ¿Estás preparado, Reinaldo, para saber lo que pasó ese día que cambió el destino de los hombres en esta isla…? Galupo participó en la conjura que acabó con la muerte del sultán Kekuatán,

de todos sus ministros y de una buena parte de la tropa que se mantuvo leal al juramento que habían hecho. ¿Quiénes son los hombres sin cabeza, entonces…? En principio fueron unos soldados fieles que pusieron a salvo al harén de Kekuatán, al hechicero Buahan y ciertos miembros de su corte. ¿Por qué huyeron al interior de la selva? Huyeron como pudieron y dónde les dejaron, Reinaldo. Sus vidas corrían peligro, no había canoas disponibles para huir de la isla y además los guerreros mandados por un joven Quichil Rak habían cerrado el camino a la playa con crises y alfanjes. Esa misma mañana del golpe de mano, el hermano menor de Kekuatán fue entronizado con el visto bueno del consejo de ancianos, del nuevo chamán —entonces, el joven y apuesto Appiorán—, y del nuevo ministro, Quichil Rak. ¿El nuevo sultán era Almanzor…? Claro que sí, Reinaldo, el mismo Almanzor que conocéis, casi un niño por entonces. Quichil Rak vino a representar los intereses de las familias musulmanas y aristocráticas del reino, molestas con la corte de Kekuatán porque ya no se leía el Corán y, sobre todo, porque las ultimas disposiciones reales amenazaban sus privilegios y derechos, aumentaban sus impuestos sobre las plantaciones, reducían la cantidad de esclavos a su servicio y limitaban su capacidad de influencia en los grandes asuntos de la isla, que eran, y seguirán siendo por muchos años más, los casamientos y los intercambios comerciales. Decían además de Buahan lo peor que podía decirse de un chamán, que no tenía suerte… —¿La codicia de los hombres…? —. Ah, sí, claro, Reinaldo, la codicia de los hombres siempre ha estado presente en todas las guerras, no es nada nuevo… Pobres hombres sin cabeza, exiliados desde entonces en su propia isla…».

Esta vez se pregonó por los cuatro costados del reino las tres jornadas de luto por la muerte del viejo capitán de la guardia real del sultán Almanzor, con advertencias a la población sobre la impiedad de la tribu de los hombres sin cabeza y la prohibición de adentrarse en las regiones boscosas a partir de la caída del sol. Bumi, la amante de Galupo, declaró al consejo de ancianos que no llegó a ver la cara

del asesino, pero sí le oyó gritar tres veces seguidas «ulú, ulú, ulú…», una palabra asociada a la decena de atentados cometidos en los últimos años con la firma de la tribu de los hombres sin cabeza. El consejo castigó a Bumi a la pena de no dejarse ver en público hasta el comienzo de la estación de las lluvias y aunque nunca se supo exactamente de qué era acusada, se admitieron como eximentes de su comportamiento el estado festivo que reinaba en la isla, y los embriagadores aromas del sándalo, el cinamomo y la almástiga que invitaban a dar rienda suelta a los instintos y a los más descabellados desvaríos.

Dada la atmósfera de miedo que reinaba en la población y la conveniencia de dar una buena imagen a los extranjeros que estaban a punto de desembarcar en la isla, Quichil Rak citó a Reinaldo y a Tago para preguntarles si estaban dispuestos a ejercer de mediadores en una expedición al interior selvático de la isla, con la intención de ofrecer una tregua al enemigo —la tribu de los hombres sin cabeza —, siempre y cuando no hicieran una sola concesión que les permitiera creer en un indulto y en la posibilidad de regresar a los poblados. Por supuesto, les prometió el ministro, que contarían con el apoyo de dos expertos guías que conocían todos los caminos y secretos de la selva y la foresta del interior de la isla…

Mientras tanto, el chamán recetó a los familiares de Galupo y a sus compañeros de armas sus infalibles infusiones salpimentadas con hojas trituradas con resinas de árboles y sangres de animales, según una fórmula que solo él conocía, para combatir con eficacia la aflicción y ahuyentar el miedo de los corazones. Appiorán decía tener la vista emborronada por las lágrimas y haber perdido el estómago por la pena, por eso dijo que no podía recibir las visitas de Reinaldo y Tago en la cresta de su duna, aunque ambos sabían que poseía la facultad de leer los pensamientos y conocía de antemano las explicaciones que venían a pedirle.

—Entonces no piensas ayudarme a entender lo que me espera en este viaje al interior de la isla…

—Yo no te he mandado —contestó secamente el chamán.

—Esperaba que al menos me explicaras el significado de la

palabra «ulú» que pronunció tres veces el asesino de Galupo…

—Es el derecho que asiste a cualquier hombre a rebelarse contra su destino…

—El derecho a la venganza…

—He dicho derecho a rebelarse contra el destino.

—El derecho a morir matando —rectificó Reinaldo…

—Así ha sido siempre en esta isla.

—Quichil Rak y el consejo de ancianos me ha pedido que alcance una tregua con los hombres sin cabeza…

—No creo necesaria ninguna tregua: ellos tienen su espacio para vivir y nosotros el nuestro.

—Quizás haya llegado el momento de la reconciliación, Appiorán.

—No habrá reconciliación mientras viva un solo hombre que sufriera el gobierno de Kekuatán —contestó Appiorán, volviendo la cara para hacerle entender que quería finalizar la conversación.

—Nadie pretende poner en entredicho el poder de Almanzor, créeme.

—Almanzor pertenece a la estirpe de los huevos que halló el príncipe Bicocigara.

—Kekuatán también, según tengo entendido.

—El tiempo transcurrido entre las dos últimas erupciones del Gamalama ha sido el más feliz de la historia de Tidore. No puedes venir a cambiar la historia de esta isla, Reinaldo. Almanzor es un excelente sultán y Kekuatán no supo serlo.

—¿Crees que me recibirá el chamán Buahan…?

—Pronunciar su nombre en voz alta está prohibido —contestó Appiorán con un gesto severo que espantó a Reinaldo.

—Tal vez Buahan pueda conducirme a Moluquia.

—Te he dicho que la memoria de su existencia fue condenada a extinguirse y su nombre no debe ser pronunciado —Appiorán tomó bruscamente la mano de Reinaldo y la llevó a su vientre para que oyera un ruido de tripas—. Escucha eso que se mueve dentro: es el verdadero cangrejo alado de la magia. Me has pedido que te ayude a entender lo que encontrarás en el interior de la isla, ¿verdad…?

—Sí, pero debes saber que no me guía el interés de una tregua con la tribu de los hombres sin cabeza, sino rescatar a Moluquia. Examinaste mi espíritu y sabes que mi amor por ella es sincero.

—Moluquia no está en la isla de los pájaros, ya te lo dije, pero no puedo saber si está con ellos. ¿Quieres saber algo más?

—Sí, quiero saber si Moluquia tiene alguna relación con los hombres sin cabeza…

—Moluquia es hija de Kekuatán, el anterior sultán, y sobrina de Almanzor. Si estuviera en manos de los hombres sin cabeza, no debes temer por su vida.

—Puedo saber entonces por qué ha vivido a tu lado y no se la llevaron con ellos cuando huyeron al interior de la isla…

—Porque también es mi sobrina-nieta y le debía una vida feliz. Yo entré en el palacio poco después de que Galupo y su guardia decapitaran a su padre, Kekuatán. Mi corazón se rompió al ver aquella niña llorando, desconcertada en medio de charcos de sangre y de los quejidos de los soldados agonizantes que no quisieron abandonarle en la lucha final. Tapé los ojos de Moluquia, la saqué de aquella pesadilla y arranqué de su memoria todo lo que vio y oyó aquel día.

—Este viaje es la última oportunidad que tengo de encontrarla y traerla de vuelta a casa.

—Entonces óyeme con los ojos del alma, como te enseñé… Te hablará el verdadero cangrejo de la magia.

Appiorán se tapó los ojos con una venda, recitó varias salmodias en un lenguaje incomprensible para Reinaldo y se llevó la mano a la garganta para ayudarse en la imitación de los sonidos de un relámpago, del viento, de la lluvia; de chúcheos de búhos, de maullidos de mochuelos, de zureos de paloma… Reinaldo guardó silencio en espera del trance de Appiorán en la búsqueda de la voz y la identidad del cangrejo alado que, según la leyenda moluqueña, embrujó y destrozó con sus pinzas al primer hombre que encontró en su camino al llegar a la isla… Appiorán cambió el tono de su voz y procuró hacer entender a Reinaldo que no hablaba él, sino el cangrejo de la magia que habitaba en su interior:

«¿Conoces mi historia…? Me arrepentí de matar al primer hombre que vi al llegar y le ayudé a regresar del reino de los muertos. Al volver me pidió que le regalara el dominio sobre la vida y la muerte y el don de la hechicería, de la adivinación y de las maldiciones. Le exigí, a cambio, que pasara varias pruebas que garantizaran su importante determinación, entre ellas el sacrificio de una tía materna, y me demostró en todas ellas su espíritu sanguinario. Cumplí mi promesa, pero una vez convertido el hombre en el primer hechicero de esta isla, me comió. Desde entonces habito en el interior de los chamanes y de sus herederos, y gracias a mí tienen el don de viajar a la isla de los pájaros, de la invisibilidad, de predecir el futuro, de conectar con los mundos superiores e inferiores, de maldecir y de curar; de emplear la magia del modo que mejor convenga, a ser posible en beneficio de los hombres y las cosas que le atañen, como el azar y el destino, como la esperanza y la felicidad…

»El hechicero de Kekuatán no tenía poderes para evitar las enfermedades o posponer la muerte de los amigos; mucho menos para causar la enfermedad y la muerte de los enemigos. Sus profecías y sus sueños eran fingidos. Su magia no propiciaba buenas cosechas de clavo, ni buena pesca. Nadie quería salir al mar porque no eran seguros sus conjuros contra los naufragios. Sus ensalmos no alejaban las plagas. No sabía traer a los campos la lluvia que sobraba en las montañas. El pueblo pasaba hambre por su culpa y nunca pisaba la isla de los pájaros, aunque supiera el camino, porque se había enquistado su relación con Topileta, el custodio del mundo de los muertos… Yo nunca estuve en el interior de su estómago, sino en el de Appiorán…».

XIII
LA TRIBU DE LOS HOMBRES SIN CABEZA

Reinaldo Duarte deseaba arder de nuevo en las brasas de la mirada de Moluquia y prometerle todo el inmenso amor que le había negado la vida desde su desgraciado matrimonio de conveniencia con Kan. Esa expedición al interior de la isla en busca de los hombres sin cabeza era un asunto que concernía al hombre enamorado, pero también a ese aventurero que vivía agazapado en sus adentros y deseaba descubrir los misterios que encerraba aquella isla en su interior.

En su infancia, Reinaldo soñó con demostrar la existencia de las amazonas de las que hablaba el historiador Heródoto. Cuando habló de este asunto con sus marineros malayos y tamiles, estos le dijeron que conocían ese lugar donde habitaban y que tenía por nombre Ocoloro. Habría que actuar con mucho cuidado en Ocoloro, claro está, porque las guerreras hacían prisioneros y rehuían el trato amoroso y la conversación, pero yacían con los hombres antes de matarlos. Si se quedaban embarazadas, esperaban a conocer el sexo del recién nacido; le mataban si era niño y la educaban en las armas en el caso de ser hembra. Reinaldo sentía una mezcla de atracción sensual y miedo atávico por esas atractivas e irreductibles mujeres, adoradoras de Artemisa y descendientes del dios de la guerra, Ares, y de la ninfa Harmonía, que habían sido condenadas a llevar una vida errante después de ser derrotadas por su gran enemigo, el inclemente ejército griego. Reinaldo siempre tuvo sus reservas sobre

la veracidad de las fuentes de su tripulación, así como sobre la idoneidad de los métodos de investigación de Heródoto, de manera que no le resultó difícil dejar para otro momento de su vida la búsqueda de esa mítica isla repleta de montañas con grutas de estalactitas y estalagmitas de oro en la que se ocultaban.

Ahora el destino le había colocado al frente de una expedición que perseguía la pista de unas criaturas tan legendarias como las mujeres guerreras, pero de carne y hueso. Reinaldo iba de aquí para allá dando órdenes, revestido de un halo visionario y encendido por el ímpetu de esa segunda juventud que empezaba a atribuir a las friegas semanales que se daba con las flores blancas, rosadas y púrpuras de las camelias, en las aguas hirvientes y jabonosas de las fuentes que jalonaban la ladera del Kiematabu. Dando por hecho que la tribu tendría dificultades para acceder al pescado fresco que llegaba en canoas a la playa por las mañanas, Reinaldo mandó cargar tilapias, arenques y sardinas en las clásicas y artesanales cestas hechas con cañas de bambú. Con la idea de favorecer una posible conversación con el chamán Buahan, también guardó en su faltriquera un lote de obsequios muy apreciados en materia de hechicería como polvos de cuernos, pezuñas y pelos de rinoceronte de Java. Los marineros malayos llenaron el viejo arcón de madera de cedro con lo que habían adquirido en sus últimos mercadeos marítimos, tal vez más vistosos que valiosos: sedas de escasa calidad, mantas blancas de algodón, telas rojas y plumas de aves del paraíso. Antes de partir, una comisión de ancianos supervisó el cargamento para evitar el tráfico de espadones, cuchillos y tijeras que pudieran en un futuro utilizar en su contra, pero en realidad lo único que pretendían era imponer una especie de peaje personal y, a modo de impuesto, confiscar las cuentas de bisutería que Tago guardaba entre las telas con la idea de hacerlas pasar algún día por zafiros y cornerinas en los puertos de Goa o Cochin.

Justo antes de partir se presentaron ante Tago los dos guías seleccionados por Quichil Rak y el consejo de ancianos. Se llamaban Siam y Adil. Siam había perdido la libertad por no pagar en el plazo señalado el préstamo solicitado por su familia para adquirir un

huerto y Adil había roto su compromiso matrimonial después de dilapidar la dote de su prometida en un viaje por las islas del archipiélago en compañía de sus mejores amigos. Les habían prometido la libertad, siempre y cuando consiguieran regresar vivos y sin una sola baja que lamentar en la expedición. Pero Reinaldo empezó a considerar imposibles el cumplimiento de una u otra condición al comprobar que ni uno ni otro habían puesto los pies en sus vidas en la boscosa región de los hombres sin cabeza. No parecían, en ningún caso, la mejor compañía para pernoctar en bosques y selvas habitadas por animales celosos de sus dominios, aunque Adil traía al menos un mapa de forma circular, inspirado en ciertas cartas marinas, con algunos atajos señalados con líneas punteadas.

Siam parecía enclenque, pero pronto pudo demostrar su agilidad para escalar los troncos de los durianes y encaramarse en sus altas ramas, que casi acariciaban las nubes, para alcanzar esos frutos verdosos del tamaño de un melón que a veces caían al suelo con el estrépito de un bolaño lanzado desde un galeón. El árbol parecía un olmo colosal y su fruto, un melocotón gigantesco. Uno de ellos rozó la oreja de Reinaldo al caer. Tenía una cáscara tan resistente que no se rompió con el impacto en el suelo, ni tampoco lo habría hecho de dar en su cabezota. No se conocía ninguna muerte de un nativo por el coscorrón de aquellos durianes, que en su camino hacia el suelo producían un bisbiseo que solo parecía resultar perceptible para sus oídos. Los indígenas decían que las ramas no eran movidas por el azote del viento, sino por las manos juguetonas de espíritus que pretendían regalar comida o asustar a los foráneos, según les cayeran en gracia o en desgracia. Reinaldo tomó el durián que a punto estuvo de matarle como un regalo de los dioses, aunque hincarle el diente resultara poco menos que imposible, no ya porque se necesitaba un alfanje bien afilado para llegar a su pulpa, de un color blanco esmaltado parecido al queso fresco, sino porque el tufo de boñiga, cebolla y huevos podridos que despedía el jugo obligaba a comerse el delicioso fruto con las narices tapadas… Aun así, en su diario de viajes reconoció que la experiencia mereció la pena. El

sabor a queso, albaricoque y almendra de su cremosa pulpa le cautivó para siempre.

Más pronto que tarde, la contribución de Adil empezó a comprometer la calma del grupo porque veía por todas partes árboles que aborrecían el sol y mataban con su sombra, y confundía las ráfagas de una agradable brisa con los insanos aires del volcán que abrasaban los cuerpos de los caminantes. Al son del monocorde cucú de cuclillos del color de la ceniza, de los aflautados silbidos de los autillos y los gritos burlones de verdosos papagayos, que se arropaban con las hojas de los árboles, la expedición alcanzó la orilla de un arroyuelo de dos palmos de profundidad. Siam identificó aquel sitio como el hogar de los cangrejos venenosos y atrapó uno de ellos en una vasija de arcilla con la idea de demostrarlo. Durante un buen tiempo se empeñó en acosarlo con una rama para que segregara, por el efecto del temor, aquella substancia venenosa que los hombres sin cabeza llamaban la baba del miedo, pero se habría llevado tres días enteros sin obtener resultado alguno de su absurdo empeño de apalear a un vulgar cangrejo. Siam tuvo que admitir que solo se trataba de uno de esos cangrejos blancos que se criaban en las grietas de las peñas, parecían andar sin patas y constituían un delicioso manjar. Reinaldo le consoló diciéndole que los prodigios de aquella naturaleza no siempre podían interpretarse correctamente y le encargó que buscara un lugar para vivaquear al raso. Siguiendo ese mismo cauce del arroyo, Siam condujo la caravana a un arenal parecido a una pequeña playa embarrada que daba a una laguna.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Reinaldo contempló dos círculos amarillentos que bailaban sobre el agua, circunscritos en una rara superficie rugosa que avanzaba en dirección a la orilla con una velocidad uniforme. Una vez confundido entre el fango, un caimán se agigantó de repente con su figura jurásica y se abalanzó sobre Siam. El zigzagueo del pobre nativo al intentar huir no desorientó a su enemigo, diestro en abreviar distancias en línea recta con sus cortas pero veloces patas. Sin apenas reparar en su apariencia demacrada y huesuda, el caimán le arrancó de cuajo la pierna izquierda con un diligente movimiento de mandíbula. Siam se

desgañitó con un alarido seco y desesperado, movió los brazos como las aspas de un molino y pataleó levemente con el pie que le quedaba. Tago y Adil asestaron varios golpes con unas afiladas ramas en los ojos saltones del animal, pero aún medio ciego y sin llegar a reponerse de los ramalazos, se revolvió sobre sí mismo, lanzó una dentellada al aire y rebañó con su poderosa cola el cuerpo de Siam, arrastrándole como un botín sagrado al impenetrable lodazal donde ya se sabía invencible, desapareciendo en silencio bajo el reflejo que hacía la media luna en la superficie del agua.

No tuvieron ni el consuelo del cuerpo de Siam para llorar frente a su cuerpo la desgracia sufrida y darle un digno entierro. Reinaldo maldijo su suerte y lamentó su falta de determinación a la hora de identificar al caimán, quizás influido por el recuerdo de aquel cocodrilo cobarde que Moluquia acarició y amansó sin riesgo alguno de su vida a plena luz del día.

—Tal vez la luz transforma a los animales —se excusó.

—Los caimanes no son peligrosos porque caiga la noche, sino porque al caer la noche pueden tener hambre —sentenció Tago.

Todavía conmocionados, los tripulantes malayos retrocedieron varios pasos y se parapetaron en las rocas que marcaban el cauce del arroyuelo. Tago dio la orden de acampar y estableció turnos de vigilancia, aun a sabiendas de lo difícil que resultaría conciliar el sueño mientras se mantuvieran en las retinas de sus hombres la desigual lucha del caimán y Siam. Las lechuzas chirriaban y sus cantinelas desafinadas martilleaban los oídos. Tal vez fuera cierto que habían accedido a un reino prohibido en las horas nocturnas y solo cabía tomar la determinación que propuso Adil, seguro ya de haber fracasado en la misión que le habían encomendado:

—Volvamos o lo lamentaremos.

—No tendremos nada más que lamentar —le respondió Reinaldo, sin estar del todo seguro de lo que decía, pero asumiendo el

liderazgo que le correspondía en aquel momento delicado y comprometido para el futuro de la expedición.

Todavía verían esa misma noche la llegada de un tropel de luciérnagas adiestradas para desplegar una radiante coreografía; luciérnagas de vidas y vuelos leves que describían en el aire trazos de pluma que parecían manejados por manos invisibles, garabateaban el fondo verdoso y oscuro de la arboleda, imitaban el brillo de estrellas errantes y depositaban sobre las cabezas de los hombres una suerte de destellos humeantes, que quizás fueran mensajes mágicos e indescifrables que hacían llegar en nombre de los dioses o de las criaturas nocturnas. Como aquellos bichos parecían haber llegado para quedarse, Reinaldo aprovechó aquella inesperada luminiscencia para echar un vistazo al mapa de Adil, que estaba lleno de señales elementales, como los mapas de los tesoros piratas, pero suficientes para entender que en ese momento debían hallarse en el interior del círculo descrito como el probable reino de los hombres sin cabeza.

En realidad, Reinaldo ya sabía que ellos estaban allí, vigilantes como búhos, camuflados entre la hojarasca como víboras, amparados por el manto azul oscuro de la noche. Lo sabía porque tenía el don de percibir las miradas ajenas en la nuca, unas veces como dolores punzantes, otras como aguijonazos; se trataba de un perfeccionamiento impelido por el instinto de supervivencia, una facultad que ya poseía desde sus tiempos del orfanato y que luego desarrolló como recadero de maese Queirós para evitar las emboscadas de jiferos, desuellacaras y ladronzuelos cuando regresaba a casa por las empinadas y oscuras calles de Lisboa con la bolsa llena de las propinas del día.

A la mañana siguiente, siguiendo las instrucciones de Tago, los marineros malayos abrieron el arcón y extendieron sus regalos sobre las mantas. Los hombres sin cabeza empezaron a dejarse ver cuando las primeras luces del día rasgaron la bóveda enramada del bosque. Juntos no sumaban más de un centenar. Eran más hombres que mujeres y más ancianos que niños. Todos tenían sus

correspondientes cabezas sobre los hombros, como era natural, desmintiendo el propio nombre que daban a la tribu, aunque a diferencia del resto de nativos de la isla lucían largas cabelleras, pendientes de conchas de cauri en las orejas y tatuajes de delicadas líneas de sangre seca aderezadas con secretas arcillas y grasas de colores oscuros entre la frente y el mentón. Reinaldo inmortalizaría más adelante aquella impresión que le causaron los hombres sin cabeza en uno de los más valiosos dibujos de su cuaderno de viajes. Parecían limpios y aseados, aunque Tago se tapaba disimuladamente la nariz con hojas de albahaca para soportar el execrable tufo de la resina anaranjada del palo ipil que empleaban como condimento en las comidas, como antídotos contra las bebidas ponzoñosas y las mordeduras de los ciempiés y las serpientes, y como tinte de sus faldellines vegetales, sus hojas de palma y sus chaquetillas de piel. Daban la sensación de haberse bañado vestidos todos juntos en un lago lleno de zumos de fruta. Las mujeres se ceñían y anudaban a la altura de los hombros unas toscas mantas de algodón y los hombres apoyaban sobre un suelo húmedo y estriado sus estacas largas y afiladas. Era posible que en todo ese tiempo se hubiesen acrecentado las diferencias estéticas entre los hombres sin cabeza y el resto de indígenas de la isla o incluso, tal vez en un día no muy lejano del pasado moluqueño, los habitantes de Tidore se parecieran mucho más a estos hombres sin cabeza que a los actuales.

Era posible también que, entre las dos últimas erupciones del Gamalama, el tiempo hubiese transcurrido felizmente en los poblados de la costa y la montaña, como decía Appiorán, pero no parecía que a ese lugar intrincado de la selva hubiese llegado un ápice de ese bienestar del que presumían en el resto de la isla de Tidore. Sus miradas parecían marchitas, aunque en el fondo de ellas se adivinaban esas chispas relucientes que causaban la contemplación de las telas, de las mantas de algodón y de esas cestas de caña de bambú colmadas de tilapias, arenques y sardinas que aquellos niños no habían visto en sus vidas.

Reinaldo extendió los brazos para que se acercaran y se repartieran los presentes, pero ni uno solo de ellos obedeció a sus

indicaciones. Enseguida distinguió el paso renqueante de un anciano que avanzó hasta colocarse a la altura de los ojos de Reinaldo. Resultó fácil identificar a Buahan porque portaba en la mano izquierda una rama de sauce coronada por una pluma de ave del paraíso, a modo de cetro, y de su manta de algodón pendían los atributos del chamán: una máscara fabricada con cortezas de troncos, una decena de colas de ardilla que parecían barbas raídas y un pequeño tambor, hecho de madera extraída del árbol milenario del inframundo, muy parecido al que utilizaba Appiorán para sus vuelos extáticos.

—Me habían hablado de ti: eres el hombre del gran viaje —el chamán agradeció los regalos con una ligera cabezada.

—Yo también había oído hablar de ti, Buahan —contestó Reinaldo, abriendo su faltriquera para ofrecerle las pezuñas, los pelos y el polvo del cuerno de rinoceronte de Java.

—Mi nombre está prohibido, ya deberías saberlo…

—La memoria de tu nombre permanecerá por encima de otros muchos… —contestó Reinaldo, siempre tan lisonjero, intentando mantener su cabeza por debajo de la suya, aunque eso le obligara a estar en una incómoda postura parecida a la de una interminable reverencia.

—Siento lo ocurrido con vuestro guía. Los caimanes y las serpientes también se comen a nuestros hijos.

—Esta selva es un mal lugar para los niños y para los extranjeros.

—Tampoco es un buen lugar para los caimanes ciegos. Los peces de la laguna acudieron al olor de la sangre y se han comido sus ojos —explicó Buahan, mientras hacía una señal a sus hombres para que departieran amigablemente con los marineros malayos y se repartieran con ellos la ración de pescado.

—La naturaleza no perdona la debilidad.

—¿Podríamos saber a qué debemos el honor de vuestra visita? —preguntó con una mueca en la cara que podía parecerse a un signo de interrogación.

—Traemos un mensaje de paz de parte del ministro y del consejo de ancianos —contestó Reinaldo, muy seguro de sí mismo y

de su papel de heraldo.

—No desean la paz, no te mientas a ti mismo ni nos mientas a nosotros. No han tenido ni un solo gesto de generosidad en estos años. Lo único que pretenden es arrebatarnos el derecho que nos queda de hacer justicia con los soldados que no fueron fíeles a Kekuatán en su día. Los extranjeros no querrán hacer tratados comerciales con pueblos inseguros que guardan secretos innombrables —dijo Buahan, demostrando que en la tribu conocían lo que se estaba cociendo en el poblado costero.

—Sí, es cierto, pero las familias de los soldados no merecen el dolor de la muerte de sus seres queridos, ni vivir aterrorizadas preguntándose quién será el próximo en caer…

—¿Y ellos merecen todo este dolor…? —Buahan señaló con un ademán de enojo a unos niños que hacían sonar sus cascos de coco mientras recogían agua del arroyo, retozones y bulliciosos—. ¿Merecen ellos el dolor de vivir sin conocer el mar, sin jugar en la playa, sin la sensación de pertenencia a la isla que tienen otros niños de su edad en los poblados…?

—Tal vez todavía estén a tiempo de darles en herencia un futuro diferente.

—Los dioses han hecho derramar otra vez su ira con la erupción del Gamalama y les han recordado que ha comenzado un nuevo ciclo en nuestra historia, pero solo se han preocupado de nosotros después de la muerte de Galupo y antes de la llegada de los extranjeros.

Reinaldo mantuvo un silencio equiparable al que tardaba en rezar un padrenuestro y asintió:

—Solo soy el mensajero de una tregua.

—Decidle entonces a Appiorán que en mi pecho habita todavía el odio y en mi vientre, y no en el suyo, el verdadero espíritu del cangrejo alado de la magia.

—Así lo haré, pero quisiera saber algo más… ¿Tenéis alguna información que me pueda ayudar a encontrar a Moluquia…?

—¡Ah, Moluquia…! —exclamó con una expresión de sorpresa poco creíble porque en realidad, esperaba esa pregunta—. La hija de Kekuatán, la esposa de Kan, la madre de Rachil y Nachil, nuestra bella princesa…

—Ya veo que la conocéis bien, decidme, por favor…

—Nosotros también tenemos preguntas que haceros… —dijo Buahan en un tono coloquial, dibujando en sus labios un rictus que debía interpretarse esta vez como una complaciente sonrisa, mientras palmeaba su espalda para que siguiera el oloroso rastro de las sardinas asadas.

Reinaldo y Buahan caminaron entre un enjambre de mariposas de alas azuladas, purpúreas y anaranjadas, de colores tan brillantes que a su paso iluminaban las sombras y dibujos tan minuciosos que evocaban los de aquellas vidrieras que le alegraban la vista de sus misas de niño en el Hospital de Todos los Santos.

—Os diré cómo y dónde encontrar a Moluquia, pero decidme, ¿Qué sabéis de esos barcos extranjeros que vienen en busca de nuestro clavo desde tan lejos…?

XIV
CERA DE ABEJAS, ACEITE DE COCO Y CEDRO LLORÓN

TODO LO QUE RECORDABA REINALDO DUARTE DE lo ocurrido aquella maldita noche de la desaparición de Moluquia estaba envuelto en brumas; las brumas fantasmagóricas de Kan, enloquecido por los efectos alucinatorios de la datura, convertido en un espectro entre espectros. La parrafada llena de mentiras y falsos rumores que utilizó para repudiar a Moluquia estaba fuera de lugar o, quizás todo lo contrario, fuera dicha en el lugar más apropiado si lo que realmente pretendía Kan era desencadenar una tragedia y una guerra entre pueblos vecinos. Reinaldo todavía recordaba el abrupto modo en que quedó silenciado el rataplán de los atabales, mientras las figuras de aquellos danzarines de pieles abrillantadas con fibra y aceite de palma, que bailaban en círculo, se difuminaban como estatuas de cera al calor del llameo incandescente de los leños mágicos. Entonces todas las miradas se dirigieron a ella como flechas envenenadas, acusada y repudiada por ser infiel y deshonesta, por ahondar en el deshonor, pasear con impudicia con un extranjero, aceptar regalos suyos, compartir su comida y dejarse despiojar el occipucio sagrado…

Reinaldo no pudo olvidar nunca la grácil silueta de Moluquia mientras abandonaba la escena con la dignidad que le exigía su aristocrático rango, en busca de ese lujoso paño de seda que envolvería su cabeza y sus hombros, a modo de mortaja, cuando

llegara el momento de lanzarse desde la copa del árbol más alto que encontrara en su camino, tal como dictaba esa regla no escrita en ninguna parte que se transmitía de generación en generación. Todos la vieron abandonar el poblado por la entrada principal de la empalizada, pero hasta entonces poco o nada se había sabido de lo que ocurrió en la opacidad boscosa, en el reino de los espíritus y de las aves nocturnas. Reinaldo solo recordaba que trató de encontrarla con todas sus fuerzas y que solo consiguió dar vueltas circulares que terminaban en el mismo sitio, la orilla de la laguna en la que un día la vio, desnuda como una venus, amansando y abrazando a un cocodrilo cobarde.

Por fin pudo conocer Reinaldo todo lo que ocurrió desde que desapareció de su vista. Los ojos de Moluquia, desbordados de vergüenza y lágrimas, siguieron el vuelo de una pareja de lechuzas que chirriaban en las altas ramas de un durián, marineó por el tronco, alcanzó con determinación su alta copa y sintió que estaba a punto de tocar la bóveda azul oscura del cielo; desde allí contempló la boca del Kiematabu, el cúmulo de nubes arracimadas que hacían parecer al volcán un dios de barba cana, y asoció el sentido de la muerte al olor del sudor rancio y cebolla podrida de los frutos del árbol al que se había encaramado. Nadie podía verla, pero se arregló el pelo, se acicaló y volvió a taparse el occipucio sagrado con su paño de seda. Nadie podía oírla, pero se aclaró la voz para declarar en voz alta su inocencia, cumpliendo así hasta el último momento el dictado de la vieja tradición tribal:

—Yo también te maldigo y te repudio como esposo, Kan. Sé que el viento llevará a tus oídos esto último que debo decirte. Juro por todos los dioses que ahora se van a llevar mi alma que siempre te fui fiel, que nunca quise traer desgracia a nuestra familia ni a nuestros pueblos, que un día reforzaron sus lazos gracias a esta relación que acabas de traicionar, y solo los dioses saben qué terribles consecuencias traerán. Caiga mi muerte sobre tu conciencia…

Creía que nadie podía verla ni oírla, pero el chamán Buahan distinguió la atiplada voz de su princesa entre el chucheo de los

búhos. Moluquia se lanzó de cabeza al vacío con una heroica determinación, pero las anchas ramas del durián, como si fueran las manos torpes de un benévolo dios, la zarandearon y magullaron, pero amortiguaron su caída. Moluquia yació boca abajo, como un pelele de fiesta de pueblo que hubiera pasado por las garras de un tigre de bengala. Buahan agitó nerviosamente su rama de sauce, coronada por la pluma del ave del paraíso, para ordenar a sus hombres que la tomaran con cuidado por los brazos y las piernas, y la depositaran cuidadosamente sobre una de las grandes rocas ígneas pulimentadas que salpicaban los cauces del arroyo. Con suma delicadeza para no rozar su zona occipital y sagrada, aun en aquellas dramáticas circunstancias, los nativos se apresuraron a limpiar con un amasijo de flores de amapola la sangre que manaba de su cabeza.

Durante la primera noche, las mujeres de la tribu ejercieron de curanderas; unas, cocían hojas de la hierba del maluco y, después de cuajarlas con cera, la untaban en los cortes y las heridas; otras, majaban las hojas más claras del tamarindo para aplicarlas en los huesos que suponían rotos o dislocados, que en realidad eran casi todos los de su cuerpo. Tal vez fuera cierto que Buahan hubiese perdido parte de sus dotes y arrastrado a su pueblo a la perdición por su falta de fortuna, pero esa misma noche realizó un fantástico viaje astral para negociar con los dioses del más allá la curación de su paciente. Se identificó tanto con Moluquia al ver sus heridas que sintió ese dolor como propio y lanzó por ella un alarido que se oyó en media selva. Después ocultó su cara tras una máscara de cortezas y tocó melodiosa y acompasadamente, al ritmo de los latidos que marcaba su corazón, el pequeño tambor hecho de madera del árbol milenario del inframundo. Terminado su singular concierto, imitó el ulular de ciertas aves, se tapó con su manta de algodón, de la que pendían colas y dientes de ardillas, y desapareció en una canoa voladora tirada por aves del paraíso que solo él tenía la facultad de ver y tocar.

Buahan volvió con las primeras luces del alba, revestido de toda esa autoridad que le conferían los brazaletes tejidos con mechones de plumas iridiscentes y demás atributos chamánicos,

imprescindibles para realizar esos mágicos y espirituales viajes. Lo primero que hizo fue depositar una pluma de ave del paraíso bajo el mantón de seda de Moluquia, y anunciar a la tribu que, tras una acalorada y metafísica discusión con los dioses, había llegado a un acuerdo para que el espíritu de su princesa regresara, si bien tardaría algunos días en hacerlo, dado que ya había llegado demasiado lejos en su camino hacia la isla de los pájaros. Nada precisó sobre la duración de aquella disociación de cuerpo y alma que tanto se parecía a un estado de pasmo, pero lo importante era que la hija pequeña del sultán Kekuatán respiraba, aunque estuviera atrapada en un profundísimo sueño.

Moluquia fue llevada a la confortable y profunda hendidura de una roca, que adoptaba la apariencia de la entrada a una cueva, oculta por las ramas, la maleza y un chorro espumoso de agua que caía a modo de cortina desde una cascada. Las curas con hierbas del maluco y hojas de tamarindo surtieron sus milagrosos efectos y un buen día, Moluquia despertó con el sonido y el ajetreo que siguió a la erupción del Gamalama. No sabía muy bien quién era ni qué hacía allí aquel chamán, pero poco a poco fue dando muestras de mayor fortaleza y agradeciendo con sonrisas el trato que recibía, que era en realidad digno de una reina.

Buahan pasó mucho tiempo con ella, aplicándole hierbas mojadas en las partes más doloridas, y recurrió a su magia para que recordara quién era, qué había pasado y qué hacía allí. A diario daba sus golpes metálicos de mazo con su batintín en el mortero para triturar los tallos y convertirlos en infusiones que la ayudaran a rebuscar las vivencias perdidas en los recodos de sus intrincados recuerdos. Su ambición de chamán no solo le llevó a reconstruir los hechos que flotaban en su memoria nebulosa y maltratada por el golpe de la caída, sino que empezó a recrear en su mente los dolorosos acontecimientos que Appiorán borró de su cabeza con hechicerías, como los ocurridos el día de la rebelión contra su padre, Kekuatán. Gracias a Buahan, Moluquia recobró la razón que la condujo a la más alta rama de un durián y conoció las noticias acaecidas durante su convalecencia, que de ningún modo podría

recordar porque ni siquiera había tenido la oportunidad de vivirlas, tales como la maldición de Appiorán que costó la vida a su esposo Kan, la predecible guerra entre las islas de Ternate y Tidore, la estancia de sus hijos como rehenes de Abuleis…

Moluquia solo podía desplazarse con la ayuda del hombro de Kubu, un crío muy despierto que había nacido en el destierro. Kubu era el hijo menor de Jantán, uno de los fieles soldados de la corte de Kekuatán que dio su vida por salvar su harén y su corte. Buahan había asignado a Kubu el cuidado de la princesa, siempre y cuando no desatendiera otras ocupaciones comunales y obligatorias, como el ejercicio de puntería con las zurriagas y los colmillos de cocodrilo, y la recolección de las hojas del árbol del pan, que después las mujeres raían, hervían en agua y convertían en sagú, el plato preferido de los hombres sin cabeza, una deliciosa pasta espesa y rojiza a la que después cada cual añadía a su gusto unas gotas de zumo de limón.

Kubu llevaba a todos lados una gran hoja de palma que prestaba a Moluquia a modo de paraguas o abanico, según dictaran los caprichos siempre extremos del clima selvático. Cada mañana la despertaba con la esencia de las hojas del igbuhat, disuelta en un cuenco de agua fría recién salida de la cascada que caía al alcance de su mano, y extractos de otras hierbas medicinales que aliviaban sus crónicos dolores de cabeza. Así, con mucha paciencia, Moluquia conseguiría bañarse de nuevo en la laguna de los patos negros, que caminaban con pies de papagayo, exploraría las ramas boscosas en busca de las cacatúas gritonas, de pecho negro, y pasearía por las praderas donde crecían las flores que guardaban el olor a pescado y revoloteaban multicolores mariposas del tamaño de la palma de la mano.

Moluquia solía preocuparse cuando Kubu tardaba en volver porque sabía que, a veces, se acercaba peligrosamente al poblado de la costa para ver el mar o robaba calabazas de las huertas, pese a que las condenas por hurto podían incluir el apuñalamiento colectivo por parte de los afectados. Desde niño había aprendido a ocultarse en las ramas de los umbríos senderos, que rodeaban las empalizadas de los poblados, hasta hacerse casi invisible, para traer a la tribu el eco de

las historias de los cuentacuentos a la luz de los leños que nunca se consumían. Así pudo oír hablar de aquellos hombres envueltos en blancas y plateadas armaduras que venían del otro lado del mundo en grandes barcos y debían ser bienvenidos porque regresaban a casa, o eso decían las leyendas. A fin de cuentas, según contaba Buahan, eran los descendientes de la ninfa Lambulá, que un buen día consiguieron huir por el mar y librarse así de las palizas de su padrastro cuando se emborrachaba con licor de palma.

Kubu le contó a Moluquia que pronto sería un hombre de provecho si superaba el rito de iniciación, imprescindible para ganarse la consideración de adulto. Buahan le había prometido la mano de una de sus nietas si demostraba su madera de guerrero y su compromiso con la tribu porque, según mantenía el chamán, los hombres sin cabeza nacían el mismo día para el amor y para la guerra. Moluquia le vio con sus propios ojos capturar con hilos el peludo cangrejo de río, encerrarlo en una vasija y acosarlo con una ramita hasta obtener una baba pegajosa, que luego mezclaba con arcilla y envolvía cuidadosamente en una gran hoja de tamarindo. Antes de tomar el sendero de la playa, Buahan buscó una mata de ipo, que se identificaba no solo por su color verdinegro sino porque a su alrededor no crecía la vegetación y solo podían verse cráneos y esqueletos de cabras despistadas y traicionadas por el instinto que las había llevado a pacer en un devastado y sombrío paraje. Moluquia se había quedado escamada porque oyó al chamán decirle a Kubu que el ipo debía usarlo si se encontraba en problemas y, solo en ese caso de urgencia, debía soplar en dirección a la nariz y la boca del enemigo; lo demás llegaría por añadidura y en un abrir y cerrar de ojos, le dijo, oiría el castañeteo de los dientes y el tembloroso pataleo que precedería a la agonía de su adversario.

Lo cierto es que Kubu fue recibido a la mañana siguiente como un héroe porque acababa de mandar a la isla de los pájaros a Galupo, el capitán de la guardia real que participó en la revuelta que terminó con las muertes del sultán Kekuatán y de su padre, Jantán, y con el infame destierro del harén, la corte y los fieles soldados que consiguieron sobrevivir. Ya había nacido para la guerra y para el

amor. Ya había ejercido ese derecho que le asistía a la venganza y ahora, como hombre adulto y hombre libre, se había ganado también el privilegio de tomar como esposa a la nieta de Buahan.

Kubu contó que fue mucho más fácil de lo previsto y que no tuvo necesidad de usar la mata venenosa. Contó que esperó a Galupo escondido tras un árbol y aguardó al momento previo al orgasmo para robarle ese último placer y restregarle por la espalda la pasta arcillosa de los cangrejos, después de pronunciar los términos rituales convenidos: «Ulú, ulú, ulú…». En respuesta a su enardecido relato, sonaban repetidas estas palabras como un mantra en las bocas de los nativos mientras levantaban sus lanzas: «Ulú, ulú, ulú…». Los hombres sin cabeza cantaban para no olvidar el significado de las palabras ni las gestas de sus antepasados, y esa misma noche ya se oyeron coplas al calor de la lumbre que narraban la hazaña de Kubu, el hijo de Jantán, que se había ganado para toda una eternidad la aceptación, la admiración y el liderazgo de su pueblo.

Las infusiones de tallos triturados, la esencia de igbuhat disuelta en agua fría y las sesiones chamánicas dieron sus frutos. Aunque solo fuera vagamente, Moluquia ya empezaba a recordar episodios de su relación con Reinaldo: retazos del día que lo conoció y se convirtió en su sombra, siguiendo las órdenes del consejo de ancianos, sus paseos por las laderas de los claveros pisando las nubes, su cara de mayúscula sorpresa cuando acarició las fauces del cocodrilo manso… Moluquia tenía la certidumbre de no haberle sido jamás infiel a Kan, pero también le dio un vuelco el corazón cuando Buahan le habló de la llegada al territorio selvático de una expedición encabezada por un extranjero y del ataque de un caimán. Entonces deseó con todas sus fuerzas que cualquier otro se hubiera convertido en la merienda del caimán, menos Reinaldo, y supo que quería volverlo a ver. Ella misma se habría presentado allí esa mañana, de no ser porque estaba segura de que su cojera se convertiría en un indeseable estorbo, pero tuvo ocasión de encomendarle a Buahan que lo trajeran a su presencia, siempre y cuando mostrara algún interés por el reencuentro. Quizás ahora, desde su nueva condición de viuda y reina de la tribu de los hombres

sin cabeza, pensaba ella, podría mirarle con unos ojos diferentes, incluso reconocer que la naturaleza de su amor debía ser más fuerte que la de su olvido. Al fin y al cabo, los volcanes entraban en erupción para limpiar la memoria de los hombres y darles nuevas oportunidades de escribir historias partiendo desde un liberador principio de los principios.

Cuando Buahan le comunicó que estaba viva y que podría llevarle ante ella, Reinaldo sintió en su interior tal torbellino de felicidad que volvió a la laguna, desafiando a caimanes y serpientes, y tomó las flores amarillas más vistosas de los nenúfares, parecidas a las que Moluquia envolvía en las cintas que adornaban su pelo. El chamán le llevó dando saltos de puntilla sobre las piedras pizarrosas y las rocas de madréporas y basalto que se hallaban diseminadas sobre el fondo del riachuelo, y supo que entraba en los límites prohibidos de la tribu por las flores rojas de las matas de dalopang, esos relojes naturales que marcaban el ritmo de los hombres sin cabeza porque de manera invariable, hasta en los días nublados y en los más lóbregos rincones, sin necesidad de los rayos del sol, abrían sus pétalos por la mañana y se cerraban al atardecer con una precisión y asiduidad asombrosas.

Reinaldo escaló las rocas con saltos de cabra y asomó tímidamente la cabeza entre el ligero visillo de agua que daba paso a la hendidura. Allí estaba ella, levemente recostada sobre la pared, convertida en una ninfa de la montaña; Eco, viviendo su propia fábula:

—Te esperaba —le dijo con una sonrisa amplia y luminosa.

—Bunga… —significa flor; Reinaldo se atrevía por primera vez a decir algo en su lengua y extendió el brazo para entregarle la flor amarilla que había recogido en los nenúfares.

—Gracias Reinaldo —le contestó mientras se encintaba en el pelo las flores.

—Bunga kuning… —«Flor amarilla», dijo Reinaldo, feliz ya no solo por el reencuentro sino por incorporar una palabra más, casi una frase, y comprobar que podía hacerse entender.

—Todavía hablo mejor tu idioma que tú el mío —contestó

Moluquia con una risotada.

La notó todavía magullada y tal vez algo más obesa porque resultaba difícil resistirse a la machacona insistencia de los hombres sin cabeza, que no aceptaban un no por respuesta cuando ponían a sus pies, a modo de presentes, papayas, mangos, sopas de nido de los vencejos que habitaban en la cueva y unas tortas de pulpa del árbol del pan amasadas con leche de cabra y miel que resultaban una verdadera tentación. Pero por fin Moluquia era dueña de sus recuerdos y libre de las ataduras del pasado. Reinaldo solo manejaba cien palabras y diez frases en su lengua, pero ya no tenía miedo de hablar. Optó por arrellanarse para que su cabeza siguiera quedando por debajo de su coronilla sagrada. Su fragancia natural de cera de abejas, aceite de coco y madera de cedro llorón había vencido el fuerte olor del palo ipil que teñía de naranja sus ropas.

—¿Chía…? —Así se llamaba el licor caliente que destilaban en la tribu, que le ofreció compartir en una vasija.

—Sí, gracias.

—¿Rachil y Nachil están bien?

—Sí, están bien.

—A veces olvido sus caras.

—Tiempo, necesitas tiempo.

—¿Han llegado los españoles?

—Todavía no, pero estás a tiempo de verlos llegar.

—Buahan dice que has venido con un mensaje de tregua…

—No, he venido con un mensaje de amor —Reinaldo se tocó el corazón con el dedo índice, aunque los nativos se señalaban el vientre cuando hablaban de sentimientos.

—Te ha crecido mucho el pelo —contestó Moluquia, divertida y halagada, mientras jugueteaba con su flequillo.

—Este no es tu lugar en el mundo, Moluquia.

—¿Quieres decir que mi lugar en el mundo está a tu lado…?

—Mi lugar en el mundo es tu piel —contestó Reinaldo, sin atreverse a mirar sus piernas ni acariciarlas, pero pasando los dedos por las fibras vegetales de sus enaguas.

—Mírame o nuestra relación nacerá sin deseo. Abre bien los

ojos.

Moluquia apuró el licor de chía de la vasija y desabotonó la camisa de Reinaldo divertidamente, como si de un difícil juego se tratara, y en cierto modo lo era para ella. Luego se desprendió de sus enaguas anaranjadas y su faldellín de hierbas y se sentó encima suya, abriendo las piernas con naturalidad. Moluquia proclamó su iniciativa en el juego amoroso al aprisionar las manos de Reinaldo; mezcló su aliento con el suyo, rozó la punta de su nariz con la suya, sintió la tibieza de su lengua y probó su saliva. Reinaldo se sonrojaba y se dejaba hacer, como si tuviera las manos enterradas en la arena, cada vez más sorprendido por esa repentina explosión de placeres.

—Dime qué locura harías por mí.

—Me pondría un canuto de estaño —dijo en broma, y señaló su pene para referirse al artilugio que empleaban algunos nativos para alargar el placer de las mujeres mientras hacían sonar unos cascabeles que pendían de sus testículos.

—No me refiero a ese tipo de locuras, estúpido extranjero —replicó Moluquia con una carcajada.

Reinaldo la tomó entonces por la cintura y fue deslizando sus manos entre las líneas onduladas de sus caderas hasta llegar a sus muslos firmes y pasó lentamente la yema de los dedos por su piel, limpia y delicada como las jabonosas azucenas de sus baños termales. Entre los murmullos de la cascada se oían los suspiros entrecortados de Reinaldo, que jugaba con los pezones erizados de su amante.

—Dime palabras hermosas —sugirió Moluquia.

Reinaldo no tenía mucho más que decir en ese momento, porque los gemidos ahogaban su voz y, en cierto modo también, porque le faltaban palabras en su idioma y en el suyo propio para hacerle promesas de amor o hablarle de la eternidad que quería compartir con ella.

Acababan de abrirse las flores del dalopang para anunciar un nuevo día cuando reapareció tras el cortinaje del agua la pálida figura de

Buahan, en compañía de Tago. El chamán tomó asiento junto a Moluquia, se sangró la mano con la espina de un pez hasta verter varias gotas de sangre en un mortero y, sin mediar aviso, le hizo a Reinaldo un profundo corte en su dedo pulgar:

—Sé que Moluquia volverá contigo y con sus hijos, y no se perderá la llegada de los barcos extranjeros a nuestra isla. Ella no sabía para qué la despertó el volcán y ahora ya lo sabe. Tiene que cumplir su destino y no puedo culparte por ello.

—Tal vez su destino sea conseguir la paz.

—Yo solo espero que la cuides como lo que es, una reina; la reina de la tribu de los hombres sin cabeza.

—Así será.

Luego mezcló la sangre de ambos en el mortero y untó el fluido resultante en la frente de Reinaldo y en la suya:

—Dile a Quichil Rak y Appiorán que el *ulú* es un derecho que asiste a los hombres libres y que seguiremos siendo hombres libres.

Como decía el chamán, el volcán la había despertado de su sueño por alguna razón. Esa misma mañana, Moluquia se despidió de Buahan, Kubu y toda la tribu con lágrimas de agradecimiento y ternura. Como todavía cojeaba, se recostó dócilmente sobre la litera de mantas de algodón, que le habían construido los marineros malayos, y volvieron sin prisas al poblado de la costa. Moluquia vio desde su inédita perspectiva la lucha por la luz de las ramas en la bóveda del bosque, y a su campo visual acudieron las siluetas de gigantescas mariposas que no cabían en una sola mano, de escarabajos con cuernos de rinoceronte que escalaban los troncos, de papagayos gritones que parecían burlarse de su estado quebradizo, de lagartijas de cuellos estirados que derramaban chorros de fuego por la lengua…

XV
LOS DESCENDIENTES DE LA NINFA LAMBULÁ

REINALDO ENVOLVIÓ A MOLUQUIA POR SU ESPALDA con un largo y cálido abrazo, colocó la cabeza por encima de sus hombros y formando un solo cuerpo con ella, como asomado al alféizar de una gigantesca ventana que diera al resto del mundo, contempló el regreso de los descendientes de la ninfa Lambulá o, si se quería ver desde otro punto de vista, la llegada de la expedición magallánica. Los cálculos nigrománticos del sultán Almanzor, y los informes obtenidos en sus viajes astrales por el chamán Appiorán, habían anunciado la inminencia del acontecimiento; de manera, que la playa ya estaba llena de nativos cuando los galeones españoles empezaron a bailar como cascarones de nueces sobre la delgada línea del horizonte. Venían de atravesar la frontera medieval que señalaba el fin del mundo. Habían demostrado que no existía ese confín de cataratas que daba por terminado el océano y el planeta y desde el que ya solo cabía enfrentarse a una caída vertiginosa, mortífera y forzosa hacia las más oscuras profundidades abisales. En cierto modo, la legendaria cascada ya podría representarse desde ese momento como una colosal y poética metáfora, de manera que no fueran los cuerpos sino las almas de los hombres las que se precipitaran por ese escalón desconocido del mar hacia el más insondable vacío, en la figuración de una especie de castigo divino que esperaría a quienes se atrevieran a dar noticias al mundo de su propia forma y de sus verdaderas dimensiones.

A media mañana ya resultaban visibles las recias arboladuras, las blancas velas acariciadas por una apacible brisa, el formidable colorido de las grímpolas y banderolas, que habían sido desempolvadas tras varios meses de estancia en las tripas del barco, para dar sentido a sus verdaderas finalidades y mostrarse por fin altivas, ondulantes, festivas. Solo eran dos galeones, y no cinco como había informado Francisco de Lorosa, pero luego sabrían dónde y por qué se habían perdido esas tres embarcaciones que se echaban en falta. Sus siluetas recortadas sobre las tranquilas aguas de la ensenada se bastaban y sobraban para llenar la fantástica vista que se tenía desde la playa. La cumbre del Gamalama, ya sosegado y amable, parecía enredarse entre el mastelero y la verga de gavia del palo trinquete de la nao capitana. Los marineros pululaban por la cubierta principal, abrazándose con una emoción de amantes que acabaran de reconciliarse tras una riña, dando tantos y tan altos saltos de alegría que parecieran intentar atrapar las gaviotas que sobrevolaban la cofia. Daban gracias en español, en portugués y en portuñol a Dios, a la Virgen del Buen Aire, a San Telmo y demás santos del santoral por lo que solo podía contemplarse como un verdadero milagro demostrativo de un auténtico control de la naturaleza: las quillas habían llegado a su destino después de veintisiete meses de aventura por ignotos mares, de certezas e incertidumbres, de hambre y sed, de traiciones y lealtades inimaginables para cualquier ser humano acostumbrado a tener los pies sobre la tierra. Decían, según sus cuentas, que ese día era 8 de noviembre de 1521.

Un atronador zumbido retumbó en el aire, como si los volcanes de Ternate y Tidore entraran en erupción al mismo tiempo. El cañonazo de rutinario saludo de la nao Victoria dejó un rastro humeante que alborotó el vuelo de una bandada de palomas. Los nativos corrieron a protegerse tras la primera hilera de palmeras de la playa porque no tenían un buen recuerdo del estampido de Serrano que destruyó el cobertizo que utilizaban de granero. Luego llegaron a contarse hasta seis salvas más desde los castillos de proa y popa de la Victoria y la Trinidad, expresando a sus anfitriones la

alegría de llegar y de paso, siguiendo las técnicas que habían aprendido de Magallanes, la cantidad y calidad del armamento que traían a bordo para que los lugareños supieran a qué atenerse.

Quichil Rak pidió a Reinaldo que se mantuviera alejado en el transcurso de los primeros contactos, pero en cambio consideró necesaria la presencia de Tago en la expedición que acompañaría al sultán Almanzor en la primera visita, con la condición de convertirse en una estatua de sal que no dijera nada ni diera la sensación de entender nada, porque su misión consistía en dejar hacer a los «lenguas» de los españoles y en oír y traducir en privado las palabras que intercambiaran entre ellos. Antes de subir al prao real para visitar la nao Trinidad, Almanzor volvió a dar una vuelta entera sobre sí mismo bajo su toldilla y consultó por última vez la idoneidad de la camisa de dorados bordes y la guirnalda de flores que orlaba el pañuelo de seda que cubría su turbante.

Por orden expresa del sultán, el prao dio dos vueltas completas a la nao capitana, la Victoria, para comprobar de cerca las formidables dimensiones de aquel coloso que había rodeado el mundo a una velocidad impensable. Las sirvientes jorobadas desafiaban los vaivenes de las mareas para seguir sirviendo betel al sultán, que alargaba la mano sin mirar porque estaba boquiabierto y solo tenía ojos para maravillarse de la fortaleza de las maderas de ligazón de los cascos y la formidable altura de los palos de la arboladura.

Los grumetes de la nao Trinidad botaron una de las chalupas para salir a su encuentro. Almanzor dejó el cetro en manos de su hijo mayor y pidió a un esclavo un recipiente de agua para lavarse las manos y así poder darlas a besar a todos aquellos extranjeros que le esperaban en la cubierta principal. Las manos del sultán recibieron más de cincuenta besos y reverencias de la tripulación de la flota en su camino hacia el castillo de popa, al que accedió por una abertura alta de un pequeño salto, sin agachar la cabeza, en un gesto que pretendía no incomodar a su séquito ni a los propios capitanes españoles con una obligatoria genuflexión. Se notaba que la tripulación estaba avisada del protocolo por boca de sus intérpretes, dos nativos que chapurreaban malayo y portugués gracias al negocio

de la venta de sebo en los puertos de Sarangani y Sangihe.

—He soñado todas las noches con este momento desde que las estrellas nos anunciaron vuestra llegada —dijo Almanzor en voz alta, dedicando a su auditorio una sonrisa complaciente que sostuvo con cierta teatralidad mientras eran traducidas sus palabras.

Los marineros se arremolinaron sobre las tablas del castillo de popa, dispuestos a oírle hablar desde el confortable sillón de felpa roja que le habían preparado, mientras los pajes le revestían con un lujoso ropón de terciopelo amarillo, como los que usaban los turcos, de mangas tan holgadas que no les dejaban asomar los dedos de las manos. Quichil Rak no encontraba a ningún mando en el barco que respondiera a la descripción que Reinaldo había hecho de Hernando de Magallanes —barba ensortijada y negra, cicatrices en la cara, visible cojera…—, pero tampoco se atrevió a realizar una pregunta que pudiera molestar a los capitanes allí presentes: el de la nao Victoria, Juan Sebastián Elcano; y el de la Trinidad, Gonzalo Gómez de Espinosa, que se esforzaban en trasladar a sus «lenguas» lo que ya se sabía que dirían, es decir, que habían hecho un largo viaje desde la nación más poderosa del mundo en nombre del más poderoso emperador que existe para contratar sus especias.

—Mis súbditos lo serán también de vuestro rey y en su memoria daremos a Tidore el nombre de Nueva Castilla.

Al oír todas esas lisonjas de Almanzor, el despensero de la Trinidad, Juan de Campos, abrió un arcón de madera de castaño y extrajo tazas de vidrio dorado, tres espejos grandes, seis tijeras, paños indios dorados de seda y damasco, telas blancas de Cambaya, dos bonetes y seis sartas de cuentas para agasajar al sultán y a su corte. Cuando uno de los hijos mayores del sultán recibió su lote de paños indios, un bonete, un espejo grande y dos cuchillos, Almanzor mandó parar el reparto de regalos para disgusto de Quichil Rak.

—No es necesario que nos abruméis con tanta generosidad porque no podemos responder con regalos dignos de la nobleza de vuestro emperador —Almanzor continuaba empleando un discurso salpicado de halagos, como solía hacer en las grandes ocasiones.

Pero el despensero Juan de Campos o no había oído la

traducción de las palabras de Almanzor o no estaba dispuesto a seguir sus recomendaciones y puso un paño de seda, un bonete y dos cuchillos en las manos de Quichil Rak, que aun dejó sus manos extendidas unos instantes más en espera de uno de esos espejos que reflejaban las caras como las lagunas en calma y que hubiese querido regalar a la favorita de su harén.

—Vuestros hombres podrán desembarcar cuando quieran porque esta isla, desde hoy llamada Nueva Castilla, será su casa…

Entonces Almanzor hizo una ligera indicación a uno de sus esclavos para que hiciera entrega a los capitanes de las más distinguidas plumas de aves del paraíso de la colección real, las más apreciadas entre las últimas que había traído la tripulación de Reinaldo Duarte, que se distinguían por ese color rojizo de nubarrones hinchados con las luces del atardecer.

—Si queréis conocer los precios de nuestro clavo podréis consultar a nuestro ministro, Quichil Rak.

—¿Podríamos conocer la cantidad de clavo que desearíais cargar en vuestras naves? —preguntó Quichil Rak.

—Antes quisiéramos conocer cuántos quintales de clavo vendéis al cabo del año a los portugueses… —intervino el capitán Espinosa.

—Quinientos quintales de clavo y doscientos quintales de nuez moscada, aproximadamente…

—Dígale que vamos por las cuatro cartas del palo —dijo Elcano al oído de Espinosa como quien juega una partida de quínola a los naipes.

—Nosotros queremos llenar nuestras naves —aseguró Espinosa.

—¿Cuánto clavo calculáis que pueden caber en cada una de ellas…? —preguntó Quichil Rak, arqueando las cejas antes de oír la respuesta.

—En la Trinidad cabrían mil quinientos quintales —respondió Espinosa.

—En la Victoria no menos de mil —añadió Elcano.

—Entonces pediremos clavo al sultán de Bachián y le haremos participar en el negocio.

—Nuestra intención es aprovechar los vientos, mientras sigan

siendo propicios, para regresar lo antes posible por la ruta portuguesa.

—No esperábamos ni tanta cantidad ni tanta urgencia. Necesitamos siete lunas para responder a vuestra demanda.

—Está bien, aprovecharemos para descansar y aprovisionarnos. Hablemos de precios…

—Tenemos por costumbre despachar sin alzar la tara. Un bahar de clavo —respondió el ministro, siguiendo las instrucciones que había recibido de Reinaldo y Lorosa— vale cincuenta cuchillos o cuarenta bonetes y dependiendo de las calidades, claro está, diez brazadas de paño rojo o veinticinco de paño fino.

Elcano y Espinosa hicieron un receso para hacer sus cuentas. Según la interpretación que hizo Tago de ese diálogo, se contaban el uno al otro que los precios no resultaban tan ventajosos como habían pensado en un principio si, como parecía, el bahar equivalía a cuatro quintales y seis libras de clavo. Tago oyó símiles de partidas de naipes tales como «creo que estos están doblando la parada» o «nos quieren colar un astillazo» que explicarían la propuesta de aplazamiento de las negociaciones para concertar las equivalencias.

—Mañana nos veremos otra vez aquí… —respondió Elcano a Quichil Rak, masticando las palabras para ayudarle a entender que se iban a repensar esos precios, aunque unos y otros sabían que todos ganaban con el cambio y la negociación ya solo consistiría en tirar y aflojar.

El ministro dio por terminada su conversación sin preguntar por el destino de Magallanes y de esos otros tres barcos que echaba en falta, ni tener que dar unas explicaciones que podrían haber resultado largas, inconvenientes e innecesarias.

—Podéis acercaros a la playa sin temor ninguno —se comprometió Almanzor al despedirse— y si alguno de mis súbditos osara rondar vuestros barcos de noche con malas intenciones, tenéis mi permiso para apuntarles al cráneo con vuestras balas.

—Mañana mandaremos una delegación que dispondrá de todo lo necesario para la construcción de un cobertizo, donde depositaremos las mercadurías correspondientes al pago del clavo, y

de un puesto de artillería desde el que defender la isla, en nombre de España y de su emperador, a la espera de la llegada de nuevas expediciones —aseguró con solemnidad el capitán Espinosa.

El sultán se llevó la mano a los labios y a la frente en señal de despedida, al tiempo que indicaba a uno de sus esclavos que cargara con el sillón de terciopelo rojo que en adelante usaría como trono en el salón de su palacio. Una nueva descarga de artillería despidió a sus visitantes, celebrando tan provechosa y novedosa alianza entrereinos tan lejanos. Tago abandonó la embarcación sin pronunciar una sola palabra en portugués, como estaba previsto, ni distinguir en ningún momento la figura de Hernando de Magallanes entre los presentes en la embarcación, mientras jugueteaba con el regalo que el despensero puso al final en sus manos: un peine que parecía tener labrado en marfil el dibujo desgastado de unas enredaderas y que esa misma tarde regalaría a Suka, la hija de Galupo.

A la mañana siguiente, Hernando de Bustamante saltó desde el batel de la nao Trinidad, oteó el verdoso horizonte de un bosque de cedros cuarteado por trochas y recortado por las grises brumas de la montaña, y comprendió que se había convertido en el primer español en pisar una isla moluqueña. Caminó unos pasos sobre la renegrida arena de la playa, combinando ceños de orgullo con otros de ansiedad y desconfianza, como si temiera la avalancha por sorpresa de una horda de antropófagos que estuviera oculta tras los platanares. Tras unos instantes de espera, se dirigió a sus acompañantes para transmitirles con aplomo una confianza que no necesitaban:

—Todo en calma.

—Aquí seréis tratados como reyes. Sed bienvenidos —le recibió Quichil Rak, con una cortés reverencia, valiéndose de la traducción de Tago.

Hernando de Bustamante presentó a sus hombres, uno por uno, con sus nombres, apellidos, cargos y gentilicios. Aquel destacamento estaba compuesto, siguiendo el orden en que fueron presentados, por el despensero, escribano y tesorero de Alcalá de Henares, Juan de Campos, el lombardero belga maese Pedro y los tres

sobresalientes, el sanluqueño Diego de Arias, el genovés Alonso de Coto y el baezano Luis de Molino. Las tripulaciones de Elcano y Espinosa acababan de llegar, pero no tenían ni la más remota idea de la fecha de su regreso ni siquiera si, llegado el momento, regresarían o desearían volver. Ellos, en cambio, habían sido elegidos para defender la plaza hasta la llegada de una nueva expedición española: «Solo Dios sabe cuándo, pero será lo antes posible», les había prometido Juan Sebastián Elcano. Conocían que, como mínimo, tardarían el tiempo de una vuelta al mundo entera, pero de alguna manera aquellos hombres ya habían perdido la prisa por abrazar a los seres queridos que dejaron en la otra orilla del mundo, quizás porque no les esperaran muchos, tal vez porque ni siquiera se sintieran queridos o incluso porque el amor y el deseo del reencuentro con los seres amados palidecían al lado de las andanzas y peripecias que prometían la experiencia de vivir el paraíso y doblar el salario de sus compañeros; gente de fiar, sedienta de aventuras en tierra firme, hastiados de cambiantes horizontes, que despreciaban el peligro de la guerra desigual que tal vez tuvieran que afrontar alguna vez en esa misma playa.

—Parecen buenos guerreros, pero son pocos… —se atrevió a decir Quichil Rak con una ambigua mueca.

—No despreciéis el coraje de cinco soldados españoles —contestó Bustamante a Tago, sin detenerse a mirar a los ojos de su verdadero interlocutor, Quichil Rak.

El ministro tidorés se vio obligado a poner al servicio de la expedición a la propia guardia personal del sultán porque la visita se había convertido en un acontecimiento festivo. Centenares de aborígenes ofrecían a los visitantes toda clase de géneros para comerciar, señalaban las figuras de las águilas bicéfalas que destacaban sobre el estandarte de terciopelo rojo que portaba el sobresaliente Diego de Arias y pugnaban por tocar con sus propias manos todo lo que resplandecía de sus indumentarias, las cotas de malla, las aristas de las picas, las crestas de los morriones y los vértices metálicos que sobresalían de los escudos de cuero de buey. Los niños del poblado imitaban los pasos del desfile marcial y

tocaban con las yemas de sus dedos los vivos colores de los chalequillos acolchados de algodón y las calzas de felpa roja.

Desde las plantaciones y los huertos de los alrededores del poblado aparecían nativos que cargaban con limas y limones, cidras y cidrones, plátanos, nueces de coco, naranjas, cabras, gallinas y desconocidos manjares selváticos dirigidos al aprovisionamiento de las naves y a saciar el apetito de los tripulantes de la Victoria y la Trinidad, a cambio de abalorios, telas y oropeles. Al llegar al lugar recomendado para levantar la fortaleza y el cobertizo, Quichil Rak les presentó a Francisco de Lorosa y Reinaldo Duarte. Hernando de Bustamante se sorprendió al principio, pero después se alegró de saber que eran portugueses porque podría seguir presumiendo de haber sido el primer español en pisar Tidore, aunque por esa gesta no recibiría albricias como las que ya tenía prometidas por escrito de Magallanes por haber sido el primer hombre en avistar, desde la cumbre de un monte nevado, el tan esperado paso que comunicaba los dos grandes océanos.

—Entonces, sois portugueses…

—Esperamos no incomodaros por el hecho de haber nacido en Portugal…

—No, no, nada de eso —Hernando de Bustamante se apresuró a modificar su tono de afectación, que despertaba cierto recelo en sus interlocutores—. Llevamos tres años conviviendo con portugueses y os aseguro que no habríamos llegado hasta aquí sin la mutua confianza que nos hemos tenido a lo largo del viaje.

—Sin embargo, no veo que haya desembarcado ningún compatriota nuestro —observó Reinaldo.

—¿Por qué ponerles en el brete de dejarles aquí y obligarles a disparar contra portugueses, si llegara el momento…? No daría un solo maravedí por el pescuezo de un portugués que los portugueses apresaran defendiendo una fortaleza española.

—Tampoco daría un solo maravedí por los españoles que caigan presos en la defensa de una fortaleza española en una isla que consideran que cae bajo demarcación portuguesa…

—En eso no os falta razón.

—Vos también os quedaréis, supongo, al mando…

—Eso no será posible, muy a mi pesar…

Hernando de Bustamante puso un gesto fingidamente pesaroso. Sus compañeros sabían que nunca habría puesto en peligro el sobresueldo que le correspondía por ser el primero en divisar el estrecho patagónico y que nada haría tambalear su sueño de ascender las escaleras del Palacio Real para contar a su cesárea y católica Real Majestad en Valladolid o a los oficiales de la Casa de la Contratación en Sevilla, los detalles de la proeza de circundar el mundo.

Bustamante tenía cierta predisposición natural para los sofismas, los enredos y la ficción, pero gozaba de la indispensable memoria para sostener sus mismas o parecidas peroratas por largas temporadas como las que se pasaban en una travesía de esas características. Poseía mucho más de la mitad de todo lo necesario para ganarse la confianza de los capitanes Elcano y Espinosa: sabía leer y escribir y tenía fama de ser un hombre cordial y fiel, o por lo menos todo lo fiel que se podía llegar a ser en un viaje lleno de intrigas y contubernios, donde las disparidades de criterio estaban y seguirían estando a la orden del día. Se decía de él que tenía una intuición natural para saber quien saldría vencedor de los pulsos que surgían a diario y, en cualquier caso, solía obtener el necesario beneficio de la duda cuando sus jefes rivalizaban por criterios divergentes antes de ponerse, justo a tiempo, al lado del vencedor.

—Si me permitís la pregunta, señor… Se ha hablado tanto del capitán Hernando de Magallanes, que… ¿Tenéis noticias suyas? —Reinaldo decidió poner el cascabel al gato…

—Por desgracia, Magallanes no ha llegado a cumplir su sueño.

—Lo lamento mucho.

—Se lo llevó la codicia y la imprudencia.

—Decían de él muchas cosas, pero nunca oí decir que fuera imprudente.

—Le conocíais bien, entonces…

—Le vi alguna vez en Lisboa. Es de suponer que tengáis razones de sobra para afirmar lo que decís —se atrevió a contestarle

Reinaldo.

—Pues entonces será que los océanos cambian el carácter de las personas.

—En Lisboa le tachaban de ser un hombre hosco, introvertido y tozudo, pero todo el mundo sabía que era un gran marino y soldado, frío y calculador…

—Se le instaba a venir en las capitulaciones lo más derecho y por la ruta más rápida posible por el derrotero de las Molucas y, sin embargo, tomó por la banda del norte hasta los trece grados. ¿Tenéis idea de por qué actuó así un marino frío y calculador, como decís…?

—A vuestra pregunta tendréis que contestar vos mismo.

—Navegaba en zigzag y aunque fuera requerido por sus propios hombres de confianza, nunca quiso dar al piloto la ruta de estas islas, que de sobra conocía por las cartas que desde aquí le mandó su amigo Francisco Serrano.

—Yo atribuiría los rodeos a su espíritu aventurero y explorador…

—Eso pensamos hasta que leímos a su muerte la Real Cédula por la que se le concedía el derecho a beneficiarse de dos de cada seis islas que descubriera y sometiera al reino de España.

—Tampoco eso explica la imprudencia que le atribuís.

—Podéis preguntar al sobresaliente Diego de Arias los detalles de su muerte. Él le acompañó en su última batalla.

La conversación se interrumpió por la presencia de un centenar de jóvenes nativos que acarreaban maderas y hojas de palmera desde el bosque, y guijarros y lajas pizarrosas desde los acantilados, para la construcción del nuevo cobertizo.

Quichil Rak organizó a la caída de esa misma tarde una pequeña fiesta de bienvenida para aquellos nuevos ciudadanos de Tidore o Nueva Castilla, como quería llamarle Almanzor, para que con mayor motivo pudieran defenderla de un probable ataque de Ternate y de sus aliados portugueses. Ofreció a sus invitados la más exquisita cosecha de vino de palma que guardaban y les proporcionaron todo aquello que realmente deseaban ver para

convencerse de haber desembarcado en una isla rica, paradisíaca y feliz. Esa tarde no pudieron contemplar la lluvia de almendras que traían las aves del paraíso, que volaron espantadas por otros rumbos, huyendo del olor a azufre que dejaron las salvas de bienvenida, pero tuvieron la ocasión de disfrutar de una muestra del variado folclore local: cuentos a la luz de la lumbre, danzas tribales y esas cancioncillas que explicaban el origen de su mundo desde que el mar se hinchó para conquistar el cielo y los dioses, molestos, lanzaron sus islas al agua…

Hernando de Bustamante avivaba la candela sin mover un solo músculo, mientras Francisco de Lorosa le daba detalles de su ajetreada biografía, del final que el sultán Almanzor dio a las aventuras del capitán Francisco Serrano, de las misteriosas perlas del tamaño de huevos de tórtola que nunca encontró y de su interés en regresar lo antes posible a casa por cualquier itinerario y a bordo de la nao que se prestara a llevarle a él y a su familia.

Tampoco faltaron las dulces mujeres solteras que, por petición expresa del ministro, se encargaron de tener distraídos a unos hombres que llevaban ya varios meses de abstinencia sexual. Quichil Rak prefería tenerles ocupados y satisfechos para evitar que, después de varias copas de vino de palma y licor caliente de chía, pudieran lanzar sus redes a las mujeres casadas y causar algún engorroso incidente diplomático. De hecho, Juan de Campos se empeñó tozudamente esa misma noche en sacar a bailar a Moluquia, ajeno a las sugestivas miradas y proposiciones gestuales de Tunkatu, pero Reinaldo no perdió la compostura y se limitó a escenificar su relación con Moluquia con un par de carantoñas y advertir al despensero sin perder la sonrisa…

—¿Sabíais que en Tidore los adúlteros son atados por la espalda y sirven de cena a los tiburones de la ensenada…?

Lo que no sabía Reinaldo era que el regalo del primer faldellín vegetal también concedía a las jóvenes la condición de personas adultas y que Nachil tenía el mismo derecho que el resto de solteras a participar en la fiesta de recepción de los extranjeros. Moluquia conocía que su hija soñaba desde pequeña con un hombre de

escamas plateadas que llegaría por el mar desde una tierra lejana y hablaría un extraño idioma que ella conseguiría entender gracias al don de lenguas que le regalarían los dioses que regían el amor. Cuando le vio desembarcar del batel que partió de la nao Trinidad —el primero de todos, siempre deseoso de aparentar y escenificar su poder de mando—, Nachil ya no tuvo más ojos para ningún otro hombre de este mundo. Bustamante le dedicó una reverencia, un guiño que ningún nativo fue nunca capaz de hacer por mucho que lo intentara, y una sonrisa picara que ambos entendieron enseguida como un signo de predestinación. Nachil se quedó a su lado oyendo su voz, constatando que tendría que esperar algún tiempo más para entender lo que decía. Hasta que los dioses que regían el amor les fueran propicios tendría que conformarse con intentar descifrar sus gestos y respirar su aliento. Cuando Bustamante la tomó de la mano y se internó con ella en el bosque, Moluquia tuvo la intención de seguir las pisadas de sus botas sobre las hojas secas del bosque, tal vez por su propio instinto de protección maternal, pero pronto entendió que no debía interponerse en el designio que las deidades hacían llegar a través de la atmósfera etérea de los sueños, aunque se tratara del hombre menos indicado que pisara la tierra; de hecho lo era, porque entre los extranjeros que pisaban en ese momento la tierra en Tidore, Bustamante era el único que había decidido volver a España.

Mientras tanto, los sobresalientes andaluces y el lombardero belga hablaban de lo divino y lo humano, como solía ocurrir cuando empezaba a colarse por las gargantas aquel vino de palma dulzón que dejaba en el paladar cierto olor a madera. Reinaldo hacía todo lo posible por compartir la roca pizarrosa que servía de asiento a Diego de Arias, el fiel sobresaliente sanluqueño de Hernando de Magallanes. Arias había sido recomendado a Magallanes por los especieros portugueses que comerciaban en la desembocadura del Guadalquivir porque mejoraba todo lo que pudiera encontrarse en ese último puerto para rellenar las bajas de última hora: era buen pescador, manejaba con relativa destreza las armas y además de ser un tipo listo y honesto, entendía de especias; de hecho, negociaba

espejos y ámbar con los mercaderes flamencos y se prestaba siempre a hacer de recadero de los portugueses e italianos que gestionaban las doce tiendas de especiería —de pimienta y canela, sobre todo— que el duque de Medina Sidonia dominaba en Sanlúcar de Barrameda.

¿De verdad había podido perder Magallanes en los últimos días de su vida el elemental sentido de la prudencia que le había acompañado toda la vida…? Reinaldo Duarte anotaría en su libro de contaduría todo lo que oyó aquella noche; una narración que tenía un inconmensurable valor histórico por tratarse de un testigo que presenció su muerte en la isla de Mactán:

—Veréis como sucedieron las cosas… —este capítulo transcrito por Reinaldo Duarte llegó a su libro de contaduría con el siguiente título: «La muerte de Magallanes, según el relato del sobresaliente sanluqueño Diego de Arias».

XVI
LA MUERTE DE MAGALLANES, SEGÚN EL RELATO DEL SOBRESALIENTE SANLUQUEÑO DIEGO DE ARIAS

«VERÉIS COMO SUCEDIERON LAS COSAS... AL LLEGAR a Cebú, Magallanes mandó un cañonazo de aviso y delegó la negociación con el rajá Humabón en el escribano León de Espeleta, su asistente Enrique y el sultán de Limasawa, Kalambú, que se había convertido al catolicismo después de oír una de las exaltadas misas del padre Pedro Valderrama. El rey Humabón exigía el pago de impuestos portuarios, como todo hijo de vecino que acudía allí en busca de oro, pero el malayo Enrique les hizo ver en su lengua que su señor no pagaba tributo a rey alguno del orbe y si quisiere paz, que paz tendría, y si guerra, la peor de las guerras…

»Un comerciante musulmán le aconsejó a Humabón: "Cata, raja, chiba…", que significa "Atienda bien, señor…" a esto que le dicen estos portugueses que tanta sangre hicieron derramar en las conquistas de Goa, Malaca y Calicut. Enrique conocía bien el idioma y les contestó que ellos eran algo más que portugueses: "Somos súbditos del rey más poderoso del mundo…".

»Al día siguiente, Humabón hizo llegar a la nao Trinidad varias canoas cargadas de cestas llenas de arroz, cerdos, gallinas y cabras. Su príncipe heredero traía en una vasija diez o doce gotas de la sangre del brazo del rajá en señal de amistad. Al poner nuestros pies

en tierra, enterramos allí mismo, en Cebú, al sobresaliente Martín Carreña y al merino Juan de Aroche, que ese mismo día habían muerto de escorbuto. Vimos a los nativos adorar maderas y piedras y nos contaron que lo hacían por la salvación de uno de los hijos de Humabón, que había perdido el habla y agonizaba en su camastro. "Sanará cuando lo bauticemos", le prometió Magallanes al rajá. Valiente golpe de audacia…

»Pues allí que fuimos todos, con nuestras cotas y capacetes, formando una procesión encabezada por el padre Valderrama, que llevaba una cruz de madera, el doble de alta que él, y daba tales cambaladas que temí que un cómico tropiezo pusiera en duda su credibilidad, la de la Santa Madre Iglesia y de paso, nuestras propias vidas. ¿Cómo se tomarían aquellos aborígenes un descalabro del hombre que iba a sanar a su príncipe…? El padre Valderrama le dio los santos oleos y triaca veneciana y luego, con la ayuda de Enrique, le enseñó a persignarse y a rezar el paternóster en su propia lengua. El pobre enfermo se levantó por su propio pie, yo diría que no por haber sanado del todo, sino porque le dejáramos morir en paz, pero lo cierto es que dio algún signo de recuperación y toda la isla tuvo por gran hechicero al padre Valderrama…

»Merecía verse aquella expectación que creó el padre Valderrama. Dispusimos un gran entarimado cubierto por alfombras y hojas de palmera en plena playa y armamos un dosel con las velas de los navíos y las ramas de los árboles para celebrar la Pascua de Resurrección. El rey Humabón recibió en su bautizo el nombre de Carlos y su esposa el de Juana. El padre Valderrama bañó en agua bendita a más de mil nativos, todos con su correspondiente nombre cristiano. Pedían toda clase de favores, como si el sacerdote fuera chamán. No es que fueran conversiones del todo sinceras, pero tampoco aceptaban el agua bendita con la amenaza de un arcabuz; a nadie vi nunca ganar más almas para el cielo que al padre Valderrama en un solo día. Magallanes le regaló a la reina Juana un Niño Jesús y a Carlos Humabón le aseguró que el bautismo le ayudaría a pelear con fiereza y vencer al enemigo…

»… Y de enemigos estaba el hombre sobrado, como pronto

pudo demostrarse con la petición de someter a los tiranos de las islas vecinas para que fueran ellos los que rindieran el vasallaje de la manutención diaria con tres cabras, tres cerdos, tres fardos de maíz y oí ros tantos de arroz… Seguimos en todo este tiempo las indicaciones de Magallanes, siempre empeñado en que no mostráramos interés por el oro ni por las mujeres, aunque fueran las dos cosas más sobresalientes de esa isla; por el oro, porque su precio se multiplicaría por diez y acabaríamos intercambiando nuestras mercadurías antes de llegar a las islas de las especias; por las mujeres, porque preferían los extranjeros a sus nativos y dada nuestra consabida incapacidad para distinguir solteras de casadas, el amor terminaba siendo una fuente inagotable de conflictos. Pero ni que decir tiene que las indicaciones generales de Magallanes solían ser vulneradas por una parte de la tripulación, que intercambiaba sus objetos personales por pepitas de oro y se entregaban en cuerpo y alma a la jarana en fiestas tribales…

»Podría parecer que no cuento toda la verdad, pero de cierto os digo que la brisa de Cebú acariciaba el alma y limpiaba la mente de los malos recuerdos y los peores presagios, y que en aquellos paseos podían descubrirse los mejores tesoros. Sabíamos que viviríamos en un paraíso mientras no se agotaran la paciencia, el temor o los alimentos… Pero de algunas de estas cosas, o quizás de todas a la vez, empezó a estar escaso el cacique de la isla de Bulaia. Magallanes mandó a setenta hombres para someter al poblado, que encontramos desierto. Prendimos fuego a sus chozas. Supimos después que habían abandonado la isla por temor a nuestra expedición de castigo y acudido en busca de la protección de Cilapulapu, el cacique de Mactán…

»¿Cilapulapu…? ¿Quién podría ser aquel tipo que se atrevía a desafiar al fiero marino y soldado que había surcado tres océanos y estaba curtido en mil batallas, las más célebres del siglo, entre las que se contaban la asiática Malaca y la africana Azamor…? Humabón nos advirtió que en la playa de Mactán nos estaba esperando Cilapulapu con dos mil guerreros, contando los que se habían incorporado desde Bulaia y los mandados por el caudillo

Zula. Humabón puso a su disposición a dos mil nativos dispuestos a pelear con la virtud de la fiereza que les había conferido el bautizo del padre Pedro Valderrama, pero Magallanes le dijo que se presentara a la batalla, pero solo para ver "cómo pelean los leones cristianos…".

»Quería pelear como un león y que los nativos le vieran hacerlo. Antes, me mandó a parlamentar con el enemigo en compañía de Enrique, de dos guías de Humabón y su escolta. La marea estaba baja. Y allí estaba él dispuesto más que a parlamentar, a envenenarnos con sus esquinadas mentiras. Cilapulapu nos aseguró que a los cascos y corazas opondría cañas y estacas aguzadas al fuego para atravesarnos el corazón y nos rogó encarecidamente que no atacáramos de noche porque esperaban refuerzos y que mejor sería que esperáramos a que saliera el sol para que la batalla a la luz del día fuera más lucida, igualada y hermosa… ¡Valiente humorada la suya! Habían cavado fosos en la orilla. Pretendían hacernos ver que resultaban vulnerables a la luz de la luna para hacernos caer en la trampa y empezar la batalla menguados en moral y en hombres, pero ya estábamos advertidos por los guías de Cebú que nos preparaban una celada…

»Por eso decidimos batallar al amanecer. Dejamos a diez hombres a cargo de las chalupas, a cien pasos de la playa, entre otras razones porque los arrecifes no permitían avanzar. Magallanes dividió la tropa en dos pelotones; los ballesteros y los mosqueteros detrás, aunque a esa distancia sabíamos que no podrían cubrir con precisión nuestra acometida. Fue el primero en saltar, dando ejemplo, "como un fiero león", ya lo dijo. El agua nos cubría a la altura de la ingle. Le acompañamos treinta y cuatro hombres de armas, además de trece arcabuceros y cuatro exploradores del ejército de Humabón. Divisamos las chozas bajo un palmeral. Un oasis de silencio. Parecía un pueblo fantasma, pero en un abrir y cerrar de ojos se desencadenó la batalla. Estaban ocultos tras las ramas y los arbustos. Nos atacaron con escudos y alfanjes tan afilados que de un tajo cortaron la pierna de un sobresaliente gallego, pobre hombre; agonizó ahogado en el charco que formó su

propia sangre. Los indios parecían huir por las callejuelas empinadas del poblado, pero al llegar a la arboleda caímos en una emboscada. Los dos mil indios que esperábamos estaban divididos en tres escuadrones, mandados cada uno de ellos por un caudillo local; por el centro, los guerreros de Cilapulapu, y por los costados, los de Bulaia y Zula…

»Nos reagrupamos en la orilla de la playa. Humabón dio entonces la orden a su ejército de entrar en batalla para compensar la balanza, pero en medio del ensordecedor griterío, Magallanes levantó la espada, volvió la vista hacia los botes y con un severo gesto, moviéndola airadamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, detuvo la entrada en escena de los guerreros del rajá. Entonces mandó a los ballesteros y los flecheros que hicieran caer una lluvia de saetas y flechas, pero eran lanzadas desde tan lejanos lugares que el enemigo comprobó que solo causaban rasguños o heridas leves al caer sobre sus blancos. Entraron en acción las balas de nuestros mosquetes y arreció el contraataque con flechas envenenadas y piedras y lanzas que, si bien repelían nuestras cotas, pronto buscaron hacer blanco de cintura hacia abajo. Oíamos las lombardas que salían de las chalupas, pero no las veíamos llegar. Se desviaban o explotaban a nuestra espalda…

»¿Dónde está el límite de la valentía y la locura…? Magallanes comprobó la gravedad de la situación y mandó retroceder al paso. Comprendo que resultaba difícil entenderse en medio de aquella algazara, pero cada cual hizo en ese momento lo que le pidió el alma y muchos interpretaron a su antojo que retroceder al paso significaba retirarse en estampida. Solo una docena de soldados nos quedamos dando una fiel escolta al capitán, que ya había sido identificado como tal, entre otras cosas porque nunca renunciaba a ese honor, aún a riesgo de su vida. Resultaba difícil batallar con el agua hasta la rodilla y caminando como cangrejos. Los indios recogían sus propios venablos envenenados y los lanzaban una y otra vez contra los muslos, nuestro punto más vulnerable. Volvió por última vez la vista atrás para que los ballesteros y mosqueteros no ahorraran munición para un ataque final, como estaba previsto, porque la hora

de la verdad en la batalla y quizás de rendir las cuentas ante el Altísimo había llegado.

»Un detalle que quizás pasó por alto el resto de la tropa marcó el desenlace. Una flecha envenenada atravesó el muslo de Cristóbal Ravelo, que era hijo natural de Magallanes… Sí, todos lo sabíamos, aunque nunca fue tratado con deferencia, sino como un asistente más. Al verle caer y ser asaeteado por el enemigo en tropel, Magallanes dejó de retroceder y sus escoltas rebasamos sin pretenderlo su línea de combate, es decir, seguimos retrocediendo a mayor velocidad si cabe. Así fue como renunció a una escapatoria por el pasillo que le habíamos formado. Sacó fuerzas de flaqueza para defender o vengar a su hijo, pero entonces le traicionó aquella vieja cojera que arrastraba por un lanzazo recibido en la batalla de Azamor, como una cuenta pendiente del pasado que el destino le presentara en el peor momento posible. Estábamos a tiro de arco de las chalupas. Maese Pedro mandó varios bombardazos de aviso para cubrir nuestra retirada, pero el enemigo todavía no estaba a tiro. Aun conociendo que esa determinación hacía definitivamente imposible su huida y enrabietado por la muerte de su hijo, dio dos pasos más al frente, sabiendo que en su mano ya no estaba la posibilidad de vengarlo, sino en todo caso la elección de morir también mirando al cielo de la misma playa de Mactán…

»Magallanes perdió el capacete dos veces, la primera por un proyectil de caña y la segunda, en una confusa refriega cuerpo a cuerpo. Ya no se entretuvo más en cubrirse la cabeza. Un indio le puso la lanza en la frente para que se rindiera, pero respondió con su indómito carácter, rechazando la amenaza con su propia lanza y clavándola en el pecho de su enemigo; la intentó recuperar, pero quedó embarbascada entre las costillas de su víctima, y blandió de nuevo la espada con su brazo ya herido. Un alfanje le cercenó la pierna izquierda y cayó de bruces en el agua. Yacía bajo la espuma de las olas, cada vez más lejos de nuestras miradas, y fue atravesado a lanzazos por una decena de coléricos nativos, tantos como tuvieron espacio para colocar su brazo. Se oían los gritos enardecidos de Cilapulapu, que celebraba la victoria en la playa y mandaba a sus

hombres decapitar a Magallanes para enseñar su cabeza a todo aquel que dudara de su hazaña. Humabón dio la orden a sus soldados para que nos ayudaran a alcanzar los botes y a buen seguro que a su intervención debemos muchos el seguir con vida…

»Nunca olvidaremos la mañana de aquel sábado veintisiete de abril. Con Magallanes quedaron tendidos ocho de los nuestros, entre ellos su propio hijo, y los cuatro exploradores de Cebú, pobres criaturas bautizadas justo antes de entrar en batalla, que ya estarían a las puertas del Cielo que les había prometido el padre Valderrama. Cilapulapu nos enseñó desde la orilla la cabeza de Magallanes ensartarla en una lanza. Tuvo el final de un mártir…

»Días después acudimos a negociar el rescate de su tronco, cabeza y extremidades separadas para darle cristiana sepultura, pero Cilapulapu nos contestó que nada podíamos poseer que equivaliera al respeto que inspiraría en adelante aquella cabeza como símbolo de su histórica victoria. Todavía conservo las cicatrices de aquella batalla…».

XVII
LA COSQUILLA Y LA RISA, LA MUERTE Y EL LLANTO

REINALDO DUARTE MOSTRÓ A LOS ESPAÑOLES QUE DESEMBARCARON en Tidore su más preciada pertenencia, el regalo que a modo de despedida le hizo maese Queirós antes de embarcarse en Lisboa con destino a los mares del sur de Asia, un mapa terráqueo pintado en un huevo de avestruz que pretendía exhibir la redondez del planeta. «Tierra de los dragones», así se denominaba en aquel raro mapamundi al territorio que se extendía desde la India al Polo Sur, un nombre que venía como anillo al dedo a un escenario que amasaba a lo largo de su historia sucesos ilusorios y fantasiosos.

Reinaldo invitó a los visitantes a contemplar a la luz del día el vuelo de las ranas o la todavía más inverosímil visión de las mariposas de alas transparentes que parecían formar parte del mismo aire, así como les propuso que estuvieran atentos por las noches a los sonidos de las calabazas mágicas de los demonios y el gimoteo de los niños que estaban por nacer… Entre ascuas de leños que alumbraban con una tenacidad sobrenatural, Reinaldo compartió con los nuevos guardianes de la fortaleza de Tidore sus conclusiones sobre la filosofía de vida y el concepto del tiempo de los nativos. Les dijo que cada día venía a ser para ellos una vida entera y aunque tenían buena memoria, el rencor de las riñas cotidianas no solía durarles más allá de esa misma noche, como si lo

ocurrido un día antes perteneciera a una existencia anterior de la que no se guardaran recuerdos; nada que ya pudiera resultar extraño en comparación con lo que parecían excentricidades, como el hecho de que la historia y las edades de los hombres estuvieran marcadas por las erupciones de los volcanes, que sus almas habitaran en claveros que tomaban sus mismos nombres al nacer, que los muertos regresaran en forma de estrellas errantes y luciérnagas impávidas, que los espíritus hicieran largos viajes por mar para introducirse en el interior de las mujeres y volver a ser niños…

El sultán Almanzor envió a Mossahap, uno de sus cuarenta y ocho hijos reconocidos, a contratar en las islas aliadas más cercanas, Mutir, Bachian y Gilolo, especias suficientes para satisfacer la abrumadora demanda de sus huéspedes. Quichil Rak decretó entonces la libertad de comercio para que todos los pueblos cercanos, a excepción de sus viscerales enemigos ternateses, pudieran venir para intercambiar sus mercancías. Al respirar la atmósfera festiva que se vivía en Tidore, Elcano y Espinosa tiraron la casa por la ventana y sacaron de sus bodegas el resto de las bagatelas embarcadas dos años antes en Sevilla para servir de monedas de cambio: gorros y bonetes, paños de seda y terciopelo, mazos, anzuelos, tijeras, cascabeles y esos cuchillos alemanes de tan escasa calidad que no servían ni para cortar la papaya.

Los aromas que traía y llevaba el cálido viento del sur y el colorido de las telas y las frutas incitaban al menudeo. Los marineros decían que el bullicio de los tenderetes de la playa recordaba la mezcla de pompa y algazara que rodeaba a la procesión del Corpus alrededor de la Catedral de Sevilla. Las maderas y las ramas del granero daban ya cierta sensación de consistencia bajo las anchas hojas de palma que servían de techo. Como ya no cabían más especias en el interior, los préstamos de las islas cercanas empezaban a amontonarse formando verdaderas montañas de nuez moscada y sobre todo de clavo, que ya había sido desrabado y secado al sol. Por cada bahar empezaban a darse cincuenta tijeras en buen estado, cuarenta gorros o bien diez brazas de paño rojo de buena calidad, quince brazas de clase mediana o veinticinco brazas si eran de tela

más vulgar.

Hasta ese momento, el único punto discordante de las conversaciones consistía en el tiempo previsto de permanencia de la expedición en la isla y en el número de soldados y armas destinados para la defensa del baluarte, que el ministro Quichil Rak consideraba a todas luces insuficiente para hacer frente a una futura ofensiva del nuevo gobernador portugués, Antonio de Brito, que contaría con el apoyo de los nativos ternateses. El sultán en persona jugó sus propias bazas y basándose en sus consultas estelares, desaconsejó la salida de la Victoria y la Trinidad porque estaban cambiando los vientos y en esos primeros días de diciembre ya no se daban las condiciones de navegabilidad por los arrecifes y rompientes de aquellas costas, mucho menos si pretendían viajar día y noche sin descanso para bordear África sin escalas o con el menor número posible de ellas, aunque parecía técnicamente imposible llegar a la desembocadura del Guadalquivir sin contar con agua, leña y vituallas. Elcano y Espinosa argumentaban que, en cualquier caso, mientras menos demoraran la salida, menor sería el tiempo que tardarían en verse de nuevo, y prometían que volverían con muchas más embarcaciones, soldados y mercadurías para reforzar la fértil relación comercial que acababan de estrenar.

Mientras tanto, Almanzor se embarcaba a diario en su deslumbrante canoa real y subía a las naos españolas en busca de información y divertimento, acompañado de su séquito y revestido de toda la autoridad que le conferían sus ampulosas túnicas y su cetro dorado. Una vez en la cubierta, solía pedir que le hicieran demostraciones de artillería. De hecho, los barcos anclados en la ensenada mostraban diariamente su efusividad para satisfacer los caprichos del sultán y agradecían la llegada a sus bodegas de víveres y especias, de forma estridente por las mañanas y con cerradas cargas o fuegos de artificio al anochecer.

Aterrorizadas por el atronador ruido de los cañones y el humeante rastro de pólvora, que a merced de la brisa vagaban por el cielo, las palomas y las aves del paraíso, que solían sobrevolar en bandadas las nubes panzudas, habían modificado su empírea ruta de

regreso a las isletas en las que pernoctaban. Ya no llovían almendras sobre la encenizada arena de la playa de Tidore, pero nadie reparaba en aquella isla sobre causas y efectos que superaran en complejidad a la cosquilla y la risa o a la muerte y el llanto. Al fin y al cabo, tampoco contemplaban la relación entre los hombres y la procreación. Los padres ayudaban a criar, educar y cuidar a los hijos de sus esposas, incluso les consideraban sus descendientes, pero desconocían a ciencia cierta el vínculo que les emparentaba con ellos. Reinaldo consideraba que desvelar un misterio de estas características comportaría soportar el peso de sus consecuencias y tal vez un cambio en la conducta, el hábito y hasta el destino de generaciones venideras; por eso decidió que el asunto debía ser ajeno a su incumbencia, como lo eran la dirección del viento, las lloviznas de la montaña o los temporales de alta mar. No obstante, estuvo a punto de romper esa misma promesa que se hizo a sí mismo de ser lo más reservado posible en tan elemental materia, y no contaminar la inocencia o la ignorancia de los nativos, cuando supo que Nachil y Bustamante pasaban las tardes en una modesta choza de una arboleda alejada de la playa que habían convertido en su nido de amor; cuando comprobó que su ahijada se bañaba desnuda a la luz de la luna y regresaba con una olla llena de agua salada, como solo hacían las enamoradas que deseaban recibir esos espíritus de los antepasados, que llegaban deslizándose sobre la espuma de las últimas olas nocturnas, que venían a morir a la playa.

Por entonces ya se sabía que Bustamante se había casado en Mérida con María Rodríguez, la criada de un duque extremeño. Sus compañeros de fatigas no le habían oído decir ni una sola palabra de nostalgia o afecto referida a su esposa o a su tierra. Nadie se atrevía a poner las manos en el fuego por el regreso que le había prometido a Nachil. En España esperaba recibir un escudo de armas y cuatro mil quinientos maravedíes por dar las albricias del descubrimiento del deseado estrecho. Pero ninguna de estas cosas parecía importar demasiado a Moluquia. Desde mucho tiempo atrás, sabía que su hija despreciaba la mirada de los chicos de Tidore que la pretendían y con más altivez si cabe, si tenían su misma edad, de manera que

decidió regalarle la libertad de amar conforme se lo dictaran sus sueños y las divinidades moluqueñas, esas mismas que gobernaban su destino y el de todos los habitantes de aquella isla.

A Reinaldo le resultaba familiar la cara de Hernando de Bustamante y con el tiempo cayó en la cuenta del razonable parecido con una figura que recordaba desde su niñez. Su estampa se parecía a la del San Antonio de uno de los azulejos de estilo manuelino que se habían puesto de moda en las fachadas exteriores de las iglesias de su Lisboa natal. Sin embargo, a diferencia del santo portugués, la mirada de Bustamante le parecía desprovista de cualquier atisbo de bondad y sencillez. Le veía como un hombre egoísta, esquivo y oportunista.

Lo cierto es que desde que conoció su relación con Nachil, Reinaldo interrogó uno por uno a todos los sobresalientes que desembarcaron en Tidore sobre el carácter y las intenciones de Bustamante. Sus compañeros de viaje no coincidieron a la hora de juzgar su comportamiento en Tierra de Fuego, cuando sobrevivió a las bajas temperaturas abrazado al único galgo de la expedición; unos decían que era un acto de piedad cristiana con el pobre animal enfermo, que moriría días después, y otros que el único fin que guiaba sus estrujones consistía en arrebatar al lebrel el calor que necesitaba para sobrevivir a los vientos helados del fin del mundo… Tampoco nadie hallaba una explicación convincente para su irresistible ascenso en la escala de consideración de los oficiales. Una buena parte de la tripulación consultada por Reinaldo creía que pasó de ser barbero a boticario gracias a la utilización taimada de informaciones reservadas y confidenciales que obtenía sacando las muelas y cuidando las barbas de los oficiales. Al parecer, utilizó una estrategia parecida para alcanzar el puesto de escribano, contando con el éxito de sus recetas de triaca y tutía, que aplicó con éxito en las indigestiones de pescado, las picaduras venenosas y los casos de sarna que afectaban a los mandos de la embarcación. Estaba fuera de toda duda su dominio de la farmacopea de moda y las sales y aceites de botica de los aspirantes a alquimistas, pero nadie le pidió nunca que enseñara el título del Real Tribunal del Protomedicato que

probara su condición de barbero y reconociera implícitamente tener limpieza de sangre y ciertos conocimientos de latín…

Hernando de Bustamante dormía en la nao Trinidad, pero pasaba largas estancias en la isla para controlar el trasiego diario de mercancías y la buena marcha de las relaciones entre los capitanes de los barcos y los gobernantes de la isla. Reinaldo llegó a pensar en trasladarse al poblado de la montaña para no tener que coincidir con él en la playa, pero estaban condenados a entenderse casi a diario, con más razón todavía cuando Bustamante recibió de sus capitanes el encargo de realizar un informe sobre la producción anual de clavo de Tidore en quintales y las condiciones en las que crecían las preciadas especias en la ladera de la montaña.

—Parece que intentéis evitarme.

—Nada más lejos de la realidad —negó Reinaldo, sin importarle demasiado sentirse descubierto.

—Siempre vais de un lado para otro como alma que lleva el diablo y no me permitís una sola oportunidad de conversar. Debo haceros una tentadora oferta…

—Tentadme, si es vuestro propósito, en eso os pareceréis al diablo —respondió Reinaldo, arqueando las cejas.

—Sabéis que el nombre de Rachil, el hijo de Moluquia, ha sido incluido en la lista de nativos que ha confeccionado Quichil Rak para embarcar en la nao Victoria.

—Lo sé. Es uno de los chicos más listos de la isla.

—He pensado que podríais acompañarle.

—Creía que haríais esa oferta a su hermana, Nachil…

—Ya sabéis que hay normas de navegación que no pueden transgredirse.

—Vos mismo disteis vuestro consentimiento a la esposa javanesa de Lorosa…

—Ni a un solo miembro de la tripulación que no sea Lorosa le ha sido permitido viajar con una mujer…

—¿Y en qué podría yo resultaros de utilidad en esta travesía…?

—Conocéis bien la ruta portuguesa y las condiciones que ofrece cada puerto para abrigar nuestras naos.

—Gracias por vuestro ofrecimiento, pero lejos de esta isla no encontraría ni la cuarta parte de las cosas que realmente me interesan en esta vida —le contestó secamente Reinaldo, dando por zanjado el asunto.

La mirada de Bustamante era cortante como una daga, pero también podía ser tan profunda como la que dedicaba a detectar tormentas en el horizonte o a determinar el grado de hostilidad de los habitantes de las islas que se disponían a visitar:

—¿Qué tienen de especiales estas islas que no tengan otros lugares del mundo…?

—Me siento cómodo entre gente que piensa que la muerte solo es un hechizo…

—Si os oyeran en España os harían detener por blasfemo —dijo Bustamante con una mirada inquisitiva, muy acorde con la respuesta que acababa de dar.

—Aquí no correré nunca ese riesgo.

—Todavía estáis a tiempo de recuperar la cordura: os haría sitio en la nao Trinidad, junto a Lorosa y su familia, o en la Victoria, si deseáis viajar con Rachil…

—Soy el hombre más cuerdo que habita en las islas de los mares de Asia.

—No os insistiré más, pero los capitanes me encomendaron volver a la nao con una respuesta a una pregunta que solo podríais contestar vos…

—Disparad.

—Quieren saber si el clavo pudiera crecer en nuestra tierra…

—Os contestaré con otra pregunta: ¿Cabrían en vuestros galeones el volcán y las nubes que lo rodean…?

Bustamante no pudo disimular una mueca de desencanto. En el transcurso del viaje a las Molucas había tenido tiempo de fantasear con la posibilidad de plantar claveros en la dehesa extremeña, junto a los encinares y alcornocales que hasta entonces habían prestado el paisaje de fondo a su vida; acababa de perder lo que preveía como un próspero negocio y una oportunidad única de codearse con la nobleza de su tierra, a la que tanto odiaba y al mismo tiempo, tanto

deseaba imitar y acceder.

—Está bien, haré llegar vuestra respuesta, pero sabed que hemos pagado el triple de lo que hasta ahora pagaban los portugueses por el clavo y creo conocer el nombre del culpable…

—Vamos, Bustamante, todos sabemos que el clavo y el oro alcanzan en España el mismo precio y que terminará pagándose mejor incluso cuando se conozca su valor como medicina…

—Ahora me contaréis que el clavo es la panacea universal…

—Algún día se demostrará que cura la melancolía, la tos, el dolor de muelas, las malas digestiones, los dolores de huesos, las inflamaciones de garganta… Entonces un puñado de clavo valdrá más que todo el oro del mundo.

—Decidme algo más… ¿Qué puedo hacer para acabar con vuestro resentimiento…?

—Dejad de hacerle falsas promesas a Nachil y juradme que en la travesía cuidaréis de Rachil como si fuera vuestro propio hijo —Reinaldo se acercó a menos de un palmo de su nariz y con el dedo índice le apretó el pecho—: quiero que me juréis por Dios que vos mismo os encargaréis de traerlo de vuelta sano y salvo…

—Os lo juro.

—Responderéis con vuestra vida si no cumplís la promesa que acabáis de hacerme.

—Dadlo por hecho —Bustamante rodeó el hombro de Reinaldo y le instó a caminar con sus mismos pasos cortos y titubeantes; caminaba por la arena como si todavía sus pies pisaran la inestable cubierta de la Trinidad—… Por cierto, todavía no os he contado cómo descubrí el Estrecho de vuestro buen amigo Magallanes…

No había ni un solo tripulante en los dos galeones que no hubiera escuchado al menos tres veces su narración del descubrimiento del Estrecho de Magallanes. Lo malo de repetirse tanto era que sus peripecias cada vez resultaban más hiperbólicas y superlativas, el océano descubierto por Bustamante era más azul y más inmenso cada día, las alucinaciones que causaban las corrientes gélidas por el

aletargamiento del cerebro eran cada vez más terroríficas y sus pies se hundían cada vez más en el espesor de la nieve de la montaña, de modo que sus relatos iban modificándose desde el primer informe oficial que decía que su pierna solo llegó a enterrarse a la altura de su tobillo. Aunque dudara de su utilidad para los historiadores, Reinaldo Duarte también anotó y guardó en su libro de contaduría la crónica que Hernando de Bustamante hizo de su proeza; un descubrimiento que confirmaba todo aquello que en su día oyó de la boca del propio Magallanes en la casa de maese Queirós: no existían muchos mares, sino uno solo, y podía navegarse para rodear el mundo.

«Llevábamos semanas viendo por babor y por estribor, en las laderas de uno y otro lado de las montañas, fogatas que solo podían ser hechas por hombres para combatir el frío, o quizás fueran señales que se hacían unos a otros para señalar nuestra ruta, como los destellos de luces que nosotros mismos mandábamos desde la proa de la nao capitana para hacernos entender, según la frecuencia y el número. Magallanes no quiso arriesgar las naves por aquellas costas bajas, de abundantes bancos de arena, y mandó una chalupa con una docena de voluntarios para ascender a ese monte inhóspito y escarpado que tenía forma de campana y que llamamos la campana de Roldán, porque fue mi compañero, el artillero Roldán de Argote, el primero en coronarlo. Desde esta cumbre no podía divisarse si había o no una maldita salida para aquel laberinto de angosturas, pero sí pudimos ver otro monte en dirección norte desde el que quizás pudiéramos contemplar el mar. Durante todo este tiempo que anduvimos sobre la espesura de la nieve, que cubría la altura de nuestras tibias, temíamos que aquellos hombres de las fogatas nos atacaran, capturaran y cocinaran a fuego lento…

»Nos dividimos en dos grupos. Conmigo dieron un paso al trente Ocasio Alonso y Roldán de Argote. Atravesamos una zona arbolada que despedía un aroma de madera vieja que embriagaba los sentidos y una desordenada hilera de arbustos coronados por una

cúpula de flores blancas, del color de la flor del almendro, que adoptaban la forma de esporas. Solo dejó de nevar dos ratitos en los dos días que tardamos en ascender…

»Ocasio, Roldán y yo echábamos cabezaditas abrazados los unos a los otros para quitarnos el frío. Amaneció pronto. Las noches eran cortas y los días interminables. Guiado por la intuición y por una tímida luz, venciendo la desesperanza que ya empezaba a atosigarnos, avancé unos pasos y alcancé la cumbre, pero no se veía nada porque una espesa bruma apenas si me dejaba ver la mugre de mis uñas con los brazos extendidos. Se agitó mi respiración cuando una brisa fresca y cortante como un cuchillo bien afilado dispersó las nubes y entonces sí, pude contemplar aquel hermoso espectáculo que se abría ante mis ojos, el nuevo e inexplorado océano, el fin del estrecho. Las olas rugían en un mar azulado e inmenso… Es posible que me engañaran mis sentidos, pero juro que a pesar de la distancia oí rugir las olas. Entonces grité con tanta fuerza que el fondo del acantilado me devolvió mi propia afirmación: "¡Sí…! ¡Sí…! ¡Sí…!"».

XVIII
MALAS ROCAS, MALAS FLOTAS Y MALAS COMPAÑÍAS

A FALTA DE LA LLUVIA DE ALMENDRAS DE LOS ATARDECERES, el principal milagro diario que se verificaba en la isla pasó a ser el vuelo de un papagayo de una deslumbrante gama de plumas verdosas que, con una inquebrantable fidelidad, antes de cada puesta de sol, acudía al antebrazo de Reinaldo Duarte. Le había bautizado con el nombre de Salomón, tal vez porque reconocía en sus gestos y en su mirada ciertos signos de sabiduría y un deseo que le parecía sincero de comunicarse con los hombres. Salomón merendaba las semillas y los trozos de fruta que le extendía en la palma de la mano, se dejaba rascar la cabeza, imitaba la risa e incluso pronunciaba la palabra «repasto», que significaba comida en portugués. Los marineros españoles intentaban aprovechar cualquier ocasión para repetirles palabras en su idioma, como si el dominio de la isla dependiera de algún modo de la lengua que impusieran a sus papagayos, pero Salomón solo sabía decir una y otra vez con una montaraz insistencia: «Repasto…», «repasto…», «repasto…». Reinaldo estaba convencido del gran negocio que representaría la venta de estos vistosos pájaros como animales de compañía para personas que envejecían solas por culpa de las muchas guerras y pandemias que asolaban Europa, pero también en esto resultó ser Reinaldo Duarte un pionero e incomprendido emprendedor que se había anticipado, al menos en un siglo, al tiempo que le había

tocado vivir.

La vuelta a las ramas de Salomón después de cada merienda llegó a convertirse en una señal para que cada mochuelo regresara a su olivo. Terminadas sus últimas tareas en la playa, que a esas alturas de la jornada consistían en intercambiar cristales de color y espejuelos rotos por vino de palma y vituallas, la tripulación embarcaba en chalupas de regreso a sus dos naos. Entonces los seis marineros españoles que guardaban el baluarte y el granero empezaban a sentirse en familia y eran invitados a zumos de hierba y de limón o espumosos batidos por las nativas solteras. Aprovechando la aparente tregua que parecía haber dado en esos días la tribu de los hombres sin cabeza, por un lado, y las tropas de Ternate, por otro, algunas parejas se animaban a dar largos y románticos paseos por un camino, silueteado por gráciles y altas palmeras, que terminaba frente al acantilado.

Juan Sebastián Elcano ya había dado el visto bueno a la presencia de Rachil y doce jóvenes nativos más para formar parte de la tripulación de vuelta a España como guías, intérpretes, grumetes o simples pruebas vivientes de lo que ya empezaba a vislumbrarse como una epopeya digna de ser contada en la corte y comentada en las tertulias de las aristocracias del mundo entero. Aun teniendo en cuenta la escasa experiencia acumulada en el transcurso del único viaje que había realizado en su vida —ida y vuelta del trayecto Tidore-Ternate como rehén de Francisco Serrano—, Rachil siempre fue un firme candidato a subir a los galeones por su linaje, sus condiciones atléticas para trepar por los palos y las jarcias y su deslumbrante viveza avalada por los preceptores del sultán Almanzor. El hijo de Moluquia soñaba despierto con el comienzo de aquella aventura oceánica, aunque por carecer de las imágenes y las palabras correspondientes, a veces por sus pesadillas nocturnas se deslizaban monstruos marinos, informes y abstractos. Reinaldo prometió domeñar su miedo a lo desconocido y ponerle nombres a las cosas que vería en el camino de ese extraño mundo, que se ocultaba más allá del apacible horizonte que se veía desde la playa. Pero al mismo tiempo, con la intención de abrirle los ojos y hacerle

consciente de la dureza del trabajo que le esperaba en la cubierta, pidió a los sobresalientes que le enseñaran sus dedos machacados por los golpes de los barriles, las manos astilladas y agrietadas, las señales de coscorrones, chirlos y costurones, producidos por latigazos de castigo, caídas de arboladuras o peleas a cuchilladas y puñetazo limpio, que recorrían caprichosamente sus cuerpos como si fueran accidentes geográficos. Como también sabía lo importante que era para Rachil dormir a pierna suelta, le advirtió que las horas de sueño en un barco no venían dictadas por el cansancio sino por las guardias, los vientos y el tiempo, y que la dureza de la vida en el mar era tal que pocos marineros podían contar que hubiesen llegado a viejos ejerciendo el oficio; también le contó que aquellos hombres que tenía ante él habían dado mordiscos a los trozos de cuero que recubrían el palo mayor para engañar al hambre, así como le avisó del castañeteo de los dientes que marcaba el ritmo de la travesía de los glaciares y le previno sobre la ardiente compañía de las chinches y los piojos, de las náuseas, las calenturas y esos pertinaces mareos que apenas te permitían conocer dónde tenías puestos los pies y te obligaban a tener siempre a mano un buen bacín donde volcar los repentinos y casi siempre inoportunos vómitos…

Como la enumeración de todos estos azotes, tan familiares en la vida cotidiana en el mar, no apagaban su entusiasmo, Reinaldo se rindió a la evidencia y le enseñó a rezar y a dominar las funciones exigióles a un paje de confianza. Como rezar ayudaba y sin embargo no bastaba para sobrevivir, también le enseñó a recitar de memoria, con su propia musiquilla, esas oraciones que acompañaban a los cambios de ampolleta, como la dedicada a Santa Clara —«Que nos aclare de noche y de día, nos dé buen tiempo y nos aparte de mala roca, mala flota y mala compañía y nos meta en buen puerto para nuestro salvamento, amén»— o la oración del alba —«Bendita sea la luz y la Santa Veracruz, y el Señor de la verdad y la Santa Trinidad, bendito sea el día y el Señor que nos lo envía…»—, que se recitaban al término de las guardas de modorra y siempre después de dar en voz alta el primer buenos días.

Pero Reinaldo Duarte sabía que rezar no bastaba para sobrevivir

en un viaje de esa naturaleza y consideraba necesario que Rachil distinguiera, por el tono empleado por la marinería, entre una ristra de blasfemias y unas oraciones seriadas, porque posiblemente de ese modo también pudiera discernir si se encontraba en verdadero peligro de muerte y una vez llegado ese momento, elegir libremente entre defenderse de las brujas voladoras que provocaban los naufragios con las salmodias que le había enseñado su tío abuelo Appiorán o con las jaculatorias cristianas que imploraban la protección de la Virgen de Regla del Santuario de Chipiona, de la que tan devotos eran en aquellas dos naos.

Rachil descendió una buena tarde de uno de los bateles dando tales zancadas sobre la arena que se golpeaba las nalgas con los talones, como el día en que huían del maremoto, como aquellos pescadores de perlas que salían del agua para mostrar la nacarada recompensa de sus peligrosas y obstinadas inmersiones. Rachil tenía prisas por enseñarle a su madre un pequeño cofre de madera que apretaba contra su pecho como solo se acunan los tesoros, y en cierta manera lo era porque en su interior, según le había contado Bustamante, podría guardar todo el clavo que le cupiera. Moluquia rozó la punta de su nariz y apretó las mejillas contra las suyas en una señal de aprobación y protección. Reinaldo desordenó sus flequillos rizados y le guiñó el ojo izquierdo, ese gesto que todavía no había conseguido imitar ningún nativo, y que solía dedicarle a su ahijado cuando ganaba carreras en la playa o combates a pie cojo. En un principio, el interior de aquella pequeña arqueta servía para albergar las más preciadas pertenencias personales, pero una vez llegados al principal destino del viaje, las islas Molucas, la marinería había prescindido de sus recuerdos e introducido las quintaladas de especias de las que se habían hecho acreedores tras sufrir las penalidades de dos años de travesía. Según los cálculos de Reinaldo, el contenido de una de esas cajas podría arrojar el peso de quince arrobas y en total, alcanzar en Sevilla el precio de cien mil maravedíes, que equivalían a cinco años de sueldo de un marinero, aunque todos estos cálculos que combinaban el trabajo, el dinero y el tiempo resultaran incomprensibles para Rachil. Lo que si estaba

claro es que aquella misteriosa caja poseía definitivamente el valor de un pasaje para embarcarse a un mundo lejano e inimaginable, además de servir como almohada una vez recubierta con un lienzo y como límite del espacio que a cada cual correspondía bajo las toldas de las embarcaciones.

Si se confirmaba el itinerario previsto por la ruta portuguesa, Rachil terminaría dando una vuelta al mundo, siempre y cuando Bustamante cumpliera su promesa de traerle de vuelta a casa por el estrecho recién descubierto. Ni que decir tiene que todos estos rumores se expandieron rápidamente y, de esta manera, se convirtió en poco tiempo en un personaje popular y en un inmejorable partido para las nativas solteras del poblado, incluso para aquellas que casi le doblaban en edad, que estaban dispuestas a esperar su regreso y no dudaban en invitarle a darse esos chapuzones que incluían carantoñas y caricias bajo el manto de espuma que formaban las olas al romper.

Reinaldo Duarte tuvo la oportunidad de subir a la nao Victoria para disfrutar desde su proa de las cargas artilleras que celebraban la llegada del día de Santa Bárbara bendita. Esa misma mañana pudo comprobar que Rachil no solo no se asustaba del bronco sonido de las salvas festivas, sino que mostraba un insólito interés por calcular la altura del sol, manejar la caña del timón y conocer las tablas de declinación y el proceso de refinado de la pólvora, así como el tipo de proyectiles y el tiempo que podía emplearse en recargar cada cañón durante una batalla. Ya empezaba a ser conocido por su desparpajo y soltura a la hora de entalingar el ancla, es decir, de hacer pasar los cables por las argollas y afirmar las cadenas, y por la agilidad felina con la que subía a las cofas, recogía las velas y saltaba desde la borda a las chalupas, aunque todo el mundo supiera que, a la hora de la verdad, sus atribuciones no traspasarían los límites de barrer, fregar, repartir el rancho y arreglar los camastros del capitán, el maestre y el piloto.

Esa misma mañana, Bustamante le presentó a Juan Sebastián Elcano. Según apuntó Reinaldo en su libro de memorias, del capitán de la nao Victoria emanaba el oficio de marino por todos los

poros de su piel y se comportaba con una exquisitez y una elegancia que no estaban del todo acordes con su fama de rudo marino. Las habladurías le señalaban como un prófugo de la justicia que se enroló con Magallanes para eludir la condena que le cayó encima por vender a extranjeros una embarcación que pertenecía a la Armada. Reinaldo sabía cómo funcionaban estas cosas mar adentro y pidió para Rachil la protección personal de Elcano con la idea de evitar los abusos de poder de los marineros, que a veces se desahogaban a golpes con los pajes, y seguramente lo harían con saña con los indígenas que carecieran de dispensas y prerrogativas.

Si finalmente culminaban con éxito los riesgos que arrostrarían en una ruta compleja, larga y con pocas escalas, Rachil desembarcaría en Sevilla, entre medio año y un año después, según los vientos y otros pormenores fueran más o menos propicios. Reinaldo había oído hablar en Lisboa, no sin cierto desdén, de aquella ciudad que pretendía erigirse en el nuevo principio, centro y fin del mundo, en un novedoso punto de encuentro de arribistas, hipócritas y mercaderes sin escrúpulos a los que solo importaban dos cosas, al parecer nada contradictorias entre sí: sobrevivir sin tener en cuenta los mandamientos y morir después en la gracia de Dios. Y solo Dios sabía los riesgos que correría Rachil en ese destino: Reinaldo temía que terminara estafado, esclavizado, preso, sodomizado, en manos de una banda de jiferos y desuellacaras que le arrastraran a una todavía más sórdida perdición…

En el transcurso de una de sus visitas a la cubierta de la nao Victoria, Reinaldo descubrió la existencia de unas aborígenes que parecían retenidas contra su voluntad: tres mujeres bisayas que, según empezaba a ser público y notorio, servían de disfrute sexual a los marineros que cada noche fueran bendecidos por los naipes en la suerte del sacanete o el chilindrón. También se encontraban a bordo unos indios de la tribu dayak que habían sido capturados en Borneo y aunque se decía de ellos que eran antropófagos, deambulaban pacíficamente por las andanas, sin necesidad de grilletes, con sus coloridas plumas en la cabeza como espíritus enajenados en un mundo a todas luces incognoscible para ellos. Reinaldo dedujo por

el relato de los sobresalientes andaluces que aquellos indios habían sido víctimas de su palabrería, de una deficiente traducción o tal vez de un simple malentendido porque la tripulación esperaba ser conducida por ellos a cuevas repletas de oro y a las fuentes de la eterna juventud.

Al conocer lo que se ocultaba en las tripas del barco, el sultán de Tidore pidió la liberación de todos los rehenes, más por razones políticas que piadosas; porque en realidad lo que pretendía era que al volver a las islas de las que eran originales, contaran a quien debían su libertad y los relatos corrieran de boca en boca y aumentaran su poder y prestigio como líder de una nueva potencia hegemónica en ciernes. No estaba claro del todo cómo pensaba mandar a esos pobres desdichados aborígenes de vuelta a las islas Bisaya y a Borneo, pero lo cierto es que Almanzor consiguió redimir a la mayoría. Eso sí, bajo las condiciones de Elcano y Espinosa, que se reservaron la elección de cuatro ejemplares para poder mostrarlos en la corte y liberaron al resto, siempre a cambio de una mayor cantidad de clavo que colmaría con creces la capacidad de ambas embarcaciones.

En una de esas mañanas, Hernando de Bustamante mandó a los pajes de la nao Trinidad que desembarcaran cinco lombardas y sus correspondientes contenedores de munición, además de una decena de ballestas y arcabuces destinados a la defensa de la fortificación que ya estaba tomando forma. Bustamante asumió la tarea de la modernización de las defensas de Tidore, siguiendo el modelo de otras grandes ciudades portuarias del sudeste asiático, y creyó necesaria la creación de una bahía artificial y un puerto que beneficiara el tráfico y el amarre de las futuras embarcaciones españolas. Para hacer posible su sueño, propuso la voladura de un lienzo de playa que cerraba la salida al mar de un lago de remansadas aguas de un color verde esmeralda, pero la proposición ni siquiera llegó a oídos de Almanzor porque el chamán Appiorán y el consejo de ancianos clamaron al cielo y ejercieron su derecho al veto dadas las irreparables consecuencias de la obra. Quichil Rak contestó en nombre de su gobierno que, en el caso de que sus

cañones hicieran saltar por los aires aquella porción de playa para ganar una bahía apreciable como puerto de mar, la tierra sangraría y el volcán se defendería lanzando truenos porque, al fin y al cabo, la costa constituía la propia extremidad de la sagrada montaña. Bustamante no consiguió salir del estado de estupor en el que quedó atrapado por la abracadabrante lógica de las cosas que poseían aquellos isleños. Nunca pensó que su Extremadura natal con las dehesas salpicadas de encinas y alcornoques influyeran en su manera de ser y actuar, pero sospechaba que de algún siniestro modo tendría que influir en la personalidad de los nativos la omnipresencia de una montaña de tripas ardientes, que ocultaba su boca entre nubes de halos rosáceos que traían malos presagios; aquella poética y libidinosa naturaleza surcada por mariposas enamoradas del aire, que fecundaban una rara especie de ojos flotantes en traslúcidas alas o engendraban crías con colas de golondrinas…

De tanto subir y bajar de los galeones, Almanzor se creyó con cierto derecho a opinar sobre todo lo que hallaba en su interior. Un día tuvo que bajar a la bodega con las narices tapadas por la pestilencia de una piara de cerdos que Elcano acababa de comprar en la propia isla con el visto bueno del ministro Quichil Rak. Los marineros intentaron explicarle que los cochinos servirían de sustento a la tripulación en el largo viaje de regreso a casa, teniendo en cuenta que intentarían llegar a la desembocadura del Guadalquivir haciendo el menor número de paradas posibles. Sin embargo, Almanzor insistió en que le llevaran inmediatamente a la presencia del capitán Elcano para presentar sus quejas porque no le parecía de recibo que seres humanos, fueran o no musulmanes, tuvieran que soportar durante meses el hedor que despedían los puercos. Elcano aceptó la sugerencia porque Almanzor ofreció en compensación un lote de manjares exquisitos, de mayor variedad y menor peso, que ocuparían menos espacio en la bodega: cabras, langostas, cangrejos, carne de papagayo, calabazas, higos, bananas, granadas y esas raras flores comestibles que engañaban el estómago y sabían a pescado fresco…

El último incidente diplomático tuvo su origen en la invitación

del sultán a toda la marinería para participar en un gran convite en la playa y brindar por el éxito del viaje a España y un posterior feliz regreso a las Molucas. En una decisión adoptada por votación a mano alzada, la tripulación decidió no acudir y presentar sus excusas al sultán, al ministro y al consejo de ancianos. Almanzor se sintió ultrajado, besó el Corán y juró por Alá que en la invitación al ágape de despedida solo abrigaba el deseo de corresponder a la amistad de sus huéspedes, mientras se preguntaba en voz alta: «¿Quién volverá a concertar ahora acuerdos conmigo si los gobernantes de las islas vecinas advierten esta desconfianza de los extranjeros…? ¿Cómo escaparé entonces de esta injusta fama de envenenador que me persigue…?». El sultán no recibió ninguna respuesta convincente a sus preguntas. Nadie podía contestarlas. Bajó de la nao con cajas destempladas y cuando salió de su prao real, camino de vuelta a su palacio, empezó a dar tales zancadas que el siervo que debía protegerle del sol con la sombrilla de seda no acertaba de ningún modo a colocarla por encima de su cabeza. Estaba tan irritado con aquella ignominia que amenazó con dejar de llamar Nueva Castilla a su islay ordenó a Quichil Rak devolver el pendón real y todos los regalos personales. El ministro recurrió a Reinaldo para que investigara por qué había sido declinada tan sincera y cortés invitación, y si la negativa guardaba alguna relación con el envenenamiento de Francisco Serrano y el testimonio que pudiera haber dado a los españoles el portugués Francisco Lorosa.

Al día siguiente, el sultán y eminente astrólogo Almanzor predijo una lluvia de estrellas fugaces e invitó al destacamento español a su observación desde lo alto de las dunas. Reinaldo preparó una fogata de leños incandescentes e invitó al despensero, al lombardero y a los tres sobresalientes a sagú, coco, papaya y licor de chía. En espera de la aparición de la lluvia de estrellas anunciada bajo la bóveda azulada, los nativos pidieron a Reinaldo que demostrara una vez más su bien ganada reputación de cuentacuentos. Aquella petición le obligó a emplearse a fondo con una difícil audiencia hispano-tidoresa, de gustos y culturas bien distintas, aunque finalmente consiguió que le jalearan al unísono,

especialmente las nativas, encandiladas por la traducción que hizo Tago de una versión platónica de la muerte de Orfeo, en la que era condenado a muerte por un tribunal de ninfas por no haberse atrevido a morir de amor.

Esa misma noche, los sobresalientes españoles contaron a Quichil Rak que no esperaban más galeones porque uno fue mandado a pique por falta de tripulantes, otro se perdió en un temporal y el mayor de todos, el San Antonio, el de mayor dotación y más abundantes provisiones, regresó a España después de un motín encabezado por el piloto Esteban Gómez contra el capitán Álvaro de Mezquita, uno de los hombres de confianza de Magallanes. Ya por entonces se había perdido la esperanza de ver la lluvia de estrellas vaticinada por el sultán porque las nubes se habían desprendido de las laderas de las plantaciones del clavo y empezaban a planear sobre el firmamento con una espectral fosforescencia. En ese trueque de misterios órficos por secretos magallánicos, el ministro tidorés también encontró la explicación de la negativa de los marineros a acudir al convite real de despedida. El sobresaliente genovés Alonso de Coto dijo que Almanzor debería entender la posición de los marineros y se quedó absorto en la contemplación de una rutilante luna al empezar su relato, mientras todas las miradas empezaban a concentrarse en su argéntea y luminosa calva:

«Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Comprendo que el sultán pueda considerarlo un desaire, pero tendrá que ponerse en nuestra piel. A la muerte de Magallanes siguió un inmenso sentimiento de orfandad, incluso para quienes se habían declarado sus enemigos en el puerto de San Julián. Por segunda vez en el viaje tuvimos la oportunidad de votar a mano alzada y en mala hora salieron elegidos el portugués Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes, y el sevillano Juan Serrano. Más allá de los nombres, solo cabía elegir entre vengar a nuestro capitán o poner rumbo de una vez por todas a las islas Molucas, pero no hicimos ni una cosa ni otra; acababa de morir y ya empezábamos a echar en falta su

determinación. La cabeza de Magallanes estaba todavía colgada en la playa de Mactán como trofeo de quienes habían matado al mito que lanzaba rayos con sus manos. Debíamos intuir que después de su victoria, Cilapulapu movería sus piezas y daría jaque al rey de Cebú, Carlos Humabón: o nos declaraba la guerra o tendría que atenerse a pagar con su propia sangre su alianza con los extranjeros…

»Apesadumbrado aún por la muerte de su señor y convaleciente, decía, de un flechazo envenenado, el esclavo Enrique se negó a bajar a tierra para intercambiar pareceres con el rey de Cebú. Yo vi a Barbosa cómo le amenazaba con su látigo y le llamaba "perro" en presencia de la tripulación. Enrique argumentó que guardaba el escrito que Magallanes firmó en Sevilla antes de empezar el viaje declarándole hombre libre a la fecha de su fallecimiento y garantizándole el pago de diez mil maravedíes para su sustento. "Papel mojado", decía Barbosa, al referirse al testamento. "Si llegaras vivo, pasarías a ser esclavo de mi hermana…". Debimos prever su traición. Torpemente, Barbosa le negó la libertad que soñó cuando abandonó, siendo un niño, esas mismas islas cercanas de los mares de China. Ahora, después de dar casi una vuelta completa al mundo, muerto Magallanes, su futuro ya no valía nada; por eso decidió fingir que obedecía y saltó a tierra.

»Regresó con la invitación de Humabón a un gran convite con el que quería expresarnos su admiración por el coraje demostrado en la batalla y su pesar por la muerte de nuestro bravo capitán, Hernando de Magallanes. Decía que quería hacernos entrega de piedras preciosas que sirvieran de presentes para el rey Carlos. Barbosa se tragó enterito el anzuelo. Me consta que Juan Serrano le advirtió de la posibilidad de una emboscada porque vio desmantelar el cobertizo destinado a los trueques. "Que me sigan quienes así lo quieran y que en buena hora se queden en los barcos quienes sientan miedo como Juan Serrano…". Aquella frase fue una grave afrenta a su segundo de a bordo. Serrano le contestó que confundía el más elemental sentido de la prudencia de un buen jefe con el miedo, pero que no faltaría al convite…

»La imprudencia resultó una enfermedad contagiosa. Cincuenta hombres acudieron al banquete. La nao Concepción estaba más alejada de tierra que otras, por eso iba yo con cierto retraso en la última chalupa que dirigía el piloto Juan López Caraballo. Allí fuimos todos como cerdos a una matanza. En la distancia vimos como con cualquier excusa, vaya usted a saber, los nativos se llevaban en volandas al padre Valderrama, a quien tenían por gran hechicero desde que salvó la vida del príncipe de Cebú con agua milagrosa. Al desaparecer el sacerdote de nuestra vista tras unos arbustos, seguramente para librarle de una espantosa visión, decidimos dejar de remar. El más negro de todos nuestros presagios vino a confirmarse un poco después con un grito de guerra. Murieron con el primer sorbo de vino en el gaznate. Una escabechina en toda regla. Las lanzas de los nativos atravesaron los cuerpos indefensos de nuestros soldados. Tan solo una decena de ellos encontró el camino abierto en la playa para dirigirse a nado a los botes. Ya era de nuevo Humabón; Carlos Humabón había dejado de creer en nuestro Dios. Volvimos a las naos lo más rápidamente que pudimos para dar la señal de alarma. Habían puesto en marcha la segunda parte del plan, arrebatarnos los navíos, pero nos hicimos fuertes antes de que pudieran alcanzarnos con sus canoas y se lanzaran al abordaje. Desde las andanas defendieron con cañonazos a mansalva nuestra llegada, tras la cual cortamos los cables y nos hicimos a la vela…

»… Pero reconocimos los gritos entrecortados que desde la orilla lanzaba Juan Serrano, herido de muerte, retorcido entre las sogas que rodeaban su cuello, pidiéndonos en el nombre de Dios que dejáramos de disparar para no agravar aún más la situación. Los nativos pedían por su liberación un cañón. Juan Serrano debió respirar cuando vio tomar el mando de las negociaciones a su compadre, Juan López Caraballo, que ya había subido conmigo a la cubierta. El capitán sevillano, cautivo de los indios, solo tuvo que ver en la distancia las lágrimas y los suspiros entrecortados de Caraballo para saber que nunca accedería a un canje que sospechaba, por otro lado, que podría ser una celada más. "Perdonad, amigo Juan, y

quedad con Dios", gritó desde el castillo de proa. El sevillano Juan Serrano siguió implorando por su vida desde la orilla y al comprobar que las naos se hacían a la vela sin él, juró en arameo que todos arderíamos en el mismísimo infierno. Después cayó derrumbado de hinojos, ya resignado a su suerte. Confío en la intercesión que por su vida haría después el padre Valderrama, ese cura astigitano que se quedó en la isla porque los nativos de Cebú le confundieron con un chamán iluminado…

»Aquella misma noche, antes de dormir, contamos los supervivientes. Sumamos entre todos ciento quince, es decir, habíamos perdido en el convite de Cebú veintiocho hombres más, entre ellos gente valiosa para ayudarnos a llegar derechamente a las Molucas, como el cosmógrafo Andrés San Martín. Como ya no podíamos gobernar tres embarcaciones con tan escasos efectivos, prescindimos de la más maltrecha y pequeña, además de la menos costosa y pesada, la nao Concepción, que navegaba con el sonido lastimero de una vieja carraca de campanario. Cuando fondeamos en la isla de Bohol, salvamos todo lo que de utilidad guardaba aquella vieja nave; a fin de cuentas, cinco mapas marinos, un astrolabio de metal, dos agujas magnéticas, un farol de hierro grande de Bilbao, el garfio que tiraba de los barcos, el bote pequeño con sus remos, jarcias, cuerdas, cables… Prendimos fuego a la Concepción y nuestros sueños de gloria se hundieron con ella en el fondo de aquellas aguas tan lejanas del astillero que la vio nacer. Sus marineros fuimos redistribuidos entre la Victoria y la Trinidad, pero ninguno de nosotros volvió a disfrutar de esa rara sensación del hogar verdadero con la que nos reconfortaba la nao Concepción… Y todo por ser buenos huéspedes y asistir a un banquete en la playa…».

XIX
LA PANZA HERIDA DE UNA BALLENA

Las naos Victoria y Trinidad se mostraban repletas de especias hasta los bordes y reposaban en la ensenada como sapos tripones que durmieran una siesta después de haberse atiborrado de lombrices, libélulas y mosquitos. Conforme se acercaba el día de la partida, algunos marineros que acreditaban tener pareja obtenían permisos puntuales para pernoctar y consagrar al amor sus últimas horas en la isla. Se distinguían claramente los marineros enamorados del resto; no solo porque andaban melancólicos, tal vez pensando en el trágico final de sus romances o incluso de sus vidas, sino porque a esas alturas de sus relaciones ya llevaban los brazos llenos de brazaletes y lucían sobre sus bronceados pechos, en señal de compromiso y de un pretendido amor eterno, una exagerada cantidad de collares de llamativos colores, hechos con conchas marinas y piedras volcánicas pulimentadas. También se dejaba notar la ansiedad y la tristeza en las nativas, que se verían obligadas a una larga separación por un tiempo indeterminado y a una distancia inconcebible, especialmente para ellas. Pero en aquella isla siempre existía un antídoto para todo: solo había que recurrir a la persona idónea, ese chamán con permiso para entrar en los sueños ajenos que ahondaba en los misterios del universo y se dejaba poseer por los espíritus para que se expresaran a través suya.

Una legión de nativas enamoradas, encabezada por la propia Nachil, sugirió al chamán que practicara uno de esos ritos que

estropeaba las fiestas, las cosechas y la navegación de las canoas. Appiorán estaba siempre dispuesto a prestar sus remedios, pero advirtió a sus visitantes que el poder que le había sido otorgado por el cangrejo alado de la magia no podía emplearse en contra de un número de personas que resultara superior al de los beneficiados, ni mucho menos debía alterarse el curso de una relación de dos pueblos hermanados por la voluntad del sultán. Como el caso excedía en complejidad a las tradicionales peticiones de lluvia tras la sequía o de sol tras los monzones, el chamán quedó en estudiar las salmodias y los conjuros correspondientes. Pasados unos días, volvió a citar a Nachil y a sus amigas para recomendarles que incorporaran en las dietas alimenticias de sus parejas unos piñones del maluco que atenuarían la disciplina y la obediencia que decían deber a sus capitanes, de manera que tal vez se atrevieran a desafiar la orden de partida y se quedaran para siempre en la isla. Al mismo tiempo, les recetó unas briznas de hierbas que debían depositar cuidadosamente en las horas de sueño bajo las narices de sus amantes, con la idea de incrementar la temperatura de la pasión de sus corazones, el deseo sexual de sus riñones y la necesidad de afecto de sus corpulentos brazos.

Mientras tanto, Reinaldo y Moluquia decidieron acompañar a Rachil para que se despidiera con un abrazo del clavero que recibió su propio nombre al nacer y que albergaba su propio espíritu desde ese preciso instante. Al abrirse paso en su batalla diaria por la luz del sol, todavía conservaban las plantas trepadoras, las enredaderas y las más altas ramas esa vocación de nervaduras góticas que conferían a la arboleda una lobreguez catedralicia. Conforme se hacía más audible el arrullo de los arroyuelos que nacían en la montaña, como nacidos de la misma paleta de un pintor, podía verse el mismo matiz verdoso en las alas de los papagayos, las crestas de los mirones, la piel laminada de las salamanquesas y las gigantescas y húmedas hojas que parecían imitar las orejas de los elefantes, o al menos eso apuntó en su libro de contaduría, con la esperanza de que algún día lo leyera alguien que conociera a un animal de la familia de los paquidermos y entendiera su símil. Reinaldo tomaba nota de todo lo

que veía en sus expediciones al interior de la isla, con la idea de ampliar sus conocimientos o incluso modificarlos si las nuevas observaciones pusieran en tela de juicio las teorías que habían prevalecido en sus percepciones iniciales.

Aquel viaje familiar a los claveros trataba de prolongar una despedida que dejaba el sabor agrio de los alientos al despertar. Reinaldo lo vivía como sus infantiles excursiones campestres al estuario del Tajo. De la mano de Moluquia no cabía temer la amenaza de los gigantescos frutos del durián porque reconocía sus sibilantes caídas, ni de las sombras asesinas de los árboles heridos por un atávico amor, ni de las tormentas que se deslizaban a veces por el borde del cráter y carbonizaban corazones, ni de las sanguijuelas que escalaban por la espalda hasta la nuca para robar el cerebro, ni de las serpientes que estrangulaban y concedían con la mirada un último deseo, ni de los veloces caimanes que se camuflaban entre el barro para merendar las piernas de los hombres…

El camino siempre terminaba empinándose entre rocas cubiertas de verdina. Moluquia había guardado un huevo de tórtola para freírlo sobre una de las pequeñas fumarolas, no tanto para que sirviera de almuerzo como para divertirse con la cara de sorpresa de Reinaldo. Lo que siempre irrumpía en el camino de los claveros era ese aroma sulfuroso del infierno y unos chorros de vapor y lodo que agrietaban el suelo cincelado por una lava de siglos. Habían llegado a un lugar tan inexplorado que el mundo parecía haber empezado ayer mismo. Sobre la ladera de la montaña se extendía una bruma vaporosa y fantasmagórica y un paradójico aroma de puerto de mar, propalado por pétalos plegados sobre las cabezas de los clavos a la espera de una nueva cosecha. Rachil y Moluquia necesitaban comprobar que sus árboles crecían alegres, sanos y fuertes, por eso corrieron hacia ellos, y estrujaron y abarcaron sus troncos con los brazos y se llenaron de la energía necesaria para sobrevivir a la aventura de vivir; se abrazaron con tanta fuerza, con tanto amor y durante tanto tiempo a sus claveros que Reinaldo deseó ser la corteza que estrechaba Moluquia. Habían viajado en busca de las

raíces del clavero y de las suyas propias. Aunque no pudo explicarse por qué, ni preguntó qué decían a sus respectivas esencias arbóreas, en su libro de contaduría, ya convertido en un cuaderno de bitácora de sus expediciones por la isla, dejó anotado que oyó una conversación y vio las figuras humanas y las de los árboles desdibujarse para convertirse en una sola y a las ramas resplandecer como si entendieran las palabras.

Reinaldo, Moluquia y Rachil regresaron acompañados por una lluvia torrencial que fue disipándose al llegar a la playa, donde hallaron un ambiente de feria pueblerina alrededor del baluarte y el granero. Rachil soltó en la arena dos animales que había conseguido capturar en el camino; un lagarto azulado de inverosímiles reflejos dorados que los nativos atribuían a ciertos atributos divinos y una culebra de ojos tan saltones que le ocupaban toda la cabeza y tan larga que, al ser extendida por completo sobre la arena, medía tanto como tres hombres juntos. Los animales se convirtieron en una de las principales atracciones para los invitados que habían llegado para celebrar el enlace nupcial de una de las hijas de Almanzor con un hijo del sultán de Gilolo. Ya empezaban a llegar centenares de canoas llenas de ilustres forasteros para disfrutar de la boda y, de camino, visitar la nueva capital comercial de las Molucas, favorecida por la relación con el Imperio español y el volumen de negocio que prometían las especias.

Esa misma noche, el lombardero belga maese Pedro y los sobresalientes andaluces, Diego de Arias y Luis del Molino, hicieron su agosto intercambiando cartas de una baraja, en especial los reyes de todos los palos y los ases de oro y de espadas, por un número de gallinas nunca inferior a dos y amuletos de plata o pendientes con incrustaciones de piedras preciosas. Mientras tanto, el despensero Juan de Campos dio rienda suelta a su predisposición a meterse en innecesarios líos de faldellines vegetales. Reinaldo ya le había advertido de la existencia de una ley no escrita que permitía el apuñalamiento de cualquiera que fuera descubierto yaciendo con su esposa, así como de lo poco conveniente que resultaba mezclar el vino de palma con la datura y ciertas flores sagradas porque hacían

saltar, cantar y bailar con espíritus o dioses que solo existían en la imaginación. Sin embargo, el despensero parecía menospreciar el peligro de muerte, tal vez porque nació en la plaza de la picota de Alcalá de Henares y siendo niño contempló, desde el balcón de su casa, hasta una decena de ejecuciones públicas que le habían servido de ejemplo de todo lo contrario que pretendían.

Lo cierto es que las vísperas de la boda real terminaron como el rosario de la aurora porque Juan de Campos se atrevió a tocar, sin su consentimiento, los pechos desnudos de la princesa de Machián.

Los nietos del rajá de esa isla le persiguieron con la intención de abrirle la tripa a lanzazos, aunque llegó a tiempo de protegerse sin ser visto en el cobertizo del interior del baluarte, que había sido construido para dar protección a los soldados en circunstancias muy distintas. Seguro como estaba maese Pedro de que una mancha de mora con otra verde se quitaba, llevó a Tunkatu al fortín para que no permitiera la salida del despensero hasta que no terminara el desposorio del príncipe de Gilolo y la princesa de Tidore.

Mientras tanto, la playa volvió a convertirse en el escenario de intercambios de los más variopintos regalos y de concursos de lucha, de carreras de canoas y de danzas tribales típicas de Tidore y de otras islas del archipiélago, que precedieron a la celebración de un banquete. Almanzor invitó a los soldados del destacamento español, a excepción de Juan de Campos, claro está, a los desposorios y a la degustación de un menú que consistió en sagú, arroz, papaya y carne de patos negros y de papagayos gritones. Siguiendo normas de elemental cortesía con los visitantes, las nativas solteras movieron sus caderas sinuosas y ungieron sus pechos con mágicos aceites vegetales, mientras los nativos foráneos hacían sonar los cascabeles que llevaban atados a sus glandes en sus conciertos de solicitación de favores sexuales. Ya a la caída de la noche, los espíritus se pasearon por el poblado con la familiaridad y la naturalidad acostumbrada y Reinaldo comprendió por fin que, en aquella isla, la vida transformaba lo invisible en visible, mientras la muerte hacía su trabajo y se dedicaba justamente a lo contrario.

A la boda del príncipe de Gilolo y la princesa tidoresa no fue

invitada la aristocracia ternatesa. Chechilidecroix, el hijo mayor de Abuleis, el último rajá de Ternate, se limitó en esos días a merodear en canoa por los alrededores de las naos Victoria y Trinidad en busca de alguien que se asomara, le reconociera y le invitara a subir. A la espera de que el príncipe Calanogapi —hijo de Abuleis y de su última favorita, la hija de Almanzor, Sania— alcanzara la mayoría de edad, Chechilidecroix cortaba el bacalao en Ternate sin necesidad de rendir cuentas a la reina ni al resto de hermanos y hermanastros. Pero en la orilla de Tidore, nadie quería tomarse el trabajo de decirle que las bodegas de ambos barcos estaban llenas y que ya no existían márgenes para un solo acuerdo más, una vez agotados casi todos los abalorios de intercambio, aunque Chechilidecroix quería ofrecer el clavo a la mitad del precio concertado con Almanzor. Elcano y Espinosa no le permitieron subir a bordo porque sabían que su sola presencia pondría en tela de juicio unos acuerdos que ya no tenían vuelta atrás y que cualquier trato con el enemigo agraviaría al sultán. Además, ya se había instalado bajo la toldilla de la Trinidad el que fuera soldado a sueldo del rajá de Ternate, ahora aliado de los españoles, Francisco Lorosa, que había acudido en compañía de su esposa, sus hijos y su criado Manuel.

Chechilidecroix volvió al día siguiente en el prao real, acompañado por la viuda javanesa de Francisco Serrano y sus hijos, y pronunció varias veces el nombre de Hernando de Magallanes con el fin de obtener noticias suyas. Después de varios intentos obtuvo la respuesta de un marinero español, que se asomó por la popa y se pasó su dedo índice por el cuello para confirmar su muerte. La viuda de Francisco Serrano rompió en un amargo llanto al confirmarse que definitivamente se habían truncado los planes de aquellos compañeros de armas, primos y amigos: ninguno de ellos había llegado con vida a la cita que habían concertado…

Lorosa llegó a tomar parte de las reuniones con los pilotos en el castillo de popa de la Trinidad y dio ese sinfín de recomendaciones sobre el rumbo a seguir para reducir el riesgo de tropezarse con las adversidades y con el adversario, la flota portuguesa, que ejercía a

cañonazo limpio una rigurosa vigilancia de las aguas que correspondían a su jurisdicción. Los capitanes españoles apreciaron sobremanera sus mapas y cartas náuticas, con detalles pormenorizados de las costas que debían bordearse, con advertencias precisas para dejar por babor o por estribor las infinitas islas del camino; indicaciones de los vientos que soplarían en cada tramo del viaje, ya hieran alisios, racheados, largos de poniente, terrales o sencillamente contrarios, que obligarían a barloventear; indicios de las temidas calmas que frenarían inexorablemente el ritmo de la travesía y alargarían el suplicio del hambre y la sed.

Cuando Chechilidecroix confirmó que la presencia en la Trinidad de Francisco de Lorosa y su familia no se correspondía con una visita de cumplido, se provocó a sí mismo uno de esos ataques de cólera que precedían a las grandes batallas y sin medir bien sus fuerzas, mandó a sus hombres a un abordaje imposible. Desde las cureñas de la Trinidad respondieron a la sospechosa cercanía de los nativos ternateses con un cañonazo de aviso. El oleaje del impacto tumbó una de sus canoas. El príncipe regente de Ternate dio tales saltos teatrales para representar su enojo que estuvo a punto de volcar el prao real y cuando supo que le miraba la tripulación desde la cubierta, repitió el gesto que aprendió del marinero que le contó el fallecimiento de Magallanes, haciendo resbalar el dedo índice de manera enérgica por su propio cuello, y pronunció una frase en su dialecto malayo que no podía prestarse a erróneas interpretaciones: «Lorosa, maldito portugués, pagarás esta traición con tu sangre». Y se marchó para rumiar su venganza a la espera de la llegada del nuevo gobernador de Ternate, Antonio de Brito.

Las dosis de piñones del maluco que las nativas mezclaban con el sagú y el manojito de briznas de hierbas que colocaban bajo las narices de sus amantes durante las siestas consiguieron parte de su propósito. Algunas parejas pasaban acarameladas y atolondradas días enteros sobre la arena de la playa, satisfaciendo sus impulsos y sus deseos como si no existiera un mañana. Reinaldo decía que el

amor que sentían Nachil y sus amigas por esos marineros le recordaba al amor de las cartas de San Pablo a los corintios: ese amor eterno que todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta; un afecto excesivamente enrevesado y hondo para esos tipos besucones y sobones tan acostumbrados a los mudables y efímeros amoríos de los burdeles de los puertos.

Mientras tanto, el baluarte ya empezaba a tomar su forma hexagonal y cierto aire de fortificación medieval. Las bocas de los cañones y los arcabuces asomaban por las troneras en señal de advertencia, como las insinuantes lenguas bífidas que se dejaban notar por encima de los nidos de las serpientes selváticas de la isla. En general, todos podían considerarse satisfechos por un trabajo común hecho por personas de tierras, idiomas, culturas y sensibilidades distintas y distantes, sin que pasara hasta entonces nada parecido a un desencuentro bíblico como el de la torre de Babel. El cobertizo se quedó vacío de especias, aunque los nativos lo volvieron a llenar de montañas de bananas, naranjas, limones y cocos hasta la techumbre porque aquella imagen de abundancia, según sus costumbres, atraería la fortuna y la prosperidad.

Visto desde la playa, el bastión parecía bien protegido por una empalizada y un pequeño terraplén, pero la realidad es que a la zona trasera se accedía a pie por una leve rampa cubierta de arbustos y ramajes de castaños, pinos y árboles del pan. La torre del homenaje, la más grande de todas, se levantaba como una atalaya vigía desde la que podía controlarse el tráfico de mercancías y una hermosa vista de la puesta de sol, aunque también podía constatarse que el ángulo de tiro desde la posición de las cañoneras no permitía garantizar por completo la defensa del poblado en un probable caso de asedio.

Llegado el día de la Inmaculada Concepción, los barcos estaban tan ahitos de especias que las descargas de artillería con ocasión de la festividad se hicieron con tal comedimiento que parecían flatulencias en vez de andanadas. Ni siquiera el redoble de tambores desde la cubierta se parecía al de los primeros días. Daban las naves tal sensación de estar a punto de resquebrajarse que Elcano y Espinosa entendieron que, en el viaje de regreso a España, tendrían

que conformarse con flotar y escapar, renunciando al objetivo de toda gran armada que se preciara, que era defenderse a cañonazo limpio de cualquier intento de abordaje.

Aunque los tidoreses estaban muy lejos de conocer el sentido de la celebración y nadie quiso perder el tiempo en explicarles que la Madre de Jesús fue, a diferencia del resto de los humanos, sin pecado concebida y libre de toda culpa original, Quichil Rak puso el colofón a la jornada con la solemne entrega a los capitanes españoles de un ave del paraíso, de plumas enhiestas, como cables de cáñamo y mágicos penachos iridiscentes que les protegerían de los naufragios y les harían invisibles frente a las galeras de Portugal que quisieran darles caza.

Los nativos habían perdido la paciencia para contar los soles y las lunas que faltaban para llegar al día señalado para la partida, el 18 de diciembre de 1521, según los cálculos que llevaban los escribanos españoles, pero supieron que había comenzado la cuenta atrás cuando los marineros devolvieron al barco las velas, ya remendadas y aireadas, con un dibujo de una cruz de Santiago sobre la que podía leerse una frase inscrita con unas letras redondas de estilo gótico: «Esta es la figura de nuestra buenaventura». Los encuentros de los hombres de la tripulación con los del fortín empezaban a impregnarse de tristeza y de largos abrazos que cerraban el paso a las lágrimas; los marineros no lloraban, pero no por miedo a la sospecha de homosexualidad y sodomía por las que podían ser arrojados por la borda sino porque, según opinaba Reinaldo, las lágrimas de la gente de mar eran mucho más gruesas y saladas que las del resto de los hombres y no siempre podían saltar por encima de sus lacrimales y sus pestañas.

Bustamante se ocupó personalmente de recoger las cartas que los hombres de la guarnición habían escrito a sus familiares en España, incluso de ayudar a quienes tenían más dificultades para leer y escribir. Esa misma noche previa a la partida, Juan de Campos dirigió cuatro pliegos a su padre, pidiéndole perdón una vez más por abandonar los estudios y marcharse sin despedirse personalmente. Juan contaba que su padre se las había ingeniado con sobornos para

que formara parte de la primera promoción de estudiantes que debía aplicarse en la teología, las lenguas bíblicas y la física de Aristóteles, pero aquel joven inquieto abandonó los estudios primero y el pueblo después, poniendo como excusa las molestias que le causaban las continuas y faraónicas obras públicas que se llevaban a cabo en Alcalá de Henares por orden del cardenal Cisneros. En una breve nota que le dejó encima de la mesa, Juan de Campos le prometió que aprovecharía el tiempo para conocer el mundo del que hablaban esos mismos libros que ya no quería seguir estudiando. No sabía todavía, o quizás sí pudiera intuir, que al embarcarse en Sevilla sería testigo y protagonista del descubrimiento de un mundo que todavía no aparecía en ningún vademécum universitario. Y ahora, por fin, tenía la ocasión en aquella última carta de prometerle que un día regresaría a su pueblo, Dios mediante, y procuraría compensar todos sus desvelos paternales que, si bien no consiguieron su propósito de convertirle en una eminencia de las letras, la teología o las ciencias, finalmente habían hecho de él un valiente aventurero y un verdadero hombre de provecho.

Mientras tanto, Appiorán desapareció entre la bruma para llevar una estricta dieta a base de sangre de tortuga y agua salada que le permitiera entonar con mágica eficacia las salmodias que dedicaría a las embarcaciones. Llegado el día de la partida, el chamán reapareció investido del poder místico que le confería su oficio y fue transportado en una canoa para cumplir con el mismo rito mágico que presidía el inicio de las expediciones tidoresas que surcaban las islas del sudeste asiático. Appiorán pidió a los espíritus que habitaban en las ramas de los árboles sagrados de los bosques que descendieran hasta el nivel del mar para bendecir los costillares curvados de olmo y roble de las quillas e iluminaran el camino de aquellos amigos extranjeros de vuelta a sus hogares. En pleno trance hipnótico, sacó a relucir su piedra de luz, aquel trozo puntiagudo de cuarzo que guardaba en un saquito hecho con piel de lagarto, y mandó reflejos cegadores a la cofia y las arboladuras de la nao Victoria. Luego frotó repetidamente las planchas con unas hebras de hierba enrolladas en la cáscara de una banana, purificó el viento con

un sahumerio de sándalo y benjuí, masticó raíces de betel y las escupió con determinación contra las tablas desafiando a la fuerza de los vientos reinantes, que ya pugnaban por empujar las velas hacia el noroeste. Appiorán rompió por fin su silencio con su tradicional exordio: «Botaytupa… Badederuma…», que en su lengua significa «navega rápido», seguido de un conjuro impenetrable de onomatopeyas de pájaros, vientos huracanados, tormentas nocturnas y tiburones hambrientos. «Ciega los ojos de las brujas voladoras, envuélvelas en la niebla, sálvala de los naufragios y hazla penetrar sin miedo en la espuma de las olas…», dijo, y acto seguido pidió que le trasladarán frente a la quilla de la Trinidad para repetir punto por punto esa misma ceremonia.

Reinaldo, Moluquia y Nachil fueron invitados por el sultán a ver desde el prao real la salida de los galeones. La nao Victoria fue la primera en poner en funcionamiento el rodillo del cabestrante para levantar las anclas. «Larga trinquete en nombre de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, que sea con nosotros y nos de buen viaje y salvamento y nos devuelva con bien a nuestras casas», se oyó decir al piloto Francisco Albo con una fe digna de chamán. Elcano se paseaba nerviosamente por el alcázar de popa mientras daba las últimas órdenes para que sus hombres trincaran y soltaran cabos, tensaran aparejos, subieran por los obenques y se dejaran caer como arañas en busca de presas por las cuerdas de la jareta, desde el castillo de proa a la toldilla, con acrobacias de volatineros que los nativos jaleaban desde sus canoas y desde la playa.

La proa de la Victoria apuntaba al horizonte, pero empezó a notarse que algo no iba bien del todo en la Trinidad. Desde la sentina salieron alaridos entrecortados e intraducibies que solo sirvieron de preludio de verdaderas señales de auxilio. Varias vías de agua se abrieron por diferentes sitios del casco. Los grumetes agitaron a toda velocidad las palancas que movían los cilindros de las bombas de achique sin aparente resultado. El capitán Gonzalo Gómez de Espinosa mandó bajar el batel con varios calafates a bordo para que ayudaran desde el exterior a clavetear la madera con

planchas de plomo, pero nadie podía determinar el sitio exacto por el que empezaba a resquebrajarse la nao. Los bramidos desde los pisos inferiores empezaron a sugerir que el agua ya había penetrado y rozado la línea pintada con tiza en el interior del casco, es decir, la marca que delimitaba el borde de un auténtico naufragio. Uno de los marineros se brindó a ejercer de buzo y detectar el sitio exacto de la anomalía de la clavazón. Quichil Rak también mandó sumergirse a varios buscadores de perlas que detectaban las fallas de los tablones sueltos de sus praos por el movimiento que en el agua hacían sus largas cabelleras sueltas, pero las dimensiones de la Trinidad multiplicaban por veinte la eslora de sus juncos y pronto se sintieron desbordados por una sensación de ahogo y la certeza de estar buscando una aguja en un pajar. Varios marineros españoles y portugueses también saltaron desde la borda al bote con la idea de ayudar a localizar la vía de agua, pero el barco, mal estibado e imprudentemente abarrotado, empezó a escorarse dado el desplazamiento desordenado de los toneles y las cajas llenas de especias que albergaba en su interior. El capitán Espinosa mandó refuerzos para trabajar en el achique del agua, pero la suerte estaba echada. Se oyeron jaculatorias en solicitud de divinas intervenciones a distintos santos, pero de nada sirvieron las desesperadas peticiones de intercesión a San Telmo y a la Virgen de los Buenos Aires.

Elcano mandó virar su embarcación. Los bateles de la Victoria y la Trinidad, con la más voluntariosa que eficaz ayuda de las canoas de los nativos, empezaron a descargar en la playa verdaderas montañas de clavo, que iban siendo cuidadosamente depositadas sobre unas planchas de madera para dejarlas secándose al sol. Con el alivio del peso de las especias, la nao tendió a estabilizarse, pero no dejaba de hacer agua. El sultán Almanzor se llevó las manos al turbante al comprobar que una parte del cargamento de clavo se había mojado, perdiendo irremisiblemente su aroma, su sabor y sus íntimas y mágicas propiedades.

Lentamente fueron llegando a tierra los tripulantes de la Trinidad, atribulados y desazonados por el golpetazo del destino, cuya responsabilidad solo cabía atribuir a la propia naturaleza

humana. La ambición había roto el saco. Seguramente, la descomunal vía de agua abierta fuera el resultado de la fatídica combinación de una carga excesiva y el daño sufrido meses atrás por la embarcación al topar contra unos esquifes en la isla de Borneo. Pronto se supo que ya no existía una sola vía, sino un caudal regular de agua que penetraba de manera irreparable entre las tablas mal claveteadas del casco. Quichil Rak mandó buscar con urgencia a la isla cercana de Gilolo a los vencedores de las últimas ediciones de los concursos de inmersión del archipiélago, que eran capaces de soportar bajo agua, sin necesidad de respirar, el tiempo que tardaba en rezarse tres Padrenuestros, pero ya era demasiado tarde para todo. El agua entraba a chorros en la sentina del barco y seguir achicando agua solo era engordar para morir.

Como por ensalmo, Appiorán desapareció de la escena. Así solía hacerlo cuando sus conjuros mágicos se quedaban en entredicho, dejando así a la libre interpretación de sus fieles isleños si lo ocurrido tenía que ver con la excesiva carga de la nao Trinidad, con un mandato de Almanzor para que al menos una de las tripulaciones ampliara su estancia en Tidore o con la solución intermedia que había prometido a la comitiva de indígenas enamoradas encabezada por Nachil.

Con la ayuda de la marea y de unos troncos atados con lianas en la orilla de la playa, los grumetes y marineros tensaron los cables del ancla y consiguieron recostar la nao, dejando al descubierto sus tablones podridos por los efectos de la broma marina, esos intrépidos polizones que se habían adherido en los más remotos mares del mundo; algas verdosas, ocres y rojizas, percebes y caracolillos despistados que había ido recogiendo el casco del barco en los peligrosos roces con los fondos marinos. Esas plantas acuáticas le prestaban la apariencia de un jardín invertido que crecía alejado de la vista de todos; un raro vergel marino alejado de las caricias de la brisa y de un sol que, por debajo de la línea de flotación, debía verse como una luz nimbada por extraños fulgores. Desprovista de sus masteleros, vergas y velas, la nao Trinidad quedó sobre la arena encenizada como una ballena agonizante que enseñara

su panza herida.

XX
EL PRIMER APLAUSO DE LA HISTORIA

Los servidores del sultán Almanzor llevaban abundantes raciones de carne, fruta y vino de palma al alcázar de popa mientras capitanes, pilotos, maestres y contramaestres de ambas embarcaciones reconsideraban y repensaban sin prisas sus planes de futuro. Reinaldo y Tago opinaban que los vientos favorables del este que soplaban hacia la isla de Mare, imprescindibles para doblar el cabo de las tormentas por la ruta portuguesa, se mantendrían como mucho tres o cuatro semanas más. Por otra parte, los carpinteros de ribera que trabajaban en la playa aseguraban que el trabajo de aderezar, brear, carenar, calafatear y clavetear de nuevo la Trinidad les tendría ocupados por un mínimo de tres meses. Así las cosas, por doloroso que resultara, lo más razonable era poner fin a dos años de navegación conjunta y acabar por separado la travesía que habían llevado a cabo en los dos últimos años; unos, para completar la vuelta al mundo, con las menos escalas posibles, por un derrotero inédito para una embarcación española; otros, en dirección contraria, en busca de una ruta marítima que nadie había surcado hasta entonces hacia el Daríén o la península del Yucatán.

Reinaldo, Tago y Lorosa ofrecieron todas las cartas de marear que tenían a su disposición y recomendaron al capitán Espinosa que esperara a la llegada de la primavera y de los benévolos vientos del oeste. Si todo transcurría con normalidad, debían dejar Ternate por

la popa, pasar entre las islas Halmahera y Morotai, y alcanzar las costas de Quimor, donde los aliados tidoreses les proporcionarían agua, leña, cabras, gallinas y hava, una bebida típica de esa isla que, según decía el ministro Quichil Rak, levantaba el ánimo de los muertos. Si sus cálculos eran correctos, en ese preciso instante de atracar en Timor, se encontrarían a dos mil leguas o lo que venía a ser lo mismo, a dos meses más de navegación de la costa dominada por Hernán Cortés, y ya solo quedaría por delante la delicada tarea de encontrar los vientos alisios del oeste y burlar la acechanza de todos esos males que abundaban por esos mares de Dios: las calmas, las tempestades, la enfermedad, el hambre, la sed…

El capitán Gonzalo Gómez de Espinosa se parecía a sus marineros en que solía caminar descalzo. Pese a leer y escribir con ciertas dificultades, había pasado de ser alguacil de la Armada a capitán porque era un tipo expeditivo, aglutinaba a la gente con discursos comprensibles y daba a todo lo que hacía cierto toque de distinción militar. Al conocer que empezaban a circular toda clase de rumores, Espinosa hizo sonar una vieja campanilla plateada que usaban los clérigos a la hora de la consagración y habló a sus hombres con franqueza de los plazos previstos para subsanar la vía de agua y de los peligros de la ruta de Nueva España, la única posible que permitían las corrientes y los vientos a esas alturas del año. Gómez de Espinosa era un hombre parco en palabras, pero rico en gestos que despertaban el sentido de la emulación y exhortaban el cumplimiento del deber. Predicaba con el ejemplo, como demostró el día que Magallanes le mandó a la nao Victoria con una escolta de cinco hombres y un falso mensaje de paz para uno de los capitanes amotinados, Luis de Mendoza, a quien no dudó en asestar siete cuchilladas mortales de necesidad con el fin de recuperar el mando de la embarcación. Luego su gesta se desdibujaría cuando se supo que Magallanes le pagó doce ducados de gratificación a cuenta de los bienes de la Corona y de la hacienda de los oficiales que causaron el motín, pero, al fin y al cabo, el hecho de ser héroe o sicario solo dependía del color del cristal con el que se mirara y en el mar no existían más verdades que aquellas que en cada momento resultaran

más convenientes creer.

Por su parte, Juan Sebastián Elcano informó a su marinería que descargarían sesenta quintales de clavo para evitar más riesgos de los asumibles en la travesía en solitario y fijó la salida para la mañana del 21 de diciembre. Elcano mandó pregonar entre sus hombres que aquellos tripulantes que por cualquier razón desearan intercambiar sus destinos con los de la nao Trinidad, podrían hacerlo libremente, con la única condición de que ejercieran cargos o funciones similares y lo advirtieran con antelación. Nachil vio en esto una oportunidad de retener a Bustamante por unos meses más en la isla y ensayó durante horas, frente al espejo roto que le había regalado, su mejor repertorio de miradas almibaradas y guiños zalameros. Sin embargo, a la hora de la verdad, Bustamante echó mano de una persuasiva colección de evasivas, entre las que se encontraban algunas de indudable peso como que la ruta portuguesa resultaba más segura y que si bien su tiempo de ausencia resultaba difícil de determinar, lo único claro era que antes volvería si antes conseguía partir.

Mientras tanto, la tripulación de la Trinidad marineaba por las planchas del barco y tensaba los cables de las anclas para escorar el casco en la playa, en armonía con las subidas y las bajadas de las mareas; unos se afanaban en la retirada de las astillas y los trozos de madera que se habían deshilachado en las junturas de las tablas y otros colocaban la estopa en huecos del ancho de un pulgar; unos limpiaban la madera con agua salada y vinagre y otros frotaban las zonas más altas de los castillos con aceite de pescado; unos sacaban las cucarachas y las ratas muertas que reposaban bajo la espesa capa de verdín de los pantoques y otros ahumaban la cubierta para liberarla de una vez por todas de esa plaga de piojos que tantos estragos había causado entre la huida de Borneo y la llegada a las Molucas.

Las viejas lonas de la velería de la Trinidad y los toneles de las bodegas formaban una larga hilera, entre el baluarte y la orilla, simulando los poyos de los mercados de los puertos de España y Portugal. Allí se intercambiaban los cachivaches inservibles y los últimos abalorios, anzuelos y cascabeles de las mercaderías

destinadas a rescates por vituallas que volvían a llegar en canoas desde Machián y Gilolo. Como los notarios y escribanos que extendían sus escritorios bajo las lonas y los soportales de Sevilla y Lisboa, Bustamante y Reinaldo se ofrecieron de nuevo a los marineros de la nao Trinidad para redactar en español y en portugués, respectivamente, las cartas que viajarían en la nao Victoria y entregarían a los parientes que esperaran noticias en la desembocadura del Guadalquivir o en el puerto de las Muelas. Ambos tuvieron que utilizar los fanales y los faroles desmontados de la Trinidad al ser sorprendidos por la caída de la noche con varios pliegos por terminar. Reinaldo Duarte escribía una carta dirigida a los padres del grumete portugués Juan de Grijol. Bustamante pasaba el mal trago de ayudar al onubense Francisco Martín —que no era santo de su devoción porque ascendió de marinero a maestre por ser un soplón de Magallanes— a contar a su hijo, Luis Martín, a quien suponía en Sevilla tras desertar con la nao San Antonio, que su hermano no salió con vida del trágico convite de Cebú.

Bustamante casi pasó sus últimos días en Tidore en calidad de escribano y albacea, ya que también formaba parte de sus obligaciones el cierre del pago de las misas que debían darse en España por los compañeros fallecidos y el ajuste de las deudas pendientes de juego contabilizadas en la travesía. Así fue porque a partir de la muerte de Magallanes, se incrementaron las partidas en cubierta de dados y naipes. A veces, Bustamante ofrecía su baraja libre de verruguetas, hollines y otras fullerías al uso, a cambio de lo que se denominaba el «barato», es decir, de la propina que solían dejar al final los vencedores. El caso es que todas esas deudas de juego debían ser reconocidas por escrito y descontadas de los sueldos y las quintaladas de recompensa que cada cual hubiera obtenido, según los cargos ejercidos y los méritos adquiridos.

Como había que aligerar de peso la nao Trinidad, el capitán Espinosa trasladó a la fortificación distintas piezas de artillería y armas de infantería que habían pertenecido a la vieja nao Concepción y que se conservaban aún en las bodegas. Se trataba de un apreciable arsenal con el que responder a cualquier asalto

enemigo: un falconete de hierro con su correspondiente horquilla, dos lombardas gruesas en perfecto estado de revista, con sus cañas, servidores y varillas, y veinticinco pelotas de piedra, cada una de las cuales pesaba tanto o más que un grumete.

Esta vez no hicieron llamar al chamán para que entonara sus salmodias desde una canoa. Todo el mundo supo lo que pasaba cuando dos grumetes marinearon por encima de la vela del trinquete para izar y largar las velas de la nao Victoria. Reinaldo Duarte y Moluquia fueron invitados al matacán esquinado de la torre vigía y desde allí agitaron sus manos para despedirse por segunda y última vez de Rachil y vieron cabecear la nao Victoria con un orgullo fiero sobre la espuma de las olas. El falconete y los cañones de la nao Trinidad, ya instalados entre los merlones de la fortificación, sirvieron para corresponder a los festivos cañonazos que celebraban la partida. Tan solo dos de los cinco galeones que compusieron la Armada que fletó la Corona española habían conseguido su objetivo de alcanzar la isla de las especias, pero ahora sus caminos se separaban para regresar al mismo punto por diferentes rutas…

Coincidió la salida de Juan Sebastián Elcano con los rumores que apuntaban a la inminente llegada a Ternate de la Armada portuguesa, que debía asentar en el sudeste asiático el negocio del clavo, el ámbar y la canela, y acabar con la molesta competencia española en las Molucas. Al comprobar que los plazos del viaje por el océano Pacífico rumbo a las costas de Zacatula y Zihuatanejo empezaban a ajustarse peligrosamente, el sultán Almanzor puso a disposición del capitán Espinosa a más de un centenar de nativos. Casi todos ellos tenían experiencia en la navegación marítima, pero ninguno había visto nunca las tripas de una nave que apenas podían abarcar con un solo golpe de vista. Uno de los centinelas del almacén de especias, el sobresaliente genovés Alonso de Coto, les enseñó a manejar los mazos de hierro, las sierras de mano, las hachas y los distintos usos que podían darse a las azadas y las azuelas. Tampoco podía decirse que Alonso de Coto tuviera experiencia como carpintero de ribera, pero al menos había pasado media vida viendo abrigar las tablas de los fondos, los costados y las

cubiertas de los barcos que atracaban en Sevilla mientras vendía jabón de las almonas trianeras a los despenseros. No constaba en la historia de las Indias orientales y occidentales un precedente parecido de trabajo en equipo, en beneficio de una empresa común, de personas de lenguas y culturas distintas y distantes, sin necesidad de engaños, imposiciones y latigazos.

Las nativas también pusieron de su parte y se dedicaron a engrasar con sebo las poleas y a fabricar brochas con las cuerdas desmochadas e inservibles. Los nativos más jóvenes transportaban en cacharros la brea hirviente que luego se volcaba a chorritos en un cazo para sellar los tablones del barco. Cualquier quemadura, caída o incidente solía paralizar por completo la obra porque todos acudían en tropel con el herido y no volvían a trabajar hasta que no se verificaba su completa recuperación con pomadas y apósitos vegetales.

Los tidoreses descansaban los viernes y los días nublados, que solían ser más de dos por semana, y resultaban además impredecibles, teniendo en cuenta la veleidosa condición de las nubes que rodeaban el Kiematabu. El capitán Espinosa llegó a pensar que querían mantenerles en Tidore el mayor tiempo posible, hasta el regreso de una nueva armada desde España, pero Moluquia consiguió explicar que las decisiones se basaban en la rigurosa observación durante siglos de la construcción y restauración de balsas y canoas. En opinión de Appiorán, las embarcaciones que se reparaban en los días soleados tenían el poder de deslizarse a mayor velocidad sobre las olas y planear de forma sobrenatural por encima de las fauces de los tiburones, atravesar las brumas más envolventes y, por supuesto, burlar el asedio de las brujas que vagaban siempre por los corales y arrecifes a la espera de naufragios. Estaba claro que nadie podía interpretar mejor que Reinaldo y Moluquia esa función tan necesaria de bisagra capaz de armonizar los intereses de ambas partes y conciliar las normas ancestrales e inmutables que debían respetarse, así como esos otros plazos que debían cumplirse porque la primavera podía pasar de largo y ya no volverían a soplar en un año los vientos propicios que impulsaran a la nao Trinidad en busca

de su destino en las costas de Nueva España.

Con la intención de agradecer el esfuerzo realizado por los nativos en la reparación y el calafateo de la embarcación, el capitán Espinosa regaló al ministro Quichil Rak un nuevo lote de armas para defender la isla de cualquier ataque enemigo que pudiera producirse en su ausencia: una docena de arcabuces, una decena de viejas astas de lanza, seis coseletes —cada uno de ellos con su brazal, celadas, barbotes y espaldares—, además de medio centenar de cuernos de pólvora, una caldera de cobre para cocer la brea, plomo en barras y salitre, carbón y azufre. Almanzor soñaba desde mucho tiempo atrás con la idea de poseer el más moderno ejército del archipiélago, aunque de todos era sabido que una vez inmersos en la batalla, todas aquellas armas de fuego que no se supieran manejar con la debida destreza adquirirían el sencillo valor de unas cachiporras. En las Molucas todavía se concebían los arcabuces y los cañones como utensilios fabricados en el infierno, pero el sultán aspiraba a convertir a sus súbditos en artilleros diestros en el manejo de las armas, rápidos en las cargas y certeros en los disparos. No estaba del todo claro cómo asumirían los nativos en pocos días el paso de las hondas y las zurriagas a la era de la pólvora, un proceso en el que los europeos habían invertido varios siglos de guerras y desastres, pero existía una confianza plena en las enseñanzas del nuevo arte de la artillería por parte de maese Pedro, el lombardero flamenco que, antes de embarcar, dirigió las prácticas de tiro de la tripulación de Magallanes en un cerro de Sevilla que llamaban La Goleta.

En realidad, maese Pedro quería retirarse a su regreso a Europa y dedicarse a su verdadera vocación, la de violero. Lo que le gustaba realmente era fabricar y probar el sonido de clavicordios, vihuelas de arco y laúdes. De hecho, el examinador de artilleros que le concedió el título lo hizo sin necesidad de ponerle a prueba porque cuidaba las armas de fuego como si fueran instrumentos musicales, de tal modo que los efectos del salitre y la humedad no deterioraban las piezas que tenía a su cargo. Examinador y examinado coincidían en que existía cierta analogía entre afinar cuerdas de instrumentos musicales

y refinar la pólvora y cargar los cañones a la velocidad y en la medida precisa. No estaba desencaminada la teoría porque al empezar el zafarrancho de combate, maese Pedro no oía el bronco y destemplado ruido de las detonaciones, sino un melodioso recital de órganos de tubo y pífanos. Su tema preferido eran los efectos de los cañonazos y sus estruendos, que no debían nunca tomarse en la batalla como notas sueltas y desafinadas, sino como escalas ascendentes y descendentes en las partituras, como acordes simultáneos de consonancias; en suma, utilizando estos artificios, el lombardero belga daba siempre con la munición exacta para abatir, según fuera el caso, el cuerpo de los soldados o el casco, la jarcia y la arboladura de un galeón. En cualquier caso, sus conjeturas daban mucho que hablar; sus compañeros de armas afirmaban que podría aprovechar sus dones por poco tiempo más porque un buen artillero, solo por el hecho de serlo, iría perdiendo el oído de guerra en guerra hasta quedarse completamente sordo.

Reinaldo y Moluquia se responsabilizaban de traducir las clases de maese Pedro, pero los nativos tenían serias dificultades para distinguir la culata de la boca de fuego y desde luego, eran incapaces de tener en cuenta la dirección del viento, tanto a la hora de apuntar sus arcabuces como de cegar con humo al enemigo. Tampoco captaban la teoría del lombardero belga sobre la inconveniencia de lanzar cañonazos de advertencia porque, lejos de desbaratar el ánimo del oponente, podrían tomarse como lanzamientos fallidos y reavivar el ánimo del oponente.

Una de las principales discusiones se estableció sobre la orientación del campo de tiro. El chamán Appiorán había advertido que no debía ofenderse con la dirección de los disparos a los dioses que habitaban bajo cualquiera de los dos volcanes, ni a los espíritus que vagaban por el mar en busca de una reencarnación. Los más ancianos del lugar avisaron que aquellas prácticas tendrían como consecuencia una lluvia de cenizas o un eclipse total, además del riesgo de lastimar la sensibilidad del mar y el cielo, esos mismos que se opusieron en la batalla primigenia que dio origen a las islas.

Aún así, la playa se llenó en esos días de niños, mujeres y

ancianos para presenciar el inconmensurable espectáculo de los arcabuces, colocados en línea en lo alto de las dunas, dirigidos contra cocos y melones enroscados como cabezas de peleles sobre esqueletos fabricados con troncos y ramas de palmera. En un principio resultó muy difícil mantener el orden porque entre carga y descarga, los niños corrían para desayunarse los fragmentos de los durianes, los cocos y los melones, diseminados por la arena después de ser acribillados. Haciendo uso de la paciencia del santo Job, maese Pedro consiguió que los nuevos artilleros tidoreses adoptaran la posición correcta, con la caja de nogal del arcabuz sobre el hombro y el centro del cañón firmemente agarrado con la mano izquierda, pero no consiguió instruirles sobre la mejor manera de poner el arma en posición vertical para introducir las pelotas redondas y plomizas por el orificio y luego empujarlas con la baqueta hasta la recámara. Tampoco puede decirse que asumieran con naturalidad la obligación de llevar los doce frasquitos de pólvora en la bandolera —los doce apóstoles, como les llamaban los arcabuceros españoles— porque temían que al avivar la mecha pudieran estallar en mil pedazos y sus almas, desperdigadas entre la humareda, escindidas entre los propios pedazos de carne, no pudieran reunirse para encontrar el camino de la isla de los pájaros.

Según las estimaciones de maese Pedro, después de varias clases intensivas, solo cuatro nativos en total resultaron capaces de completar el proceso de apuntar al enemigo, abrir la cazoleta y apretar el gatillo; es decir, Quichil Rak solo podía dar utilidad a un tercio de los arcabuces disponibles en el nuevo arsenal del palacio. Y lo peor llegó con una orden del sultán que prohibió definitivamente las prácticas de tiro cuando un reventón —un error en el cálculo de la composición de la pólvora, que debía ser de nueve partes de salitre, dos partes de carbón y una y media de azufre—, dejó medio ciego precisamente al artillero tidorés más aplicado.

Por entonces se conoció la noticia de la agonía de Juan López Garaballo, el piloto portugués que tomó el mando de la expedición de Magallanes entre el trágico convite de Cebú y la estancia en Borneo, justo cuando se agotó la paciencia de Elcano y Espinosa.

Ambos desconfiaban de Caraballo desde que secuestró al príncipe de Luzón y negoció un rescate en gemas y piedras preciosas del que nunca más se supo; entre sus disparates se contaba que enroló a tres nativas dayak para fornicar con ellas y que no salió de su cámara en una semana entera, ni para almorzar, ni para dar una sola orden, mientras su barco navegaba sin rumbo y la marinería se entretenía con una prodigiosa hoja con patas que se había caído de un árbol de borneo y andaba por la cubierta de un lado para otro como Pedro por su casa. Caraballo había salvado la vida gracias a su impuntualidad a la hora de acudir al convite de Humabón y se hizo con el manilo después de negarse a negociar con los nativos de Cebú la liberación de su compadre, el sevillano Juan Serrano. De Caraballo se decía también que Magallanes le contrató como piloto por su memorable navegación del río de Solís, pero la nao Concepción que pilotaba fue la que más veces se perdió en las costas del Brasil que supuestamente conocía, de ahí que se rumoreara que Joacinho —el negrito que presentó como su propio hijo, nacido de una relación con una nativa— solo fuera un esclavo adquirido en Lisboa que le sirvió de coartada para convencer a Magallanes de la veracidad de su relato. Curiosamente, Joacinho no regresó después de desembarcar en Borneo. Nunca se supo a ciencia cierta lo ocurrido, pero se decía que había preferido formar parte de la guardia del rey Siripada antes que seguir a las órdenes de su supuesto y despótico padre.

Cuando se abrió la vía de agua en la Trinidad, Caraballo salió con prisas de su cuchitril en el castillo de popa y se fracturó la pierna por varios sitios al bajar a la chalupa. Luego fue trasladado con una palidez de muerto viviente en un lienzo de lona y se fue dejando por el camino lascas de piel podrida del tamaño de un pergamino. Sus piernas y brazos mostraban señales de color púrpura, como heridas de picaduras de pulgas, y por la nariz y los oídos le salía una sangre viscosa y plomiza. El escorbuto se había llevado su mirada desafiante de antaño y la dentadura. Algunos afirmaban que lo que le causaba toda esa sintomatología no era la enfermedad, sino el disgusto que le dieron Elcano y Espinosa al declararle culpable de hacer un uso

fraudulento de bienes que pertenecían a la Armada, como las gemas, las piedras preciosas y las nativas dayak…

En la playa de Tidore, los pajes se turnaban para abrirle las mandíbulas y darle de comer algo de sagú, pero Caraballo solo consentía mojar sus labios con zumos de limón entre continuos golpes de tos y desabridas muestras de malas pulgas. A modo de última voluntad, pidió que le ataran su hamaca con cuerdas a dos palmeras para morir en la isla como había vivido sus últimos meses en el barco, bamboleándose. Resultaba tan evidente su agonía que Reinaldo Duarte obtuvo permiso del cirujano Juan de Morales para probar la receta que creía infalible contra el escorbuto y le introdujo un trapo empapado de aceite de clavo en la boca, pero solo consiguió reducir la inflamación de las encías y la espantosa halitosis que padecía.

Por su hamaca pasaron casi todos los tripulantes de la Trinidad, pero sin el más mínimo interés en consolarle o despedirse; solo albergaban la esperanza de hallar un indicio que les condujera a su tesoro oculto. Juan López de Caraballo expiró después de pronunciar algunas palabras inconexas y ciertas voces de mando ahogadas en gemidos que nadie consiguió interpretar, aunque parecían advertencias a la tripulación sobre la presencia de monstruos marinos y otros peligros imaginarios. Su cadáver fue envuelto en un saco gris cosido con una soga y sepultado a la sombra de una de las palmeras que le habían servido para bambolearse. Fue el primer portugués enterrado en Tidore. Se llevó a la tumba el secreto del escondrijo que eligió para guardar las gemas y las piedras preciosas que cobró por el rescate del príncipe de Luzon. Ni uno solo de los tripulantes que pasaron por su lecho de muerte consiguieron arrancar una sola pista fiable de su hediondo resuello en sus últimos días de vida.

Conforme se carenaba la Trinidad y se acercaba el momento de la partida, sus tripulantes empezaron a sentir una especie de vértigo previo a un viaje lleno de peligros y echaron en falta al único clérigo que quedaba en la expedición, que se había marchado con Elcano en la Victoria. Alguien les había dicho a los marineros portugueses que,

en ausencia de sacerdote, podían encontrar en cualquier persona piadosa un ministro de Dios al que pedir el perdón de los pecados y caso de enfermedad, batalla o naufragio, entrar con el mismo derecho en el reino de los cielos. Reinaldo les contestó al sentirse elegido que no podía perdonar los pecados en nombre de Dios porque no entendía del todo bien el misterio de la Santísima Trinidad; es más, admitió que había tenido unas relaciones distantes con Dios después de ver de cerca el dolor, la injusticia y la muerte, aunque en el fondo creía que la providencia divina funcionaba como el rumbo de los barcos, que a veces debía desviarse un poco para acomodarse a las mareas. En cualquier caso, Reinaldo se negó a ejercer de confesor, aunque siempre prestó sus oídos y nunca negó ninguna conversación a quienes andaban necesitados de comprensión, compañía y consejos. A todos ellos les dijo que podían empezar por reconciliarse con los enemigos a los que hubiesen dado algún trompazo y por restituir lo robado o lo ganado en los juegos mediante trampas, que Dios omnipotente, omnisciente y omnipresente también les perdonaría. También recordó a los pajes con menor experiencia en el mar tres reglas básicas a las que aferrarse cuando estuvieran en peligro de naufragio, una especie de aplicación práctica en alta mar de las virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad: «Piensa siempre que te vas a salvar, que también se salvarán quienes estén contigo, y si todo parece perdido, deja una luz encendida que alumbre el futuro».

Llegado el momento, con una fe propia de iluminados, los tripulantes dieron los últimos golpetazos sobre los clavos para fijar las tablas del costillar a la quilla, baldearon con agua salada los tablones de la cubierta principal, restregaron por última vez con fibra de coco la costura de los costados, recubrieron con aceite de pescado los mástiles y las vergas, y estibaron con la mayor precisión que pudieron la carga. Esta vez no llenaron el ojo antes que la barriga y llevaron a las bodegas novecientos quintales de clavo, quinientos menos que en el último intento de zarpar, cuando se abrieron vías de agua de un palmo de diámetro. A última hora, el capitán Espinosa alivió más aún si cabe el peso de la Trinidad, y casi

dejó desarmada a la tripulación al descargar con destino a la fortificación dos mil libras de azogue, treinta petos, una decena de ballestas, una docena de espingardas, dos falconetes y una montaña de bolas pedreras.

Se notaba en la atmósfera que habían aumentado las dudas sobre la aparición de los impredecibles vientos alisios que, en algún momento de la travesía, debían soplar para alcanzar la costa de Zihuatanejo, pero esa solo era una pesadumbre más entre tantas; Reinaldo pensaba que muchas preocupaciones resultaban preferibles a una sola, que así competían entre sí por ser la más apremiante y tenderían a distraerse unas a otras. Sin embargo, en el fondo de sus almas anidaba ese deseo de aventura que lleva al hombre de mar a intentar saber siempre por qué o por quién son empujados a cumplir un misterioso y mágico destino. Tal vez por eso, el capitán Gonzalo Gómez de Espinosa tenía la sonrisa dibujada en la cara cuando dio la orden de tirar de las cuerdas y deslizar suavemente el casco sobre los raíles de troncos dispuestos en la orilla.

De repente empezó a colorearse de azul la gris existencia que en tierra tenían estos hombres. El capitán comprobó que la nao flotaba y el contramaestre aseguró que no existían vías de agua en las bodegas. Habían surtido efecto los trabajos de reparación realizados en el primer gran astillero del sudeste asiático que había contado con una mano de obra combinada, mitad moluqueña, mitad europea.

Los nativos aplaudieron desde la playa. Es cierto que orquestaban sus coros de plañideras en las exequias, que silbaban, pataleaban y jaleaban los triunfos en las carreras de canoas y los combates a un solo pie, pero nunca hasta ese día habían probado a batir las palmas con sus manos para celebrar un acontecimiento. Fue tal la sensación que les dejó aquel primer aplauso de la historia de Tidore que Almanzor mandó a su ministro la formación de un grupo de aplaudidores que, a partir de ese día, reconocería los esfuerzos comunes, premiaría las gestas y expresaría la aprobación de sus determinaciones reales.

«Bendito sea el día y el Señor que nos lo envía…», dijo el paje al poner en funcionamiento la ampolleta. Era la mañana del seis de

abril de 1522. El mar parecía calmoso, pero el cielo prometía vientos favorables a la vuelta del estrecho de Batachina y Charam. Se notaba el hambre atrasada de océanos en la energía con la que los hombres marineaban por los masteleros y tensaban con las jarcias los obenques de la mesana. Sin miedo a un golpe de mar, los grumetes se sentaban a horcajadas en los palos para decir adiós. Entre la caña del timón y la amurada, donde el capitán les había permitido colocar sus colchones, Lorosa, su esposa, su criado y sus dos hijos agitaban los pañuelos en señal de despedida.

—Estamos bien jodidos todos: los que se van y los que nos quedamos —farfulló el nuevo tesorero del destacamento español, Juan de Campos.

—Ya no es tiempo de engañarnos a nosotros mismos, ni de engañar a los demás —contestó Reinaldo.

—Tabla en buena hora, quien no viniere, que no coma… —dijo Campos en voz alta a sus compañeros del destacamento para cambiar de tema; el viejo despensero nunca perdonaba la hora del almuerzo.

XXI
EL ELIXIR DE LA ETERNA JUVENTUD

NACHIL ESPERABA EL REGRESO DE BUSTAMANTE desde el mismo día de su marcha y veía salir el sol todas las mañanas desde los riscos más altos de los acantilados con la intención de distinguir, sobre el delgado hilo del horizonte, el rastro de aquellas cáscaras de nueces flotantes que debían traer su hermosa historia de amor de vuelta a la isla. Ajenas a las verdaderas dimensiones del mundo, desafiando a los implacables dictados del espacio y el tiempo, Nachil y sus amigas aguardaban la todavía imposible vuelta de sus amantes. Desde las escarpaduras veían extenderse el rocío de la mañana sobre la ladera del volcán y descubrían lentamente la espesa maleza selvática, las copas de color esmeralda de los sabrosos durianes, las riberas pobladas de húmedos helechos y las chozas techadas por ramas que se cimbreaban como palios, agazapadas entre las palmeras arqueadas y un manto dorado de hojas caídas y resecas. Y al final, siempre esa bruma que envolvía la retirada de los espíritus de los antepasados, eternamente dispuestos a visitar la isla con cualquier excusa porque las buenas almas siempre tendían a volver a la patria en la que habían conocido la felicidad.

Ya por entonces, como cualquier habitante de la isla, Reinaldo vivía con naturalidad los episodios oníricos que se sucedían a la luz del día y creía a pie juntillas en los sueños premonitorios que se producían por las noches. Tal vez los consejos de Appiorán le ayudaran a desvivir las malas horas del pasado y desliando sus

vivencias como una madeja de lana, finalmente detectara el momento y el lugar en que, según el diagnóstico chamánico, se habrían disociado su cuerpo y su alma. Podría decirse que ya no era el de antes, aunque no había olvidado una infancia que seguía evocando gracias a los sedimentos que en su memoria habían dejado ciertos aromas, el olor de sacristía del Hospicio de Todos los Santos, la esencia de frutas que disimulaba el amargor de las pócimas de la herboristería, la pestilencia de las boñigas de elefantes y rinocerontes de las cuadras reales, la fragancia de agua de ámbar y polvo de búcaro de la biblioteca de maese Queirós…

Al atardecer llegaba revoloteando sobre los capiteles de los cocoteros el papagayo Salomón, que gritaba la palabra «repasto» y se posaba en el antebrazo de Reinaldo para merendar. Con Salomón llegaba una bandada de papagayos, sabios como él, que parecían igualmente bañados en las paletas de ese enigmático pintor que había llenado la isla de matices verdosos. Los papagayos vocalizaban en un perfecto portuñol frases hechas como «vive Dios» y blasfemias y expresiones típicas de marineros que a veces encajaban congruentemente en las conversaciones humanas o en el contexto de los acontecimientos; se quedaron maravillados los marineros españoles con uno de estos graciosos animalitos que decía «hace mareta», no por otra cosa sino porque la hacía de verdad, es decir, porque el viento empezaba a encrespar las olas.

Juan de Campos y Reinaldo Duarte se entendían en el mismo idioma que adoptaron los papagayos, el portuñol que se impuso como idioma oficial en las embarcaciones de la expedición de Magallanes; un revoltijo de jergas marineras entremezcladas con voces portuguesas y españolas al que irremediablemente tuvieron que adaptarse los tripulantes extranjeros, que fueron en total veinticinco franceses, otros tantos italianos, siete griegos, cinco lombarderos flamencos, tres alemanes, dos irlandeses, un inglés y un esclavo malayo.

El tesorero y despensero del destacamento español en Tidore, Juan de Campos, le contó a Reinaldo Duarte que, entre las instrucciones secretas recibidas en Sevilla por el capitán general de la

flota, Hernando de Magallanes, y el veedor real, Juan de Cartagena, además de localizar claveros de olor y minas de oro, se encontraba la misión de buscar la fuente de la eterna juventud.

—¿Acaso os referís a la fuente de la juventud del jardín del Edén del génesis bíblico…? —preguntó Reinaldo, todavía incrédulo.

—¿Sabíais que el jardín del Edén fue lo primero que creyó ver el almirante Cristóbal Colón al llegar a las Indias? —inquirió Juan de Campos.

—¿Me estáis diciendo que los españoles están poniendo boca abajo todas las islas de los océanos buscando el elixir de la inmortalidad…?

—De la inmortalidad no, del rejuvenecimiento; os aseguro que no ha existido expedición, desde el regreso de Ponce de León de la isla de San Juan, que saliera de España sin esa precisa instrucción —contestó Juan de Campos con seguridad.

—No creo que Magallanes anduviera muy obsesionado con esas ideas.

—Os aseguro que conocía el testimonio de Ponce de León.

—¿Quién fue ese tal Ponce de León…? —preguntó Reinaldo, sin terminar de dar crédito a todo lo que oía.

—Fue paje de Femando el Católico, soldado en la conquista de Granada y explorador de las Indias. Ponce de León dijo asistir al interrogatorio de un aborigen que aseguraba conocer la existencia de una fuente en la isla de Bímini que devolvía la juventud y la fuerza varonil: «Los viejos que en ella se bañaban se hacían jóvenes de nuevo». Eso decía ese indio y eso dejó escrito Ponce de León, que dedicó el resto de su vida a esa búsqueda de las aguas rejuvenecedoras que debían encontrarse, en su opinión, en canales subterráneos…

—¿Estaríais dispuesto a enfrentaros a los ángeles de espadas flameantes que Dios puso como guardianes del camino de las fuentes de la eterna juventud y del árbol del conocimiento del bien y del mal…?

—No os vayáis por las ramas, Reinaldo. Lorosa me contó que sabéis de este asunto mucho más de lo que hacéis ver…

—Está bien, está bien, lo admito… ¿Queréis bañaros en la fuente de la eterna juventud…? —bromeó Reinaldo.

—Nada me haría más feliz.

—Pues contad con ello.

A la mañana siguiente, Reinaldo, Juan de Campos, Moluquia y Tunkatu caminaron acompañados por el fragoroso rumor de los arroyuelos y ese aroma de averno sulfuroso que despedía la cañada que conducía a los estanques circulares de lodo. Se trataba de una ruta poblada de pinos, castaños y bananeros, orlada por las flores amarillas de los junquillos que adornaban la maleza como guirnaldas de un pueblo en fiestas. Las criaturas que habitaban el bosque causaban diversión, asombro, desazón o fastidio, pero todas parecían ocupadas en la representación de esa eterna obra de la creación que repartía los papeles entre depredadores y presas. Volaban de rama en rama pájaros con apariencia de cruzados, que revestían sus pechos con corazas escamadas de guerreros; por debajo de sus caderas revoloteaban enjambres de mariposas de alas gigantescas y fantasiosos dibujos que parecían hechos con finos pinceles; por encima de sus cabezas sobrevolaban, como siluetas recortadas sobre un cielo casi siempre neblinoso, las blancas y resplandecientes garcillas bueyeras.

Moluquia dedicaba a Reinaldo miradas felinas y luego corría, agitando los brillantes collares que flotaban alrededor de su cuello, disimulando graciosamente su ligera cojera, hasta desaparecer tras los troncos de los árboles. Raro era el día que no jugaban a ese juego que tanto le gustaba y al que dedicaban las horas muertas desde el día en que se conocieron, que consistía en seguir las huellas de su amada hasta que desaparecían entre la hojarasca. Solo le cabía aceptar su dulce derrota y esperar a que apareciera por sorpresa sobre su espalda, para luego caer rodando sobre el caprichoso contorno de las sombras arbóreas, entrelazado a ella como una enredadera, sintiendo el calor de sus caderas desnudas y el olor a madreselva de sus pechos. Un amor urgente sublimaba el presente porque en Tidore el ayer no podía recordarse y el mañana tampoco podía imaginarse si no era con la ayuda del chamán; era un amor hecho de

miradas de azabache que conjuraba el temor a las alimañas del bosque. Reinaldo se divertía escrutando sus pecas y fantaseando con la sola posibilidad de que fuera cierta la leyenda y estuvieran repartidas entre sus mejillas, no de manera arbitraria, sino inspiradas por la visión de ese mágico astrolabio celeste que permitía a su tío abuelo Appiorán localizar estrellas de lejanas constelaciones.

Reinaldo también disfrutaba como un niño cortando el rabo de lagartijas que expulsaban chorros de fuego por la boca y cazando libélulas con unas ramas empapadas de resina pegajosa, mientras adoptaba posturas elásticas e inverosímiles entre arbustos y matorrales espinosos. Le encantaba demostrar los conocimientos adquiridos en su convivencia con la tribu de los hombres sin cabeza y cazar cangrejos comestibles, que se alimentaban de las lombrices que se ocultaban en el lecho de los arroyuelos y se distinguían de los venenosos por sus patas cortas y dientes blanquecinos. Se sentía en paz con el mundo porque se había encontrado a sí mismo y al mismo tiempo, con el amor de su vida.

Reinaldo empezaba a hablar con cierta soltura el dialecto malayo de las Molucas, aunque le faltaba algo de destreza en los diálogos y ciertas palabras para describir su amor con metáforas. Sin embargo, ya había adquirido las habilidades de los nativos para interpretar los sones sibilantes de las dunas al avanzar, los sobrecogedores estremecimientos de la tierra que se originaban en las tripas del volcán y todo lo que necesitaba saber de fronteras temporales: las del gorjeo y el trino de las avecillas que anunciaban la mañana y el ulular de los búhos, lechuzas y mochuelos que señalaban el inicio del reino de la noche.

Tras una breve fila de cipreses, los árboles iban empequeñeciéndose y apareciendo de forma más espaciada hasta desaparecer del todo. La vegetación cedía ante la evidencia del reinado de la piedra calcárea y la roca volcánica; un paisaje mefistofélico, inerme y pétreo labrado por un magma de siglos, salpicado por estanques y lagunas que se ofrecían a distintas temperaturas: fumarolas hirvientes y bulliciosas, aguas limpias y transparentes, barros líquidos que borboteaban entre nubes de vapor

y aguas sulfurosas que debían proceder de las calderas del centro de la tierra y traían efluvios de azufre que parecían anunciar la llegada de una bandada de demonios.

En el transcurso de sus inmersiones en aquellas lagunas en miniatura, Reinaldo todavía no había podido confirmar su arriesgada hipótesis sobre los efectos saludables de los surtidores de vapor, lodo y barro viejo, pero cada vez resultaba más palpable la pinta de mozalbetes que lucían algunos ancianos del poblado de la montaña que superaban el centenar de años, según podía deducirse del número de erupciones volcánicas, terremotos y guerras que conseguían recordar. De hecho, se asociaban aquellas aguas a la leyenda de la anciana que regresó con la piel demudada y tersa como la de un bebé y, ajena al agradecimiento que debía a los dioses, les reclamó que le devolvieran su vieja apariencia para calmar el llanto de una nieta que ya no la reconocía. Según contaban los nativos, ese mismo día los espíritus castigaron a la especie humana a envejecer y morir por no saber apreciar el regalo de la vida eterna.

Lo cierto es que aquellos chorros de agua surgían, verticales e incontenibles, superando la altura de los hombres, resquebrajando una tierra porosa, reseca y rojiza. Juan de Campos estuvo a punto de escaldarse al intentar refrescarse la nuca. Cada emanación tenía una temperatura distinta y, tal vez por eso, Reinaldo no parecía interesado en bañarse en aquellas aguas sino en beberías con el arrojo de un catador de venenos.

—Dejadme vuestras dos vasijas —solicitó Reinaldo.

Juan de Campos le entregó las vasijas que llevaba atadas a una soga de cáñamo en forma de bandolera y Reinaldo empezó a llenarla de aguas de dos clases; la primera salía de las cascadas tan helada que nadie en su sano juicio se habría atrevido a bebería a chorros; la segunda manaba caliente de una fuente termal, aunque mostraba una apariencia turbia.

—Esperad un momento…

Reinaldo aprovechó la espera para quitarse la camisa y darse un chapuzón en uno de esos aljibes naturales. Moluquia le pidió que le frotara la piel con las camelias blancas que llevaba prendidas en el

pelo y el estanque se convirtió al instante en un placentero baño de espuma. Con su natural tendencia a creer en los fenómenos sobrenaturales, Reinaldo intentó buscar su reflejo entre las burbujas para verificar la desaparición de las arrugas de su cara, pero en ese plateado estanque constató que todavía no podría atravesar esa fina raya fronteriza tras la que se hallan las serendipias y los milagrosos descubrimientos.

Moluquia se anudó en la cinta del pelo flores púrpuras de tonos violetas cada vez más fuertes y amarillos más chillones, tal vez en una reafirmación de su avasalladora personalidad y de su procedencia aristocrática, y se sumergió en las jabonosas aguas. Reinaldo invitó a Juan de Campos y a Tunkatu a lanzarse al estanque. En poco tiempo, las nubes de vapor impidieron contemplar la vista completa de la desnudez de sus cuerpos.

El baño les abrió el apetito y en una de las fumarolas de la empinada ladera frieron cangrejos blancos, un amasijo de escarabajos y libélulas fritas, fricasé de murciélago y unos huevos de una gallina originaria de la isla que llamaban maleo.

—Y ahora traed las vasijas… —propuso Reinaldo.

Juan de Campos comprobó que el agua turbia se había transformado con el paso del tiempo en pura y cristalina y la que antes parecían helada y caliente, respectivamente, confluían en una misma temperatura parecida y gustosa para saciar la sed.

—¡Portentoso! —admitió el tesorero y despensero español.

Reinaldo dedicó varias páginas de su libro de contaduría para dar a la figura de Juan de Campos la dimensión que, en su opinión, merecía su participación en el viaje a las Molucas y recoger sus opiniones sobre algunos aspectos que no le habían quedado claros. Ambos habían conocido al capitán general de la Armada de la Especiería, Hernando de Magallanes, y coincidían en que hablaba poco y en voz baja y daba la sensación de utilizar sus palabras con la intención de ocultar sus ideas, en vez de expresarlas. Pocas veces levantaba la mirada del suelo si no era para dar una orden; si miraba

a los ojos de alguien, tampoco era para hacerse entender, de modo que los malentendidos estaban a la orden del día y sus decisiones eran libremente interpretadas. Algunos portugueses le consideraban un renegado y un traidor, y algunos españoles, un conspirador que estuviera a punto de desertar; pero ni unos ni otros dudaban de su arrojo, sus dotes de mando y su capacidad de liderazgo.

Juan de Campos presumía de haber estado a su lado en los momentos más difíciles. De hecho, enseñó a Reinaldo una cicatriz en el brazo que guardaba como prueba de fidelidad y antigüedad en la flota. Aquellos rasponazos se remontaban a los mandobles que le propinó la guardia de los veinticuatro caballeros, que regían la ciudad de Sevilla, por resistirse a que retiraran de los cabestrantes de los galeones el escudo de armas de Magallanes, que había sido confundido con el emblema de la bandera de Portugal. Aquella trifulca definía bien la extraña atmósfera de animadversión que rodeó los preparativos y continuó en cada embarcación, donde vinieron a caer facciones irreconciliables que no tenían relación alguna con el lugar de procedencia de cada cual, sino más bien con el grado de afinidad que tenían con Magallanes o con el veedor real nombrado por la Corona, Juan de Cartagena.

En el mismo baluarte de Tidore no podían encontrarse dos opiniones iguales sobre el mismo viaje ni sobre el mismo personaje. Solo había que preguntarle al sobresaliente baezano Luis del Molino, que fue condenado por un tribunal presidido por Magallanes a morir decapitado y descuartizado por participar en el más sonado de los motines sufridos en el transcurso de la travesía. Según contó Juan de Campos, Luis del Molino fue indultado a cambio de ejecutar esa misma sentencia dictada contra su capitán: Gaspar de Quesada. Lúe su fiel ayudante de cámara hasta el final, pero nunca se perdonó a sí mismo no haber cumplido su última voluntad. Gaspar le pidió que fuera certero con un solo y definitivo golpe, pero por culpa de los nervios y de su poca pericia como verdugo, Del Molino tuvo que darle hasta tres hachazos para que su cabeza quedara totalmente separada del cuerpo.

Por otra parte, Juan de Campos había sido elegido despensero

porque había desarrollado una singular habilidad para el cálculo a ojo de buen cubero en las ferias y mercados de Alcalá de Henares. Solía decir que todavía no se había dado un solo caso de motín en un barco lleno de buen vino de Jerez y vacas de Sanlúcar de Barrameda, y por eso su criterio se tuvo muy en cuenta a la hora de elegir la variedad de comidas y las cantidades que se correspondían con tan ambicioso viaje alrededor del mundo: doscientos cincuenta y tres toneles de vino, cuatrocientos diecisiete pellejos, siete vacas, ciento doce arrobas de queso, veinte mil libras de galleta y decenas de sacos de arroz, lentejas, garbanzos, alubias, membrillos, mermeladas, azúcar, vinagre, miel, ajos, pasas, pescados salados y secos…

El despensero alcalaíno defendió a capa y espada el desempeño de su oficio en las dos ocasiones en que fue puesto en tela de juicio. En primer lugar, se relacionó el retraso de un mes en la salida desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda con un mal cálculo de las provisiones que debían embarcarse en Sevilla. En aquella ocasión, Juan de Campos divulgó en su defensa un secreto de estado que a punto estuvo de costarle una sentencia a morir en la horca, aunque todo lo dicho fuera cierto. La tardanza se debía a la necesaria exploración previa del peligroso triángulo que formaban los vértices del golfo de Cádiz, las islas Azores y las islas Canarias, ante las informaciones ofrecidas por espías españoles en Lisboa, quienes aseguraban que la flota portuguesa preparaba un asalto para impedir la llegada a la isla de las especias.

Cuando se agotó el queso, el arroz en aceite, la carne salada y las menestras de habas y garbanzos, Magallanes decidió hacer una durísima invernada en el puerto de San Julián. Entonces sucedió el motín. Una mayoría de los hombres quería regresar a casa por falta de víveres. Juan de Campos defendió públicamente que él hizo bien las cuentas que le correspondían y que las reclamaciones debían dirigirse a Rui Faleiro, que presumía de ser el mejor cosmólogo de la península ibérica pero nunca se atrevió a defender un criterio distinto al de los cartógrafos de la época, que habían calculado mal la circunferencia del mundo, sus dimensiones y, en consecuencia, la

duración total del viaje.

Juan de Campos nunca era culpable de nada de lo que pasaba o, por lo menos, eso defendía hasta el final de cada debate que se abría sobre sus responsabilidades en la puerta de su despensa, donde se mantenían las más importantes discusiones del viaje. Cada vez que se reducía la dieta de bizcocho y tocino, las miradas solían centrarse en la llave de los pañoles que siempre llevaba en su panza, tan regordeta que resultaba la principal sospechosa de haber engullido todo lo que se echaba en falta. Aunque nunca se aclararon del todo algunos oscuros episodios, como el hecho de que se agotaran las sardinas y los esturiones apenas tres días después de salir de Canarias, el despensero alcalaíno siempre fue defendido por todos sus jefes, ya fueran partidarios o detractores de Magallanes. También decían de él que accedía con más libertad y facilidad de la deseable a los toneles de vino, pero nadie se atrevió a proponer su destitución por beodo. Las ordenanzas eran muy estrictas en ese sentido y exigían que bajara a la bodega del barco el hombre más sobrio, cuerdo y cauteloso, entre otras cosas porque debía hacerlo con velas y un simple descuido podría costar un incendio y la pérdida del galeón y de más de medio centenar de hombres. Lo cierto es que, a pesar de las habladurías, Juan de Campos traía y llevaba sus candelas con tal oficio, esmero y precaución que espantaba a su paso a las cucarachas voladoras para evitar que se incendiaran sus alas y en un postrer vuelo quedaran atrapadas fatalmente en el velamen.

Cuando llegó a los mares del sudeste asiático, su vida novelesca ya estaba trufada de muestras de arrojo en las tempestades y en los más difíciles trances de la navegación, alcanzando una dimensión heroica entre las islas de Saocao y Diguacán, cuando los bizcochos se comían en las noches oscuras porque nadie quería ver correr los gusanos por encima de su cena; cuando las ratas empezaban a ser pocas, y vivas o muertas, se pagaban el precio de medio ducado; cuando se cocinaban los forros de cuero de las vergas porque recordaban al olor de los filetes de ternera de vaca; cuando el hambre deslizaba por los sueños la idea de cocinar y comerse a un

grumete que se eligiera por sorteo…

Entonces Juan de Campos se tapó la luz cegadora del sol con su mano izquierda, a modo de visera, y divisó por babor una isla con forma de montaña recortada que recordaba a un bonete con ala; y en la orilla de su playa, una horda de moros salvajes que vociferaban y agitaban sus alfanjes y lanzas. Ya les habían advertido en la isla de Bohol de la existencia de ciertas tribus que practicaban la antropofagia, pero despreció el riesgo de convertirse en una opípara cena. El despensero abrazó uno a uno a todos sus compañeros de fatigas de la nao Trinidad por si había llegado el momento de su juicio final. Mandó descolgar la chalupa, que estaba sujeta por cuerdas en el centro de la cubierta principal, y la llenó de cuentas de vidrio, cuchillos, tenazas, tijeras, un pandero y los más finos lienzos de Bretaña que encontró en la bodega. Antes de partir, se tomó el tiempo justo de rezar un avemaria para encomendarse a su Virgen del Val, la misma que según la tradición de su pueblo, salvó a un pastorcito de morir ahogado en las aguas del río Henares.

—No perderéis gran cosa si me matan y Dios se compadecerá de mi alma —dijo a modo de despedida.

Consta en el relato de Reinaldo Duarte que las cuatro palabras mágicas dichas por Juan de Campos a los caníbales, aunque combinadas en un mismo discurso de distinto modo y en diferentes tonos, fueron: «Amigos…». «Paz…». «Regalos…». «Comida…». Reinado escribió en su diario que «los caníbales mostraron sus sonrisas entre las pinturas de guerra, vaciaron la chalupa de abalorios y así fue como Juan de Campos regresó a la Trinidad con dos sacos de arroz, media piara de cerdos, tres cabras y un gallinero de madera lleno de gallinas…».

SEGUNDA PARTE

XXII
… O UN MUNDO MORIBUNDO

La verdadera razón de mi viaje a las Molucas residió en la fatal coincidencia de intenciones distintas, formuladas por diferentes personas, que finalmente confluyeron en un solo deseo que, en realidad, nunca llegó a expresarse formalmente. Parece ser cierto que Juan de Avis, justo antes de ascender al trono de Portugal con el nombre de Juan el Piadoso, pidió a mi padre, el conde de Portoalegre, que viajara a la isla de las especias y volviera a su Corte en Evora para contar las extraordinarias cosas que ocurrían en aquellos lejanos confines que aparecían en los primeros mapas del sudeste asiático. Sin embargo, coincidía este propósito de su majestad con el que mi propio padre guardaba para mí, con el objeto de que conociera los secretos del tráfico del clavo y la nuez moscada y de paso, decía, ensanchara los dominios del reino de Portugal «como buena rama que al árbol salía del noble linaje de los Silveira». Tal vez mi padre no pretendía que siguiera sus pasos sino los de mi abuelo, pionero en el comercio de oro y esclavos en África, y los de mi bisabuelo, que viajó a las islas Madeira para montar uno de los primeros negocios azucareros. No quiero decir con esto que mi señor padre quisiera escurrir el bulto, solo que su modestia le impidió aceptar la misión de Juan el Piadoso y decidió que la tradición viajera de la familia Portoalegre se saltara una generación entera, es decir, la suya.

Nunca supe si realmente el empeño del monarca en este relato

fue cierto, pero como no tenía la posibilidad de investigar la verdad —esas cosas no se pueden ni deben preguntar a un futuro rey—, tuve que despertar al aventurero que vivía bajo mi piel y descorrer el cortinaje de brumas y tinieblas que ocultaba el sur de Malaca; decidí aceptar las cartas que me había repartido el destino y ver y contar todo lo que aquellas ínsulas ofrecían a la vista del hombre, y confirmar o desmentir la existencia de esos monstruos que parecían nacidos de la imaginación humana, tan capaces de aunar lo terrorífico y lo maravilloso, en formas de pájaros rocas, de pigmeos que andaban sobre sus cabezas, de monstruos antropófagos con hocicos de perro que en los días calurosos se tumbaban a la sombra de la palma de su único y gigantesco pie…

Se asemejaron aquellas horas de espera en el puerto de Belem al falso sosiego de las hojas que aguardan el momento de caer de las ramas, justo antes de ser confundidas con la hojarasca. El capitán Mendo Baldaya me recibió a bordo del galeón Bom Sucesso como si resultara valiosa mi futura aportación al éxito de la travesía y, pese a mi poca experiencia mar adentro, así fui presentado a todos:

—Francisco Silveira, pero podéis llamarle Chiquinho, el nuevo maestre…

Mi trabajo consistía en vigilar las lumbres para evitar los incendios y apuntar las cargas y descargas, aunque mis compañeros me llamaban «el entretenido» porque el capitán me procuraba entretenimientos que no estorbaran las tareas realmente importantes que hacían los demás. Ya cuando navegábamos a la altura de Cabo Verde, mi cometido pasó a ser el de trasladar las órdenes a los marineros y pajes porque Baldaya tenía una voz atiplada, inapropiada para el mando, y sus reprimendas solían degenerar en incontinentes ataques de risa. «El secreto del mando consiste en que se te oiga poco y se te vea mucho», me decía, aunque yo creía todo lo contrario, que dar instrucciones para mantener derechamente la disciplina y el rumbo resultaba más necesario que dejarse ver por la cubierta o el puente de mando.

El capitán Baldaya era un tipo bajito, regordete y orejudo que alardeaba de su bigotito corto y atildado, y de una extraña cabellera

dividida en dos por una pronunciada raya que le recorría la cabeza desde la frente a la coronilla; un hombre de mar elegante y atrevido, que lucía con el mismo donaire un sombrero florentino a la hora de cerrar un trato en una cena de gala que un yelmo al abordaje de una embarcación enemiga. Sus hombres le apodaban el capitán Panutti, como el nombre de una tribu legendaria de personajes de tres palmos de estatura y voces aflautadas; de paladares tan refinados que se alimentaban de unas exquisitas confituras que nacían en las cortezas de ciertos árboles que solo ellos conocían; y de oídos tan agudos que distinguían voces a distancias superiores al tiro de un arcabuz gracias a sus descomunales orejas, en las que dormían envueltos como si fueran mantas, siempre obligados a andar despacito y con mucho cuidado para no pisárselas…

La tripulación se tomó cumplida venganza de mi inmerecido puesto en el escalafón militar difundiendo que sufría una especie de maldición provocada por la pésima conjunción de los planetas Júpiter y Saturno, que degeneraba en locura y no tendría cura alguna por mucha medicación que me administrara. Supongo que yo mismo contribuiría a la propagación de estos rumores por tomar mis curas de madera de guayaco o palo santo a la vista de todo el mundo, en la cubierta del barco, y hasta cuatro veces al día. A diferencia de los baños mercuriales prescritos por maese Queirós, mis curas de madera consistían en un extracto de virutas, raspaduras y cocciones de resinas de un leño de color amarillento, con un poco de vino para disimular el gusto a huevo podrido. Se trataba de una costosa pero revolucionaria medicación que la familia Fugger obtenía en la isla de La Española y comercializaba en Lisboa al precio de once escudos por libra. La verdad es que una vez conjurados sus síntomas, la sífilis me había fortalecido; esa sensación de vivir cada día al filo de la muerte me había preparado para asumir que viajaba justo al otro lado del mundo, separado de la profundidad abisal del océano por una plancha de madera de un solo dedo de ancho.

Pero Mendo Baldaya confiaba en que pudiera sacar a flote mis dotes de buen marino y me daba secretas nociones de cosmografía,

astronomía y matemáticas que no se encontraban en ningún libro de navegación marítima, ni transmitían los maestros de la escuela náutica de Sagres; un sinfín de consejos y lecciones que en el mar podían salvar muchas vidas, como distinguir los matices de los colores de las aguas y los cielos, interpretar las direcciones que tomaban los bancos de peces y las bandadas de pájaros, entender por el murmullo de las brisas y los vientos alisios si estaban de paso o venían para quedarse mucho tiempo… Siguiendo el vuelo de una bandada de gaviotas doblamos el cabo de las tormentas que todavía no había sido rebautizado como de Buena Esperanza y contemplamos el soberbio coletazo de una ballena en el agua. Apenas unas millas después, asistimos a la encarnizada batalla que esas mismas gaviotas declaraban en la costa a unas hembras de lobos marinos, a las que obligaban con sus amenazantes graznidos a batirse en retirada sin un par de crías que las despiadadas aves —hasta entonces me habían parecido pacíficas y poéticas— habían cegado a picotazos en los ojos, con la intención de desorientarlas, impedir su reencuentro con la manada y comérselas tranquilamente.

Al llegar al puerto de Sofala nos recibió el responsable de la factoría, Lopo de Almeida, un señor que parecía muy interesado en darle al capitán Baldaya novedades relacionadas con el negocio del oro, la presencia de intermediarios que encarecían los precios y la aparición de nuevas rutas que reducían los veinte días de camino a pie que separaban las cuencas auríferas de la costa. Mientras tanto, Baldaya me encomendó que negociara vituallas con unos nativos que merodeaban por el recinto amurallado, vestidos con telas de alegres colores rojizos. Desde lejos relumbraban el tono de las pinturas blancas sobre sus caras de ébano, las sartas de cuentas que parecían flotar sobre sus cuellos y esas orejas alargadas por el peso de unos abalorios que estaban a punto de arrastrar por la arena. Solo farfullaban algunas palabras en portugués, pero usaban los dedos de forma compulsiva para hacernos llegar sus tarifas. No estaban interesados en cascabeles o cachivaches, sino en el algodón y las telas coloridas de seda por las que perdían la cabeza. Al final de las negociaciones, obtuve una decena de gallinas y carne de gacela para

alegrar el fogón de la nao durante cuatro o cinco jornadas de navegación, además de mango, bananas y una deliciosa manteca de leche de búfalo hembra que preparaban con azúcar y aceite de sésamo. Antes de despedirnos, me insistieron en que al día siguiente nos llevarían a una audiencia con el rey de Monomotapa y a visitar las ruinas de una ciudad que, según decían, fue concebida en su día para ser decorada por completo con oro y piedras preciosas, ya que sirvió de morada al mismísimo rey Salomón. Como le aseguré que no disponíamos de tanto tiempo, me contestaron amablemente, haciendo girar una y otra vez el dedo índice sobre su propio eje, indicando que pospondrían la expedición para nuestro viaje de vuelta y que para entonces tendrían preparados colmillos de elefante y cuernos de rinoceronte para intercambiar con nuestras lacas, porcelanas chinescas y collares de coral del lejano oriente. Me invadió, claro está, la sensación de haber sido por fin útil a la tripulación después de cerrar un negocio redondo, pero el capitán Mendo Baldaya me amenazó con dejarme fuera del esquife, en la mismísima playa y por el tiempo que tardaran en apiadarse de mí otros barcos, por dejarme engañar como un cretino por aquellos cafres.

Camino de la costa malabar, el capitán me pidió varias veces que le ayudara a leer la altura que marcaba el astrolabio, mientras él lo sujetaba con el pulgar de la mano derecha y fijaba la posición de la estrella polar con la izquierda. Me advirtió que cualquier desajuste de un solo grado podría suponer un error de sesenta millas o, lo que es lo mismo, alejarnos para siempre de nuestro destino en Goa. Me tembló tanto el pulso que no conseguí respirar a gusto hasta que llegamos al puerto indio, siguiendo la estela de un jabeque que zigzagueaba con sus velas triangulares, cargado de jabón, cera, miel, cuero y aceite.

Los más opulentos templos se incrustaban en sus callejuelas sucias y tortuosamente retorcidas, que a su vez se adosaban a la vieja muralla de la ciudad de Goa. Baldaya me dio un puñado de cuentas que imitaban las formas y los relampagueantes brillos de ojos de gato, amatistas y topacios, con la idea de pagar a un intermediario

musulmán que allí llamaban mappila. El mappila se encargó de negociar con los hindúes los precios del traslado en palanquines de nuestros cinco marineros enfermos al hospitalillo del doctor Carvalho. El boticario de la embarcación, Fernando Reís, me acompañó para así extraer sus propias conclusiones de una revolucionaria metodología que, según unos, se basaba en el efecto placebo que confería a sus potingues y, según otros, en técnicas del control del dolor que había aprendido de un faquir que se atravesaba el estómago con púas y andaba descalzo sobre brasas.

El doctor Carvalho nos recibió con una sonrisa espontánea y sincera, no sabíamos muy bien si en agradecimiento por los nuevos conejillos de indias que le ofrecíamos o por la pizca de oro en polvo de Sofala que nos cobró por adelantado. Se decía de Carvalho que era un médico y botánico de origen judío que huyó de Portugal y se especializó en el uso de hierbas secretas y drogas orientales que luego dulcificaba con vinos de palma y jengibre. Lo cierto es que en los últimos meses había realizado importantes avances con unos polvos secretos y una dieta vegetariana en la cura de dolencias de etiología desconocida como la que padecían nuestros hombres. Nada más llegar, nos pidió que despojáramos a los pacientes de sus ropas, les diéramos un buen baño de agua fría y les dejáramos reposar en unos austeros colchones que merecían pertenecer a un faquir que se martirizara con perforaciones y quemaduras. Los polvos secretos que aplicaba a sus pacientes resultaron ser extractos de ámbar y de marfil de elefante. A la hora del almuerzo, solía servir a sus enfermos una ensalada hecha a base de garbanzos y rábanos, y unas semillas extraídas de una rara habichuela que recibía el nombre de moringa. Sea como fuere, por el efecto placebo o por su dominio de la materia y del espíritu, la verdad es que nuestros marineros experimentaron una prodigiosa mejoría y al día siguiente pudieron regresar al puerto por sus propios pies sin necesidad de utilizar los palanquines del mappila.

El capitán Mendo Baldaya guardaba como oro en paño una lista de rumbos, latitudes, valores de declinación magnética y distancias entre islas que resultaban providenciales, pero si la flor de lis señaló

el destino de las Molucas y finalmente conseguimos llegar sanos y salvos fue gracias a la intuición de nuestro piloto para sortear los monzones y a las indicaciones de un guía malayo que evitó varias veces que nuestra quilla quedara destrozada al paso por unos peligrosos arrecifes.

Desde la proa del Bom Sucesso, la visión del paisaje brumoso de las islas moluqueñas se asemejaba a un lienzo que todavía estuviera por terminar de pintar; unas veces parecía un mundo recién nacido y otras, sin embargo, un lugar arcaico y moribundo que fuera pisado por la última generación de hombres que existiera sobre la tierra. Ya desde el puerto de Ternate se podía contemplar un vaho tenue que se elevaba hasta el cielo, como una gasa transparente que creaba una atmósfera parecida a la que envuelve los recuerdos infantiles. Impulsado por una fuerza desconocida, sentí el deseo de pertenecer a ese remoto cosmos inmovilizado y suspendido en ese ambiente vaporoso que tal vez precedió a la creación, al mítico principio de los principios del que hablaban sus pobladores, cuando el mar se alzó amenazante por encima de la línea del horizonte y el iracundo cielo le devolvió el golpe con ese puñado de tierra que ahora aparecía ante nuestros ojos, ya diseminado sobre las aguas en forma de archipiélago.

Ya solo cabían realmente dos posibilidades, quedarse o darse la vuelta, como pensó Reinaldo Duarte el día que llegó a este indeterminado punto de confluencia del este y el oeste, a este último destino posible de la tierra donde algún día tendrían que encontrarse los navegantes de España y Portugal.

XXIII
SALSA DE ALMENDRAS

EL CAPITÁN BALDAYA LLEGÓ A LAS MOLUCAS PARA ponerse a las órdenes del nuevo gobernador de Ternate, supervisar la construcción de la nueva fortificación, representar los intereses comerciales de la Corona portuguesa en el tráfico de especias, destronar al sultán Almanzor y expulsar a los españoles, que creían estar bajo la demarcación que les asignaba el Tratado de Tordesillas por el solo hecho de que Magallanes les hubiera conducido hasta allí por occidente.

—Chiquinho, usted ocúpese de saber qué demonios está pasando en esa maldita isla de Tidore, que yo me ocuparé de todo lo demás… —Baldaya se quedó señalando la dirección de la isla con el dedo índice, mostrando las perlas engastadas en esmalte turquesa de su sortija.

—¿Y usted se ocupará de todo lo demás…? —me atreví a preguntar.

—No te preocupes, Chiquinho, todo lo demás consiste en envolver los cuerpos de estos piratas españoles en las lonas de sus barcos y mandarlos al fondo del mar en forma de empanadas de criadillas para alimento de los peces… —contestó sin pestañear mientras se acomodaba su elegante capotillo rojo de mangas abiertas.

Por babor irrumpió entonces una de esas canoas que el sultán Almanzor ponía al servicio de los españoles para trasladar arroz,

gallinas y corderos desde la vecina isla de Gilolo, que se encontraba a media mañana de navegación al nordeste de Tidore. Bajo el sol refulgían la calva y la camisa blanca del sobresaliente Alonso de Coto, al Frente de unos remeros completamente desnudos que cantaban viejas melodías moluqueñas. Se pusieron a tiro sin interrumpir sus cánticos, seguramente ajenos todavía a que se hallaban al alcance de nuestros falconetes, dispuestos en horquillas sobre la borda. El capitán Baldaya me pidió que diera la orden de recoger las velas, soltar las ataduras de la yola y trasladar la chalupa desde el centro de la cubierta principal a las vergas del palo mayor y el trinquete con el objeto de arriarla y salir al encuentro de nuestros visitantes. Nuestro segundo contramaestre invitó al sobresaliente genovés a subir a bordo con una refinada amabilidad y poco después confiscó la canoa tidoresa y condujo a sus remeros a Ternate, donde se hacía necesaria la presencia de esclavos que emplear en la construcción de la nueva fortaleza.

El portuñol que Alonso de Coto había aprendido en el transcurso de la travesía le permitía conversar con una relativa fluidez. El capitán Baldaya le invitó a pasear por la cubierta para que contemplara los preparativos de la garrucha en el palo mayor y mejorara su predisposición para hacer trabajar al escribano, que esperaba sus respuestas con un folio apergaminado sobre uno de los toneles de a bordo. Al principio daba en un tono amigable detalles propios del género de la biografía, como si no fuera del todo consciente de su condición de prisionero, pero Baldaya no interrumpió su relato y le permitió explayarse sobre sus felices tiempos en el puerto de Sevilla, cuando se dedicaba a menudear con estopa, brea y jabón de las almonas de Triana:

—… Yo quería dedicarme a la alfarería o a cocer bizcochos en cualquiera de las doce casas de mercaderes genoveses que se habían establecido alrededor de la Catedral de Sevilla, pero todo se torció en mi vida al oír aquel pregón de alistamiento. Yo ni siquiera tendría que estar hoy aquí, pero alguien debía quedarse cuando se fueron los demás y me tocó a mí…

Los zapatos de piel de vaca del capitán Baldaya tenían una gran

lazada roja y resultaban del todo inapropiados para andar por la cubierta, pero el sonido de sus pisadas le conferían toda la autoridad que le negaba su voz aflautada. No mostraba prisa alguna el capitán Baldaya en saciar su curiosidad sobre el destino de las cinco naos españolas que dos años atrás habían partido desde Sanlúcar de Barrameda y otros capítulos de la aventura que todavía desconocía, como la muerte de Magallanes o las negociaciones de los capitanes Elcano y Espinosa con el sultán Almanzor, pero esperó pacientemente a que Alonso de Coto terminara su perorata. Cuando lo hizo, pidió a sus marineros que le ataran las muñecas a la espalda y le subieran con la polea hasta el juanete mayor con una bola de cañón de contrapeso atada a los pies. Después de la primera caída, sus hombros quedaron descoyuntados y su cuerpo oscilando como un péndulo a la altura de la vista del capitán. Nadie pudo entender lo que balbuceó el reo, pero Baldaya interpretó que estaba dispuesto a cantar. Entonces dio la orden de desatarle y cuando recuperó el resuello, le pidió que ayudara al escribano a delinear en un papel, apoyándose en una de las cajas de la cubierta, la ubicación exacta de la fortificación, el palacio del sultán, el pozo, el granero y los dos poblados de Tidore, una isla que llamó de una manera inesperada para todos:

—Nueva Castilla…

—¿Ahora Tidore se llama Nueva Castilla…? —carraspeó el capitán.

—Así es como la ha rebautizado el sultán Almanzor. Nos dijo que en adelante deberíamos considerarle como un humilde gobernador de la isla en nombre del rey Carlos…

—¿Cuántas naos españolas están ahora en «Nueva Castilla»?

—Ninguna, señor. La Victoria y la Trinidad se marcharon.

—¿Y sabría decirnos dónde pueden hallarse ahora? —Baldaya consiguió reprimir su indignación.

—Con toda seguridad, la nao Victoria debe estar a punto de llegar a Sevilla y si se están cumpliendo los plazos previstos, la Trinidad debe encontrarse ahora en la isla de los Ladrones, camino de la costa de Zihuatanejo.

—Todo suyo, Chiquinho: saber qué demonios está pasando en Tidore es cosa suya… —con un gesto de su mano me pidió que retirara de su vista al prisionero.

Siguiendo las técnicas del capitán Baldaya, solicité la presencia en la bodega de un musculoso marinero, de visibles cicatrices y desabridos gestos, para que empezara a empapar una tela de lino en uno de los cubos que se empleaban para baldear la cubierta, como si fueran los preparativos de una tortura.

—Hagamos de este encuentro un trámite llevadero para ambos. Empiece por decirme la cantidad de clavo que guardan en el granero…

—Teniendo en cuenta que la Trinidad dejó en tierra quinientos quintales de peso, al abrirse una vía de agua por exceso de peso, yo creo que ahora podrían ser más de mil trescientos quintales de clavo, casi la mitad de lo embarcado en total en las dos naos…

—¿Sabría decirnos a qué precio han adquirido los españoles el clavo…?

—Por cada bahar…

—Háble me en quintales…

—Cuatro quintales de clavo nos han salido a ciento cincuenta cuchillos alemanes o cincuenta tijeras o diez brazas de paño rojo si son de buena calidad, quince si son de clase media, veinticinco si lo fueran de esa tela basta…

—Ya veo que se han pasado por el forro de los caprichos la primera ley del comercio…

—¿La primera ley del comercio…?

—Comprar barato y vender caro…

—Es el precio que acordaron el sultán, el ministro y los capitanes.

—¿Quién está ahora al mando?

—Juan de Campos, el que fue despensero de la Trinidad.

—¿Han ayudado los nativos a reparar la Trinidad?

—Sí, claro está. Van a su ritmo, pero son despiertos y saben manejar los mazos, las sierras, las hachas, las azuelas…

—Veamos otra cosa: ¿De qué tipo de armamento disponen para

defender la isla y con cuántos hombres?

—Somos pocos, señor, apenas cinco hombres, menos que armas; tres cañones gruesos, dos falconetes, seis versos de hierro, además de salitre, carbón y azufre para hacer pólvora y una docena de arcabuces.

—Y los nativos, ¿Saben manejar los cañones y los arcabuces?

—Esa pobre gente se tiraba al suelo cuando oía un arcabuz. Los ejercicios de maese Pedro, el lombardero flamenco, han sido inaccesibles para sus entendederas.

—Háble me de los cañones…

—Son cañones pedreros de un alcance de seiscientos a setecientos pasos.

—¿Pueden proteger los cañones la entrada al palacio del sultán?

—No, el palacio está bastante lejos.

—¿Y la entrada al poblado…?

—Tampoco creo, sinceramente; demasiados puntos ciegos, señor…

—Veo aquí, en el plano que hizo en cubierta, que el baluarte tiene forma hexagonal…

—Parece un hexágono, pero en realidad no llega a serlo porque está descubierto por la puerta trasera; existe un acceso a pie, tapado por ramajes y arbustos.

—¿Quién le ha recomendado tan mala ubicación entonces para la construcción de la fortificación…?

—Reinaldo Duarte, un portugués que ya estaba aquí antes de nuestra llegada, pero no creo que pensara en la defensa del poblado sino en la vista de la entrada en la ensenada.

—¿Reinaldo Duarte…? —Algo debió advertir Alonso de Coto en mi tono; tal vez no pude o no quise reprimirme, pero el prisionero no estaba en condiciones de preguntarme si le conocía, como fue su primera intención: allí las preguntas las hacía yo.

—También le llaman Rei, el navegante… Dicen que está en esa isla por el amor que siente por una princesa tidoresa que le ha embrujado… —Alonso de Coto sonrió en busca de una complicidad que no halló.

—Haga el favor de describir todas las señas que recuerde de ese tal Reinaldo Duarte y habrá terminado por hoy —di las gracias al marinero que se prestó a escurrir la toca en el cubo de agua tras cada pregunta y dejé al sobresaliente genovés con el escribano.

Alonso de Coto habló en su declaración de un hombre más alto que bajo, bien parecido, moreno cetrino, de orejas algo desabrochadas, cejas espesas, un pequeño hoyuelo en el mentón y una sonrisa de dientes blancos y perfectamente alineados que enseñaba cada vez que quería seducir o convencer. Comprendí que no podía ser otro. Reinaldo estaba allí, cumpliendo los sueños que tuvo frente a los mapas que vio en la biblioteca de maese Queirós; frente a ellos fantaseó con demostrar las verdaderas dimensiones del mundo, su redondez, el giro imperceptible que los astrónomos decían que daba sobre su eje con todas sus montañas, océanos, islas, ríos y cascadas. Recordé entonces aquellas espantosas fricciones y fumigaciones grises de esos baños mercuriales que estuvieron a punto de matarme, pero también que las suyas habían sido las únicas palabras de comprensión, afecto y esperanza que oyeron mis oídos en mucho tiempo, cuando nadie quería mirarme a la cara para no tropezarse con las bubas que me sitiaban el cuello. El destino me había colocado frente a él en un paraíso que se había convertido en el peor lugar de todos los posibles para un reencuentro: estaba en el lado de los enemigos. Todas las poéticas razones que le ampararan no evitarían su juicio sumarísimo ante un tribunal de guerra, ni que su cabeza terminara ensartada en una pica en la playa o en el palo mayor de un navío de bandera portuguesa.

Desde las almenas del baluarte, el español Juan de Campos divisó la silueta del Bom Sucesso y supo que habíamos interceptado la canoa cargada de vituallas que dirigía Alonso de Coto desde Gilolo a Tidore. Repitiendo el generoso y heroico gesto que protagonizó frente a esos supuestos caníbales que se comportaron como pacíficos indígenas, Juan de Campos se lio la manta a la cabeza y salió en solitario a nuestro encuentro.

—El pez viene camino del anzuelo. Amordacen y pongan grilletes al genovés y hagan subir a bordo a nuestro visitante —

ordenó el capitán Baldaya, algo incrédulo todavía por tan repentinas visitas.

El vigía atisbo desde la gavia la presencia de la yola, de un bonete rojo y, entre golpe y golpe de remo, de la bandera blanca que enarbolaba entre los dientes en señal de una imposible tregua, estaba claro que Juan de Campos venía para solicitar la libertad de su sobresaliente, en el caso de que estuviera retenido, y parlamentar sobre nuestras intenciones con respecto al baluarte y la isla que tenía que defender.

—Señor capitán… —dijo Juan de Campos al subir a bordo, dirigiéndose a Baldaya, delatado por su atuendo y su mirada displicente.

—Mi nombre es Mendo Baldaya.

—Juan de Campos, para servirle…

—Yo siempre dije que nada que se haga a medias tintas puede conducir al éxito. Me gusta la gente que vive su responsabilidad con pasión… Porque tengo entendido que es usted el responsable de este malentendido…

—Me alegra saber que se trata de un malentendido porque justamente venía a pediros que liberéis a mi sobresaliente y aceptéis que hemos tomado esta isla en nombre de Castilla… —espetó Juan de Campos, como si desconociera las consecuencias de su atrevida parrafada, mientras miraba de reojo la lazada roja de los zapatos del capitán.

—Le hablo de un malentendido —aclaró el capitán Baldaya, mientras pasaba amigablemente la mano por encima del hombro de su invitado— porque estas islas caen todas en la demarcación portuguesa y estaríamos encantados con la idea de armar dos buques, en una expedición conjunta formada por cosmógrafos y pilotos de ambos países, para deshacer el equívoco…

—Yo diría que sois vos quien incurre en un error de bulto, señor… Todas estas islas nos pertenecen, como queda constancia por escrito, con la autoridad de navegantes y geógrafos portugueses que conocéis y cuyo crédito no os atreveríais a discutir, de la talla de Magallanes, Faleiro…

—Soy yo quien lamenta que estos dos charlatanes de feria os hayan embaucado a todos, empezando por el rey de España, y todo porque Portugal nada ganara haciendo un viaje por el oeste después de haberlo hecho Bartolomé Díaz por el este…

—Si me lo permite, capitán, debo corregirle: el rumbo tomado para llegar hasta aquí no es lo que se litiga…

—No me negaréis vos que a Portugal le asiste el derecho de haber llegado antes…

—Si preguntáis a Almanzor sostendrá un punto de vista diferente: nosotros llegamos antes a Tidore… —repuso convencido Juan de Campos.

—Quizá no os hicieron llegar la carta que nuestro propio rey Manuel hizo llegar a la casa de Contratación, a través de nuestro embajador en Sevilla, avisando de nuestra presencia en estas islas. Os habríais evitado tan doloroso e inútil desplazamiento…

—Yo creo que debería hacerse valer lo estipulado en Tordesillas, es decir, que cualquier descubrimiento realizado en la zona perteneciente al contrario sea cedido a la parte correspondiente…

—No se ofenda, señor Campos, pero creo que usted no ha entendido nada de la letra ni del espíritu de lo acordado en Tordesillas.

—Nos limitamos a cumplir el mandato de nuestro rey, que es tomar posesión de todas las tierras halladas en los mares del sudeste de Asia en esta línea que une ambos polos entre Malaca y Tidore…

—Lamento que las líneas que trazáis estén tan torcidas…

—En el mar esas líneas son difusas…

—Mientras lo sigan siendo, justo será que tenga la amabilidad de entregarnos el armamento y las especias y nos acompañen a Ternate; le garantizo que serán tratados como nuestros invitados a la espera de una galeaza que pueda trasladarles de vuelta a casa.

—Creo que las discrepancias sobre nuestros derechos no dejan de crecer, señor capitán, no sé si entiende lo que le digo…

—Lo entiendo perfectamente.

El capitán Baldaya cerró el acalorado debate con un chasquido de dedos, cuyo significado Juan de Campos tardó en entender hasta verse en la mazmorra de la bodega, en compañía del sobresaliente genovés Alonso de Coto, con el cepo en las manos, los grilletes en los pies y la mordaza en la boca. Sin necesidad de tomar tierra en Tidore ni de dar un solo cañonazo ya habíamos puesto bajo arresto a casi la mitad del destacamento español.

A la caída de la tarde, el vigía anunció la presencia del prao real de Almanzor. La marinería se arremolinó en la popa para presenciar la llegada del sultán bajo su parasol de seda. Se le veía charlar con su ministro, Quichil Rak, mientras una pareja de sirvientes le ofrecía un cofre rebosante de betel y una esclava jorobada le brindaba, con las manos levantadas y la cabeza gacha, una copa de oro puro llena de agua que refulgía al recibir el sol del atardecer. Mientras tanto, el capitán Baldaya dio al despensero y boticario, Fernando Reís, secretas instrucciones para la cena de gala que daría al sultán, en su propia cámara, a modo de bienvenida.

El sultán venía con la secreta esperanza de liberar a Juan de Campos y Alonso de Coto y conjurar con su reconocida habilidad diplomática las consecuencias de su acuerdo comercial con los españoles y los envenenamientos del rajá Abuleis y de su capitán general Francisco Serrano, unos hechos que le habían proporcionado un lugar preminente en el juego de las relaciones del universo moluqueño, pero también peligrosos enemigos. Sabía que no podía esperar un ápice de comprensión por parte del capitán Baldaya, pero estos rasgos de responsabilidad y nobleza también formaban parte de la personalidad del sultán.

Almanzor notó desde el principio que no había sido bien recibido porque ningún marinero portugués miraba con admiración su camisa blanca bordada en seda, ni tuvo la precaución de mantenerse por debajo de la altura de la pluma de ave del paraíso que remataba su turbante. Quichil Rak y yo nos dirigíamos corteses sonrisas sin decirnos una sola palabra, entre otras cosas porque todavía no había llegado a la conversación el nativo malayo que evitó que zozobráramos en los arrecifes coralinos y que se había prestado a

ejercer de lengua a cambio de su liberación para regresar a su isla natal. El capitán Baldaya tampoco conseguía captar el interés del sultán Almanzor con su discurso sobre la redondez del planeta y el reparto realizado por dos reinos con una línea imaginaria trazada a partir de la referencia de Cabo Verde, una isla de cuya existencia ningún moluqueño tenía —ni podía tener, ni quería tener— la más remota idea. Coincidiendo con el primer bocado del sultán y el gesto de aprobación del plato —muslos de pollo servidos en salsa de almendras con una guarnición de arroz—, el capitán Baldaya le hizo ver su disgusto:

—No sé cómo ha podido hacer tratos y dar cobijo a mercenarios que solo se representan a sí mismos, aunque digan actuar en nombre de Castilla.

—Solo cumplo con las normas de un buen anfitrión y de un buen mercader —se excusó Almanzor.

Con una mirada acerada y una sonrisa fingida que en poco o nada coincidía con la acritud de su postura, el capitán desgranaba los agravios uno por uno. Todo lo que supo de su actitud gracias a la confesión del sobresaliente Alonso de Coto le resultaba un imperdonable error: considerar la llegada de los españoles un signo de la bondad del cielo, pedir un estandarte real español, llamar en adelante Castilla a una isla conocida como Tidore desde tiempo inmemorial, quitarse la corona para abrazar a los tripulantes de las naos españolas como si fueran simbólicamente sus hijos…

—¿Ha pensado en qué lugar queda su dignidad de sultán después de aceptar como regalos un sillón de terciopelo, un espejo y dos cuchillos…?

—Negocios, capitán, solo negocios… —se justificaba Almanzor.

—Entonces sus negocios han llegado demasiado lejos ¿O no es cierto que pidió a los capitanes que volvieran con nuevos barcos…?

Almanzor desconocía por obra de qué maldito chamán sabía tantas cosas un recién llegado a las Molucas. Se sentía cada vez más apesadumbrado frente a la creciente cólera del capitán Baldaya, que se había desatado como esos temporales que en un abrir y cerrar de ojos te roban el aliento:

—Comprenda mi delicada situación: ¿Cómo podría negar la venganza que me piden los hijos de Abuleis y la viuda de Francisco Serrano…?

—Excuse mi indisposición —Almanzor entendió enseguida lo que estaba ocurriendo y levantó la mano derecha con cierta timidez para hacer llegar a su ministro que la visita tocaba a su fin.

—Avisen al doctor Reís —solicitó Baldaya, con un nuevo chasquido de sus dedos pulgar y corazón para que el sultán fuera llevado a la presencia del boticario.

En su idioma, Almanzor susurró al oído de Quichil Rak que un agudo dolor se le había clavado como una daga en la boca del estómago y que presentía la muerte. El ministro se tocó el vientre por si percibía esos mismos síntomas de envenenamiento y aceptó ir en busca del boticario, a quien concedía la misma categoría chamánica de Appiorán. Reis les esperaba sentado sobre la más preciada caja de su botica, que contenía una curiosa combinación de la mejor farmacopea europea y algunas especies vegetales asiáticas adquiridas al doctor Carvalho en Goa por un puñado de oro en polvo de Sofala. Un leve y musical tintineo de morteros, coladores, redomas de metal y jarrillas de vidrio precedieron a la presentación de la milagrosa piedra bezoar.

—Esta piedra del buche de un carnero le dejará como nuevo. No olvide tomar tres tragos de jarabe con aroma de jengibre y un buen jarro de agua fría… —En realidad, sus explicaciones sobraban porque el intérprete ya no estaba allí para traducir sus palabras.

Almanzor decía tener la boca seca como una lija y antes de salir de la embarcación se bebió de un solo trago el jarro de agua fría que le sirvió un grumete, dejando en la cubierta un rastro de vómitos espumosos. Reis había presentado como piedra bezoar lo que solo era barro mezclado con una costra de sangre seca servido en una concha marina y el mejunje solo era el resto de la esencia del arsénico que el boticario había esparcido unos momentos antes en la salsa de almendras del plato del sultán.

El prao real galopó sobre las olas de vuelta a Tidore en busca de una mágica curación del chamán Appiorán que, impulsado por sus

presagios, se había presentado ya a las puertas de su palacio con un líquido resinoso de coloración rosada y un fruto de flores blancas llamado abaci, que resultaba milagroso para atajar mordeduras de víboras y heridas de flechas emponzoñadas, pero se rebeló como ineficaz para combatir una dosis de arsénico suficiente para matar a un regimiento de piqueros. Luego probó con semilla de «balugo», rayada y mezclada con leche materna, recién extraída de una de las sirvientes jorobadas que acababa de parir, y con el potingue resultante empapó un trapo que colocó sobre las sienes del sultán. El balugo mitigó algo el dolor y Almanzor abrió por unos instantes sus ojos saltones como los de una lechuza. El propio primer ministro le obligó a tomar una infusión caliente y aromática de una rara calabaza, mezclada con aceite de ajonjolí y el zumo lechoso de unas hojas de papaya. Como no notaba suficiente mejoría, el chamán masticó betel y lo escupió con violencia sobre el pecho desnudo de su paciente para amainar los efectos de la magia negra. La situación empezaba a ser desesperada Reinaldo Duarte llegó al palacio para despedirse del sultán, aunque antes pidió permiso al chamán para espolvorear en una copa de agua un puñadito de verdadero polvo de cuerno de rinoceronte que, según le habían contado los tripulantes malayos, se obtenía mediante el afilado de su cornamenta y poseía la virtud de actuar como un potente afrodisíaco y el poder de aminorar los efectos de venenos desconocidos. Los discordantes tratamientos consiguieron la descomunal erección del miembro viril del sultán, pero lejos de resultar un síntoma de vitalidad o curación, lo cierto es que su vida iba apagándose como una vela.

La noticia de la muerte de Almanzor llegó al Bom Sucesso a la mañana siguiente por los alaridos de dolor de las plañideras de caras encenizadas que rodeaban su catafalco, expuesto en la misma playa para que recibiera a lo largo de la jornada las muestras de afecto de su pueblo. Estaba amortajado con una tela blanca y se le veía ligeramente recostado, de acuerdo con el rito musulmán. Los nativos animistas esperaban su transmigración anímica y mostraban su dolor con sus cabezas rapadas y cubiertas del mismo hollín que ensombreció el aire moluqueño con ocasión de la última erupción

del Gamalama. La guardia real dibujó alrededor del cadáver un círculo casi perfecto para que dispusieran de cierta intimidad los familiares más cercanos y los más destacados miembros de su corte y del consejo de ancianos. Las servidoras jorobadas de su corte miraban disciplinadamente al suelo mientras repartían entre sus deudos nueces de betel con cinamomo y cardamomo, envueltas en hojas manchadas de piedras calizas, que el sultán empleaba en vida para aliviar su tristeza y sus dolores de cabeza. Con el objeto de recordarle fervientemente por muchos años, algunas mujeres de su harén repartían objetos personales del fallecido entre sus más de cincuenta hijos reconocidos, el último de los cuales era el príncipe heredero, Raja Miu, el último retoño de la favorita, la nueva reina madre de Tidore. Las mujeres del poblado se habían bruñido los senos con aceites aromáticos y danzaban por parejas sobre la renegrida arena de la playa.

El ministro Quichil Rak decretó cuarenta días de luto y pidió a los españoles que guardaban la fortaleza que se unieran al duelo y a la ceremonia sin recelo de ninguna clase. Decía que ningún moluqueño que se preciara de serlo podría violar las condiciones de aquella tregua sin enfrentarse a un castigo divino. Pero el chamán discrepaba del ministro en todo lo relacionado con el futuro inmediato de la isla. Tras la muerte del sultán, se sintió desgraciado y culpable por no haber podido salvarle del hechizo de la muerte. Esa misma noche, Appiorán bramó como un carnero, tembló como la cumbre de un volcán y sufrió un cómico ataque de hipo espasmódico, antes de anunciar que ya no volverían a llover almendras sobre la playa y que había llegado el momento de despedirse. Decía que se había dejado poseer por el espíritu de Almanzor y que, a modo de última voluntad, le había pedido que le acompañara en su último viaje porque sus destinos estaban entrelazados y ya solo le cabía presenciar las consecuencias de sus actos, la suma de todos sus fracasos.

Según Appiorán, el sultán tenía dos almas: una se quedaría para siempre a vivir en la ladera del Kiematabu, a la sombra de los claveros, y la otra estaba a punto de subir a una canoa tirada por aves

del paraíso en dirección a la región sagrada que acogía las almas de los muertos, localizada en un mágico atolón que, desde el mundo de los vivos, solo podía verse a la terminación de las tormentas tropicales, en el extremo de la catarata de colores del arcoíris.

—Un pueblo sin chamán no tiene futuro —le dijo Reinaldo para intentar retenerle.

—Un chamán sin pueblo tampoco —el chamán le tocó el occipital con una especie de coscorrón que subrayaba el poco respeto que le debía por no ser un personaje sagrado y le regaló de recuerdo una de las plumas iridiscentes de su brazalete.

Appiorán se sentó en la cresta de su duna para tocar el tambor hecho de madera milenaria del árbol del inframundo y esperar las gotas de lluvia que traerían el arcoíris que le señalaría el camino de su último y definitivo viaje extático a la isla de los pájaros.

XXIV
LOS PÁJAROS DE LA LLUVIA SIEMPRE TIENEN RAZÓN

LAS ISLAS DE TERNATE Y TIDORE SE OPONÍAN POR DEFINICIÓN, aunque cada una necesitaba imperiosamente de la otra para explicarse a sí misma, al menos así había sido siempre desde que el anciano Bikusigara, en el lejano origen de los tiempos, hallara junto a unas cañas de bambú los cuatro huevos de la serpiente de los que nacieron los primeros gobernantes. La historia de cada una de las islas de las Molucas había consistido desde entonces en una sucesión de erupciones de volcanes y de estallidos de guerras, con sus correspondientes plazos de recuperación y de paz, en busca del predominio de unas sobre otras de su propio entorno.

Es cierto que, en todo ese tiempo, como decía Quichil Rak, se había respetado aquella norma no escrita en ninguna parte, y obedecida de generación en generación, de conceder una tregua de cuarenta días para guardar el luto por los gerifaltes, reyezuelos, rajás o gobernantes isleños. Sin embargo, Chechilidecroix apagó cualquier brasa de remordimiento con una arenga que no daba lugar a ningún resquicio de duda a sus súbditos: no merecía contemplarse el armisticio con un pueblo que soñaba con borrar las huellas que el suyo había dejado en la historia, ni mucho menos guardar respeto alguno por la memoria del envenenador de su padre, el rajá Abuleis, y de su capitán general, Francisco Serrano. Así fue como, enardecidos por las palabras de Chechilidecroix, los indígenas

ternateses empezaron a golpear los escudos con sus lanzas y pesados alfanjes, y se declararon en pie de guerra, nunca mejor dicho, porque expresaban su belicoso ánimo saltando sobre las canoas con un solo pie, de acuerdo con sus ancestrales costumbres. Habían organizado tal algazara que el desembarco en Tidore quedaría desprovisto de cualquier ventaja relacionada con el factor sorpresa.

—Acaba todo lo que empieces y no empieces nada que no estés seguro de terminar.

Esa fue la única instrucción que recibí del capitán Mendo Baldaya. Una bandada de patos con patas de papagayos sobrevoló nuestras cabezas, dibujando sobre un cielo tímidamente azulado una gigantesca y acerada punta de flecha, similar a la que adoptaban nuestros barcos sobre un mar en calma que había tomado una coloración ligeramente verdosa. Desde el vértice de la flota avanzaba nuestro galeón, el Bom Sucesso, seguido por dos galeras, cuatro fustas y más de un centenar de canoas abarrotadas de nativos. El pastoso silencio del poblado de la costa de Tidore se rompió con el griterío de los hombres de Chechilidecroix. Resonó un cañonazo lanzado por los españoles desde su baluarte a modo de advertencia. Desde el interior del poblado salió un tintineo de címbalos de bronce que los nativos reconocían como una señal de peligro inminente que causó cierta confusión, pues las últimas generaciones desconocían otras emergencias que no fueran expulsiones de magma o golpes de estado para cambiar de sátrapa.

Baldaya mandó aminorar la velocidad de nuestro galeón e invirtió el sentido de la formación para proteger la llegada a la playa de las primeras canoas, aliadas con los cañones de las galeras que dirigían sus puntos de mira a las chozas. El Bom Sucesso se mantuvo alejado de la línea y el alcance de tiro de las posiciones artilleras del bastión español desde la ensenada, mientras las galeras comenzaron el cañoneo sobre el poblado para cubrir el desembarco de nuestras primeras fuerzas. El adversario parecía desconcertado. Quichil Rak dividió su guardia real en tres escuadrones; encargó al primero la defensa de la entrada de la playa, al segundo la salvaguarda del palacio, y al tercero la custodia y escolta hasta el

interior de la zona boscosa del harén de viudas de Almanzor, y del príncipe y heredero Raja Miu, que se escabulló bajo primitivas adargas y lanzas que formaban, con la idea de protegerle, una especie de gigantesco erizo de púas plúmbeas.

En la playa se decidía la partida. Desde la empalizada, los nativos lanzaban piedras con hondas sin tomar la precaución de ponerse a cubierto, facilitando así la acción de los arcabuceros. Nuestros espadachines mostraban al enemigo el perfil, de tal modo que los zurdos miraban en dirección a la orilla y los diestros a las palmeras, dando cuchilladas cuando el contrario esperaba el espadazo y amagando con la daga antes de hundir el estoque en el corazón del enemigo, casi siempre resignado a recibir el golpe de gracia cuando sus palos y campilanes quedaban enredados en las cazoletas de nuestras espadas roperas, deslumbrados por el brillo plateado de los cascos y las falderas metálicas de los soldados de la primera línea de combate. Así, contemplando al enemigo de soslayo, los nuestros dejaron mancos a una buena parte de la guardia enemiga, que combatió frontalmente, desconcertada, ofreciendo siempre un blanco fácil al filo del acero.

Familias enteras de tidoreses acudían con las manos levantadas a la orilla de la playa para rendirse; y una vez allí, eran separados y divididos en categorías, según resultaran apropiados por su apariencia para construir baluartes, servir en el palacio de Chechilidecroix o ser vendidos como esclavos a los barcos chinos que solían visitar las islas al menos una vez al año. Mientras tanto, los nativos ternateses hacían su trabajo sucio: prendían fuego a las empalizadas, se internaban en la plaza del poblado para propagar el pánico, controlaban la puerta del granero de las especias y dejaban expedito el camino para rendir la fortaleza. La guardia real del palacete de Tidore yacía junto a un reguero de sangre que empapaba la arena negruzca de la playa. Centenares de mujeres corrían aterradas por el paseo de los enamorados que conducía a los acantilados para despeñarse y reencontrarse así en la isla de los pájaros con sus amantes y esposos muertos. Muchas familias se refugiaban apiñadas en sus chozas, decididas a morir antes de perder

la libertad o emprender una huida que consideraban indigna o imposible.

En medio de la matanza, un papagayo de la misma bandada de Salomón gritó en portuñol la palabra «bastardos», demostrando una vez más que aquellos animales pretendían hablar con propiedad, incluso expresaban sus sentimientos con una asombrosa precisión. Del poblado solo quedó un rastro parecido al que dejan los galeones cuando estrellan sus quillas contra los arrecifes de coral. El círculo terrizo de la vieja plazuela quedó alfombrado por una amalgama de carbón, limo y sangre. Caprichosamente desperdigadas por el viento, se veían algunas hojas de palma que servían de techumbre y conferían a las chozas una tonalidad verdosa, en armoniosa continuación de la frondosa vegetación selvática y del propio mar. La visión de la tierra calcinada, de esa frontera difusa que ahora se disputaban codiciosamente el bosque y las dunas, transmitía una especie de desasosiego cósmico, un sentimiento de culpa de dimensiones bíblicas. Era como si los hombres levantaran la mano contra la creación con una autoridad que hasta entonces solo le estaba permitida a los tifones de los cielos, los maremotos de los océanos y las erupciones de los volcanes.

Tal como habían confesado los prisioneros españoles, resultó ser cierto que podía accederse a pie a la parte trasera del hexágono de la fortificación con relativa facilidad, a través de una maleza tramposa compuesta por ramas de castaños y cocoteros. En su interior solo combatían el sobresaliente sanluqueño Diego de Arias y maese Pedro, el lombardero belga que concebía las batallas como conciertos y cuidaba las armas como si de instrumentos musicales se trataran. Al vernos aparecer, Diego de Arias se apresuró a lanzar al suelo su arcabuz y alejarse del falconete, intentando disimular que acababa de disparar contra la proa del Bom Sucesso; sin éxito, por supuesto, como todos los disparos que ese día se realizaron desde allí. Ambos levantaron las manos y se entregaron sin oponer una mayor resistencia:

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Ya no queda nadie más —contestó Diego de Arias, antes de

recibir un golpe seco en la sien con la culata del arcabuz de uno de nuestros soldados.

—Solo queda uno más, el sobresaliente Luis del Molino, pero ha huido a la selva —aclaró maese Pedro.

—¿Dónde están los arcabuces?

—Se los han llevado —contestó el lombardero, mientras nos informaban que el cobertizo estaba vacío.

—¿Y las especias que faltan en el almacén…? No mintáis —advertí— porque conocemos la cantidad exacta que allí había…

—También se las ha llevado Luis del Molino —respondió maese Pedro.

—Un solo soldado no podría internarse en la selva con toda esa carga…

—Le ayuda el ministro, Quichil Rak, guardias reales y el portugués con su tripulación malaya…

—¿Un portugués…?

—El portugués Reinaldo Duarte…

—¡Estúpido botarate! —No pude reprimirme al comprobar que había perdido la oportunidad de entregarse, incluso de una posible absolución por parte de un tribunal, ante el que yo mismo habría declarado que estaba atrapado en Tidore por amor y que lo único que estuvo en su mano para ayudar a su patria fue recomendar a los españoles el lugar más inapropiado y vulnerable para construir su baluarte.

El capitán Baldaya puso a mi disposición una unidad de rodeleros y un guía tidorés para internarnos en la selva, seguir la huella de los fugados y recuperar las armas y las especias con las que habían huido. En el aire de la isla flotaba el aroma de la muerte que dejaba la quema de ramos de lirios blancos con leña seca, el imprescindible rito de inicio de cualquier ceremonia fúnebre que se preciara en esa parte del mundo. La estampida de una bandada de podargos de picos azules y pechos anaranjados, que los nativos llamaban con razón «los pájaros de la lluvia», auguraban no solo la proximidad de un aguacero, sino de desgracias impredecibles.

Las pisadas de Reinaldo, Moluquia, Luis del Molino, Quichil

Rak, la guardia real y el harén de viudas de Almanzor terminaban perdiéndose en una alfombra de pétalos de color púrpura antes de llegar a la zona pantanosa. De repente, sin recibir aviso alguno del guía tidorés que debía servirnos de cicerone, nos vimos hundidos hasta las rodillas en el barro, atacados por mosquitos con cabezas de hipopótamos y unas sanguijuelas negruzcas que se introducían entre el arnés y el coselete con técnicas navales dignas de estudio para atacarnos en la ingle y las axilas con una demoledora truculencia. Nuestros hombres terminaron desnudándose y pidiendo a los nativos ternateses que deslizaran sus largas uñas por debajo de las ventosas de aquellos animalitos repugnantes y tripones. Entonces empezó a llover con avaricia, como habían presagiado los podargos. Mi asistente me consultó con la mirada, sin pronunciar una sola palabra. Había empezado algo que no estaba seguro de terminar y señalé de forma pública la razón por la que no había podido hacerlo. Lo hice como me enseñó el capitán Baldaya, haciendo frotar de forma visible los dedos índice y pulgar con un sordo chasquido. El golpe seco de la alabarda separó la cabeza del cuerpo del guía tidorés. Así mandé matar a un hombre por primera vez en mi vida.

Hubiésemos necesitado tres vidas seguidas para concluir con éxito la persecución en ese ámbito que subrayaba a cada paso la pequeñez y la inferioridad del hombre, a la vista de aquellas colosales orquídeas que superaban con creces nuestro tamaño y de las plantas trepadoras, intrincadas durante siglos en las más altas ramas de los árboles, con la sagrada misión de alcanzar aquella luz cegadora que les concediera el deseo de seguir existiendo. Casi todas las criaturas que allí se daban cita nos sacaban ventaja en el arte de la supervivencia: Las hermosas copas de mono, de verdosas hojas y vidriosos colores, que fieles a su naturaleza de plantas carnívoras ofrecían su delicioso almíbar a los mosquitos antes de engullirlos y digerirlos en un santiamén; las serpientes cabezonas que bisbiseaban en las ramas y se extendían por encima del agua demostrando su dominio en todos los elementos posibles; las ranas que entonaban sinfonías con las que parecían animarse unas a otras a lanzarse desde las rocas más elevadas para sobrevolar nuestros capacetes, con sus

dedos largos y palmeados, antes de planear y caer en una mugrienta charca, como dirigidas por una batuta invisible…

Creíamos haber encontrado el camino de vuelta a la costa cuando oímos varios golpes espaciados de un mazo sobre un batintín. Desde un claro del bosque, irrumpió la imagen espectral de Buahan, el chamán de los hombres sin cabeza, ataviado con sus atributos sacerdotales, sus brazaletes de mechones de plumas iridiscentes, su corona de ramitas de sauce y un puñado de plumas de aves del paraíso de las que se despojó para hacerse visible a los ojos de los mortales. Los rodeleros advirtieron de la posibilidad de una emboscada. Se notaba a leguas el olor a perros muertos de la resina anaranjada del palo ipil, que los hombres sin cabeza utilizaban como tinte para sus ropas. Sin embargo, después de un reconocimiento de la zona, nuestros exploradores concluyeron que no parecía existir enemigo agazapado alguno. Los arcabuceros me pedían con la mirada otro chasquido de dedos antes de disparar, pero Buahan se quitó la máscara de cortezas de la madera milenaria del árbol del inframundo y levantó su mano derecha para pedir la palabra y parlamentar. Mi asistente me recomendó que era preferible no acercarse demasiado a tan extravagante y pintoresco personaje, que dejara negociar a los hombres de Chechilidecroix, más acostumbrados a tratar con estos individuos que vivían siempre a mitad de camino del mundo de las sombras. Pero dejé hablar al chamán, por incomprensible que resultara su discurso, porque empezó diciendo que todos procedíamos de la ninfa que perdió sus alas en la tierra y que nosotros, los hombres llegados desde más allá de la línea del horizonte, éramos descendientes del menor de sus hijos, el mismo que una noche huyó en una canoa para evitar una paliza de su padrastro ebrio. De las frases que traducía el intérprete, cabía deducir que los espíritus del bosque andaban revueltos y muy ofendidos con nuestra incursión porque nuestras guerras carecían del sentido del honor y de la belleza, dado que nuestros tubos de trueno sembraban los campos de muertes baldías e indecentes. También nos contó Buahan que muchos de sus hombres habían nacido en el destierro al que fueron condenados por Almanzor, culpable de la

decapitación de Kekuatán, el legítimo sucesor por línea genealógica que entroncaba con la tradición de los huevos encontrados junto a las cañas de bambú por el príncipe Bikusigara. En consecuencia, según decía, teníamos razones de sobra para ser amigos, siempre y cuando abandonáramos el bosque sagrado que habitaban en feliz convivencia con los espíritus de la naturaleza y nos limitáramos, por ejemplo, a la ocupación de los poblados de la costa y la montaña. Buahan propuso que sangráramos las palmas de nuestras manos con espinas de pez, hiciéramos derramar nuestra sangre en un mortero y la bebiéramos mezcladas con chía, el licor caliente destilado por los hombres sin cabeza. El chamán terminó su intervención con una amable invitación a los presentes a celebrar estas paces con cangrejos de río, sopa de nido de vencejos de las cuevas aromatizadas con cidronela y flores con sabor a pescado.

Escoltado por los rodeleros, me acerqué para excusarme y explicarle que no disponía de atribuciones para sellar ese pacto queme proponía, pero que trasladaría su propuesta al nuevo gobernador de Ternate. Aún así, debía entender que no renunciaríamos a nuestro derecho a pisar el interior de la isla, al menos mientras allí se ocultaran Quichil Rak y su corte con armamento y especias que pertenecían por pleno derecho al rey de Portugal. Al oír mi respuesta, uno de los nativos se acercó al chamán, sin guardarle el debido respeto ni inclinarse por debajo de su cabeza, y le derribó de un fuerte empujón. Buahan se repuso con dignidad y sacó de su brazalete una mata verdinegra de ipo, sopló en dirección a los ojos del indígena que le había ofendido, y le traspasó todo su maléfico poder hasta cegarle por completo y provocar el ominoso castañeteo de dientes que precedió a su mortal desvanecimiento. Los hombres de Quichilidecroix reaccionaron con rapidez. Antes de que pudiera chasquear mis dedos o mandara disparar al aire para recuperar el control de la situación, a Buahan le llovieron tantas lanzas que le atravesaron el cuerpo desde distintos lados y quedó muerto de pie. Apenas unos instantes después caían desplomados al suelo los mismos nativos ternateses que habían incrustado sus lanzas en el cuerpo del chamán, asaeteados por los

hombres sin cabeza, que lanzaban desde sus escondrijos colmillos de cocodrilos y púas infectadas de babas pegajosas de cangrejos peludos, con flexibles zurriagas de una resina que solo ellos conocían y disparaban con una sin par habilidad, utilizando el índice y el pulgar de sus manos en forma de horquilla. Llegaban sus colmillos y púas en una proporción de quince a uno con respecto a cada bala de nuestros lentos arcabuces. Sin embargo, los destellos del color naranja del palo ipil con el que lavaban sus chamarretas y faldellines vegetales empezaron a descubrir sus posiciones, como si a la muerte del chamán caducara el hechizo de la invisibilidad y la perfecta mimetización con la naturaleza, y se convirtieron en sencillas dianas para que los arcabuceros pusieran a prueba su pericia a la hora de cargar y su puntería.

En un momento de descuido, mientras abría su gigantesca hoja de tamarindo en la que guardaba el preciado espumajo venenoso, Kubu fue alcanzado por un certero disparo que le rompió el corazón en dos partes. Kubu despertaba tal sentido de la emulación entre sus compañeros que su muerte puso fin a la escaramuza, pese al afán perseverante y combativo que siempre mostraban los hombres sin cabeza. También ellos habían empezado algo que no pudieron terminar.

Tras las muertes de Buahan y Kubu, di por terminada la expedición de búsqueda de los arcabuces, la pólvora y el clavo que el sobresaliente español Luis del Molino ya había trasladado desde el baluarte a un lugar difícil de determinar, teniendo en cuenta la ventaja añadida del conocimiento del terreno. Por otra parte, debía admitir nuestra derrota frente a la hostil naturaleza; bajo una lluvia torrencial, sufríamos las picaduras de ciempiés venenosos y la insidia insoportable de unos ácaros invisibles que atacaban vorazmente nuestros párpados y mejillas, causando tales hinchazones que teníamos dificultades para reconocernos unos a otros.

En el camino de vuelta a la playa encontramos a varias familias de nativos que tuvieron la suerte de huir al comprobar los efectos de los vendavales de plomo que salían de las bocas de nuestros cañones y arcabuces. No sabíamos si por falta de rencor o por miedo,

compartieron con los soldados todo lo que tenían, un guiso aliñado con aceite de coco y amarilleado por una raíz del bosque, y unas tortas calientes hechas con manteca, coco rallado y azúcar. Llegamos a sentirnos incómodos con esa amabilidad de anfitriones que no nos habíamos merecido, pero se empeñaban en curarnos los aguijonazos de los ácaros y los ciempiés con la resina roja del árbol de la sangre y nos prestaban sus propias esterillas de palmas y hebras de palmera, que utilizaban a modo de mantas, para que el frío y la humedad de la noche selvática no se clavaran en nuestros costados como cuchillos vizcaínos.

Reinaldo y Moluquia habían regresado a su antigua cavidad montañosa, oscura y oculta tras un visillo de agua que a su paso dejaba un murmullo antes de romper con estrépito sobre las rocas basálticas. Allí les sorprendió la noticia de las heroicas muertes del chamán Buahan y el guerrero Kubu, envolviendo en un halo de melancolía los primeros días de su nuevo periodo de exilio. Se organizó un gran tumulto en el reparto de las pertenencias de Buahan y Kubu, escasas para tantos pretendientes que aspiraban a llevarse un recuerdo imperecedero de los valientes héroes. Moluquia tomó la palabra en las exequias para agradecer los viajes chamánicos que Buahan hizo a diario para pedir a los espíritus no solo que no se llevaran su cuerpo, sino que le devolvieran la memoria y la salud. También habló con lágrimas en los ojos de Kubu, aquel niño travieso que robaba calabazas en las huertas de los poblados y que le regalaba abanicos y sombrillas hechas con hojas de palma, cuando todavía no tenía edad para merecer la guerra, ni para cumplir su venganza en nombre de su padre, Jantán, el fiel soldado de la corte de Kekuatán.

El funeral reunió a los hombres sin cabeza y algunos de sus viejos y encarnizados enemigos, que de alguna manera pretendían seguir siéndolo pese a la tregua que recomendaban las circunstancias. Quichil Rak no daba la sensación de querer ofrecer ningún indulto, seguía respetando los derechos de la reina madre y estaba dispuesto a nombrar regente a Quichilderede, el primogénito de Almanzor, hasta que Raja Miu alcanzara la mayoría de edad y

pudiera ser proclamado sultán; es decir, el ministro no respetaba la línea sucesoria de la dinastía de Kekuatán, legítimo heredero de Lulublán, la hija de la pareja original que hablaba el lenguaje de los primeros atunes que se adentraron en el mar y de las primeras palomas que surcaron el cielo recién hecho, mucho antes incluso de que los cangrejos alados trajeran la magia…

XXV
EL DESTINO Y LOS VIENTOS REPARTEN SUS CARTAS

EL OCÉANO PACÍFICO PIDIÓ EL PAGO DEL PRECIO por dar a conocer sus hondos secretos. Los vientos adversos se encargaron de traer de vuelta a las Molucas a la nao Trinidad. Uno de sus pocos hombres sanos, el escribano onubense Bartolomé Sánchez, llegó al puerto de Talangomi a bordo de una canoa, con una carta firmada por el capitán Gonzalo Gómez de Espinosa, solicitando ayuda para trasladar su embarcación desde el puerto de Benaconora, donde se hallaba fondeada con la más pequeña de sus anclas, por falta de brazos más fuertes y saludables para lanzar la mayor. Del medio centenar de marineros que partieron seis meses atrás en busca de las costas gobernadas por Hernán Cortés en Zihuatanejo, habían sobrevivido dieciséis pero solo siete estaban en disposición de faenar; de manera que no podían hacer tareas simples como recoger las velas, soltar las ataduras de la yola o levar las anclas mayores de la embarcación. Fueron víctimas de la ponzoña en una aguada, y a la espera de los vientos alisios del oeste sufrieron un temporal de cinco días de duración de tal magnitud que rompió el mástil mayor en dos partes, devastó las jarcias y destrozó los castillos de proa y popa. Desde ese momento, las velas ya solo resultaron útiles para envolver los cuerpos de los muertos con la piedra de lastre que ataban a sus pies para garantizar su descanso en las profundidades marinas, a salvo de las dentelladas de los tiburones.

El capitán Mendo Baldaya me encargó el rescate de la nao Trinidad y me puso al mando de una carabela, una caracoa ternatesa y una fusta, con precisas instrucciones: debería hacer uso de la fuerza si los tripulantes no se daban por presos o se resistían a entregar las armas, las cartas náuticas y todas sus pertenencias personales. Entramos al abordaje con las espadas en alto, pero comprobamos que los marineros que se mantenían en pie sobre la cubierta podían ser derribados de un solo soplido y nos recibían con una sensación de alivio y rescate. Llegamos creyendo ser sus adversarios, pero nos tomaron como sus salvadores. Todos parecían alegrarse de nuestra presencia salvo el capitán Gonzalo Gómez de Espinosa, que me presentó personalmente su protesta por la incautación de las anotaciones de los cuadernos de la navegación magallánica, con todos sus secretos y misterios:

—Esto es un ultraje digno de mercenarios —me dijo el capitán Espinosa, sacando de sus adentros las pocas fuerzas que le quedaban.

—Cumplo órdenes estrictas del nuevo gobernador de Ternate, Antonio de Brito, y del capitán Mendo Baldaya —le contesté sin alterarme, mientras invitaba a mis hombres con un ligero palmoteo de manos a requisar toda la documentación, además de las cartas náuticas, los astrolabios, los cuadrantes, las brújulas, los relojes de arena y un curioso artilugio de madera que se sujetaba al cable de nudos con unas clavijas y se echaba al mar desde la popa para medir la velocidad de la embarcación.

—Le recuerdo que nos encontramos en aguas que pertenecen a la demarcación de Castilla y en una embarcación fletada por su emperador.

—Le aseguro que el capitán Baldaya estará deseoso de debatir esto con usted.

En realidad, Baldaya ya no quería perder su tiempo en discutir con españoles las causas de aquella guerra en las antípodas de la propia península ibérica que ni una ni otra nación, con sus realezas emparentadas por partida doble, estaba dispuesta a declarar ni reconocer oficialmente. El ser humano no había realizado ningún

avance significativo desde los tiempos de Ptolomeo en la ciencia de medir la longitud en el mar y hacer rayas sobre las olas. Esa era la razón por la que las delegaciones de astrónomos, geógrafos y pilotos de ambos reinos habían abandonado la cumbre concertada en el puente fronterizo de la ribera del Caya, sin dar una solución al grueso problema de describir la línea imaginaria que debía trazarse a 370 leguas de Cabo Verde.

A ojo de buen cubero, calculé que se habían echado a perder tres cuartas partes de la carga de clavo de la nao Trinidad, que trasladaban mal estibadas, en unas adversas condiciones de humedad por falta de hombres disponibles para achicar el agua de la bodega. Nos inundó un elevado sentimiento de compasión, propio de hombres de mar que viven según ciertos códigos que van más allá del color de los pendones reales que defienden; les trasladamos en parihuelas, con todo el cuidado y el respeto que se merecían aquellos pobres diablos que habían perdido toda esperanza de llegar a Nueva España; es más, ni siquiera podían salir del barco por su propio pie.

Chechilidecroix nos esperaba en el puerto de Talangomi para tomarse la justicia por su mano con Pedro Alfonso de Lorosa, a quien acusaba de participar en la trama del envenenamiento de su padre, el rajá Abuleis. Me negué a entregarle a Lorosa si no era con una orden del nuevo gobernador, Antonio de Brito, pero le aseguré que resultaría mucho más fácil concentrarse en dar su testimonio y reunir las pruebas que demostraran que se había pasado al enemigo y ofrecido a los españoles los mapas de los mares del sudeste asiático que permitieron regresar a Juan Sebastián Elcano con su tripulación.

Lorosa declinó hablar con Mendo Baldaya, escudándose en un fuerte dolor de cabeza, pero el capitán le contestó que pronto encontraría la solución a sus males en el filo del hacha que le decapitaría por traidor. Estaba claro que su suerte estaba echada. Un día después optó por la misma excusa del fuerte dolor de cabeza para no decir una sola palabra en su defensa ante el tribunal militar que le condenó a una pena de muerte que aceptó resignadamente, como el mejor remedio para salir del estado de profunda tristeza en que cayó después de perder a su esposa, a sus dos hijos y a su criado Manuel,

en el transcurso de aquel viaje a ninguna parte. Su cabeza quedó expuesta durante varias semanas en una pica en la playa de Ternate para satisfacción de Chechilidecroix.

Lorosa pasó a mejor vida el mismo día que definitivamente se fue a pique la Trinidad, una nave que llevaba impregnada el espíritu de Magallanes y su aventura de abarcar la dimensión entera de la tierra; era la más barata de las cinco naos compradas en Cádiz por el factor Juan de Aranda y, sin embargo, la elegida como capitana por sus excelentes condiciones de gobernabilidad, fortaleza y estabilidad. Antes de zozobrar por completo y reposar para siempre sobre un fondo de corales marinos, las tablas de su casco, el trinquete, la mesana, el bauprés y parte de su arboladura fueron rescatados para dar vida a empalizadas, almacenes y muebles del interior de la fortaleza de Ternate, donde fueron perdiendo con el paso del tiempo su valor de reliquias.

El capitán Baldaya y yo anduvimos un día entero embebidos en la lectura del diario de navegación de Magallanes y el cuaderno de bitácora de la expedición que se embarcó en la Trinidad. En cada línea podía intuirse el carácter reservado, beligerante y hosco de un hombre que sabía enaltecer y deshonrar con la misma facilidad. Quedaba claro en los textos que nunca hubo enfrentamientos entre portugueses y españoles, sino entre partidarios y adversarios de Magallanes. Mientras leía los episodios de su travesía podía intuir sus paseos a pata coja por la cubierta, su piel tostada por el sol, sus cicatrices disimuladas por su hirsuta barba oscura y esos ojos negros que se hundían bajo espesas cejas e inspiraban confianza o miedo, según la persona que lo mirara o la complejidad de cada momento que se compartiera con él. Le imaginaba leyendo a la tripulación la instrucción 39 de las órdenes reales que le obligaba a no interrumpir el viaje bajo ningún concepto, salvo la falta de mantenimiento; debió ser emocionante verle preguntar en voz alta «¿Por quién estáis?» y oír la respuesta de sus hombres leales, «por el Rey Nuestro Señor y vuestra merced», antes de acabar con dos cañonazos y seis disparos con aquel motín encabezado por el mismísimo veedor del rey de España, Juan de Cartagena.

Mendo Baldaya chasqueó los dedos con una estudiada elegancia para que le trajeran a su presencia a sus invitados, el capitán Gómez de Espinosa y su escribano, Bartolomé Sánchez. No podía disimular la curiosidad y hasta cierto punto, la admiración que sentía por la figura de aquel alguacil casi iletrado que intervino en favor de Magallanes en el motín de la bahía de San Julián y que ahora se sabía marcado por el estigma de la derrota, después de impulsar a sus hombres hacia la búsqueda de un destino improbable por una ruta peligrosa y desconocida.

El destino y los vientos habían repartido sus cartas. Desde Cabo Verde llegaban noticias a Malaca del paso de Juan Sebastián Elcano. Un destacamento portugués consiguió apresar algunos de sus hombres al intentar aprovisionarse de víveres y agua dulce, pero se supo que la nao Victoria continuaba rumbo a Sanlúcar de Barrameda, en busca de la primera circunnavegación del mundo, con una carga de clavo que alcanzaría al llegar la nada despreciable cifra de veinticinco mil ducados, después de recorrer más de catorce mil leguas en tres años menos catorce días, menos quince para quienes se negaran a aceptar que se ganaba un día entero en el cómputo de una vuelta entera al globo. Lo cierto es que la treintena escasa de supervivientes de la expedición de Elcano fueron elevados en España a la categoría de héroes, previo paso por la Sala del Crimen de Valladolid, donde declararon sobre oscuros detalles de la travesía; mientras tanto, aquellos hombres que quedaron a las órdenes de Espinosa, aun teniendo la suerte de contarlo, se convirtieron en los grandes perdedores de aquella gran partida que se jugaba en los mares y consistía en arrancar los últimos secretos al viejo mundo.

—Tendrán que aceptar mis disculpas, pero tendré que retenerles en esta inhóspita tierra hasta que lleguen órdenes precisas desde Malaca —dijo Baldaya con su tradicional cortesía a sus invitados, que continuaban maltrechos, pero no habían querido quedarse ni un solo día más en el hospitalillo del puerto de Talangomi.

Las criadas jorobadas, antiguas servidoras del sultán Almanzor, ponían sobre la mesa de su camarote en el Bom Sucesso un típico

almuerzo moluqueño: arroz y pescado crudo con pimienta y una jarra rebosante de zumo de limón.

—Quiero presentar ante vos mi más enérgica protesta por la confiscación de los derroteros y los instrumentos de navegación de la Armada de Su Majestad, así como del trato de grilletes que habéis dado en todo este tiempo a mis hombres de la guarnición en Tidore… —se quejó formalmente el capitán Espinosa.

—Está bien, pero nada ni nadie debe privarnos de un rato de amable conversación. Siéntanse cómodos, por favor, siempre me interesó el papel del destino en la vida de los hombres… —dijo tranquilamente Mendo Baldaya mientras se quitaba su sombrero florentino y se atusaba el flequillo, colocándolo ordenadamente a uno y otro lado de la raya que dividía su cabeza en dos grandes matas de pelo.

—Que muriera un hombre cada dos días en los dos últimos meses de navegación no fue cosa del destino…

—Deberíais explicaros mejor…

—Debería explicarlo mejor Chechilidecroix.

—¿Qué podría tener que ver ese nativo del demonio con las tempestades oceánicas, con el escorbuto, con la falta de víveres o de agua…?

—Chechilidecroix sabía que haríamos aguada en la isla de Quimor y mandó envenenar el pozo.

—La isla de Quimor es fiel al sultanato de Tidore, tal vez tendríais que apuntar a otro culpable, si lo hubiera…

—El barbero Marcos de Vaya determinó que la causa era el agua emponzoñada de Quimor. Los pacientes se le morían uno a uno, ya hiciera sangrías o dejara de hacerlas con las lancetas y las pinzas que guardaba en su bacinilla de azófar. Le vi trabajar con su piedra de afeitar, su navaja y su espejo, descerrajando los cuerpos de los fallecidos para descubrir en sus venas abiertas y en la sangre derramada los efectos del veneno. Agua emponzoñada, ese fue su diagnóstico final antes de fallecer por la misma causa.

—Tal vez sea cierto, pero nada de extraño veo en que ellos usen venenos y nosotros, cañones y arcabuces; al final, perseguimos lo

mismo en la guerra: la muerte del adversario…

—Nosotros no hemos usado cañones y arcabuces para matar, sino para saludar o advertir.

—Espero que sepáis disculpar, porque forma parte de nuestra obligación, que hayamos leído con atención vuestro diario en esos días terribles y me ha llamado la atención que hayáis escrito que visteis a Dios…

—Cuando tienes el palo mayor roto en dos pedazos y has perdido las velas y el castillo de proa, aprendes a rezar con toda la devoción que no hayas sido capaz de tener en toda tu vida. Pedimos a gritos la ayuda de Dios sacramentado y se presentó ante nuestros ojos…

—He leído que decís que Dios es de color azul…

—San Telmo nos lo presentó como lo que es, un fogonazo que no arde, una llamarada de color azul violeta que se posó sobre lo que quedaba de nuestro mástil en medio de la tormenta para que entendiéramos su voluntad…

—Entiendo que no sea fácil entender la voluntad de Dios…

—Entiendo peor la voluntad de los hombres, ¿Habéis decidido ya lo qué haréis con nosotros…?

—Si no recibimos una orden contraria en los próximos días, partiréis en el primer barco que salga con destino a Banda y Malaca. Os aseguro que volveréis a casa, aunque es posible que paséis una temporada en la prisión del Limonero, en Lisboa, mientras se aclara el futuro de estas islas…

—Ya veo que estáis dispuesto a ayudarnos en nuestro propósito de terminar de dar la vuelta al mundo —contestó el capitán Espinosa con cierto sarcasmo.

—Os haré la vida lo más placentera posible en todo este tiempo, esa es mi obligación, siempre que demostréis vuestra voluntad de colaborar en cierto asunto…

—Solo si es un trato razonable que beneficie a mis hombres y no perjudique a los intereses del rey de España, a quien seguiré sirviendo.

—No faltarán en todo este tiempo arroz, ñames, papayas y

plátanos en las escudillas de vuestros hombres, pero tendréis que pedir a vuestro sobresaliente Luis del Molino que se entregue y traiga con él las armas y el cargamento de especias que vos no pudisteis cargar en vuestras bodegas.

—El clavo fue comprado a un precio justo y pertenece a la Corona española.

—A un precio excesivo, diría yo, pero no discutiré si os pertenece o no, porque será el precio de vuestra comida y de vuestro viaje de vuelta —aseguró Mendo Baldaya, cabeceando nerviosamente a la espera de una respuesta.

—Tendríais que añadir algo más en ese acuerdo: ni mazmorras ni grilletes para mis hombres en todo ese tiempo…

—Contad con ello…

—Aunque yo no soy la persona más indicada para pedir tal cosa a Luis del Molino…

—Ya he leído las actas del tribunal que juzgó el motín de San Julián y sé que participasteis en la condena de Luis del Molino a decapitar con sus manos a su señor, Gaspar de Quesada… No he pensado en vos para ese cometido… —dijo Baldaya, mientras dirigía la mirada a Bartolomé Sánchez.

A la mañana siguiente, Gonzalo Gómez de Espinosa escribió una carta, con su singular y calamitosa caligrafía, explicándole a Luis del Molino todos los detalles de su desventura camino de Zihuatanejo y dejando a su leal saber y entender la mejor decisión con la que honrar a sus compañeros. Envolví cuidadosamente la misiva en una caña de bambú para evitar que la lluvia o la humedad derritiera la tinta y dejé la caña parlante —así llamaban los nativos a esta forma de correspondencia— en manos del escribano Bartolomé Sánchez.

Esta vez me ocupé de acertar en la contratación de dos buenos guías tidoreses, a quienes prometí su libertad y la de sus familias si culminaban con éxito la empresa de hallar en la espesura de la selva al sobresaliente español. Apenas una semana después, Bartolomé Sánchez trajo de vuelta al sobresaliente fugitivo, Luis del Molino,

con una recua de nativos que cargaban en cajas y baúles la preciada carga de arcabuces, pólvora y clavo.

XXVI
EL ÚLTIMO VIAJE A CANTÓN

EL AJUSTICIAMIENTO DE PEDRO ALFONSO LOROSA recordó a Reinaldo que su cabeza también tenía un precio y que su discurso de aventurero apátrida y loco de amor, por muy poético y enternecedor que resultara, no le libraría de morir en la horca o mucho peor, de terminar achicharrado en una hoguera condenado por connivencia con hechiceros por un tribunal inquisitorial. Tago y la tripulación malaya opinaban que había llegado el momento de recuperar el plan original: tomar el botín de especias que se habían ganado a pulso con sus mercaderías, rescatar la embarcación que ocultaron bajo ramas en un lugar apartado de la costa noroeste de la isla y hacerse a la mar para hacer lo que mejor se les daba, grandes negocios. Entonces, Reinaldo señaló en el mapa la dirección de la desembocadura del delta del Cantón, en el sudeste del continente asiático, donde los comerciantes chinos apreciaban el clavo de las Molucas tanto o más que en Europa.

Reinaldo propuso a Moluquia que le acompañara en su viaje al delta del Cantón y consiguió convencerla de la necesidad de escapar del interior de la isla con sus pormenorizadas observaciones sobre la edad media de los hombres sin cabeza, que no alcanzaban ni la mitad de los años de los nativos de los poblados de la costa y de la montaña, por culpa de la insana atmósfera de los lamedales del bosque, la voracidad de los caimanes del lago y el maléfico viento del sudeste, que atravesaba la boca del volcán y luego se enredaba en las

altas copas de los pinos y los durianes, causando efectos nocivos como hinchazones en el pecho, deformaciones de cintura y tal debilidad en las piernas que algunos adolescentes renqueaban y mostraban dificultades a la hora de marinear por los árboles…

—Solo me marcharé si me prometes regresar.

—Tienes mi palabra.

Y Moluquia decidió marcharse después de mirarle fijamente a los ojos y asomarse al fondo de su alma. Sabía que Reinaldo podría faltar a su palabra por razones que escaparan a su voluntad y su control, pero que nunca le mentiría. Esa misma tarde, Moluquia le pidió a Nachil que la acompañara en ese lejano viaje, pero su hija vestía todos los días sus más elegantes faldas de fibra, se sonrojaba los labios con betel y se embellecía las mejillas con corales molidos, como si no existiera el mañana y ese preciso día fuera siempre el del regreso de su amado, Hernando de Bustamante. Entre las muchas excusas que tenía para no embarcarse y permanecer al filo del acantilado puso el cuidado diario que precisaba la choza del bosque de techos de bálago, su nido de amor, porque alrededor vivían las anay, unas hormigas blancas que intuían los lugares deshabitados y devoraban los sueños abandonados al mismo tiempo que las maderas, las ropas y los jergones…

Ya se sabían de memoria los colores, los sonidos y los aromas del mar de cada hora del día de tanto mirarlo… Nachil y sus amigas decidieron quedarse a la espera del regreso de los barcos y perseguir sus sueños como a las mariposas moteadas de mil colores que frecuentaban el filo del acantilado y hacían más llevadero el paso del tiempo. Decía que irse de la isla sería como hacerle trampas a su corazón y defraudar sus esperanzas; había vivido los últimos años de su vida por amor y aún sin saber si sería correspondida, ni tan siquiera si volvería a verle, tampoco le importaría morir enamorada porque la muerte y el amor eran partes de un mismo hechizo.

El viaje a Cantón estaba hecho a la medida de las nativas que ya nada esperaran de lo que pudiera depararles el destino. Por ser la soltera de mayor edad y dominar los secretos de los corazones de las mujeres de Tidore, Tunkatu invitó a la incierta aventura a siete nativas que se hallaban tan desoladas como lo estaba ella desde la marcha de Juan de Campos; mujeres sin esperanza alguna de volver a encontrarse con sus amantes porque habían sido enviados en calidad de prisioneros por el gobernador de Ternate a islas lejanas como Java, Banda y Malaca.

Aprovechando los primeros vientos del otoño, Reinaldo y Tago llenaron su embarcación con las especias convenidas con Quichil Rak y una partida de flechas de puntas envueltas en conos de madera para cazar aves del paraíso. La singladura tuvo su primera parada en la isla de Arus. Allí pasaron varios días, encaramados en las ramas de los pinos y los castaños, esperando las danzas nupciales de las manucodiatas para matarlas con golpes secos e incruentos que permitieran a los compradores seguir creyendo que no se posaban nunca en la tierra y solo morían al caer agotadas después de una existencia de perennes vuelos. Las preciadas plumas de aves del paraíso les reportaron oro en Tubuzu; con la venta del oro adquirieron cinamomo y canela en Mutir; gracias al cinamomo y la canela, compraron a unos comerciantes camboyanos que hacían la ruta entre Malaca y la Conchinchina una fusta más amplia, estable y apropiada para tan largo periplo…

Reinaldo describió en su cuaderno de bitácora algunas de las maravillas que contempló en ese viaje a bordo de la fusta camboyana por aguas centelleantes y playas salpicadas con conchas de mil colores y caracolas de infinitas y caprichosas formas; lagartos de ojos saltones y grisáceos ciempiés del tamaño de serpientes que caligrafiaban sobre la arena huellas de origen prehistórico; tiburones moteados de lunares blancos, que arrastraban sus aletas gigantescas y pesadas por los lechosos fondos marinos, sin mostrar la más mínima inquietud o belicosidad pese a la proximidad humana. Reinaldo tenía la buena costumbre de describir lo que veía y, en cambio, dibujar sin reseñas a pie de página lo que se imaginaba, aunque fuera

sobre la base de criaturas reales; por eso se sabe que los lagartos, los tiburones y los ciempiés existían y, en cambio, no podía darse por probable la existencia de esos pájaros que se alimentaban con el corazón de las ballenas que salían a la superficie o esos otros monstruos híbridos con cabezas de pollo y colas de pez que dejó bosquejados en sus planos portulanos, sobrevolando los entrantes y salientes de islas perfectamente delineadas.

Consta que la tripulación de Reinaldo pasó por Banda, donde se comerciaba a muy buen precio con macis, jengibre, pimienta y nuez moscada. Camuflados con unos sombreros cónicos de paja, desembarcaron en Java y liberaron al sobresaliente sanluqueño Diego de Arias, al marinero Juan Genovés, al grumete Juan Navarro y al viejo despensero Juan de Campos. Lo consiguieron con relativa facilidad gracias a la complicidad de unos comerciantes de Choromandel y al régimen de relativa libertad que disfrutaban los prisioneros, sin mazmorras ni grilletes, en espera de ser trasladados a Malaca.

Tunkatu se pasó tres días de navegación enteros abrazada a su viejo amante, Juan de Campos, como si fuera el último hombre que quedara en pie sobre la tierra. Se empacharon de amor y de dátiles, pasas y almendras de Balicaloa. Al llegar a Malaca se disfrazaron de comerciantes árabes que pretendían tafetán, damasco y terciopelo al mejor precio y se perdieron en medio de ese hervidero de gente que pululaba por su puerto. Tuvieron dificultades para reconocer a sus viejos amigos porque unos días de estancia en esa península bastaban para convertir a los prisioneros en cadáveres andantes. Los vientos que allí soplaban eran los más dañinos de Asia, escamaban la piel, hacían caer el pelo y producían ahogos. Les encontraron a todos sucios, calvos y macilentos, pero vivitos y coleando, salvo al lombardero belga maese de Pedro, que no resistió los cambios constantes de temperatura, ni tal vez la pena que le produjo saber que no iría a parar a la prisión lisboeta del Limonero como el resto de sus compañeros. El gobernador de Malaca le había comunicado que necesitaba artilleros como él, que supieran y pudieran conquistar archipiélagos enteros con un solo cañonazo. Maese Pedro murió en

compañía de sus viejos colegas, después de brindar un último concierto de veinticinco toses seguidas que sonaron a poéticas salvas de despedida.

Algunas semanas después consiguió ampliar la nómina de su flota con las incorporaciones del escribano Bartolomé Sánchez y los sobresalientes Alonso de Coto y Luis del Molino. Sin llegar a proponérselo, lo que solo parecía una tapadera se había convertido en un rentable negocio. Juntos continuaron la ruta que les condujo a Siaca para comprar piedras de puerco espín, palos de aloe y almizcle; y a Catabusa, donde mercadearon con algalia, cera y alcanfor. Reinaldo y sus hombres alcanzaron tal grado de credibilidad, seriedad y responsabilidad en sus sucesivos negocios que llegaron a ser conocidos como la Compañía Mercante Hispano-Tidoresa. Al llegar al delta del Cantón, fueron requeridos por los embajadores de Biznagar, Samurín, Aracán, Bengala y de otros reinos de insospechada existencia para intercambiar especias de las Molucas por sedas, porcelanas, oro del sudeste africano y caballos árabes de delicadas crines. Así consiguieron cerrar la que se recordó como la última gran operación comercial de la historia de Cantón; apenas unos meses después, las fronteras chinas se cerraron a cualquier negociación con el mundo exterior.

Reinaldo habría seguido allá donde les llevaran sus nuevos sueños de naviero, en busca de puertos que no aparecían en las cartas náuticas —mucho menos en su huevo de avestruz en forma de globo terráqueo—, pero Moluquia también tenía que cumplir su propio destino y le recordó su antigua promesa. Ambos se despidieron de sus compañeros de tripulación como si fueran a verse de nuevo, pero todos sabían que la aventura había tocado a su fin. Unos aseguraban que sus caminos se separaban porque Reinaldo y Moluquia pretendían mantenerse eternamente jóvenes, bañándose en las fuentes de la ladera del Kiematabu, y otros que habían recibido la llamada de misteriosos espíritus con los que mantenían inextricables vínculos…

Pero lo cierto es que Reinaldo había oído en Malaca el rumor de la inminente llegada a Tidore de una flota española compuesta por

siete embarcaciones. Juan Sebastián Elcano estaba cumpliendo su promesa de dar una segunda vuelta al mundo mucho más rápida y rentable que la primera. Las siete naves habían partido del puerto de La Coruña y se enfrentaban a los peligros de la navegación a través del estrecho descubierto por Magallanes en el primer periplo, pero ahora con un mayor número de provisiones y seguros de no dar innecesarios rodeos. No obstante, otros informes confidenciales del embajador de Portugal en España notificaban la impericia del principal responsable de la nueva armada, el comendador de Barbales, fray García Jofre de Loaysa, un caballero hospitalario de la Orden de San Juan sin una sola proeza oceánica en su hoja de servicios, ni tampoco un solo hecho digno de mención que no fuera su capitulación en la isla de Rodas ante el asedio de Solimán el Magnífico.

XVII
LA VISTA DE LAS ÁGUILAS HAMBRIENTAS

DESPUÉS DE CONTEMPLAR MIL AMANECERES Y OTROS tantos atardeceres desde la más alta cresta del acantilado, después de centenares de avistamientos de supuestos barcos que no eran sino sombras fantasmales vagando por horizontes brumosos, Nachil y sus amigas detectaron en la lejanía la presencia de una embarcación española con esa vista de águilas hambrientas que habían desarrollado después de mirar tanto tiempo al vacío.

Desde el puesto de mandos del galeón portugués Bom Sucesso, contemplamos la silueta de la nao Santa María de la Victoria, así llamada en recuerdo de la primera que circunnavegó el mundo, recortándose sobre el fondo del volcán Kiematabu en busca de las mansas aguas de la bahía. En el caso de confirmarse que los siete barcos españoles hubiesen superado los peligros de la navegación oceánica y vinieran escalonadamente por la ruta señalada, se haría indispensable la solicitud de refuerzos a la base de Malaca, ya no para defender la plaza de Tidore, sino para evitar un desembarco español en Ternate. El gobernador, Antonio de Brito, sabía que no podía defender por mucho tiempo la fortificación de la isla vecina con medio centenar de hombres y, como no estaba dispuesto a poner en peligro su dominio del resto del archipiélago, ordenó a los soldados portugueses del destacamento que abandonaran la posición en Tidore y regresaran a su lado en Ternate con todo lo que encontraran de valor.

No disponíamos de ninguna noticia rigurosa sobre la travesía de la flota española, salvo el episodio acaecido meses atrás con una carraca portuguesa de la que tuvimos noticias gracias a su capitán. Su relato pareció tan increíble y desmesurado que fue obligado por tres veces a jurar por los Santos Evangelios que todo lo que creía recordar se correspondía fielmente con lo cierto. Según su testimonio, las dos embarcaciones más rápidas de la flota del general Loaysa, que se dirigía a las Molucas, la galeaza San Gabriel y el patache Santiago, confundieron su carraca con una nave francesa. Por extraño que pareciera, en la pugna por cobrarse la pieza que habían alcanzado, los capitanes españoles se dirigieron a sí mismos los puntos de mira de sus cañones. El propio capitán portugués pasó de ser víctima a mediador para que no se dispararan entre ellos y tuvo que declarar su verdadera nacionalidad —en el Atlántico, al menos, Portugal no estaba en guerra con España—, deshacer el equívoco, conminarles a bajar sus bocas de fuego y a que reflexionaran sobre las fatales consecuencias que tendrían, para sus carreras y sus propios hombres, el uso de bolas pedreras y falconetes contra barcos que enarbolaban la misma bandera. La anécdota ilustraba bien a las claras el talante del enemigo en ciernes: eran tipos de armas tomar que imponían su orgullo sobre cualquier otra consideración, incluso de índole patriótica, y procedían siempre del mismo modo, como si tuvieran la razón en todo y nunca fueran culpables de nada.

El capitán Mendo Baldaya presumía de adivinar lo que ocultaban los barcos al navegar y las mujeres al caminar y aseguraba que ni unos ni otras tenían secretos para él. De la primera de sus aseveraciones dejó constancia al ver pasar la nueva nao española por delante de la proa del Bom Sucesso y realizar unas observaciones que anoté en un apéndice del cuaderno de navegación de nuestro galeón:

«La nueva nao Santa María de la Victoria no es mayor que ninguna de las tres embarcaciones que se abrigan en nuestro puerto, pero está

mejor artillada y resultaría más rápida y ágil tanto en la exploración como en la guerra; sus puntos más vulnerables son los costados, pese a presentar signos de notable estabilidad, y sufrirían en las batallas largas con el retroceso y la conclusión del movimiento de sus propios cañones; sus cordajes son fuertes y sus mástiles más altos que los nuestros, pero el mayor de todos ellos ha quedado dañado por la mar gruesa, si bien es cierto que sus maestros calafates han conseguido una notable restauración sobre la marcha; claramente hace agua pero sus bombas de achique funcionan a la perfección, seguramente porque posean suficiente marinería para atenderlas; llevan el codaste quebrado, sus genoles y curvatones están seriamente dañados y su proa navega resentida; ha garreado mucho con sus anclas por los fondos del estrecho patagónico pero se ha repuesto de todas estas dificultades sin correr el riesgo de agrietarse, probablemente gracias el uso de buenos betunes y barnices que le han ayudado a resistir el ataque de la broma marina…».

—… No empezaremos ninguna batalla que no estemos seguros de terminar ganando —concluyó Mendo Baldaya.

Después de capitanear una docena de barcos y navegar por tres océanos, estaba claro que su experiencia como lobo marino superaba con creces a la que acreditaba en sus relaciones amorosas, aunque nunca puse en duda que las mujeres dejaran de tener secretos para él después de verlas caminar.

Desde la cubierta del Bom Sucesso se oían los vítores y las aclamaciones que en la playa daban, a la vista de la nueva nao Santa María de la Victoria, a los reinos de Tidore, España y Gilolo, y el eco de un aplauso correcto y homogéneo, que venía a demostrar el grado de asimilación de las costumbres europeas que habían introducido en Tidore las tripulaciones de Elcano y Espinosa. El ministro Quichil Rak había puesto fin al exilio de la corte de Raja Miu al conocer el abandono del baluarte por parte de las tropas portuguesas; y sintiéndose respaldado por la llegada de la nueva embarcación española, ordenó su regreso a la costa y levantar nuevas

chozas sobre los vestigios calcinados del viejo poblado.

Al distinguir a Hernando de Bustamante entre los hombres que llegaban a la playa, Nachil dio un salto desde la roca basáltica en la que había consumido casi tres años de su vida, rodeó la pared escarpada y bajó para abrazar y besuquear al hombre de su vida; de nuevo estaba allí, altivo y cautivador, sano y salvo, como se le había presentado en los sueños premonitorios de sus últimas noches. Al comprobar que el batel enviado a la orilla era bamboleado por una avalancha de nativas, que demandaban información sobre el paradero y la suerte que habían corrido sus amantes y los jóvenes tidoreses que un día embarcaron con la promesa de regresar, el capitán español Iñiguez Carquizano ordenó a sus arcabuceros que dieran dos tiros al aire. Nachil desafió el fuego que salía de la boca de aquellos raros cilindros que albergaban el poder de los truenos.

—¿Y Rachil…? —preguntó Nachil, impaciente.

—No pudo venir, pero está bien…

—¿Se encuentra bien…? —las pupilas de Nachil, del color de la obsidiana de la ladera del volcán, se clavaban en los labios de Bustamante para entender sus respuestas.

—Sí, está bien, no te preocupes.

Reinaldo llegó a tiempo de oír las respuestas de Bustamante y le dio la bienvenida zamarreando su solapa para arrancarle las palabras que parecía querer guardarse.

—¡Malnacido…! ¿Dónde está Rachil…?

Uno de los soldados de su guardia sacó a relucir una espada ropera y habría cercenado el cuello de Reinaldo, de no ser por la propia intervención de Bustamante, que levantó su mano derecha para calmar los ánimos.

—Tranquilos todos, por favor…

—Di todo lo que tengas que decir mirando a los ojos de su madre —Reinaldo tomó a Moluquia del brazo para incorporarla a la escena.

—Rachil fue llevado a Valladolid para ser presentado en la corte

y ahora está en Sevilla, aprende castellano y los fundamentos del catecismo en un convento dominico…

Reinaldo apretó el puño, pero reprimió su intención de romperle la nariz porque sintió sobre su hombro la mano de Moluquia y quedó deslumbrado por el brillo de cuarzo que desprendía la mirada enamorada de Nachil.

—Tendréis muchas explicaciones que dar —Reinaldo señaló con su dedo índice a las madres, los ancianos y las jóvenes nativas que buscaban sin encontrar a sus hijos, sus nietos o sus amantes.

El tintineo de címbalos de bronce que preludiaban la jornada festiva del reencuentro fue distorsionándose hasta transformarse en un estrépito de copas y escudillas rotas al caer al suelo, según fue conociéndose que en el viaje de ida de la original nao Victoria habían perdido por enfermedad e inanición a cuarenta y cinco tripulantes y una decena de jóvenes tidoreses; solo dieciocho marineros y cuatro nativos, entre ellos Rachil, habían conseguido llegar con vida a la desembocadura del Guadalquivir. En memoria de todos ellos, se adueñó de la playa una fragancia fúnebre de lirios quemados.

Después de intercambiar detalles con el capitán Iñiguez Carquizano de lo ocurrido en todo ese tiempo, a uno y otro lado del mundo, Reinaldo supo que Rachil había alcanzado el conocimiento de secretos que jamás debían ser rebelados gracias a los esportilleros de la sevillana plaza del Pan, donde pasaba todas las mañanas. Allí hacía de memoria las cuentas de los precios de las ropas, las medicinas y los alimentos que se adquirían en los mercadillos; entendía el sentido del impuesto de la sisa y los privilegios de los hidalgos en las carnicerías, y manejaba las equivalencias de la venta de las especias en maravedíes y ducados españoles, con su correspondiente conversión en piscis moluqueños. Cuando los dominicos que le instruían en la cartilla y el catecismo descubrieron su inmenso talento, a Hernando de Bustamante le negaron que se lo llevara al puerto de La Coruña, o por lo menos eso juraba y perjuraba. Otras versiones apuntaban a los oficiales de la Casa de Contratación, temerosos de que los precios se multiplicaran por mil,

pues también sabía Rachil que en Tidore podían cosecharse más de tres mil quintales anuales de clavo y que Elcano y Espinosa habían pagado aproximadamente dos ducados por cada cuatro quintales. Los dominicos aseguraron a Hernando de Bustamante que podía irse tranquilo porque no permitirían jamás que un joven dotado por el cielo con tantos dones terminara sus días en Sevilla como esclavo, desuellacaras o pícaro, como temía Reinaldo, y que haría una buena carrera al servicio de la familia Ponce de León, una de las más influyentes y nobles de Andalucía, cuando supiera leer, escribir y rezar correctamente.

Reinaldo contó a Carquizano que Espinosa no consiguió llegar a Nueva España y que los supervivientes de su expedición habían sido apresados; que los defensores de Tidore no tuvieron más remedio que rendir la fortaleza, que el poblado quedó reducido a cenizas y que los nativos fueron condenados a vivir por un tiempo en el exilio. Por su parte, el capitán Carquizano le dio la noticia de las muertes del capitán Elcano y del comendador Loaysa, víctimas de la ciguatera provocada por la ingestión de una gigantesca barracuda —el tigre de los mares, llamaban a ese monstruo incomestible— que degustaron los oficiales en la mesa del puesto de mando.

Carquizano no apostaba un solo maravedí porque llegaran sanas y salvas las naos San Lesmes y Santa María del Parral, las únicas que todavía tenían alguna posibilidad de hacerlo, y en cualquier caso temía que lo hicieran mermadas de hombres, artillería y pertrechos. El resto de la armada de Loaysa no había corrido mejor suerte: la Anunciada dio marcha atrás y puso rumbo al cabo de las Tormentas empujada por vientos propicios, la Sancti Spiritus naufragó antes de cruzar el estrecho patagónico y las naves que protagonizaron el incidente con la carraca portuguesa tomaron direcciones opuestas, como era de esperar de embarcaciones que se habían jurado la enemistad; la San Gabriel desertó y regresó a España, mientras el capitán Hoces dirigió la proa de su patache a Nueva España porque los cincuenta hombres que formaban su tripulación no podían llegar más lejos con cuatro quintales de polvo podrido de galleta y solo ocho pipas de agua.

Mientras tanto, el gobernador de Ternate, Antonio de Brito, movió sus tentáculos como un pulpo malayo y mandó al capitán Baldaya a Gilolo para intentar captar las simpatías del rey aliado de Tidore, Catarumbi. Pese a las suculentas ofertas realizadas en formas de piscis, regalos, armas y protección, el rey de Gilolo se negó a poner al servicio de Portugal la pericia de sus guerreros y de sus remeros, que gozaban de una merecida reputación después de ganar las últimas veinte carreras de canoas celebradas con ocasión de distintos enlaces nupciales. Catarumbi decía tener una sola palabra y ya se la había dado a los sultanes de Tidore por unos lazos de sangre misteriosos y preponderantes que iban más allá del campo de batalla y confluirían, en una transmigración conjunta de almas, en el mismo paraíso común. Nunca supo Baldaya si sus argumentos se correspondían con un alto sentido de la mística o con pura charlatanería, pero al menos supo desde el principio que nunca contarían con su apoyo.

A su regreso a Ternate, el capitán Baldaya recibió el alentador informe de los pilotos de las fustas que exploraban la previsible ruta de llegada a las Molucas del resto de las naos españolas. Eran buenas noticias. Habían perdido para siempre el farol de su nao capitana, o lo que venía a ser lo mismo: la flota portuguesa disponía de vía libre y margen de maniobra para atacar y rendir de nuevo la plaza de Tidore, sin necesidad de solicitar refuerzos a la base de Malaca. El capitán Baldaya podría reanudar la guerra de las antípodas porque al fin estaba seguro de terminarla con un rotundo triunfo.

XXVIII
A SANGRE Y FUEGO

Los vientos austros llenaban nuestras velas y nos empujaban a la ensenada de Tidore bajo las fugaces nubecillas lanudas que se desplazaban, como ovejas de un mismo redil, atraídas por la misteriosa llamada del cono del volcán Kiematabu. Los españoles seguían contando con la colaboración de los nativos, siempre y cuando los días nublados que preconizaban infortunios lo permitieran, en la tarea de restaurar con tierra, piedra y madera las partes más débiles del baluarte. Los muros de cortina ya sobrepasaban la altura de la primera línea de palmeras y sobre el bastión bien artillado se perfilaba la silueta de un cañón pedrero. La arena de la playa tapaba el limo mefítico y la ciénaga viscosa, de manera que podía levantarse sobre piso firme el nuevo poblado de chozas de adobe y tejados de grandes hojas de palma.

Desde el alcázar de nuestro galeón contemplé con cierta sorpresa que no parecía inquietarles nuestra presencia y pensé que las esperanzas de los hombres siempre tendían a renacer de sus cenizas. Alrededor del cobertizo, como si fueran ajenos al movimiento de nuestros falconetes —que estaban a punto de empezar a marcar a bombazos ese eje del meridiano que creían de su lado—, los españoles llegados a bordo de la nueva nao Santa María de la Victoria y los tidoreses intercambiaban gallinas y cabras por paños de colores, telas de seda, cascabeles, tijeras, cristales refulgentes, bonetes colorados, anzuelos y quincallería. El ambiente bullanguero

evocaba esos paseos por la plaza de Santo Domingo de Lisboa que me devolvían a la infancia y a los aromas y los pregones de las sardineras, los aguadores, los confiteros, los galleteros y demás vendedores de frutos secos y aguardiente de guindas.

Herido en su orgullo, el capitán Baldaya ordenó zafarrancho de combate para que aquellos feriantes no pudieran representar ni por un minuto más aquella mascarada y siguieran ignorando el poder de las bolas de sus cañones. Ya había mandado dirigir el espolón del Bom Sucesso contra el costado de la Santa María de la Victoria, y tenía dispuesto a sus hombres para el abordaje y la pelea cuerpo a cuerpo con espadas y dagas, cuando se interpuso en su camino un esquife español con una bandera blanca. Aprovechando que se encontraba a tiro de la artillería en elevación fija de la proa y en el mismo sentido de nuestro avance, pensó en recibirles con una buena ráfaga de pólvora, pero oyó decir que el capitán Carquizano quería parlamentar y decidió dar una oportunidad a las palabras, aunque luego se las llevara la misma brisa marina que refrescaba ambas islas vecinas. En realidad, lo único que estaba dispuesto a oír el capitán Baldaya eran los términos de una rendición incondicional, pero aceptó que arriaran su bote para atender a las explicaciones del capitán español. Sus pocas esperanzas de evitar la batalla quedaron rotas con el propio saludo:

—Sean bienvenidos a estas aguas de Castilla —se atrevió a decir Carquizano.

—No pretendáis dármela con queso, capitán: el sultán Almanzor habría bautizado con el nombre de Castilla a sus cien hijos bastardos por un buen precio… —contestó Baldaya, mordiéndose la lengua para reprimir el deseo que tuvo de retarle a un duelo a espada en la playa.

—No me parece digno hablar en esos términos del sultán después de haberle mandado al otro mundo con vuestros mejunjes del infierno.

—Le recuerdo que el sultán acabó antes con la vida del soldado portugués Francisco Serrano con parecidos mejunjes del infierno…

Carquizano rehuyó por unos instantes la mirada desafiante de

Baldaya para solicitar a su asistente que sacara una recua de pliegos amarillentos de un pequeño arcón de madera de cedro y cerradura cobriza. El capitán Baldaya aceptó de mala gana leer ese texto escrito en castellano, pero lo hizo masticando las palabras, sin abrir la boca, de modo que casi no se le entendía lo que decía el encabezamiento de «las instrucciones y órdenes dadas al comendador Loaysa por su majestad el rey de España para la contratación de especiería en las islas comprendidas en nuestra demarcación…». Cuando llegó a esas dos últimas palabras, las repitió acompañadas de su estudiado gesto sardónico de desprecio y devolvió las hojas con remilgos, como si temiera que la tinta exudara veneno:

—Capitán Carquizano, si me he tomado la molestia de venir hasta aquí no ha sido para que me de este panfleto, sino para decirle que estaré encantado de recibirle en Ternate como mi invitado de honor, siempre y cuando abandonen en la fortaleza el armamento y las especias contratadas en Tidore, que es tierra del reino de Portugal…

—Lamento profundamente no poder aceptar tal invitación, pues entre las instrucciones que me han sido encomendadas se cuenta la de garantizar el gobierno de estas islas que pertenecen al reino de España…

—Siento que no sea posible el acuerdo entre hombres de honor y de mar… —dijo Baldaya, mostrando su deseo de poner término a la conversación y recuperar el pulso de su galeón en zafarrancho de combate.

—Creo sinceramente que todavía es posible alcanzar un acuerdo si dejamos las cosas como están mientras se determina el tamaño exacto del mundo y se especifica el número de leguas que se inscriben en un grado de meridiano…

—No pretendáis hablarme como un cosmógrafo y actuar como un filibustero, capitán…

—No somos nosotros quienes quemamos poblados para robar cosechas de clavo e imponer nuestros criterios…

—Todavía estáis a tiempo de evitar una absurda guerra, pero las

condiciones las pondremos nosotros —repuso Baldaya, mientras se masajeaba suavemente los lagrimales con los dedos pulgar e índice de su mano derecha, como hacía cuando empezaba a rebosarse el vaso de su paciencia.

—Os advierto que no le permitiremos que Portugal haga del comercio de las especias su particular monopolio, como hace con las riquezas de África.

—Deberíais conformaros con los tesoros de la tierra que halló por casualidad Cristóbal Colón cuando se dirigía a esta parte del mundo…

—Su hijo, don Hernando, ha demostrado que Persia, Malaca y el sur de China caen bajo nuestra demarcación —dijo Carquizano, dando por sabido lo que solo podía ser causa de escándalo a la vista de Baldaya.

—Estáis ofendiendo la memoria del virrey de la India don Alfonso de Albuquerque y la legitimidad de sus conquistas en Ormuz, Goa y Malaca…

—Lamento, capitán Baldaya, que no quiera dar una oportunidad a la paz…

—Hablarán por nosotros los cañones, capitán Carquizano: a sangre y fuego… —dijo quitándose su sombrero florentino para despedirse amablemente, como si se tratara de un encuentro casual en una calle concurrida de España o Portugal.

El capitán Baldaya subió al Bom Sucesso y anunció que pospondría su ataque hasta la mañana siguiente para aprovechar la luz del día y dedicó el resto de la tarde a advertir a sus soldados de los posibles ardides que emplearía el enemigo; ya estarían avisados de nuestras intenciones de abordaje y nos esperarían con cubos de cal viva para cegarnos o con la cubierta enjabonada para provocar nuestros resbalones. El capitán mandó a los pajes despertar a la tripulación entre las guardias de prima y modorra con una ración extra de queso y miel. Luego los marineros se colocaron turbantes hechos de retales de estibar mercancías para protegerse de una posible lluvia de

astillas, por si alguna bombarda impactara en el trinquete, la mesana o el palo mayor. Los preparativos se dieron por terminados con un gesto lleno de simbolismo sin el que resultaba concebible acudir a la batalla y que consistía en subir a las jarcias, los velachos y los juanetes de proa para dejar colgados allí los relicarios y los talismanes.

Al oír el sonido de los remos de los bateles que nos acompañaban, el piquete de artilleros españoles de guardia nos recibió con varias ráfagas de arcabucería que consiguieron mantenernos a raya. Sonó una caracola marina para anunciar nuestra presencia, el mismo retintín que marcaba el tiempo de la siembra, de las bodas o dela salida y la vuelta de los pescadores. La mayor de nuestras fustas tomó la iniciativa del combate con su culebrina y consiguió abrirnos paso en dirección a la nao española, pero detuvimos nuestra briosa marcha cuando vimos caer delante de nuestras propias narices un par de pelotas admonitorias lanzadas desde el cañón del baluarte. El capitán Baldaya abrió fuego con tres tiros gruesos a lumbre de agua, dos de los cuales hicieron diana y agujerearon el costado de estribor de la Santa María de la Victoria, causando la muerte de un grumete y un considerable revuelo en los callejones de combate, donde se solicitaba la presencia de un barbero y un cirujano para atender a los heridos, y de brazos para hacer funcionar las bombas de achique y de calafates para reparar los desperfectos más urgentes y mantener la embarcación a flote. La batalla se revistió de ciertos tintes conservadores a la caída de la tarde; pero se recrudeció con la puesta de sol, cuando ya casi empezábamos a andar a tientas por los pasillos. Justo entonces, Carquizano reaccionó con dos tiros más a desarbolar que acabaron con la vida del arcabucero que estaba apostado en la cofa y nuestro palo mayor adquirió la silueta de un espantapájaros entre las primeras refulgencias violáceas de la noche.

Los nativos tidoreses vociferaban aterrados desde la orilla porque esos ronquidos broncos y esos destellos granas recordaban las erupciones del Kiematabu y el Gamalama. Decían que era como estar asomados a las mismas bocas de los volcanes. Las bombardas

silbaban alrededor de los barcos como melodías de trompetas apocalípticas y el humo espectral espantaba la niebla y daba a las crestas de las olas cierto tinte etéreo.

Veinticuatro horas después del primer cañonazo, empezó a amanecer bajo un cielo de nubes embetunadas, esas mismas que inspiraban miedos ancestrales a los nativos, y nos quedamos mirándonos frente a frente, fuera del alcance de nuestros respectivos cañones, como aves rapaces que enseñan sus picos y sus garras. Baldaya ganó el barlovento y se puso a salvo de cualquier posible deslumbramiento por los rayos del sol. Había olido la sangre de la nave adversaria y estaba dispuesto a seguir presentando batalla hasta ver descosidas del todo sus costuras, pero todavía se mantenía en el fondo cóncavo de la flecha invertida que dibujaban nuestras fuerzas con la idea de mantener la perspectiva de la batalla; viéndolas venir.

Llegó la hora de los nativos al retirarse las nubes ventrudas. El príncipe regente de Ternate, Chechilidecroix, ordenó una primera oleada de flechas, lanzas y puntas afiladas de cañas de bambú. Respondió el príncipe regente de Tidore, Quichilderede, mandando tensar las zurriagas. En eso eran verdaderos expertos los tidoreses, en abrir el ángulo de sus dedos pulgar e índice para lanzar una lluvia de calabayes emponzoñados con secreciones de cangrejos de río con una asombrosa puntería. Los nativos dilucidaban el vencedor de sus batallas según avanzaran o hicieran retroceder al enemigo, y ello dependía en gran medida de la velocidad y la valentía con las que fueran capaces de recoger del agua sus municiones para volverlas a utilizar.

Y allí apareció la esbelta figura de Reinaldo, tanteando con las plantas de sus pies la resbaladiza plataforma de troncos que seguía al prao real de Quichilderede, soportando los embates de las mareas con el inestable equilibrio de aquellos volatineros que los reyes contrataban para divertir a la corte en los patios de sus palacios. Reinaldo llevaba el torso descubierto y mostraba su piel atezada y una pluma iridiscente enredada en el pelo, con ese aire de agitación propio de quien creía en la invisibilidad que conferían esos penachos. Parecía haber desarrollado en los últimos años aquella

intuición providencial que mostraba en las oscuras calles de Lisboa, cuando regresaba con las faltriqueras llenas de propinas y notaba la presencia de los salteadores como si tuviera ojos en la nuca. Ni un solo detalle delataba su condición de europeo, de no ser por las calzas bragas que le cubrían de cintura hacia abajo.

Esa otra batalla entre nativos no atendía nunca a razonables criterios militares, ni siquiera a las propias órdenes de sus caudillos. Como estos dos bandos podían estar enzarzados hasta el día del juicio final, Baldaya decidió mirar por sus hombres y aprovechar su situación ventajosa para atacar la amura del adversario. Lo hizo con tino, aunque no de la forma más contundente posible; fueron tres leves impactos, aunque suficientes para mandar a pique la nave enemiga de no ser por el buen trabajo que desarrollaba el enemigo en sus sentinas con las bombas de agua para evitar el hundimiento. Cuando todo parecía coser y cantar, un bolaño lanzado a ojo de buen cubero desde la nave española hizo trizas nuestro castillo de proa y, como consecuencia de los astillazos, murió un marinero y se quedaron medio ciegos un grumete y un carpintero. Se resquebrajó el plan de combate y el capitán me ordenó que agitara la bandera de retirada para reconsiderar los daños y la estrategia en nuestro puerto de Talangomi. Mientras tanto, los nativos se quedaron intercambiando flechas y calabayes en una batalla que recordaba las de aquellos desafíos de pandilleros en Lisboa, que terminaban a la hora de la cena cuando cerraban las puertas de las murallas y se daba por vencedor a quien demostrara haber hecho más mella en el contrario en formas de moretones, chirlos y chichones.

Pero el capitán español no aceptó el alto el fuego, aunque el agua inundaba su bodega más allá de la raya que ayudaba a distinguir las situaciones difíciles de las desesperadas, y mandó una expedición de castigo con quince arcabuceros españoles que se repartieron en tres canoas tidoresas. Estaban nuestros soldados llenando el estómago en una de las calas de Ternate. Los arcabuceros enviados por el español Carquizano expandieron el pánico al destripar la olla de los garbanzos y los odres de vino; después dirigieron sus balas a los despavoridos comensales, causando cuatro muertes, las de dos

artilleros portugueses y dos guardias reales de Chechilidecroix…

Entonces Mendo Baldaya reunió y arengó a sus hombres, señalando con su dedo índice a la vela de cebadera donde izó su divisa en grandes letras: A sangre y fuego, se leía. La tripulación bramó al repetir por tres veces la frase, que podía leerse a la distancia de un tiro de cañón. «A sangre y fuego… A sangre y fuego… A sangre y fuego…».

El capitán dispuso la navegación en fila hasta tener al enemigo a la vista, como mandaban los cánones en los casos de superioridad numérica. Sus dos fustas y tres bateles estaban en relativo buen estado y el viento llenaba la gavia del trinquete del Bom Sucesso, que de nuevo ganó la espalda del adversario pese a su desdibujado y renqueante palo mayor. Pasamos por el castillo de popa del galeón español, que tomó la apariencia de la nuca y el hombro de un mitológico gigante, y nuestra artillería roció la eslora enemiga con una ráfaga de tiros en hilera. Desde las praos tidoresas aparecieron por sorpresa soldados españoles que respondieron a nuestro ataque con el lanzamiento de estopas encendidas. Un remolino de humo negro rozó nuestros flequillos y pasó cerca de la vela de mesana y la toldilla. Sus morteretes de proa siguieron disparando con cadencia y una de nuestras fustas se fue a pique por obra y gracia de una ración de metralla de lascas de pedernal, dados de hierro y perdigones. Perdimos un tiempo precioso en arriar la chalupa para rescatar a los hombres, las armas y los pertrechos de la fusta siniestrada.

Entre unas cosas y otras, el sol estaba a punto de ocultarse de nuevo tras el cráter del Kiematabu. Todo apuntaba a un cambio de signo en la batalla, cuando una bola pedrera se anidó entre la andana baja y el tajamar del adversario. Baldaya calculó que la Santa María de la Victoria estaba a un solo impacto más de resquebrajarse ante nuestros propios ojos, y echó toda la carne en el asador irrumpiendo en diagonal por un rombo de canoas aliadas para embestir al enemigo por el costado. Sin embargo, uno de nuestros cañones se soltó de los amarres en el retroceso, despanzurrando a dos grumetes, y el taco de madera de sauce de la bombarda cedió, tal vez porque la recámara del cañón se llenó con más pólvora de la recomendable. Lo

cierto es que la explosión dañó la batería de toldilla y se llevó la mano de un artillero que voló sin dueño como una gaviota herida por encima del alcázar.

Tuvimos que regresar con el Bom Sucesso al puerto de Talangomi para reparar los daños en la arboladura y la línea de flotación; pero antes de abandonar el frente, Baldaya mandó a la fusta, que se mantenía intacta, al acoso de la nao española, de modo que se viera obligada a desportillarse y desvencijarse con sus propios disparos. Estaba herida de muerte, situada a la banda, cerca de la orilla, como un toro en las tablas, pero no terminaba de darse por vencida.

Al día siguiente, el capitán Carquizano tomó la opinión de sus altos mandos sobre el estado de la Santa María de la Victoria. En secreto, y bajo juramento ante los Santos Evangelios, dejó constancia por escrito de la coincidencia de pareceres del piloto, el maestre, los calafates y los marineros con más de una vuelta al mundo a sus espaldas, que en realidad solo eran dos, el artillero Roldán de Argote y el tesorero Hernando de Bustamante. Ya había sido un verdadero milagro llegar tan lejos con los genoles y los curvatones despedazados desde el paso del estrecho magallánico; es más, nadie daba un solo maravedí porque hubiese defendido su prestigio en una batalla tan exigente como la que tuvo que librar.

Ahora la nao estaba rendida y varada en la arena de la playa. La tripulación salvó todo lo que de valor permanecía encerrada en sus trescientos toneles: los anzuelos de pesca, las cartas marinas, las anclas, las brújulas, los astrolabios y los clavos con los que clavetear una nueva embarcación. Como solo se abandona la casa natal en la que se hubiesen vivido los mejores años de una vida, así fueron yéndose todos de la nao; como solo se desnuda a una amante que se ama por última vez, así la despojaron de sus castillos y alcázares, de sus cañones, vergas, masteleros, botalones, juanetes, cofas, gavias y gallardetes. Y cuando ya quedó reducida a un casco mondo y lirondo, el capitán Carquizano dejó en sus entrañas una tea

encendida. Su vieja y fiel tripulación formó un círculo litúrgico y se dejó hipnotizar por las llamaradas. La lumbre lamió sus despojos y un rastro humeante se perdió por el horizonte, confundido entre la bruma marina.

Reinaldo Duarte fue visto durante esos días en compañía de remeros y nativos de Gilolo, participando activamente en el asalto de una canoa portuguesa cargada con especias y armas; un cargamento bien surtido de falconetes, esmeriles, culebrinas y versos que los enemigos acecharon durante gran parte del recorrido, pero siempre cuidándose de no quedar a tiro de los arcabuceros portugueses ni de los flecheros de Ternate que defendían el flete. Cuando el ritmo de palada de los remeros de una de las canoas ternatesas empezó a flaquear, las palas adversarias demostraron su pericia y acortaron las distancias hasta quedar a punto del abordaje. El arcabucero portugués que protegía la canoa rezagada comprendió que estaba a más de cinco tiros de ballesta del puerto, cerca del objetivo, pero lejos todavía de poder ser defendido por los cañones de las andanas bajas del galeón Bom Sucesso. Entonces el soldado se armó de valor y apuntó a la canoa adversaria; lo hizo con mal pulso y peor tino, de forma que erró su último tiro y desperdició así su última oportunidad. Sabía que ya no tendría margen de maniobra ni tiempo de volcar de nuevo su cuerno de pólvora sobre la boca del cañón. Al ver los destellos de los campilanes de cerca y que las canoas bogaban a tal velocidad que no podría ni terminar el paternóster que había empezado a recitar, decidió lanzarse al agua y con el peso de la bandolera desapareció para siempre bajo la espuma de las olas. Los flecheros de Ternate quedaron en pie para recibir al enemigo, entre ellos uno de los criados cristianos de Baldaya, que tenía fama de buen espadachín, pero que solo pudo dar seis o siete cuchilladas antes de caer abatido. Los giloleses llegaron en oleadas, alanceando, degollando y dando golpes de mandoble antes de lanzar al agua a sus adversarios. Según los testimonios de los remeros de la otra canoa ternatesa, que había conseguido ponerse a salvo,

Reinaldo Duarte, «el europeo de las calzas bragas», llegó tarde a la escabechina y pareció aleccionar a los nativos sobre la utilidad de hacer prisioneros, pero no fue entendido u obedecido; el caso es que los guerrilleros de Gilolo robaron las armas y las especias y ensartaron hasta veintiuna cabezas en lanzas que sirvieron a su rey Catarumbi como ofrendas para que flamearan a las puertas de su palacio a modo de gallardetes. Esta historia fue contada después muchas veces, pero lo que para unos no dejaba de ser un cobarde acto de pillaje, para otros representaba el inicio de una nueva etapa de la historia de la guerra en la que los campilanes podían vencer a los arcabuces.

Mientras tanto, en Malaca no debían estar muy contentos con el resultado de la estrategia política y militar seguida en las Molucas por el gobernador Antonio de Brito. Eso cabía deducir de la llegada a Ternate del nuevo general, Jorge Meneses, al mando de una armada de un centenar de soldados en una flota compuesta por tres fustas y una galera de veintiséis bancos por banda. El capitán Baldaya y yo fuimos amablemente invitados a la cubierta y recibidos a golpe de tambores de guerra de altas cajas, parches batidores desgastados y aros bordoneros del mismo tono rojizo de la librea de Meneses, que nos esperaba en la corulla para darnos su discurso de bienvenida, apoyado en uno de los falconetes de largo alcance, entre los dos últimos bancos de la cámara de boga y el yugo de proa. Parecía esperar al pintor que le inmortalizara en tan altiva y colonial pose. Le acompañaban tres pajes, que portaban relojes de arena a los que daban la vuelta cada hora, cada media hora y cada cuarto de hora. Meneses llevaba en su mano una minúscula ampolleta, con una rosa de los vientos dibujada sobre la tapa, donde podía leerse la inscripción «*tempus fugit*», que le daba la fracción exacta de tiempo que quería invertir en cada una de sus cosas cotidianas. Exactamente treinta segundos tardaban en caer unos finos granitos de arena mezclados con polvo de mármol negro bien molido, que pasaban por un pequeño aro de cera, que separaba esos dos recipientes de vidrio que el general Meneses volcaba de un lado a otro cada medio minuto. Luego supimos que todos esos relojes formaban parte de su

utilería, que llevaba a todos sitios, como un escenario móvil de esa continua representación en la que había convertido su vida:

—Es posible, señores, que puedan sacarme de una duda: ¿Sabemos si, después de perder su única nao, los españoles estarían dispuestos a rendir el baluarte…?

—Los enemigos son tozudos como mulas, mi general —contestó el capitán Baldaya—; han perdido su galera, pero están construyendo dos galeazas, una en Tidore y otra en Gilolo, y esperan refuerzos que pueden venir desde España o Nueva España, no sabemos…

—Debemos asumir nuestra superioridad en número de combatientes y embarcaciones, así como la ventaja de recibir informaciones fiables y refuerzos apropiados en menos tiempo y desde una menor distancia que el enemigo, pero esta guerra se gana con técnicas de desgaste… Espero que compartan mi punto de vista —y dio la vuelta a su ampolleta personal después de comprobar que había invertido menos de treinta segundos en hacerse entender.

—Comprendido, mi general —Baldaya torció el gesto mientras bajaba ligeramente la cabeza, sin disimular que estaba deseoso de volver a entrar en acción.

—Nosotros marcaremos los tiempos de guerra y paz, pero le aseguro que yo mismo contaré con todos estos relojes el plazo que les daré para rendir la plaza… ¿Tiene a su cargo algún oficial que conozca esa maldita isla como la palma de su mano…?

—Aquí tiene a su hombre, nuestro maestre, Francisco Silveira, primogénito del conde de Portoalegre; le puede llamar Chiquinho…

Baldaya me dio tal espaldarazo que tuve que dar tres pasos seguidos para no caerme escaleras abajo desde el castillo de proa y quedé tan cerca del general Meneses que capté al instante su desconfiada mirada, esa que lanzaba con unos ojos saltones y entornados que parecieran estar a punto de salirse de sus cuencas; no tuve más remedio que bajar la vista hacia sus distinguidas calzas de raso rojo y sus sugerentes botas de piel de becerro.

—¿Sabe de cuánta pólvora dispone el enemigo en este momento en el baluarte?

—Según mis cálculos, han debido gastar más de doce quintales en estos días de batalla, señor… —contesté en posición de firme, con una voz alta y clara, intentando levantar lentamente la mirada hasta dejarla a la altura de la suya.

—Está bien, pero eso no contesta a mi pregunta…

—No lo sé, señor —contesté sinceramente; era el secreto mejor guardado por el capitán Carquizano, yo entonces no podía saber que apenas disponían de pólvora suficiente para veinte cañonazos más a lo sumo, es decir, que resultaría suficiente una embestida más, como sugería Baldaya, y no parecía necesario un largo asedio, como planteaba el general Meneses.

—¿Conoce la localización exacta del pozo del que obtienen agua?

—No señor…

—¿Han hecho prisioneros?

—No señor, pero dos grumetes españoles, apellidados Palacios y Soto, se han pasado a nuestras filas.

—Interrógueles y hágame llegar un plano con detalles lo más minuciosos posibles de la fortificación y de los materiales empleados en la reconstrucción… ¿Dispone de espías en el interior de la isla?

—No señor…

—Disponga como han hecho ellos de dos como mínimo, señor maestre…

—Palacios y Soto parecen de fiar…

—Pues desconfíe y despabile, señor maestre…

XXIX
LOS ESPÍAS ZUMBA Y ZAMBO Y LOS PAPAGAYOS CATHARA Y NORI

ZUMBA HABÍA SIDO CONDENADO A MUERTE POR ROBAR a un teniente del general Meneses un puñado de esas monedas, ovaladas y agujereadas por el centro, que recibían el nombre de piscis y se utilizaban en el comercio de gran parte del sudeste asiático. Al sentirse perdido, Zumba no tuvo más remedio que aceptar mi generosa oferta: sería nuestro espía y solo recibiría diez latigazos, que serían arreados inmisericordemente en su espalda por el cómitre de la galera, para satisfacer el deseo de justicia de su señor y servir de coartada para su posterior huida de Ternate en la canoa que le suministraríamos para hacer verosímil nuestro plan.

He de admitir que tal vez no resultara una buena idea su elección como espía. Al llegar a Tidore, Zumba besó la arena encenizada y contó, primero en su idioma de negro guineo y luego chapurreando el centenar de palabras que conocía en portugués, lo que solo podía ser cierto: que había sido arrancado de los brazos de su madre a tiro de arcabuz en un lejano lugar que los portugueses llamaban África y obligado a vivir desde entonces como esclavo, bajo la amenaza del látigo, como saltaba a la vista, a cambio de un mendrugo diario de pan. Su presencia despertó el afecto y la curiosidad entre los nativos, que conocían la existencia de otros negros al sur de sus islas, pero desde luego no tan oscuros, bailongos

y divertidos como él. Tal vez fuera por molicie, incuria o venganza, nunca lo supimos a ciencia cierta, pero no obtuvimos una sola información salida de la boca de aquel perezoso confidente; pasó en poco tiempo de agente infiltrado a militante comprometido con las causas enemigas, como podía colegirse de la expectación que despertaban a la luz de las fogatas la interpretación de sus danzas tribales predilectas, el tumbalalá y el gurumbé.

Los rumores sobre su fama llegaron a oídos de Zambo, un buen amigo suyo que seguía trabajando como esclavo en Ternate. Pero Zambo sí robó una canoa de verdad y se presentó en Tidore con la intención de abandonar su vida de privaciones y reunirse con Zumba. En adelante ya no pudo hablarse de ellos por separado, sino al unísono, como una pareja. Eran Zumba y Zambo, los negros de Guinea que buscaban en Tidore una vida mejor.

En la posterior elección de Francisco Pérez como observador influyeron su pintiparada biografía y una acreditada experiencia como cómico de reparto en varios corrales de comedias. A veces podía despertar alguna ligera sospecha el nervioso parpadeo que aparecía bajo sus espesas cejas, pero siempre salía airoso de cualquier atolladero gracias a su talento para la improvisación y a su memoria, que resultaba más fiable que su imaginación. Siempre me parecieron similares los oficios de actor y soldado, así como los ejercicios del teatro y de la guerra. Yo le aseguraba que estaba ante el papel de su vida y a punto de culminar dos sueños juntos, recibir el aplauso del público y prestar un gran servicio a su patria. Sin embargo, enfriando la ciega confianza que había depositado en él, me dijo que no debía hablar de lo que no conocía, que sus sueños quedaron sepultados en Ecija y en Lisboa, que le estaba pidiendo en realidad que hiciera una parodia de sí mismo, que ya la palabra patria se había quedado vacía de significado en su vocabulario…

Pérez me contó que la compañía en la que trabajaba se disolvió al morir sus padres de adopción y que se alistó como grumete por dos cosas y ninguna de ellas incluía el servicio a Portugal: por necesidad y porque el mar Indico le pareció que estaba lo suficientemente lejos como para poder olvidar en paz. Tal vez no lo

quisiera hacer por patriotismo ni por volver a sentirse actor, pero Francisco Pérez también quería terminar con aquella contienda que apenas había comenzado y ya nos causaba una sensación de cansancio y fatiga propia de una guerra que durara cien años. Por eso terminó cediendo ante mi tenaz persistencia y admitió embarcarse rumbo a Tidore con la intención de obtener información sobre la pólvora disponible, el plano de la fortificación y ese ansiado mapa de la isla que contuviera la correspondiente localización del pozo de agua potable que debía emponzoñarse lo antes posible.

Francisco Pérez era un judío nacido en Ecija que hablaba el castellano correcta y pausadamente. De su pueblo natal guardaba vagos recuerdos que le servirían de apoyo en las ocasiones en que, recabando datos de su infancia, pretendieran desarmar la urdimbre que habíamos tejido. Casi todas sus remembranzas parecían más guiadas por la fantasía que por la realidad, pero estaban muy bien ambientadas en escenarios que no daban lugar a la duda, como los tajones de la carne, los puestos de jubeteros y freneros bajo los soportales, los rastros de ganado en Puerta Osuna, las ventas de paja y esparto en Puerta Cerrada, el alfolí de la sal en la calle de la Caza…

Sus padres dejaron atrás su casa, sus tierras y sus valiosas alhajas familiares porque no estaban dispuestos a desistir de sus creencias religiosas y temían ser acusados de un momento a otro por sus vecinos astigitanos ante la Santa Inquisición. Una carreta a paso de buey les llevó lo más lejos posible, vadeando el rio Tajo hasta su estuario. Allí, la azarosa vida de la familia Pérez se enfrentó a la paradoja de ser víctima de la misma intolerancia de la que pretendía escapar. Ocho años después de establecerse en Lisboa, una fatal concomitancia de odio, ignorancia y superstición desencadenó uno de los más trágicos episodios de la historia portuguesa. La huida de Écija y la masacre de Pascua vinieron a convertirse en distintas caras de la misma catástrofe. Francisco Pérez repitió varias veces el relato que a buen seguro le serviría de apoyo para justificar en Tidore su cambio de bando. Tenía una tramoya perfecta y una trama no solo intachable, sino rigurosamente cierta. Así se expresaba Francisco

Pérez, repasando la interpretación en su pose preferida, sentado sobre una oscura roca volcánica, con la mirada fija, pero distraída, en las figuras que pintarrajeaba con una estaca sobre la arena de la playa:

«Ocurrió después de una procesión de rogativa para acabar con la sequía y la epidemia de peste que azotaba Lisboa. Del Santo Crucifijo salían destellos de luz sin una explicación aparente y lo que para unos era una milagrosa señal divina del final de la epidemia, para otros solo se trataba del reflejo de una vela o el centelleo de una vidriera. Los primeros se abalanzaron contra aquellos que nada sobrenatural veían en los raros fulgores de la cruz y al grito de judíos y traidores, quienes presumían de cristianos viejos acusaron a los nuevos de haber traído la maldición de la sequía desde Castilla y de ser indemnes a las enfermedades. La turba se organizó en dos partes, entre quienes encendían las hogueras y quienes las alimentaban tras sus incursiones en el barrio de la judería. Muchos de sus vecinos les recibían en las puertas de sus casas desnudos, como Dios los trajo al mundo, para demostrar que no estaban circuncidados. Dos curas dominicos prometían la absolución de los crímenes contra la supuesta herejía y removían el odio, atizando las ascuas que permanecieron encendidas durante dos días enteros. Nadie hizo nada por evitar que Lisboa quedara en manos de esos bárbaros y de su ejército de mercenarios salidos de un barco atracado en el puerto bajo bandera hanseática que se dedicaron al pillaje, al saqueo, a las violaciones… Nadie hizo nada por nadie, salvo mis padres de adopción, unos viejos cómicos que se apiadaron de la decena de pobres críos huérfanos que pudimos salvarnos de la quema. Así terminamos convertidos en una nueva, singular y familiar compañía teatral…

»¿Cómo podría seguir defendiendo la bandera de los asesinos de mis padres? ¿Cómo podría olvidar que el rey Manuel y su corte se

refugiaron en la colina de Abrantes, huyendo de la epidemia, y se contentaron con mandar a un corregidor que llegó para aplacar la ira de la turbamulta y huyó dos horas después para no correr el riesgo de terminar achicharrado con el resto de judíos…? Cuando empezaron a tomarse en serio el asunto, seguramente después de hacer las cuentas de las consecuencias que en el futuro tendría seguir apoyando el dinero de los judíos, ya habían ardido casi mil ciudadanos lisboetas inocentes y los marineros holandeses y alemanes ya se habían fugado con su botín. Los primeros en ser ahorcados fueron los dos dominicos que alentaron la matanza en el nombre de Dios, pero nadie me pidió perdón ni pudo devolverme la vida de mis padres…».

Francisco Pérez llegó a la playa de Tidore a bordo de una primitiva canoa, después de mantener a lo largo de su travesía una prudente equidistancia con tres embarcaciones cargadas de nativos ternateses que asaeteaban su popa, sin intención de darle alcance, por supuesto, si bien es cierto que en cualquier descuido las flechas podían haberle atravesado el corazón por la espalda. Remó en dirección a la orilla con una considerable desconfianza en la puntería de los indígenas, que tiraban a no dar, pero tampoco podían garantizar tantos errores consecutivos. Pérez llegó tan agotado y asustado que tardó en esbozar la sonrisa que tanto había ensayado. Cuando recuperó el resuello, pudo pronunciar la mejor frase de su farsa, esa que en sus tiempos de comediante pronunciaba con énfasis porque sabía que despertaría los silbidos y los aplausos de los jovenzuelos que se daban cita alrededor de la cazuela de los corrales de comedias: «Estoy aquí porque soy español y ha llegado el momento de estar al lado de los míos…».

A diferencia de Zumba, el espía Francisco Pérez daba cuenta con cierta puntualidad de sus avances en las misiones encomendadas desde una de las calas pedregosas alejadas de la población. En uno de esos encuentros, le ofrecimos unas matas con hierbas de la ladera del volcán Gamalama que resultaban ser tan ponzoñosas que debieron recogerse con el viento a la espalda porque envenenaban el aire y mataban lenta y dolorosamente a las cabras que se atrevían a

olisquearlas… Pero esa misión fracasó por culpa del sigilo sacramental o, para ser más exacto, de mi ciega confianza —o ignorancia, podéis llamarla— en que todo aquello que se supiera bajo confesión debería rezar para un sacerdote como algo no sabido. Y no era exactamente así…

Anduve varios días atormentado por el elevado número de inocentes que tomarían el camino de la isla de los pájaros o del cielo, el infierno y el purgatorio, según los casos. Cuando todos estos pensamientos se rumian de noche, sabrá quien haya podido sufrirlos que suelen impedir la conciliación del sueño; por eso decidí calmar mi conciencia con la penitencia que me fuera impuesta por el padre Movilla. Lo que tampoco podía saber era que los curas de campaña, el portugués Movilla y el español Villazán, tenían en común algo más que dos de las tres sílabas de sus apellidos. En las mutuas confesiones que se hacían los domingos, previo uso de un salvoconducto firmado por los capitanes de uno y otro bando, los sacerdotes intercambiaron esta información que yo creía a salvo por el secreto de confesión. Lo cierto es que el padre Villazán llegó a Tidore gritando como si le hubiera poseído el mismísimo diablo y pidiendo que, por el amor de Dios, no bebieran agua del pozo porque alguien había lanzado hierbas ponzoñosas con perversas intenciones. Realmente, ningún nativo entendió lo que decía hasta que el sacerdote, con riesgo de su propia vida, se recostó sobre el brocal con los brazos extendidos para impedir que se siguiera sacando agua del fondo.

Pérez era muy cuidadoso con sus informes y opinaba que Tidore era una isla con vida propia que se asemejaba a la que recibió el nombre de San Brandán, en memoria del monje navegante que encendió una hoguera para calentarse y comprobó que lo que creía una playa de arena plateada era, en realidad, la piel escamosa de un gigantesco pez que empezaba a moverse. Aquella historia había sido contada tantas veces que terminó dándose por cierta. En el fondo de sus corazones, todo marinero que se preciara de serlo se hacía a la mar con la esperanza de ver algún día la isla-pez que vagaba sin rumbo por los mares del mundo. Pérez sabía que Tidore distaba de

ser ese animal mitológico que cambiaba de sitio en el agua, pero también percibía que las arenas de sus playas no se calentaban cuando salía el sol y que al patearla, aunque lo hicieras con miramientos y solo pretendieras sacudirte el polvo de las suelas; podías oírla crepitar y gruñir, como si la tierra tuviera la facultad de sentirse lastimada por la presencia de los hombres.

Además de la descripción de estos sobrenaturales fenómenos, Pérez trazó un mapa bastante preciso de los escarpados caminos que llevaban a la boca del volcán, del acceso a los claveros, de la presencia de plantas carnívoras, de las rocas caprichosamente esculpidas por el agua y la lava a través de los siglos, de las fuentes termales que podían albergar en su interior el secreto de la eterna juventud… En suma, el espía portugués Francisco Pérez nos tuvo al corriente de todo lo que ocurría en Tidore hasta el punto de poder decirse con propiedad que no se movía una sola hoja de una palmera sin su informe preceptivo. Por eso sabíamos que las obras para la construcción de la nueva galera que el capitán Carquizano precisaba para solicitar ayuda, en España o en Nueva España, no marchaban con la celeridad debida.

Reinaldo y Moluquia explicaban al capitán español que el tiempo empleado en la magia no era un tiempo perdido, sino ganado, y así lo entenderían cuando vieran deslizarse su quilla felizmente por el mar con la complicidad de los duendes del bosque, lejos de la amenaza de las brujas que causaban los naufragios. Sencillamente había que cumplir con los ritos y ceremonias que permitieran la comunicación con los duendes que habitaban en los troncos, con la idea de pedirles perdón por arrebatarles un trozo de su hogar y exhortarles a formar parte de un nuevo elemento que estaría llamado a surcar los océanos.

El caso es que, con el paso del tiempo, los españoles vieron con relativa naturalidad que los nativos se pasearan con cazuelas y calderos con helechos mágicos, golpearan las tablas con manojos de hierbas aromáticas o asperjaran los aparejos y las velas con agua de coco. Había que entender que los nativos que colaboraban con los alarifes habían pasado, casi de la noche a la mañana, de recorrer con

solo dos zancadas los flotadores exteriores de sus embarcaciones a tener que dar verdaderas carreras entre los castillos de proa y popa cargando con velas, entenas y jarcias o con el peso de cañones de bronce. Lo que no podían esperar los españoles es que se usara la sagrada caracola marina para representar la orden de trasladar unos troncos o para ensamblar las planchas y los tablones que iban de proa a popa, ni mucho menos para hacer coincidir sus sonidos con los toques de maitines o nublo, como se hacía en las catedrales de España para ordenar el trabajo de los cristianos.

Pero tampoco podía decirse que reinara la concordia entre los maestros calafates españoles: no se ponían de acuerdo en las dimensiones del calado, ni en las mangas o el corredor de las bandas, ni en el tamaño de los remos para bogar a tercerol, ni en el ángulo que debían formar las palas al entrar en la superficie del agua, ni en las distancias que debían mediar entre la crujía, la postiza y el trancanil… Pero ambos debían trabajar de manera coordinada si pretendían poner a flote una galera hecha con las húmedas maderas tidoresas, el atiloque y la apilaja, y navegar de vuelta a la desembocadura del Guadalquivir, por la ruta portuguesa o por Nueva España.

La realidad era que, a falta de los pinos del Báltico, de los robles y castaños del norte de Portugal y Galicia, incluso de la resina y la brea del Cantábrico, las únicas maderas que garantizaban quillas y cuadernas ligeras, flexibles y resistentes, se encontraban en Gilolo, la mayor isla del archipiélago, de tal extensión que podía tardar en rodearse por completo en canoa un mínimo de dos semanas.

Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, el ministro Quichil Rak prestó a Reinaldo y Moluquia la embarcación real y una decena de praos para viajar a Gilolo. Se notaban esos inextricables vínculos que hacían imposibles las traiciones entre los gerifaltes de ambas islas. Allí fueron recibidos por el rey Catarumbi, que puso a disposición de la expedición tidoresa a todo su ejército, mandado por su hijo primogénito, Quichilditidore, para que guiara a sus invitados por el camino de musgo y liquen que conducía al monte Mamuya y a las laderas de sus dos volcanes, el Dukono y el

Gamkonara, donde crecían los árboles maderables más apreciados de las Molucas.

Apenas una semana después, Reinaldo y Moluquia regresaron a Tidore con troncos suficientes para construir la mayor flota del sudeste asiático. Los leños recibieron los exordios y las letanías del chamán de Gilolo, garantizando su transformación en «torbellinos de viento que volarían por encima de las olas». El rey Catarumbi fue delicado y original con sus regalos: dos papagayos, uno blanco y otro rojo, que respondían a los nombres de Cathara y Nori. Así les llamaban, aunque se tratara probablemente de una errónea interpretación, porque Cathara era el nombre que recibían todos los papagayos de color blanco y Nori todos los de color rojo… Pero así fueron conocidos en Tidore: Cathara y Nori, unos papagayos que imitaban palabras humanas y por difícil que pudiera parecer, el sonido de la música de campanillas que producían las copas de porcelana que solían acompañar a la comitiva del rey de Gilolo.

Reinaldo regresó con otro regalo, que llevó con la mayor discreción posible para poderlo enterrar bajo la sombra de un castaño del bosque, por un raro sentimiento de caridad cristiana y porque su posesión no evocaba nada que pudiera relacionarse con una gesta digna de recordar, como creía Catarumbi. Lo que Reinaldo enterró al llegar a Tidore fue una de las veintiuna cabezas de guerreros de Ternate, arrancada por orden real de la lanza de madera y caña en la que estaba ensartada, aunque ya solo quedara de ella una macilenta calavera ahuecada por el occipucio, con las cuencas de los ojos vacías.

Por supuesto que todas estas dádivas de Catarumbi debían ser recompensadas, de acuerdo con el propio manual de los rituales de intercambios que regían las relaciones comerciales moluqueñas. Acto seguido, el capitán Carquizano reforzó la guarnición de soldados que protegía las costas de Gilolo y Reinaldo acudió presto a una nueva llamada del rey para investigar el asesinato de una docena de pescadores y el robo de todas sus canoas. Catarumbi sospechaba que detrás de aquella matanza estuvieran los inflamados deseos de venganza del general Meneses y del regente ternatés

Chechilidecroix, pero aun en el caso de ser obra de forajidos o criminales que actuaran por su cuenta, el rey de Gilolo exigía sus nombres y sus cabezas.

Reinaldo acompañó a la expedición española, encabezada por Andrés de Urdaneta y Alonso de los Ríos, que encontró faenando en las canoas de los giloleses asesinados a unos pescadores de Ternate, que decían haber pagado su precio en piscis a unos soldados portugueses que hacían rondas de vigilancia en un patache. Cuando fueron localizados los presuntos vigilantes, Urdaneta se lanzó al agua con una bandera blanca en la boca para abordarles y preguntarles por lo sucedido. Como decían que no sabían nada del asunto, tampoco tuvieron inconvenientes en permitir que Urdaneta apuntara sus nombres con una navaja en una hoja de palma. Catarumbi consideró suficientes las pruebas y solicitó las cabezas de los culpables, pero el general Meneses respondió que tendría que esperar al resultado de una estricta e imparcial investigación.

Al día siguiente, Reinaldo fue visto de nuevo formando parte de la escuadra de praos de Gilolo, comandadas por Quichilditidore, con la intención de abordar una flota que cubría la ruta entre Moro y Talangomi con especias, nueces de betel y vituallas para las tropas portuguesas. Fue una bárbara represalia. Las cabezas de otros veinte ternateses volvieron a ser ensartadas en cañas y clavadas en las inmediaciones del palacio de Catarumbi, que desde entonces recibió el nombre de Paseo de las Cabezas Cortadas. Los nativos de la isla de Moro que acompañaban a la expedición fueron engrillados a una sola cadena de hierro mohoso, que tomó la forma de una serpiente de escamas rojizas para ser entregados como compensación a las familias de los pescadores asesinados. Así funcionaba la justicia en las Molucas.

En todo este tiempo, el espía Francisco Pérez se encargó de hacer una generosa oferta a la reina madre de Tidore en nombre del general Meneses. Llegó a sus aposentos en la ciudad real de Marieku del único modo posible: a través de su amante, que recibía

el paradójico apodo de Derrota y visitaba todas las noches la estancia privada de la viuda de Almanzor. Derrota era un indio presuntuoso y apuesto, aunque sus orejas parecieran asas de una jarra de vino. Los planes de Meneses que trasladó Pérez a la reina madre pasaban por concertar un ventajoso acuerdo que incluía un contrato comercial anual de venta de especias, el respeto al derecho al trono del príncipe heredero Raja Miu y por supuesto, la expulsión de todos los españoles.

Estábamos bien informados de todo lo que pasaba en Tidore gracias al espía Francisco Pérez. En su última misión, burló la vigilancia de la guardia de la fortificación, serpenteó por la playa bajo el azulado manto de una noche sin estrellas y consiguió llegar, sin ser visto, al astillero donde los españoles se afanaban en construir su nueva galera, que todavía estaba escorada y por embrear. Pérez consiguió depositar en varios puntos del casco unas pelotas de cáñamo empapadas en pez, alquitrán, aceite y pólvora, prendió sigilosamente la mecha y corrió en dirección a la canoa ternatesa, que le esperaba en el punto convenido de encuentro en la zona pedregosa de la caleta. Pérez esperaba ver en el camino de vuelta el espectáculo de tan altas llamaradas que tomaran la apariencia de una erupción volcánica, pero las pellas no prendieron, por la humedad de la noche o por el uso de ciertas maderas acuosas y picadas. Aun así, todos quedamos satisfechos con lo ocurrido porque, al fin y al cabo, una galera que no ardía tampoco flotaría demasiado tiempo en los océanos por los que pretendía navegar hacia España o Nueva España en busca de refuerzos.

Francisco Pérez fue recibido en Ternate con el fervoroso y unánime aplauso prometido. Tal vez no tuvo la misma suerte en todas las misiones, pero sus informes podrían resultar de una gran utilidad en un futuro, sobre todo en lo relacionado con los puntos vulnerables de la fortaleza española y los nombres, apellidos y señas personales de los grumetes, marineros y artilleros españoles que se sentían cansados o abandonados y estaban dispuestos a rendir la plaza española a cambio de embarcarse de regreso a casa a bordo de galeones portugueses.

Dado su origen plebeyo, el enlace nupcial de la reina madre y del indio Derrota resultaba inconcebible a los ojos del consejo de ancianos. Apesadumbrado, Quichil Rak llevaba varios días tumbado en esterillas de palmas. Decía padecer la enfermedad berber que traía el viento furtivo y enfermo del sureste, ese mismo que pasaba por encima de las bocas de los volcanes de Maquien y Motil. Moluquia le dio a beber infusiones de clavo, vino blanco con jengibre y zumo de limón, pero esos malos vientos de los que hablaba le habían hinchado sus brazos y sus piernas, y amenazaban con estrangularle la garganta y hacerle saltar en pedazos el corazón. Quichil Rak aseguraba que sus espíritus se daban a la fuga:

—Cuando las almas se ausentan por un tiempo prolongado, enfermamos, y cuando se ausentan para siempre, morimos… —eso explicó a Reinaldo en su lecho de muerte.

Las almas de Quichil Rak se obstinaron en darse a la fuga unos días después, tal como había diagnosticado él mismo. Su decena de esposas, sus más de cuarenta hijos y sus centenares de sobrinos y nietos se raparon las cabezas hasta hacerse sangrar el cuero cabelludo y llenaron sus calvas de cenizas para escenificar el hondo dolor que sentían en un duelo que duró tres días y tres noches. Las discusiones por el derecho a la herencia de sus muchos recuerdos de una larga vida dedicada a la diplomacia se prolongaron por varias semanas: un legado de collares de cauri, perlas, bastones de mando, turbantes turquescos y túnicas sagradas que permitían ganar el favor de las estrellas y los espíritus del bosque…

En ausencia de Quichil Rak, Reinaldo y Moluquia hicieron llegar al capitán Carquizano el temor del consejo de ancianos a que las malas influencias del indio Derrota pusieran en peligro la presencia española en la isla y le ofrecieron una valiosa información sobre el lugar donde se daba el primer baño del día, en una ribera cercana al palacio, desprovisto de la protección de la guardia real. Allí fue donde le esperaron los soldados españoles, Martín de Islares y Andrés de Aleche, para darle una estocada mortal de necesidad. Derrota fue herido de muerte y aunque consiguió llegar al palacio para pedir la ayuda de la reina y de sus chamanes, el hermano mayor

del rey niño, Quichilderede, ya se había ganado la voluntad de los soldados del palacio con un discurso sobre su derecho a convertirse en regente, a la espera de la mayoría de edad de su hermano menor y heredero, Raja Miu. Con sus propias manos, Quichiderede se encargó de echar el nudo corredizo alrededor del cuello del amante de su madrastra. Acogotado, sin poder decir palabra, taponándose como podía la herida de la que brotaba un copioso manantial de sangre, fue conducido a la orilla de la playa para ser públicamente ajusticiado. La reina madre siguió su rastro de sangre, rompió en sollozos y se arrastró hasta los mismísimos pies de su hijastro para rogarle un imposible indulto. Poco después de proferir un último grito de lacerante dolor, el cuerpo de Derrota desapareció bajo las olas en medio de la general incredulidad de un pueblo que asistía en estado de respetuosa genuflexión —de modo que en ningún momento sus cabezas quedaran por encima de la reina madre, que se mantuvo arrodillada todo el tiempo— al inusitado espectáculo de la ejecución matinal de un galán que aspiraba a soberano. Ya bajo el sol del mediodía, el consejo de ancianos convocó una asamblea popular en la plazuela del poblado para reforzar las funciones de Quichiderede, como nuevo regente y primer ministro, en sustitución de Quichil Rak, además de explicar que la conducta del amante de la reina madre había resultado en todo ese tiempo de lo más oprobiosa y que su muerte traería indubitables consecuencias provechosas para la dignidad, la imagen, la política y la economía de Tidore.

Desde la muerte de Derrota, Nachil notó que la mirada de Bustamante había perdido el deseo. Ya no le cantaba por las noches esas canciones de cuna portuguesas que nunca entendió, pero que intuía llenas de ternura y buenos deseos antes de introducirse en el sagrado reino de los sueños. Como el chamán Appiorán le había enseñado, la magia podía aplicarse a las cosas que afectaran a la esperanza, la felicidad y el amor, pues el espíritu de los remedios mágicos, como el de los venenos, obraban sus milagros en el interior de los estómagos, y solo había que esperar a que hicieran sus efectos el tiempo justo que durara una digestión…

Nachil esperó días, tardes y noches enteras a que el licor de caña de bambú y el infalible afrodisíaco de las infusiones de datura triturada sin hervir ni macerar dieran su fruto. Estaba consumiéndose en las llamas del propio amor que ella se encargaba a diario de alentar. Cuando Bustamante sufrió un episodio de calentura causada por la picadura de ciertos mosquitos, Nachil se armó de paciencia y engarzó decenas de hojas de palma en una esterilla para que descansara mejor. Luego aguardó a que las mareas atravesaran océanos de tiempo y arrastraran hacia la playa de Tidore los prodigiosos cocos de la isla de Nalediva, que portaban en su interior un eficaz remedio contra la fiebre en forma de ungüento lechoso. Sin embargo, cuando los cocos hicieron su efecto, Hernando de Bustamante se levantó de su nueva esterilla de hojas de palma y sin dar una mínima muestra de agradecimiento, se marchó a consolar a la reina madre. Las promesas de amor de Bustamante a Nachil valían tanto como las que había dado a su primera esposa, María Rodríguez, la mujer que tomó por esposa cuando solo era la criada del alcaide de Puerto Contreras.

A diferencia de Nachil, que poseía como su madre ciertos rasgos europeos, la reina madre tenía la nariz roma y el labio algo descolgado, pero poco importaba eso a Bustamante, que halló una vida regalada y complaciente en el palacio de Marieku, rodeado de las esposas del antiguo harén de Almanzor y de las últimas sirvientes jorobadas que permanecían en Tidore. Como el propio sultán, Bustamante se aficionó a las hojas de betel, a las tortas amasadas con leche y miel, que tomaba en grandes cucharones de madera, y al «chía», ese licor caliente de hierbas que ingería antes de empezar sus largas noches de amor en el lecho real. En principio, sus atribuciones en el palacio parecían relacionadas con la gestión económica y las ventas de las cabras y las gallinas de los corrales, de la miel de los panales reales que producían unas abejas minúsculas como hormigas, de unas voluminosas sandías que recibían el nombre de «mulicas» y de otros singulares productos de las huertas de Marieku: limas, limones, granadas, cidras, calabazas, toronjas…

Pero con el paso del tiempo, Bustamante adoptó ínfulas de

monarca y no solo jugueteó públicamente con Raja Miu, el rey niño, sino que se convirtió en su preceptor.

XXX
COMO MOSQUITOS ATRAPADOS EN EL ÁMBAR

LA TREGUA SE HABÍA DESCOSIDO COMO LAS CALZAS DE un inquieto grumete. El general Meneses y el capitán Carquizano habían perdido casi una semana carteándose con exigencias que ni uno ni otro estaban dispuestos a cumplir. Lo cierto es que Meneses le había dado tres días de plazo para que ensartara en picas españolas las cabezas de Andrés de Urdaneta, Alonso de los Ríos y Reinaldo Duarte y las mostrara en la propia playa de Tidore, como escarmiento público para quienes, de aquí en adelante, osaran levantarse en armas contra Portugal o sus aliados. Carquizano contestó que evisceraría, emascularía y descuartizaría los cuerpos de Urdaneta, Alonso y Reinaldo si un tribunal de nacionalidad española les hallara culpables, pero que antes quería conocer exactamente de qué eran acusados. En una carta ya exenta de cualquier termino amable, Meneses se limitó a recordar que sus relojes de arena estaban a punto de marcar el plazo dado y que, si insistía en la cerril defensa de Urdaneta, Alonso y Reinaldo, sus soldados y los habitantes de Tidore pagarían a un alto precio su irresponsable actitud.

Ya cuando el capitán español invitó a una delegación portuguesa para discutir los términos de la prórroga del armisticio, Carquizano había decidido que no descuartizaría, ni emascularía, ni evisceraría a nadie; de hecho, pensaba seriamente en aceptar las sugerencias del

rey Catarumbi, que en una larga carta le había rogado que concediera mercedes a los acusados por la bravura demostrada a la hora de vengar la afrenta sufrida y le instaba a una guerra sin cuartel contra Portugal porque «no cabía paz ni contrato con gente que guardaba tan mal su palabra».

Así estaban las cosas cuando llegamos a bordo de un esquife a la playa de Tidore con la excusa de discutir las cláusulas de un acuerdo de paz imposible, pero con instrucciones precisas del general Meneses, que excusó su presencia. Nuestro asistente cargaba con un odre de vino que había llegado con la última flota de Malaca desde las bodegas del puerto de Oporto. El capitán español Iñiguez Carquizano nos recibió con una diplomática sonrisa que solo pudo sostener el tiempo que duró el apretón de manos y nos invitó a sentamos, a la sombra de una palmera de la playa, en una vieja mesa de madera de roble que, según nos contó, había pertenecido a la sala de capitanes de la vieja nao Santa María de la Victoria. Estaban ya servidos el tradicional pollo con almendras y los frutos del árbol del pan pero, ateniéndose a los antecedentes, nadie parecía tener hambre ese día.

Lejos del alcance de la artillería de la fortificación, el general Meneses vigilaba nuestro encuentro. Se veía flotar su galera entre los destellos que dibujaba un sol primoroso y abrasador sobre la plácida superficie nacarada de la bahía tidoresa. A pesar de la distancia que nos separaba, reconocí el sonido del silbato y las órdenes en portugués del cómitre, yendo y viniendo por la crujía para mantener a la tripulación en alerta y reaccionar con prontitud en el caso de que diéramos alguna señal de emboscada o peligro.

En el transcurso del almuerzo, el capitán Baldaya no quiso referirse al plazo ya agotado que ofreció el general Meneses, ni descender a los detalles de la matanza de pescadores de Gilolo y la desaforada respuesta de los españoles y sus aliados; desplegó toda su habilidad diplomática para darle las últimas noticias que circulaban por Malaca y que, como era de prever, Carquizano puso en cuarentena. Baldaya empezó diciendo que en la vieja Europa se pensaba que la mejor política exterior y los más duraderos acuerdos

de paz debían hacerse sobre lechos nupciales, tal como hacían los moluqueños desde tiempo inmemorial…

—… Y ya nos ven ahora, ustedes y nosotros, aquí, cañoneándonos con saña porque en el mar no es posible determinar la segunda coordenada geográfica necesaria para marcar el grado, la maldita longitud…

—Nada que no podamos arreglar hombres de mar y de bien —le respondió Carquizano.

—Comprendo que le cueste aceptar que nuestros monarcas no quieran una guerra, son noticias difíciles de digerir por nosotros, atrapados en una lejana realidad como mosquitos en el ámbar —dijo convencido Mendo Baldaya, mientras el capitán español daba la sensación de no haber entendido qué quería decir cuando hablaba de mosquitos atrapados en el ámbar.

—Contadme, si tan seguro estáis de sorprenderme…

—Esté o no dispuesto a creerme, mi querido capitán, sepa que el rey Juan de Portugal se ha casado con Catalina de Austria, hermana del rey Carlos, y que este ha tomado a su vez por esposa a la hermana del rey Juan, la princesa Isabel, que como bien sabéis vos, es también la nieta de los Reyes Católicos. La boda tuvo lugar en la cuadra de la Media Naranja del Alcázar de Sevilla y dio paso a justas, torneos, fiestas de toros y juegos de cañas… En fin, ya ve, capitán, españoles y portugueses celebrando juntos una boda y nosotros enfrentados aquí…

—Es una ironía que recorramos tantos mares para dar noticias de lo que ocurre en lugares tan lejanos y olvidemos que el propio mundo que dejamos atrás sigue cambiando… —Carquizano dijo todo esto mirando a los comensales como solo se mira a los rivales en una partida de naipes a veintiuna y al parar.

—Por las cosas que nos unen y por dejar atrás las que nos separan… —El capitán Baldaya se levantó, y con él todos los comensales que estábamos alrededor de la mesa, para brindar con vino de Oporto.

—Brindemos entonces por la buena salud de vuestra merced y por nuestros príncipes, felizmente casados… —dijo Carquizano.

—Beberé antes que vos —y Baldaya dio un trago largo, ofreciéndole echar un trago de la misma copa con la confianza de haberlo hecho él antes, como solía hacerse por aquellos pagos.

Mendo Baldaya mostró teatralmente su gaznate con la boca abierta, dejando que se viera llegar el oporto casi hasta la boca de su estómago para apagar cualquier recelo, mientras aprovechaba para sumergir disimuladamente en la copa la larga uña del pulgar de su mano derecha, que previamente había embadurnado con resina del árbol dita. No era ni mucha ni poca resina, sino la proporción exacta de un poderoso tósigo que tenía el color de la leche, pero que una vez cocinado a fuego lento tomaba la apariencia de una sangre tumefacta y oscura parecida al vino. Los chamanes de Ternate se habían ocupado de la cocción y la dosis para que ni una sola arcada del capitán Carquizano delatara la existencia de ponzoña en el vino y pareciera que la muerte pasaba de largo y solo mostrara los primeros síntomas cuando ya anduviera la expedición al completo a bordo del Bom Sucesso.

Tres días después, Martín Iñiguez de Carquizano apenas podía levantarse de su lecho de muerte para dar públicamente el abrazo de reconocimiento que debía a Urdaneta, Reinaldo y Alonso, como le había pedido el rey Catarumbi, y sugerir como candidato a sustituirle a un guipuzcoano recio y de armas tomar, Hernando de la Torre. Del capitán De la Torre solo podía esperarse lo que llegó a renglón seguido del relevo, una vez fallecido Carquizano: una oleada de batallas en Machien, Motil, Guaza, Mare y Tuguabe. Se supo que unos días después, el capitán español Martín de Islares quemó el pueblo de Toloco y salió ileso de una persecución de praos ternatesas que duró un día y medio. En el sitio de Gilolo, el tiro de un verso portugués voló la dentadura entera del viejo artillero Roldán de Argote y, aunque salvó la vida, su mandíbula se desencajó y su cara se desfiguró de tal modo que al volver a Tidore no le pudo reconocer ni su mejor amigo, Hernando de Bustamante. Se supo también que, al constatar la presencia portuguesa en busca de esclavos en Machien, un indio de Java pidió permiso a su esposa y su propio hijo antes de darles muerte con sus propias manos; después

destripó con su daga a dos soldados portugueses y como era de esperar, no pudo llegar mucho más lejos porque los arcabuceros les descerrajaron la cabeza con una ráfaga de disparos. Contaban también que en el asedio del pueblo de Tuguabe, una princesa se subió a una palmera con un pañuelo blanco en señal de rendición y sus sesos quedaron desparramados por el suelo por una bala salida de un arcabuz español. En esta guerra ya no cabía perdón para quienes en algún momento hubiesen llegado a resistirse…

Corrían de boca en boca hechos que podían resultar heroicos o infames, según se vieran desde una orilla u otra. Las batallas marítimas y los asaltos de las fortificaciones solían durar entre tres horas y tres días seguidos. Los muertos y los heridos se repartían a partes iguales, un centenar por bando, pero siempre con la desigual desproporción de un europeo fallecido por cada diez nativos. Los españoles, por una parte, y los portugueses por otra, coincidían a la hora de explicar a sus aliados que esa considerable disparidad se producía por el natural predominio en las guerras modernas del cañón y el arcabuz sobre las cimitarras y los calabayes.

XXXI
CAÑONAZOS QUE SUENAN A SACABUCHES DESAFINADOS

REAPARECIMOS A BORDO DEL RECIÉN EMBREADO GALEÓN Bom Sucesso para investigar las intenciones que impulsaban el viaje de la nao española la Florida, capitaneada por un tal Álvaro de Saavedra, que estaba haciendo aguada en Miaos, a cuarenta leguas de Ternate. Nuestra misión consistía en desviar su rumbo hacia el puerto de Talangomi o cañonear su bergantín hasta hundirlo en el caso de no atender a nuestras indicaciones, pero el oleaje causado por una fuerte tormenta, que desarboló una de las fustas que nos acompañaban, no nos permitió llegar a tiempo de cortarles el paso.

El capitán Álvaro de Saavedra y Cerón había contado al cacique de Miaos que venía en misión de paz. Su primo y paisano extremeño, el capitán general de la Nueva España, Hernán Cortés, le había dado instrucciones concretas de no enemistarse con sultanes de islas remotas, ni mucho menos con la Armada portuguesa, porque «andaban pujantes en esos mares y no cabría mayor daño para nuestros verdaderos fines que dejar de dar noticias por tener que veros reducido por grilletes en una prisión». No sabíamos de qué endiablada manera pretendían cumplir los verdaderos fines de la expedición sin dirigir sus cañones contra Portugal. Las instrucciones de Hernán Cortés destilaban hipocresía porque el bergantín la Florida transportaba más de quince quintales de pólvora, media culebrina, un falconete de bronce, ocho lombardas de hierro, veinte

ballestas, una docena de picas largas y veinticuatro arcabuces. Como era de esperar, se trataba de una expedición de conquista y saqueo de manual, que llegaba con el objetivo de socorrer a la expedición de Loaysa y poner a las Molucas enteras bajo el cetro imperial del nuevo «monarca del universo», como ya empezaban a llamar a su emperador.

Según pudimos saber en Miaos, la flota española había partido con cinco meses de retraso por la inesperada irrupción de devastadores huracanes y torrenciales lluvias. Solo once días después de la partida, una fuerte ráfaga de viento se coló por detrás de la lona; por miedo a romper el palo, Saavedra mandó arriar las velas y se quedó tanto tiempo al pairo que en la oscuridad de la noche perdió de vista para siempre a sus dos naos de compañía, la Santiago y la Espíritu Santo. El piloto se les había muerto en las islas de Mindanao y entre los treinta supervivientes de la pacífica expedición, todos parecían diestros en el manejo de las armas pero ni uno solo en el cálculo de la latitud con el cuadrante, la ballestilla y el astrolabio.

Pusimos las velas rumbo a Ternate con la idea de dar caza al bergantín español o, en el peor de los casos, suministrar esta valiosa información al general Meneses. En su camino, la Florida tuvo la suerte de encontrarse con sus compatriotas que peleaban a brazo partido para conquistar Tuguabe, una población gilolesa de importancia por haberse convertido en el granero de las guarniciones de ambos bandos. Un par de soldados españoles les abordó en un esquife y les dirigió derechamente a Tidore; no fueran a confundirla con Ternate, una isla de extensión y orografía parecida, y terminaran cayendo rendidos en nuestros propios brazos.

Al ver la nao Florida entre las costas de Ternate y Gilolo, en la dirección correcta de Tidore, el capitán Mendo Baldaya me mandó en un batel con una escolta de soldados para que me aproximara a la altura de su castillo de proa y pudiera parlamentar. Alvaro de Saavedra se asomó por la cubierta y, después de presentarse como capitán del bergantín español, nos dio una de cal y otra de arena:

—Acudimos desde la Nueva España, en compañía de otras dos

naos que nos siguen de cerca, en busca de la expedición del comendador Loaysa…

—Loaysa murió hace tiempo, Dios lo tenga en su gloria —respondí desde el esquife, sin atreverme a discrepar sobre la compañía de las naos Santiago y Espíritu Santo que ya sabíamos perdidas y de vuelta en Zihuatanejo.

—Os rogamos que nos digáis entonces en cuál de estas islas andan los castellanos… —me solicitó, aun cuando disponía de esa información que a buen seguro ya le habían ofrecido los hombres de Urdaneta que se habían subido a su nao en las costas de Tuguabe.

—No hay castellanos en estas islas —contesté con la mayor firmeza de voz que supe sacar desde mis adentros.

—Mucho me extraña eso que decís —insistió el capitán español, poniendo a prueba mi temple.

—En nombre del gobernador de Ternate os aseguro que seréis recibidos en nuestra fortaleza con la honra y la cortesía que merecéis y os daremos todo lo que podáis necesitar para emprender el viaje de regreso —respondí, siguiendo las instrucciones de Baldaya.

—Dígale a su gobernador que le estamos agradecidos, pero que seguiremos la ruta marcada para socorrer a nuestros hombres…

—Esos hombres ya no existen. Hubo un galeón que llegó hace tiempo, pero en tan mal estado que no podía tenerse sobre el agua. Viendo esto, les favorecimos con las restauraciones de nuestros oficiales de carpintería y con un salvoconducto para que pudieran poner rumbo a España por la ruta del cabo de Buena Esperanza.

—¡Farsante! —El insulto salió del castillo de proa; era un marinero español que ocultaba su cara, seguramente uno de los hombres de Urdaneta que habían subido al bergantín.

—¿Quién se atreve a decir tal cosa sin dar la cara…? —fingí tambalearme sobre el esquife, como afectado por el insulto y el embate de las olas, en busca del resuello necesario para rehacer la conversación sin que me traicionara un solo músculo.

—Bien sabéis que hay castellanos en Tidore y en Gilolo y que estáis en guerra con ellos —atronó de nuevo la misma voz.

—Así me mande Dios un rayo y me parta en dos si cuánto digo

no es verdad —pensé que, en su infinita sabiduría, Dios Nuestro Señor sabría perdonarme por tomar su nombre en vano.

—Dejadnos entonces continuar nuestro camino. Id con Dios —añadió Álvaro de Saavedra con cierto retintín, desapareciendo de mi vista.

—Como queráis… —hice una extraña reverencia, que era la señal convenida, para que el capitán Baldaya, que seguía la conversación a distancia desde el puesto de mando de nuestro galeón, entendiera que los españoles se negaban a seguir nuestras recomendaciones y que había llegado el momento de ordenar el zafarrancho de combate.

Todavía no habíamos conseguido volver a bordo del Bom Sucesso cuando sobrevoló por encima de nuestras cabezas, con destino a la nao Florida, una bala roja de esas que se calientan a la temperatura de la forja, con destellos de un color que recuerdan al de las cerezas, que se convierten en una pura llamarada al impactar sobre la arboladura. Seguimos todos con expectación su vuelo, pero la deseada crepitación se produjo sobre la cresta de una ola. Contestó el bergantín español con tres cañonazos de bolas pedreras que rasgaron el aire como un sacabuche desafinado. Baldaya daba órdenes a su sotacómitre y a toda su cohorte de consejeros y timoneles para que usaran las balas encadenadas en palanqueta, con las que conseguimos dañar las empavesadas que guardaban la corulla de la proa enemiga, deteriorando parte de su cañonería. Entonces irrumpió en la escena la nueva galera de Alonso de los Ríos, que se colocó entre las naos de Baldaya y Saavedra, y se puso a tiro del cañón de una crujía, pero por tres veces no prendió la pólvora y una providencial ráfaga de viento maestre dejó a la Florida justo rumbo a la ensenada de Gilolo.

A la mañana siguiente, el Bom Sucesso se plantó frente a la costa del reino de Catarumbi, acompañado por dos fustas y medio centenar de praos de Ternate. Enseguida nos tropezamos con la galera recién salida de los astilleros de Tidore y más de treinta canoas dirigidas por el regente Quichilderede. Los nativos de ambos bandos daban saltos al unísono, agitando sus collares de semillas

alrededor de sus cuellos, levantando cimitarras y campilanes por encima de sus cabezas, la mayoría de ellas orladas con plumas celestes de aves del paraíso. La galera de Alonso de los Ríos iba a la vela y nos ganó el barlovento, oponiendo su poder de maniobra a nuestra mayor capacidad de armamento. Al comprobar que los cuatro bombardazos de nuestros cañones pedreros caían todavía lejos del casco de la Florida, el capitán Baldaya consideró un mal negocio emprender una batalla navegando a bolina y ordenó la retirada.

Poco después, amparado por la galera española, el bergantín la Florida tuvo el camino expedito para salir de Gilolo y fondear en el puerto de Tidore, donde fue recibido por las estruendosas salvas que se lanzaron desde el baluarte. El capitán Saavedra varó la nave en la orilla, ordenó descargar el armamento, las municiones, las medicinas, algunas chucherías de intercambio, chinchorros y aparejos de pesca, que sus anfitriones esperaban como agua de mayo, y corrió todos sus cañones de una borda a otra para dejarla a la banda. Una legión de grumetes e indígenas trabajó sin descanso durante una semana entera para retirar la broma acumulada en la travesía, calafatear la nave con estopa, aceite y betún de resina, reparar los cuatro palos de la arboladura y forrar de tablazones el costado, desde la quilla a la lumbre de agua.

Reinaldo Duarte hizo constar en su diario que Álvaro de Saavedra era el capitán del primer bergantín que conseguía alcanzar las Molucas zarpando desde Nueva España con dirección al oeste. Así como las raíces de los claveros sorteaban a su paso la presencia de las rocas, así como los ríos daban al mar por el cauce que más les placía, también el destino se había hecho de un camino propio desde el otro lado del océano. Paradojas del destino, llamó Reinaldo a la concatenación de hechos que convirtieron a Saavedra en protagonista de una gesta en el hemisferio sur, cuando en realidad estaba llamado a serlo de otra muy distinta en el hemisferio norte. Por extraño que resultara, después de la conquista de la gran Tenochtitlán y de la muerte de Moctezuma, Hernán Cortés había ordenado la construcción de una armada de bergantines con la idea

de explorar aquellas costas del Pacífico en busca del mítico estrecho de Anián, un paso por mar parecido al hallado por Magallanes al sur que, según suponían, debía atravesar el nuevo continente por el norte. Sin embargo, cuando más cerca creían encontrarse de hallar el estrecho de Anián, se recibió en Zacatúa una real cédula firmada en Granada por el emperador Carlos ordenando el abandono de las andanzas por el norte y el flete urgente de una escuadra que se dirigiera a los mares del sur para auxiliar a la expedición de Loaysa, de la que solo habían tenido noticias confusas y no del todo creíbles, gracias a los tripulantes de la Santiago, una de sus pinazas perdidas que, a duras penas, había conseguido alcanzar la costa de Tehuantepec.

Al conocer sus estudios sobre la historia natural de la isla, Saavedra le hizo a Reinaldo una pregunta parecida a la que le había hecho Bustamante años atrás, en su primera estancia en Tidore:

—¿Creéis que los claveros de las Molucas podrían crecer en Nueva España?

—¿Podríais llevaros a remolque en vuestra nao este volcán, con las mismas nubes que se arraciman en su ladera…? —Reinaldo contestó con la misma pregunta que empleaba para responder a esta cuestión que venía a repetirse con una cíclica asiduidad.

—Tenga en cuenta que en Nueva España tenemos volcanes y también llueve mucho…

—Pero no será el mismo volcán ni nunca estaría rodeado de estas mismas nubes.

—Trasladaré vuestra respuesta a Hernán Cortés si conseguimos regresar a Tehuantepec…

El capitán De la Torre recomendó el regreso de la Florida por la ruta africana del cabo de las Tormentas, aunque el viaje exigiera un rumbo ciego, sin posibilidad de aprovisionamientos en unas costas vigiladas por navíos portugueses… Saavedra insistió a todo el que le hablaba de esta ruta que tenía órdenes de volver por donde había venido, aunque sabía que hasta entonces nadie había completado

con éxito ese trayecto, e insistió en que no pretendía emplear en adelante una sola bala de cañón contra la Armada de Portugal desde su bergantín, que estaba llamado a la exploración y a dar noticias de todos estos sucesos al rey de España.

XXXII
PALO SANTO, MAR Y LIBERTAD

CUANDO BAJABA DE SU GALEÓN Y PISABA LA TIERRA, sobre todo si era en tiempos de paz, el capitán Mendo Baldaya se sentía extraño y cedía a la tentación de humanizarse; sus *elevados* pensamientos se diluían, sus torpes pisadas sobre las tablas de los muelles le delataban como a un pez fuera del agua y su vida misma parecía carecer de un verdadero sentido. Sin embargo, cuando volvía a surcar las aguas, sobre todo si nadie antes que él había navegado por ellas, cuando percibía de nuevo el familiar aroma de la aventura y la pólvora en la batalla, se convertía en parte de una conciencia superior y entraba en una especie de éxtasis a la espera de recibir de las musas el encargo de alguna tarea trascendente, como un pintor ante su lienzo en blanco, como un escultor ante un bloque deforme de barro.

De Mendo Baldaya propalaban las malas lenguas que carecía de ciertas virtudes que resultaban preponderantes en el nuevo arte de la guerra naval. Decían que no sabía explotar el éxito cuando lo tenía al alcance de la mano, que se nublaba su sentido común y buen juicio en los momentos decisivos de los combates, que su soberbia le impedía oír y atender las opiniones de sus subordinados, que debió retirarse mucho antes de los frentes de batalla y dedicarse a la enseñanza o a la exploración, espacios donde tal vez algunos de sus defectos pudieran transformarse en virtudes… Pero la envidia siempre fue una mala consejera y, en cualquier caso, ya era

demasiado tarde para pedir al capitán que replanteara el rumbo de lo que consideraba un inmutable y sagrado deber.

Coincidiendo con esos días de agitación, el sultán de la isla de Boconora juró fidelidad a las tropas españolas y el general Meneses mandó al Bom Sucesso, acompañado por catorce fustas con arcabuceros portugueses, y a la caracoa real comandada por Cachil de Revés —lugarteniente del cacique de Ternate, Cachil Daroes—, a emprender una acción de castigo y restablecer de una vez por todas el orden. Baldaya mandó por delante para explorar la ruta a una de sus barcazas de confianza y, como se temía, encontró en un abrupto saliente de la costa de Tidore a la galera española que capitaneaba Alonso de los Ríos y a una escuadra de praos tidoreses dirigida por el regente Quichilderede. La contienda estaba servida y lo subrayaba el alboroto y el griterío dignos de corral de comedias que se produjo cuando se encontraron de frente los nativos de uno y otro bando.

De repente se hizo un silencio de catacumba al adueñarse de medio cielo un halo plomizo, en una señal de mal agüero que parecían mandar los comunes dioses venerados en ambas islas para evitar el derramamiento de sangre. Al ver que las nubes del color de la brea estaban a punto de abrirse para dejar caer en el agua verdaderos chuzos de punta, Cachil de Revés pidió entrevistarse con Quichilderede para recordarle su extrañeza por el desproporcionado número de víctimas indígenas en los primeros meses de guerra y le propuso que, de manera excepcional y sin que sirviera de precedente, guardaran sus dardos envenenados, sus lanzas de osamentas y sus afiladas cañas para que tomaran la palabra los cañones de los cristianos y se entendieran entre ellos. Cachil de Revés se aproximó después a la proa del Bom Sucesso y aunque no se le veía la cara, oculta por un matorral de aves del paraíso y el quitasol que sostenían sus súbditos, nos comunicó desde allí el resultado del acuerdo:

—Esta vez no haremos favores los naturales a los extranjeros, salvo que solicitéis nuestra ayuda; es la hora de los valientes.

Baldaya contestó que no sería menester y le pidió con cierto desdén que se retirara del escenario del combate, no sin cierta extrañeza al constatar que los aborígenes de ambas islas se habían

puesto de acuerdo por primera vez en algo. Luego ordenó regar la cubierta con serrín, como era preceptivo, para evitar que la propia sangre de nuestros hombres nos hiciera resbalar cuando empezara la degollina. El padre Movilla nos pidió que nos arrodilláramos para rezar la salve. A Mendo Baldaya no le importó elevar su melifluo tono de voz en la arenga que dirigió a sus treinta y siete valerosos compatriotas:

«Así como la ausencia forma parte misma de la presencia, la cercanía de la muerte nos convierte en hombres completos… Nadie tiene éxito si hace algo a medias. Presenten batalla y luchen con pasión: A sangre y fuego…».

Su discurso destacó por su tono místico y profético. Las voces de la tripulación rugieron por tres veces para contestar al lema que se enarbolaba en la vela latina del trinquete —«A sangre y fuego… A sangre y fuego… A sangre y fuego…»— y se oyeron dos tambores y un sacabuche para enardecer a la tropa. Tomamos el estrecho pasaje que dispusieron los nativos para que entráramos en escena y poco después pasó por delante la galera española, que había arriado sus velas y navegaba con la sola fuerza de la boga de sus remeros. Pretendí tomar mi lugar en el puente de mando, pero un soldado de fortuna me dijo que tenía prohibido el paso por orden expresa del capitán Baldaya y me dio un empujón, que más pretendía hacerme notar desprecio que dar con mis huesos en el suelo. Le prometí que a la terminación del combate pagaría caro su atrevimiento, aunque por su convicción supuse que las órdenes partían realmente del capitán y pretendían protegerme del fuego cruzado.

Nuestros cinco cañones de proa dispararon a desarbolar, con la intención de mantenerlos a distancia, pero el adversario mantuvo el rumbo y nos obsequió con una rociada de disparos que sembraron el pánico en nuestro castillo de espalda. En estos primeros escarceos cayeron heridos de muerte el alférez y el condestable.

Baldaya mandó desenvergar la vela para evitar que las pavesas prendieran y nos envolvieran en llamas, y pidió a sus artilleros que dieran rienda suelta a los falconetes de cubierta para mantener la distancia, pero Alonso de los Ríos tenía escrito entre ceja y ceja el

abordaje. Sentimos en los costados el impacto del espolón enemigo, tan afilado como el pico de un pez de espada, y consiguió abarloarse pese a su bajo bordo. Notamos después el rasgueo y el golpe seco de los garfios del enemigo. El capitán Baldaya mandó desbrozar el arpeo de los españoles que caía sobre nuestra cubierta como una imperdonable ofensa. Los destellos de nuestras dagas y espadas cortas se podían atisbar entre oleadas de humo, preparando la bienvenida a nuestros invitados. A mi espalda oí los pasos de nuestros arcabuceros, parapetados en la crujía, bajo un toldo de estopa, y el crujido bronco de las tablas al desplazarse las pesadas culebrinas de proa para defender el Bom Sucesso.

Una ráfaga de pólvora de los primeros arcabuceros españoles que pisaron nuestra cubierta derribó a Mendo Baldaya. Su yelmo rodó sobre las tablas del castillo de popa. «Ocúpese del capitán», me pidió el contramaestre. Subí al puente de mando para constatar lo que presagiaba su ominoso silencio. El padre Movilla le había despojado de su capotillo rojo de mangas abiertas para emplearlo en taponar la sangre que salía a borbotones de su bajo vientre. El pobre Baldaya quiso mirar sus tripas, pero solo pudo tocarlas con sus propias manos. El sacerdote me pidió ayuda para trasladarle al castillo de proa, junto a la cámara de las velas y la leña, donde se había instalado la enfermería, pero el paso ya estaba ocupado por la lucha que se libraba a brazo partido, cuerpo a cuerpo, con espadas, dagas y la punta metálica de los escudos circulares de cuero de buey. El padre Movilla le hacía de forma obstinada la señal de la cruz bajo la raya que dividía su cabeza en dos matas de pelo y le hablaba de los favores que había recibido de Dios en esta vida y de todos aquellos que todavía debía recibir en la eternidad, cuando tuviera la visión de Jesucristo al son de chirimías, orlos y dulzainas. Baldaya no preguntaba por el signo de la contienda que se libraba en su galeón, aunque oía los ayes de sus hombres. Luego notó la caricia de un tibio aguacero y permaneció enroscado sobre sí mismo, con los ojos abiertos y una mirada fija en la cortina de agua rasgada por la neblinosa y grisácea humareda de la batalla. Creo que reconoció el calor de mi mano antes de morir sobre el lodazal de aserraduras

sanguinolentas en que se había convertido su puente de mando. El destino tenía reservado a Mendo Baldaya la primera derrota sufrida por Portugal al sur de Asia desde la llegada a Calicut de Vasco de Gama.

No quiso el Dios del que hablaba el padre Movilla que el capitán Baldaya viera la llegada del capitán español Alonso de los Ríos al Bom Sucesso, ni oír su orden de cañonear con las propias culebrinas portuguesas la caracoa del aliado Cachil de Revés, conminándole a dispersarse porque la batalla había terminado con la victoria española. El cuerpo del capitán Baldaya fue envuelto en un saco cargado de piedras y arrojado por la borda de su galeón para que reposara en las entrañas de ese mismo ancho y profundo mar con el que sostuvo una relación mística a lo largo de su vida. Por primera vez había corrido solo sangre de cristianos europeos, como pretendían los nativos: once muertos en total —siete portugueses y cuatro españoles— y más de cincuenta heridos graves, contando ambos bandos.

Enseguida noté en la sien el frío de la boca de un arcabuz español y la voz de quien lo portaba: «Andando», me ordenó, señalando la dirección de las chalupas españolas con un arrogante ladeo de cabeza. Los soldados enemigos nos dirigieron al baluarte con la altanería del porquero que guía una piara de cerdos que fueran ajenos a su destino en el matadero. Al bajar de la chalupa y pisar la orilla de la playa, parecíamos disciplinantes que arrastraran los pies para cumplir una promesa, unidos por una rugosa cadena que tomaba la apariencia de un ferruginoso gusano que a cada paso se empeñara en mordernos los tobillos.

Todavía conservo la huella de un moretón, indeleble recuerdo de aquellos inmisericordes golpetazos que nos dieron en las costillas y las caderas con las culatas de mocho de nogal de sus arcabuces. Pasamos por un estrecho pasillo formado por nativos, que nos zarandeaban con empellones y manotazos en la cara. Nos escupían lo más cerca que podían de nuestros oídos toda clase de insultos y maldiciones, que desde luego resultaban indescifrables, no solo porque apenas conocíamos una docena de frases en su idioma, casi

todas ellas de tonos y significados amables, sino porque en nuestros tímpanos todavía resonaban los estallidos de los cañonazos y temíamos habernos quedado sordos para siempre. Creo que pretendían hacernos sentir angustia y miedo, vernos llorar y rogar por nuestras vidas, pero conseguimos ocultar todos esos sentimientos tras una máscara de altivez e incuria que parecía irritarles más todavía. Representábamos ese papel de héroes trágicos con tal convencimiento que parecía que hubiéramos vivido muchas veces esa misma escena; era como si fuera cierto que nos importara un pimiento que acabáramos de sufrir una ignominiosa derrota, que los españoles nos apuntaran al cráneo con los cañones de sus escopetas y que los indígenas de Tidore pidieran nuestra custodia para convertirnos en la merienda de sus caimanes.

Ya empezaba a anochecer cuando nos obligaron a entrar por la única puerta abovedada de la fortificación. Al acceder al baluarte fui separado del resto de prisioneros de un brusco empujón que consiguió derribarme de nuevo. Desde el suelo terrizo, a la luz de una antorcha, pude distinguir las oscuras siluetas de mis compañeros recortándose sobre la muralla. Les dirigían a un almacén habilitado como calabozo en el patio de armas. Entonces apareció un nativo del poblado de la montaña —o eso supuse porque llevaba calzones cortos hasta la rodilla y una chamarreta de gasas de color anaranjado —, que me amenazó con una azagaya y me ató por los pies a unos grilletes que tenían en sus extremos unos pesados bloques de adobe. Allí me quedé abandonado, al aire libre, con los zaragüelles todavía empapados, rebozado como una empanada en la arena de la playa, desdeñosamente recostado sobre el muro, bajo la buhedera de los falconetes que los murciélagos revoloteaban a tientas.

Temí enloquecer sin las tres cosas que nunca me habían faltado hasta entonces, el palo santo, el mar y la libertad. Al levantar la cabeza, descubrí una aspillera abocinada en el muro que me permitió comprobar mi extraña condición de príncipe destronado de su reino, de prisionero dentro de un paraíso. La hendidura medía tres dedos de ancho y cuatro palmos de largo, y me ofrecía una visión acotada, vertical y, en cierto modo deforme, del brillo de las estrellas del

cielo, de los destellos de la luna sobre las olas del mar, de la línea de horizonte sobre la que parecía bailar el reflejo de la ahora lejana isla de Ternate. También podía contemplar la porción de playa sobre la que se reclinaba nuestro desvencijado galeón Bom Sucesso, despojado de toda su artillería, inutilizado como un capitán sin insignias. Oí decir a los españoles que allí quedaría provisionalmente fondeado, pero la realidad era que no disponían de hombres suficientes para tripularlo; por eso permanecía vigilado, pero al mismo tiempo arrumbado, como un monumento destinado a conmemorar la batalla.

Bajo una titilante constelación plateada, en la plaza central del poblado, canturreaban los nativos las viejas canciones tribales que hablaban de sus antepasados, alrededor de los fulgores inextinguibles de aquellos mágicos leños incandescentes que podían llevarse toda la noche ardiendo sin consumirse. Y mientras tanto, yo parecía bailar al ritmo que tocaban porque me espoleaban unas chinches minúsculas, casi invisibles, que escalaban por mis extremidades en busca del calor de mis ingles y mis axilas, me clavaban las afiladas uñas de sus patas y al rozarme con su baboso abdomen, tomaban posesión de mis piernas y brazos obligándome a unas danzas inconfesables y grotescas imposibles de reprimir.

Volví a pensar en el pobre capitán Mendo Baldaya, que tal vez me hubiese prohibido la entrada al puente de mandos porque supiera que ese sería el primer lugar que mandaría atacar Alonso de los Ríos. Tal vez pretendía salvarme la vida para que algún día tuviera la ocasión de contar al rey de Portugal en persona todo lo que acontecía en aquel lejano rincón del mundo que sentía como suyo, para que convirtiera este relato en mi nueva razón de ser y existir. A fin de cuentas, no dar una noticia y no vivir lo suficiente para darla venía a ser lo mismo, y todas aquellas historias que Baldaya quería que contara corrían el peligro de tener la volátil vigencia de un sueño no recordado. Supe que debía rescatar lo vivido del amenazante olvido, indagar en mi propia condición humana y en esa caprichosa naturaleza del destino que me acuciaba con su arsenal de sobresaltos, estupores y desdichas.

Un frío cortante como un afilado cuchillo trajo al fin un silencio propicio para poner en orden mis pensamientos, cargados de recuerdos embellecidos por el paso del tiempo, como esos lienzos por encargo de los palacios y los monasterios que nos devolvían la figura de los personajes históricos mucho más hermosos de lo que realmente fueron y los milagros de los santos mucho más increíbles de lo que en realidad debieron ser.

XXXIII
EL LENGUAJE DE LAS AVES, LAS AGUAS Y LAS ALGAS

AL TENER NOTICIAS DE LA LLEGADA DE ÁLVARO DE Saavedra y de la batalla que habían librado Alonso de los Ríos y Mendo Baldaya, Hernando de Bustamante regresó a la fortaleza, dio unas vagas explicaciones sobre su ausencia para ocultar su convivencia en el palacio de Marieku con la reina madre y se hizo cargo del hospitalillo de campaña, que se había montado a la espalda del baluarte para atender a los heridos de uno y otro bando. Le reconocí enseguida por las manchas de sangre que salpicaban su camisa blanca y deshilachada, como pigmentos rojos salidos de la paleta de un pintor que se hubiese peleado a brochazos con su cuadro.

A primera vista resultaba difícil entender lo que las mujeres de aquella isla veían en aquel hombre delgaducho, de pelo negro, enmarañado y sucio, que tenía la nariz torcida por una de esas pendencias propias de alta mar, aunque en esto último pudiera asemejarse al ideal de belleza de aquellos parajes en los que abundaban las narices achaflanadas. Venía acompañado por un nativo que traía un cucharón bailando en una cazuela de pasta espesa, sobre la que flotaban féculas de sagú que brillaban como rubíes y una escudilla con agua para que me lavara la cabeza, como hacían a diario los tidoreses de la clase aristocrática.

—Muchas gracias.

—Estábamos condenados a conocemos —me saludó Bustamante, esbozando una sonrisa.

—¿Condenados a conocernos…? —tardé en contestar y lo hice con una pregunta porque Bustamante pretendía hacerse entender en el portuñol que aprendió navegando con Magallanes y yo no tenía manera de distinguir por su entonación si se trataba de una mofa o de un cumplido.

—Quiero decir que tarde o temprano conocería a ese conde de Portoalegre del que tanto se hablaba. Espero que no tenga queja del trato que ha recibido…

—No, no… No puedo quejarme, pero tampoco pretendo tener un trato diferente. Preferiría estar con mis compañeros en la prisión del almacén…

—Si fuera un preso común, los portugueses no ofrecerían por vos cuatro prisioneros españoles y la isla de Boconora… —he de admitir que Bustamante ganaba mucho de cerca, en las conversaciones distendidas, cuando te hacía reparar en el brillo de su mirada, acerada y profunda.

—No creo que valga tanto —tomé el cucharón y probé el sagú; estaba en su punto, con su pizca de sal y limón.

—Sus amigos negociadores han pasado por alto un pequeño detalle —Bustamante sonrió con sarcasmo esperando que indagara en las negociaciones que se habían llevado a cabo esa misma mañana, pero levanté la cabeza del plato y me mantuve en silencio para que prosiguiera—: Boconora está del lado de Castilla y seguiría siendo nuestra de todos modos.

Bustamante ordenó al nativo que me despojara de los grilletes y de la pesada piedra de adobe, y me invitó a acompañarle al portón del torreón sur, que estaba hecho de cascajos y cantos, y parecía una vieja dama que estuviera a punto de sufrir un soponcio y caerse sobre sus propios pies. El nativo tomó una azagaya y se situó a mi espalda. Llegamos enseguida a la humilde covacha de adobe y techo de hojas de palma que albergaba a los heridos de la batalla, que yacían sin distinciones de rango y nacionalidad sobre esterillas de cañas de bambú entremezclando en el aire sus sonoros ayes, tan parecidos en

todos los idiomas del mundo. Me apiadé de los nuestros, pero no impulsado por un sentimiento egoísta o patriótico, sino por la certeza de que ellos solo saldrían de aquel hospitalillo con los pies por delante o sanados para convertirse en carne de galeotes. Sin embargo, tuve que admitir que allí no se hacía distinción alguna entre españoles y portugueses, y eso debía agradecerse a Bustamante; todos y cada uno de ellos eran convalecientes, divididos no entre vencedores o vencidos, entre prisioneros o pacientes, sino en categorías según la gravedad y las causas de las lesiones; si eran contusiones, heridas punzantes y quemaduras de pólvora propias de la batalla o si sufrían esas peligrosas insolaciones, calenturas y picaduras de mosquitos o serpientes que formaban parte del día a día del ser humano en aquella inhóspita y salvaje naturaleza.

Pero Bustamante me hizo llegar allí para que hablara con los heridos portugueses y así pudieran seguir sus indicaciones, algunas difíciles de entender y asimilar. Recordando sus tiempos de barbero, recomendaba a sus pacientes más graves que guardaran la misma postura que tenían en el momento de ser heridos. En esta técnica se basaba su método para identificar la trayectoria de los cuerpos extraños que se habían alojado en el interior de los cuerpos, ya fueran astillas, puntas de lanza o metralla, con la idea de retirarlos con el menor desgarro posible. Bustamante no era cirujano, pero proporcionaba friegas y sangrías, ponía ventosas, trataba supuraciones, anestesiaba con datura y aplicaba en las heridas vino tibio, tamarindo, claras de huevo, vinagres y aceites reconfortantes; también se atrevía a mutilar cuando lo creía preciso con hachas hirvientes y con esa variada gama de tenazas —sencillas, orejudas, de tres o cuatro cantos, cóncavas y convexas…— que habían llegado desde la botica de la nao Florida. Podían decirse muchas cosas de él, casi todas ellas ciertas, como que carecía de título de protomedicato y que su experiencia era la de un vulgar barbero de pueblo, pero en aquella enfermería de mala muerte reinaba su singular sentido de la ética y su alma de verdadero médico humanista. Bustamante explicaba el alcance de sus dolencias a los pacientes, se prestaba a oír sus confidencias o sus últimas voluntades, si se debatían entre la vida

y la muerte; y llegado este postrer momento, les despachaba una infusión de hojas dípticas y flores amarillas y pálidas de galbulimina para hacer más placentero y rápido su viaje al otro mundo.

A media mañana nos sentamos sobre unos troncos caídos en el patio trasero de la enfermería, que era como llamaba Bustamante de forma pomposa al espacio boscoso de acacias y eucaliptos que se extendía a la espalda de la covacha.

—Veamos: hasta ahora llegan a su destino en las Molucas solo uno de cada diez barcos que parten desde España y solo sobreviven al viaje uno de cada tres hombres, pero el Consejo de Indias solo mira por la rentabilidad de sus inversiones… —me confesó con cierto desencanto.

—Vos sabéis como yo que las especias están demasiado lejos para defenderlas desde España o incluso desde Nueva España —le contesté de la forma más aséptica posible, sin meterme en camisa de once varas.

—Creo que está en vuestra mano la posibilidad de ayudar al capitán Álvaro de Saavedra.

—Se ve que los extremeños os entendéis muy bien entre vosotros…

—Es verdad que Saavedra y Cortés son de la Vega Alta del Guadiana y yo vivía en Mérida, pero no es por paisanaje sino porque servimos a la misma causa de poner fin a esta absurda guerra.

—Desembuchad, Bustamante…

—La Florida carece de piloto y necesita regresar a Nueva España para informar de la situación y recibir instrucciones…

—Hasta aquí podríamos estar de acuerdo; pero si os ayudara y, en vez de instrucciones, Saavedra recibiera refuerzos yo me convertiría en un traidor…

—Voy a entregar a Saavedra esta carta dirigida al emperador, explicándole todo lo que aquí se hace sin su consentimiento… —me enseñó un inflamado discurso de catorce pliegos escritos por ambas caras.

Bustamante tuvo la oportunidad, en su estancia en España, de saludar personalmente al emperador y le contó de cabo a rabo su avistamiento del Pacífico al secretario real, Maximiliano Transilvano. Luego contribuyó con ochenta ducados a la despensa y armazón de la expedición de Loaysa y obtuvo el derecho de dar y recibir novedades de los oficiales de la Casa de Contratación sin intermediarios. Esos privilegios obtenidos en España obligaban al capitán De la Torre a permitir la entrega de esos catorce pliegos de explicaciones salidos de su puño y letra al capitán Álvaro de Saavedra.

—Yo nunca navegué por esas aguas, ni conozco los vientos, y no podría ayudarle a encontrar la ruta que conduzca a Tehuantepec… —sostuve.

—Tal vez vos no podáis, pero Saavedra necesita saber… —Bustamante vaciló por unos segundos y ladeó dos veces la cabeza, como si no estuviera seguro de mi receptividad—. Saavedra necesita saber si contaría con vuestra ayuda para enrolar a vuestro piloto, Simón de Brito, y a sus hombres de confianza, a cambio de la libertad…

—Podría remitirles la oferta, pero la decisión les corresponderá a ellos…

—Créame lo que le digo: colaborar en esta misión es favorecer la paz… —Bustamante terminó de comer un plátano y utilizó la piel para frotarse su antebrazo y sus pantorrillas enrojecidas, a modo de ungüento, para aplacar el escozor de las picaduras de los insectos.

—Yo también podría proponeros algo que favorecería nuestro interés común… —pensé en ese momento que el aire que retenía en los pulmones adquiriría su verdadero valor al desalojar mi interior, cuando se transformara en la magia de las palabras que me pudieran sacar de allí sano y salvo.

—No sé si estáis en condiciones de proponer un pacto, la verdad…

—Lo que os propongo es volver por un camino mucho más corto, por la ruta portuguesa del cabo de las Tormentas, con un salvoconducto del general Meneses, para que contéis de viva voz a

vuestro emperador todo lo que habéis escrito en esos catorce pliegos…

—No me parecería leal…

—Es la mejor prueba de lealtad que podría dar a España en este momento. No sigáis anclado en el pasado como hace el capitán De la Torre.

—He de admitir que el pasado es lo único que tenemos mientras no volvamos a casa.

—Nuestros reyes llegarán a un acuerdo, no lo pongáis en duda. Portugal tiene la ruta para acceder a estas islas y España lo que necesita es dinero para fletar armadas que traigan oro y plata de América y hacer frente a sus guerras en Europa… —froté los dedos pulgar y corazón de mi mano derecha para hacerme entender mejor.

—Dicho por un portugués, eso que decís solo parece un ardid destinado a debilitar nuestra moral de combate…

—Vuestro emperador mantiene negociaciones para vender a Portugal los derechos que pudieran asistirle sobre estas islas…

—Ya sé que eso es lo que se dice en Goa y Malaca, pero no tenéis pruebas de ello.

—Debería creer en mis fuentes y en mis buenas intenciones.

—El infierno está lleno de ellas. ¿O debo creer también en las buenas intenciones del general Meneses si un día dejáramos de proteger a la población de Tidore? —Bustamante sabía que no tendría ninguna respuesta para su pregunta.

—No puedo saber lo que hará el general Meneses —le contesté —, pero deberíais recomendar a la reina madre que se distancie del capitán De la Torre si quiere proteger el legado de su hijo Raja Miu.

—Eso haré si vos hacéis llegar la oferta del capitán Saavedra a vuestro piloto, Simón de Brito, y a su tripulación…

Dicho esto, me tendió su mano derecha y, antes de estrecharla, guardé un silencio de segundos que tardaron en pasar una eternidad. Es de agradecer que en el mundo haya muchas personas íntegras y cabales, pero cada una de ellas tiene un precio que no solo es

distinto del establecido para las demás sino diferente en cada una de sus propias situaciones y circunstancias; en este caso, las situaciones y circunstancias abarataban considerablemente nuestro precio, el suyo y el mío.

Según contaban sus propios compañeros, Bustamante había caído en desgracia. Su fama de explorador se había desmoronado en su segunda vuelta al mundo, al no ser capaz de recordar la ruta de acceso al brazo de mar que daba paso al nuevo océano y causar el naufragio de la Santi Spiritus, la muerte de nueve marineros y la no menos dolorosa pérdida de tiempo, vituallas y pertrechos. Tal vez por eso le hurtaron la posibilidad de ascender a capitán, primero en pleno océano y luego en Tidore. A la muerte de Juan Sebastián Elcano ya le negaron por primera vez ese derecho. Luego Carquizano lanzó por la borda las papeletas de la votación que se hizo para dirimir a quién correspondía el mando de la expedición; fue porque sonó por tercera vez el nombre de Bustamante en el inicio del recuento y no titubeó a la hora de mandarlo a la bodega del barco con grilletes en los pies. Más adelante, a la muerte de Carquizano, De la Torre se autoproclamó capitán, negando a sus hombres el derecho a expresar su opinión…

Pero la presencia de Alvaro de Saavedra revitalizó el papel de Bustamante, no solo porque fueran paisanos, sino por el respeto debido a sus prerrogativas reales. Se notó al día siguiente, cuando por fin los españoles nos reunificaron a los doce prisioneros portugueses en el alcacer al aire libre y enriquecieron nuestra dieta de sagú con una escudilla diaria de sopa de cidronela, aderezada con unas hojas que utilizaban los nativos para aromatizar sus comidas. A partir de ese momento, mis compañeros de prisión y yo compartimos por tumos las vistas al mar desde la mirilla de la aspillera, un espacio concebido para el perfil de una ballesta que ofrecía un mundo muchas veces inescrutable y abstracto, como la hoja de un tríptico que mostrara una escena privada de su relación con el resto del óleo.

Por entonces ya nadie disponía de una baraja entera de cartas — los nativos de Ternate y Tidore las pagaban a muy buen precio,

sobre todos los ases y las figuras—, pero pasábamos las tardes jugando al pasa pasa con uno de los marineros portugueses que trocaba una pelota de plomo de cubilete en cubilete, moviendo los dedos con más rapidez que la vista, induciendo siempre a la apuesta por el lugar donde en buena lógica debía encontrarse una bolita que nunca estaba en el sitio elegido por el apostante. Perdí con el dichoso juego una imaginaria fortuna, que se iba registrando con marcas sobre las bolas de adobe que arrastrábamos.

En todo ese tiempo disfrutamos de una relativa libertad. Los españoles habían dejado descuidadamente en la zona trasera del almacén unos chuzos de punta de hierro redondeada que se empleaban para los abordajes y un hacha bastante afilada, de esas que servían para cortar cabos de anclas en casos de emergencia. No obstante, descartamos su uso para cortar nuestras cadenas y la puesta en marcha de un auténtico plan de fuga, que estaría condenado a un fracaso tan irremisible como el de mis apuestas en el «pasa pasa» mientras no dispusiéramos de ayuda en el exterior del baluarte.

Tres días después de nuestro reagrupamiento, Álvaro de Saavedra supuso que Simón de Brito y sus marineros habían tenido tiempo de meditar su oferta de viaje a Tehuantepec y apareció en el patio de armas acompañado por dos soldados de escolta y Vinreo, un personaje que se había ganado la admiración de todos sus compañeros porque consiguió pilotar milagrosamente la Florida sin tener ni la más repajolera idea de la medición de latitudes, grados, trópicos, paralelos, meridianos y líneas equinocciales. Saavedra lucía un jubón largo pasado de moda y unas medias inapropiadas para el calor tropical de las Islas Molucas, aunque tuvieran la virtud de protegerle las piernas de las picaduras de los mosquitos. Yo esperaba que hubiera olvidado nuestro primer encuentro en la proa de la Florida, o por lo menos que hubiera entendido que cumplía órdenes de mis superiores al representar lo que llegó a parecerse mucho a una comedia de enredo, negando la existencia de españoles en estas islas. Nunca le pregunté si me había perdonado y entendido, pero recordaba lo ocurrido, de manera que agitó levemente su sombrero, pomposamente adornado con una pluma, y me saludó con desdén y

cierta petulancia:

—Espero que haya hecho bien su trabajo… —así me dijo, sin darme tiempo a componer un gesto amable, dejando bien claro que no contaba conmigo para su fantasioso viaje de vuelta y que seguiría resultando mucho más valioso como rehén. No me consideraba un hombre de mar, ni de tierra, diría yo, y se dirigió en busca del piloto.

Yo había hecho bien mi trabajo, claro está. Simón de Brito decía que había aprendido a enseñar buena cara a los bizcochos con gusanos y que, por esa misma razón, estaría dispuesto a oír el ofrecimiento del capitán español Álvaro de Saavedra. Me dijo que preferiría morir como piloto en un barco, ejerciendo su oficio y su vocación, a pudrirse como prisionero en un baluarte enemigo a la espera de un canje o de un rescate improbables. Y Saavedra necesitaba gente que supiera estancar la nave, vigilar el funcionamiento de las bombas de achique, limpiar la cubierta, atender a la ampolleta, manejar la sonda y, sobre todo, un piloto que entendiera el alma del barco y lo condujera por la ruta más rápida y segura que marcaran la ballestilla y el astrolabio atendiendo a declinaciones y cálculos tan milimétricos que un error que tuviera sobre el mapa el tamaño de una cabeza de alfiler ascendería a no menos de quinientas leguas…

El capitán Saavedra aseguró que de ningún modo podía haberse imaginado una guerra entre españoles y portugueses con la ayuda de nativos —«una macabra broma del destino», llegó a decir—, aunque admitió que la situación guardaba cierta similitud con la que había vivido en Nueva España, en la batalla de Otumba, donde cuatrocientos soldados españoles, con ballestas, armaduras y armas de fuego, habían ganado a cien mil aztecas gracias a una política de pactos con indígenas basada en el enojo que, desde tiempos inmemoriales, sentían los nativos de Tlaxcala por los de Tenochtitlán:

«¿Son los guerreros de las Molucas tan bravos como los de allí…? —preguntó Saavedra a la concurrencia y continuó su

monólogo sin esperar una respuesta—. Porque los nativos de Nueva España se agujerean los lóbulos de las orejas con cilindros de madera que pintan de colores chillones, llevan brazaletes plateados y collares de vidrio… Esos indios del demonio han perdido el temor a la muerte en la guerra, pero es imposible saber cuándo actúan de forma natural y cuándo lo hacen bajo los efectos de sus bebedizos, que usan según deseen perder el sentido de la realidad, del miedo, de la vergüenza, de la piedad o del hambre…».

Los prisioneros se arremolinaban a su alrededor para oír historias que recordaban a esos cantos de sirena que arrebataban la posibilidad de regresar a casa de los navegantes que no tapaban con cera sus oídos. Saavedra describía una naturaleza superlativa y fantasiosa, poblada por culebras como hidras con dos cabezas y hombres con rabo que bebían pócimas mágicas en vasijas doradas con incrustaciones de esmeraldas; maravillas que esperaban a modo de recompensa a quienes las quisieran tomar con sus propias manos de caudalosos riachuelos que arrastraban el oro desde las montañas, de minas de plata sulfúrea, de yacimientos de ámbar y amatista; hablaba de piedras preciosas de todas las especies, transparentes como perlas, candentes como hogueras, brillantes como luciérnagas que cambiaban de colores según la luz que recibían y otras muchas que tomaban los nombres por su utilidad: la piedra de la sangre que restañaba las heridas, la piedra de navaja que cortaba como la hoja de una daga, las piedras cristalinas de la risa, que devolvían figuras deformes de uno mismo…

El capitán español nos dio jabón pero del figurado, aunque habríamos agradecido un poco del verdadero que se fabricaba en Sevilla, la ciudad de los jaboneros, porque empezábamos a sentirnos despreciablemente sucios. Decía Saavedra que el mundo había contraído una impagable deuda con los audaces marinos portugueses que cartografiaban costas hasta entonces inexploradas, reduciendo considerablemente el número de naufragios y el miedo a los mismos, y que más allá de aquella absurda guerra nos esperaba una nueva era, basada en la admiración común y las relaciones comerciales de las dos principales potencias marítimas, que se lanzarían juntas a

conquistar y colonizar la tierra entera. Alvaro de Saavedra y Simón de Brito oyeron exactamente todo aquello que esperaban y querían oír el uno del otro y establecieron las bases de una relación simbiótica, parecida a la de las anémonas de mar que protegen a los cangrejos ermitaños con sus irritantes tentáculos a cambio de la movilidad y el alimento. El caso es que Saavedra parecía encandilado con el plan de viaje de Brito, que consistía en sortear el laberinto de islas que conducía al océano abierto, navegar de bolina para vencer las calmas, los vientos de cuadrante de proa y las corrientes contrarias, y atender a las pistas que ofrecían el lenguaje del vuelo de las aves marinas, el color de las aguas y el movimiento de las algas…

Brito aceptó alistarse a cambio de dos soldadas y una quintalada de las especias que transportaría la Florida; de su cuenta correría el pago de su servidor, Fernán Romero, y de seis marineros más de la flota de Baldaya que se prestaron de manera voluntaria. Un rato después de estrechar sus manos, vino un escribano español que tomó nota de sus nombres y apellidos, de sus lugares de nacimiento, de sus edades aproximadas, de sus aspectos —si eran carilargos o cejijuntos—, de sus caracteres —si eran charlatanes, tímidos o malcarados— y de otras señales visibles que les identificaran, si tenían chirlos o cicatrices y en este caso, sus dimensiones y sus localizaciones exactas, si se hallaban por encima de la ceja, en el mentón, en el pómulo izquierdo, en la comisura de los labios…

Juntos decidieron descartar definitivamente el rumbo oeste por el océano Indico, el cabo de las Tormentas y el Atlántico, bordeando Guinea y la Mina, porque la ruta portuguesa estaba llena de peligros —sobre todo para cualquier portugués enrolado en un barco español— y porque resultaba imposible que se repitiera, en la misma medida o parecida, la fortuna que acompañó a Juan Sebastián Elcano y la tibieza de sus perseguidores. Brito prefería asumir los riesgos de un derrotero desconocido y tal vez también aspirar a la recompensa de la gloria que aguardara al primer piloto que consiguiera completar la hasta entonces inédita ruta entre las Molucas y Nueva España. Por eso aseguró a Saavedra que perdiera

cuidado, que la misión estaba en las mejores manos, que sus hombres conocían de memoria las latitudes de las guías náuticas, que resultaba tan fácil como encontrar la derrota del nordeste a la espera de ver la estrella del norte y no cambiar de rumbo hasta comprobar que los vientos ya no vinieran de través…

Antes de la estiba en la bodega de la nao, los nativos tidoreses secaron y ennegrecieron al sol de la playa los botones de clavo de giroflé, casi sesenta quintales en total. La brisa marina traía al patio del baluarte un batiburrillo de aromas y esencias singulares difíciles de identificar por separado, aunque en conjunto podían asociarse a una mixtura de algas, repollo, vinagre y limón. Luego vimos descargar tres piezas artilleras de bronce y una decena de ballestas y arcabuces con la idea de reforzar el bastión y hacer sitio en el interior de la embarcación a la mayor cantidad posible de especias. Cuando los calafates terminaron de resanar y forrar los tablones, y de restañar las heridas que la broma y los gusanos habían dejado en el casco, Saavedra mandó desarmar del todo el galeón Bom Sucesso, que seguía arrumbado en la playa por falta de tripulantes, y trasladó a la Florida la pólvora y los últimos pertrechos útiles que quedaban en ella. Y cuando fueron liberados de las pesadas bolas de adobe y piedra, adiviné en las miradas de Simón de Brito y de sus hombres un reflejo centelleante, como el de las pepitas de oro y las gemas que al parecer abundaban en las cordilleras de Nueva España.

Desde los torreones se agitaban banderolas multicolores, de esas que servían para hacer señales en las horas diurnas, en una algazara colectiva que pretendía enmascarar el miedo a una ruta desconocida y al bramido de las tempestades que se agitaban en los mares del sudeste asiático. Un estruendo de lombardas dio salida al bergantín, que ahocicaba algo por la proa; pero flotaba ufano y altanero, como un cisne que alzara su blanco cuello para remontar el vuelo. Al decir adiós, nuestros compatriotas se balanceaban desde la popa. Los vientos céfiros soplaban desde el oeste y agitaban como gallardetes sus camisas. Miraban en dirección a la hendidura de la saetera, tras la que tal vez pudieran adivinar nuestra presencia, la de sus viejos compañeros, y no podían disimular que sentían esa incitación a la

ensoñación y la aventura que tanto echaban de menos.

Tan pronto como vio desaparecer por el horizonte el mástil del bergantín de Saavedra, el capitán De la Torre mandó un escuadrón formado por cinco soldados para apresar a Hernando de Bustamante. Ya con su valedor y paisano en alta mar, Bustamante fue acusado de cartearse con el general Meneses, de planear con la reina madre la rendición de la plaza de Tidore y de erosionar la ya alicaída moral de la tropa propagando rumores, suposiciones y mentiras como las del acuerdo de venta de las Molucas a Portugal.

El capitán De la Torre permitió en todo este tiempo de reclusión de Bustamante las visitas de Nachil al torreón, no en señal de condescendencia y caridad cristiana con el reo, sino más bien de respeto y admiración por la fidelidad insuperable y nunca correspondida de aquella mujer rendidamente enamorada. Así conocí a Nachil, al verla cruzar el patio de armas, alumbrada con las primeras luces del día, mientras bamboleaba de forma juguetona su cesto de cortezas de bambú, con esas deliciosas tortas calientes hechas con manteca, coco rallado y azúcar que ella misma condimentaba a la espera de que el espíritu de los alimentos proporcionara su milagro; un milagro de amor que le hiciera caer de nuevo en sus brazos y cumplir la promesa de volver juntos a España para recuperar el tiempo perdido y vivir por fin aquella preterida historia de amor.

XXXIV
LA CALDERA DE PEDRO BOTERO

HABRÍA PREFERIDO SER EL BLANCO DE SU COMPLACIENTE venganza o incluso de su lacerante burla, pero el destino quiso mostrarme la cara más indiferente y desdeñosa de Dios. No conseguía concentrarme lo suficiente en las oraciones que elevaba al cielo por mi libertad, de manera que por mucho que quisiera alcanzar la comunión de los santos, solo conseguía hablar conmigo mismo y parecer un perfecto idiota. Nunca hasta entonces había cuestionado su omnipresencia, ni su Divina Providencia en el cumplimiento de sus planes infalibles e inmutables, pero ahora que conocía las verdaderas dimensiones del mundo, pensaba que tal vez fuera demasiado trabajo para un solo Ser el socorro de tantos hombres necesitados de su mediación e influencia. Tal vez el mundo siguiera girando sobre su propio eje una vez al día, pero yo no creía ya formar parte de esa rotación o al menos eso me parecía; me sentía evanescente, como el aroma del clavo, como una flecha perdida en la batalla, como una huella sobre la arena de la playa que empezara a borrar la subida de la marea o el viento de la tarde, como un alfil encerrado entre torres enemigas a la espera de un rescate improbable o de un enroque imposible…

—Aflojad la cuerda, que me siento morir —el vocerío procedía del torreón del alcacer. Se oía la voz de Romay, un superviviente de la

nao Santa María del Parral de la que no se habían tenido noticias desde su paso por las islas Bisaya.

—Pues confesad —le respondía el contramaestre, muy en su papel, convertido en improvisado alcalde de la sala del crimen.

—Ya he dicho toda la verdad: la nao del Parral naufragó, casi todos los hombres murieron y caímos en manos de los nativos de la isla de los Ladrones hasta que fuimos rescatados por Saavedra —esa historia llegó a contarla una decena de veces; el obstinado relato de lo convencido que estaba el capitán Saavedra de su inocencia y de lo agradecido que él le quedó después de pagar por su rescate un puñado de polvo en oro, telas, cuentas de vidrio y otros abalorios.

—¿Por qué diablos os disteis a la fuga junto a Sánchez si no temíais nada…?

—Yo no me di a la fuga, sino Sánchez…

—¿No es cierto que lo hicisteis por temor a que algún superviviente os delatara…?

—Nada temo y si Sánchez temía algo, preguntadle a él por qué huyó, no a mí…

—Dé una vuelta más al potro —pidió al cómitre, que ejercía de verdugo con cierto gusto, o eso me pareció advertir por alguna risotada inapropiada mientras las cuerdas daban un nuevo mordisco a la cintura, las piernas y el antebrazo de Romay.

—Nada puedo decir porque nada sé.

—Mentiras y más mentiras.

—Lo juro por Dios, esas cuerdas… —por sus gritos intuí que el verdugo había rociado el esparto con agua de mar para profundizar aún más en la huella que dejaba en su escarnecida piel.

—Decidme dónde os dirigíais en compañía de Sánchez cuando os interceptó la guardia real de Marieku…

—Estaba desorientado, acababa de llegar, no sabía dónde iba…

—Mentís.

—Fue Sánchez quien huyó con una espada en la mano y yo corría a su espalda, pero no con la intención de escapar, sino de darle el alto…

—¿En qué lugar se oculta Sánchez?

—No tengo la menor idea, entró en el bosque, yo estaba a punto de alcanzarle cuando fui detenido.

—Vuestra intención era entregaros al enemigo y estar fuera de nuestro alcance cuando se descubriera el pastel…

—No hay pastel oculto, ya lo he contado mil veces. La nao del Parral se perdió con el temporal y no creo que nadie sobreviviera al naufragio.

—Llamad motín al naufragio y seréis Ubre para siempre de este dolor.

—Fue un temporal, lo juro —y por sus gritos supe esta vez que el cordel se incrustó en sus antebrazos y pantorrillas hasta tocar hueso.

—Decid todo lo que sabéis y ahorraros el suplicio, os descuartizarán igual… —me atreví a sugerirle a voz en grito desde el patio.

—Callaos, maldito portugués, ya se os dará velas en este entierro antes de lo que pensáis —me contestó el instigador del tormento.

Romay se había mantenido firme en el careo con el sobresaliente, Pedro de Raigada, pese a la gravedad de las acusaciones que formulaba. Raigada aseguró bajo juramento que, en una noche calurosa, antes de conciliar el sueño, Romay le contó que la nao del Parral se perdió en Sanguín por el mal tiempo, pero también por la falta del piloto, que murió —en este punto residía la parte capital de su testimonio— en el motín encabezado por una decena de hombres contra el capitán Jorge Manrique.

—Es una trampa, soy inocente de todo lo que se me imputa —le oí decir a Romay por última vez, resistiéndose a reconocer las evidencias que pesaban en su contra.

Al día siguiente, Romay se derrumbaría definitivamente al serle mostrada una carta entregada en mano al capitán De la Torre por unos comerciantes de Java. Se trataba de una declaración escrita en castellano y firmada en Mindanao por un marinero flamenco llamado Guillermo, que decía pertenecer a la nao del Parral y juraba

haber sido testigo de cómo los amotinados, encabezados por los marineros gallegos Sánchez y Romay, con la complicidad de otros dos, apellidados Olave y Del Hoyo, habían lanzado vivo por la borda y luego rematado en el agua con chuzos de punta al capitán de la nao del Parral, Jorge Manrique, a su hermano Diego y al tesorero, un tal Benavides.

El capitán De la Torre cerró un caso que mantuvo abierto mucho más tiempo del necesario y condenó a Romay a ser arrastrado vivito y coleando por los alrededores de la fortaleza, antes de ser ahorcado en la más alta palmera que se encontró en la playa y descuartizado con el hacha que se guardaba a la espalda del almacén. Sus cuatro cuartos —brazos, tronco y cabeza— fueron colocados en la punta de varias estacas en lugares visibles de los caminos que llegaban al poblado, como ejemplo de la justicia que también los españoles hacían con los traidores a sus causas.

Unos días después supe, por una conversación nocturna entre guardias de la fortificación, que unos nativos de las islas Bichote, fieles al reino de Gilolo, habían visto en Guayamelín, cerca de la Batachina, a cincuenta leguas de Tidore, a dos marineros portugueses a bordo del esquife español de la nao Florida. Antes de que cantara un gallo, el capitán De la Torre mandó armar una galeaza, que capitaneó Andrés de Urdaneta, y un prao tidorés, con una selección de los nativos más avezados y aguerridos del poblado, bajo el mando de Reinaldo Duarte.

El regreso de la galeaza de Urdaneta y el prao de Reinaldo fue anunciado en la playa con tamboriles y bacinillas de bronce. El jaleo me hizo saltar de un brinco y sacudirme el estado de sopor en que solía entrar a media tarde. Desde la saetera de la muralla vi aparecer a unos tipos con las caras pintadas con nuez de betel picada mezclada con sal, a imagen y semejanza de la tripulación malaya de Tago, que hacían colgar en sus cuellos discos de conchas rojas y en los lóbulos de sus orejas colmillos de bestias desconocidas. Pronto pude distinguir la presencia del piloto Simón de Brito y de su servidor, Fernán Romero, que venían maniatados por la espalda y caminaban a duras penas, como disciplinantes que en un Viernes

Santo remolonearan para retrasar el final de la procesión. Aunque la idea del sultán Almanzor era que su pueblo aprendiera a aplaudir como se hacía en las cortes europeas, las palmas, risotadas y silbidos con los que los nativos de Tidore expresaban su alegría o aprobación se parecía mucho más al jolgorio que organizaban los gañanes en los corrales de comedia o en los bodegones. Los prisioneros tuvieron que soportar los aplausos, los escupitajos, los berridos en el oído y los puñados de arena que les lanzaban a los ojos mientras atravesaban el pasillo humano que hacía la guardia española frente a la barbacana. Cuando atravesaron el portón del alcacer y aparecieron ante mi vista, quise abrazarles y contarles que llegados a este punto sería mejor abreviar y terminar descuartizados antes que martirizados, como el gallego Romay, pero los soldados españoles me apartaron a culatazos con sus arcabuces, haciéndome rodar por el suelo, a cuestas con unas bolas de adobe que ya sentía adosadas, como una extensión más de mi propio cuerpo.

Ambos fueron trasladados a la misma lóbrega habitación del torreón donde fue torturado Romay, pero Simón de Brito y Fernán Romero no necesitaron trato de cuerdas para decir una verdad que ya todo el mundo conocía y que no pretendían negar porque respondía a un plan minuciosamente preconcebido. Brito admitió que intentó hacerse con el control de la nao Florida, pero tuvo que conformarse con su esquife. No tuvo el más mínimo reparo en pedir pluma y papel para confesar por escrito que aprovechó la oscuridad de la noche y el descuido del vigía para arriar el bote y escapar junto a una parte de la marinería portuguesa, dejando a Saavedra y a su tripulación sin el necesario bote de apoyo para cargar leña y vituallas o hacer aguadas en las escalas del tornaviaje a Tehuantepec. En su fuga intentaron alcanzar las costas de algún reino aliado, pero fueron arrastrados por las corrientes contrarias a Guayamelín, una zona hostil para cualquier hombre blanco, pero en especial para los de nacionalidad portuguesa. El esquife que tripulaban Brito y Romero fue capturado por el prao de Reinaldo cuando intentaba encontrar los flujos propicios que pudieran conducirles de vuelta a Ternate, en solicitud de ayuda para sus compañeros en Guayamelín.

Dos días después arribó a la ensenada de Tidore la nao Florida, que venía huyendo de un tifón que bailaba sobre la línea del horizonte con la forma de la trompa de un elefante. La embarcación cabeceaba como un pato mareado bajo las directrices de Vinreo, el piloto que medía las latitudes a ojo de buen cubero. A falta de chalupa, el capitán Álvaro de Saavedra se vio obligado a realizar una pirueta circense en la quilla para saltar a una de las canoas y se dirigió a la fortaleza con una mirada altiva, sin saludar ni pronunciar una sola palabra. Los guardianes del torreón, en posición de firmes, accedieron a su deseo de abrir la puerta del calabozo. Una vez allí, ni corto ni perezoso, el capitán Saavedra sacó de su cinturón una daga con una afilada hoja de dos palmos y empezó a dar cuchilladas a diestro y siniestro contra los dos prisioneros, mientras profería lindezas tales como fil de puta, raspamoneda, trapisondista… Los soldados intervinieron a tiempo de evitar la puñalada mortal a Simón de Brito, aunque ya Romero había recibido cinco cortes profundos en su antebrazo en medio de la zapatiesta. Saavedra fue sacado en volandas por los guardias del baluarte, que le recomendaban que dejara reposar el plato porque aquella venganza convenía tomarse bien fría.

El juicio duró el tiempo de un desayuno y la sentencia se hizo cumplir antes de la hora del almuerzo. La memoria de los pueblos no suele ser muy dadivosa con sus héroes trágicos, ni con las proezas que se alejan del escenario épico de las batallas, por eso me levanté con mi pesada bola de adobe para expresarles mi admiración como patriota. Brito y Romero habían entregado sus vidas por retrasar, y tal vez impedir, la llegada de refuerzos de Nueva España, en un hecho que tal vez podría cambiar el signo de la guerra. «A sangre y fuego», les grité antes de que cerraran el portón del alcacer. Uno de los soldados que les escoltaba me miró con desprecio y casi me descerrajó la sien de un culatazo que me hizo girar en el suelo como una peonza.

Fernán Romero fue ahorcado y su cuerpo sin vida fue lanzado desde las más altas ramas del durián que soportaba la soga para que Simón de Brito viera su caída y la manera en que quedó tendido

boca abajo, sobre un terreno alfombrado de hojas secas, descoyuntado como esos peleles que corneaban los toros en las fiestas de los pueblos. A falta de caballos, los nativos que aplaudieron el ahorcamiento fueron designados para tirar de la cuerda que unía las muñecas y el cuello del piloto portugués por su espalda; desnudo y desollado, el cuerpo de Brito dio la vuelta entera al baluarte por la zona más pedregosa y abrupta. En la entrada del poblado le esperaba Álvaro de Saavedra, que se había reservado el gusto de dar la última orden de decapitarle y trocearle en las acostumbradas cuatro partes —como hicieron con Romay, en brazos, tronco y cabeza—, siendo cada una de ellas meticulosamente ensartadas en lo alto de picas españolas clavadas sobre las dunas de la playa, de modo que las noticias de su público ajusticiamiento llegaran lo antes posible a conocimiento del general portugués Jorge Meneses.

—Los responsables de hacer justicia de esta manera con los más leales súbditos del rey de Portugal arderán en el infierno.

Meneses era un hombre poco dado a las metáforas y a las sutilezas verbales, y si hacía pública una amenaza como esta, en presencia de su propia guardia, era para cumplirla al pie de la letra. Encontró la ocasión en la mañana del domingo, sin ir más lejos, cuando el padre Villazán se dirigió a Ternate en canoa para confesarse y recibir la comunión de la mano del padre Quirós, responsable de velar por los asuntos espirituales en la orilla portuguesa desde el apresamiento del padre Movilla. El sacerdote español solía ir acompañado por un mancebo del hospitalillo, uno de esos pajes que llamaba la atención por la devoción con la que cantaba por esos mares de Dios las oraciones correspondientes a cada cambio de ampolleta. A su llegada a Ternate, los soldados le dijeron que la validez del salvoconducto había expirado esa misma mañana, aunque en el citado documento no se reflejaba una fecha concreta, y condujeron al sacerdote y a su mancebo a la más oscura de las mazmorras del fuerte del puerto de Talangomi. Los españoles que en adelante murieran en el campo de batalla serían así privados de confesión y comunión, de rendir cuentas al Altísimo por sus

muchos pecados, y se irían derechitos de cabeza a la famosa caldera de Pedro Botero que, según decían, era la más honda chimenea del averno.

Mientras tanto, el capitán Saavedra impuso de nuevo su criterio y exigió la libertad de Bustamante. Pese a la docena de pliegos de cargos que pesaban en su contra, Bustamante recuperó el cargo de contador general y de nuevo tuvo acceso a los libros de contadurías, los testamentos, los inventarios y las almonedas de alhajas de botines de batallas procedentes de expedicionarios fallecidos en el transcurso de la segunda vuelta al mundo. Los capitanes españoles defendieron sus respectivos argumentos en el patio del alcacer:

—No podéis defraudar la confianza que Juan Sebastián Elcano depositó en Bustamante —razonó Saavedra.

—Bustamante es un traidor que piensa que esta guerra no es del agrado de nuestro rey.

—Le recuerdo que besó su mano y se ganó el derecho a interpretar lo que puede pensar su majestad, aunque usted y yo discrepemos.

—Si tenéis su opinión en tan alta estima… ¿Por qué no volvéis a España costeando África por la ruta portuguesa, como hizo Elcano, con más razón ahora, que los vientos son propicios…?

—Porque debo seguir las instrucciones de Hernán Cortés.

—Ya veo que aplicáis la ley del embudo y antes rendís pleitesía a un paisano que a vuestro propio emperador… —le acusó De la Torre.

—Los extremeños hacemos las cosas como Dios y nuestro emperador mandan. Con el bote y sin traidores, esta vez llegaremos a nuestro destino.

Mientras los hombres de Saavedra se ocupaban de reforzar los costados de la Florida, estibar de nuevo la carga de especias y reponer las anclas perdidas, el capitán De la Torre recrudeció y multiplicó sus incursiones en territorios gobernados por emires, sultanes y caudillos que habían jurado su fidelidad al general Jorge de Meneses. Así consiguieron restituir en el trono de Maquien a Quichil Humar y saquear los poblados que, obligada o

voluntariamente, se habían puesto bajo la jurisdicción portuguesa. Los españoles decían estar impulsados por un extraño deseo de lealtad y justicia, pero en realidad solo deseaban esquilmar al enemigo y ganar botines de guerra para llenar su despensa y la bodega de la nao Florida, que preparaba su segundo intento de retornar a Nueva España.

En el transcurso de los preparativos de la nueva partida de la nao Florida, Reinaldo Duarte volvió a embarcarse con su nueva tripulación con destino a las islas del Tabuco. Su misión consistía en traer piscis, aquella moneda agujereada que resultaba imprescindible para cualquier relación comercial con las islas adyacentes. Reinaldo cargó su prao con las chucherías y los cachivaches de intercambio que quedaban en el almacén, los últimos espejos rotos, lienzos de algodón y ruan deshilachados, ciertas herramientas de hierro que eran muy apreciadas en el archipiélago y varias raciones de hígado de tiburón que les permitieran sobrevivir en caso de no poder tomar tierra, bien por la hostilidad de sus habitantes o por las dificultades orográficas.

Mientras tanto, el capitán De la Torre emprendió las negociaciones para un posible canje de prisioneros por el padre Villazán y su mancebo, empeñado como estaba en la recuperación, al precio que fuera, de esas misas y comuniones multitudinarias en la playa que tanto reforzaban la convivencia y la moral de la tropa. Con la intención de utilizarlos como monedas de cambio, De la Torre encerró en el torreón a los cuatro marineros portugueses que se mantuvieron leales a Saavedra y decidieron no huir en la chalupa con Brito y su tripulación, seguramente porque estuvieran encandilados por los relatos de las maravillas naturales y los tesoros que les esperaban en Tehuantepec.

Soñé por unos días en formar parte de un trueque, pero ya no existió ninguna contraoferta más por mi libertad, entre otras cosas porque el visir de Maquien se había declarado libremente vasallo del rey de España. Los rumores sobre mi papel en las Molucas como enviado del rey de Portugal habían elevado mi cotización a cotas innegociables, por encima del valor de un sacerdote y por debajo del

de una isla.

Todavía no se había hecho de día cuando los soldados españoles entraron en el torreón, formando un jaleo que a esas horas solo parecía justificado si fueran a matar o a salvar la vida de alguien; temí lo peor, pero resultó que venían para embarcar a los cuatro marineros portugueses y al padre Movilla en una canoa. Habían concertado una cita a la salida del sol allí donde las cimas cónicas de los volcanes de ambas islas tuvieran el mismo tamaño, una extraña condición que, desde luego, no garantizaba la equidistancia y obligaba al intercambio en un lugar más cercano a Ternate, teniendo en cuenta que el Kiematabu era más alto que el Gamalama…

En contra de mis fundados temores, el canje se produjo sin incidentes dignos de lamentar y a media mañana, los soldados españoles regresaron con Villazán y su monaguillo. Ambos fueron manteados por los marineros españoles al llegar a la playa. Volvieron al hospitalillo a hombros de los nativos en una atmósfera festiva y solemne, parecida a la de un cortejo procesional. Debía tenerse en cuenta que Villazán había convertido al catolicismo a la mayoría de los indígenas animistas, que intentaban a duras penas acatar los diez mandamientos sin entender muy bien por qué dejarían de ir al cielo si dejaban de cumplirlos. Los tidoreses comprendían el miedo de los españoles a morir sin confesión y comparaban esa desgracia con la desaparición del chamán Appiorán, a quien tanto se echaba de menos en la celebración de los matrimonios, en los ritos mágicos que facilitaban el camino de la isla de los pájaros, en la fabricación de canoas, en los intercambios de regalos, alimentos y bienes…

La nueva chalupa de la nao Florida era más grande que la tomada por Simón de Brito —tenía ocho metros de eslora y dos de manga— y fue elevada al centro de la cubierta principal con tanta delicadeza que pareciera encerrar en su interior un valioso tesoro. Esta vez no se lanzaron salvas de honor ni se agitaron banderolas de colores chillones. Los marineros mostraron desde la popa ciertos gestos trémulos, ensombrecidos por una mañana neblinosa que acortó el tiempo de los adioses. Saavedra y su tripulación se encomendaron a la Virgen del Buen Aire. Un chamán vino

expresamente desde Gilolo y desplegó un rico repertorio de invocaciones, hechizos y conjuros para que las nuevas maderas fueran merecedoras del perdón de los espíritus de los bosques, soportaran el peso de los hombres y las especias, y se deslizaran sobre las olas a la velocidad del viento cuando las brujas voladoras merodearan por el palo mayor. La Florida partió en busca de unas islas madrepóricas que contenían verdaderos jardines flotantes; esa sería la nueva referencia para mantener el rumbo hasta alcanzar los cuarenta grados con derrota nordeste y soportar durante varias jornadas esos insidiosos vientos adversos que venían por sotavento para azotarles del revés…

XXXV
EL REENCUENTRO

REINALDO DUARTE REAPARECIÓ ACOMPAÑADO POR los melodiosos chasquidos de las tablas al deslizarse sobre la cresta de las olas, al ritmo de las coplas que cantaban los nativos al bogar, con esa dulce lengua malaya, patria de palabras hermosas, redondas y sonoras: tun dunbutu (cuerpo), appi (fuego), mutiara (perla), bumi (mundo), bulan (luna), tam hahari (mediodía)…

Cumpliendo las instrucciones del capitán De la Torre, Reinaldo venía de la isla del Tabuco cargado con zapatos portugueses para calzar a los soldados españoles, con medicinas de contrabando para atender a enfermos y heridos en el hospitalillo y con un cofre lleno de piscis contantes y sonantes que pudieran reforzar la feble tesorería del destacamento español. Irrumpió frente al portón del baluarte revestido de lo que parecía un aura incandescente de un palmo de grosor que recordaba a la de ciertas ráfagas aureoladas de santos. En principio pensé que podía tratarse de un espejismo causado por la combada y difusa realidad que ofrecía el paisaje desde la hendidura vertical de la muralla y tal vez también por los brillos de espejuelo que despedían la superficie del mar y los rayos del sol en busca de resquicios entre los nubarrones de la mañana. Retiré por unos instantes la vista del saetero, me masajeé los párpados y los lagrimales con los dedos pulgar e índice de mi mano derecha, y respiré profundamente, pensando que todo aquello que había aparecido por ensalmo también podría desaparecer del mismo

modo. Sin embargo, al volver la vista hacia la playa, noté que el halo seguía flotando a su alrededor, aunque nadie se asombrara de aquella superlativa silueta que aventajaba en luminiscencia y resplandor a los morriones y las mallas de los guardianes que le rodeaban en amigable charla.

Antes de entrar en la fortaleza, Reinaldo pareció desprenderse de la capa neblinosa que le rodeaba dándose varios golpecitos en su camisola blanca, del mismo modo en que uno se sacude la arena de la playa. Entonces atribuí todas esas extrañas ilusiones ópticas a la falta de la diaria dosis de infusión de palo santo. Quizás rebrotara una enfermedad que afectaba como ninguna otra a la sesera y proporcionaba experiencias cercanas a la alucinación y el delirio; así lo demostraba esa extraña tendencia personal a la evanescencia y a la evocación de imágenes que me sugerían el porvenir de una flecha perdida en la batalla, de una huella borrada en la arena o de un alfil sin salida en un tablero de ajedrez…

Al llegar al patio de la fortaleza, ya completamente liberado de su deslumbrante aura, la camisa de Reinaldo mostraba una apariencia completamente normal, es decir, blanca y holgada como las que emplean los grumetes para subir con comodidad por las jarcias de los barcos. Se alisó con la mano su flequillo juvenil, que notó desordenado por el viento de poniente. Entonces recogí las cadenas y la bola de adobe y cascajo, me levanté del saliente del muro que me servía de asiento y me dispuse a dar la bienvenida a mi viejo amigo con la mayor dignidad y normalidad que me permitieran mis miserables circunstancias. Como no se me ocurrió una sola palabra inteligente para romper el hielo, esperé a que lo hiciera él, con su natural don de gentes:

—Nunca perdí la esperanza de volver a verte… —me dijo con un vozarrón atronador, después de casi dislocarme el hombro con un fuerte golpe y abrazarme de soslayo.

—Los años no pasan por vos.

—Ni por vos, mi querido y viejo amigo —respondió como si se tratara de un cumplido, después de pasar el revés de su mano por la frente y dejar caer al suelo un par de gotas de un sudor viscoso.

Reinaldo tenía la tez trigueña y bruñida por el sol. Su sonrisa abierta dejaba al descubierto unos dientes blancos y perfectamente delineados, nada comunes desde luego en un hombre de mar que llevaba tanto tiempo expuesto a las pandemias que repartían los vientos malignos de aquellas latitudes y las enfermedades propias de la navegación, como ese terrible escorbuto que inflamaba las encías y arrancaba de cuajo las dentaduras. Parecía completamente inmune a las huellas y los surcos que el tiempo dejaba en la piel de las personas corrientes. Se había presentado con la apariencia que guardaba en mi propia memoria en el día de nuestra despedida, diez años atrás, en el puerto de Lisboa. Pensé que podía ser cierto todo lo que venía oyendo desde hacía tiempo, todos esos rumores que engrandecían la leyenda de aquel portugués errante que empezaba a conocerse con el sobrenombre de «Rei, el navegante». Tal vez fuese cierto que había desvelado el fabuloso secreto de la fuente de la eterna juventud que un día bañó el jardín del Edén y alargó la vida de Noé y Matusalén; tal vez se tratara del elixir de la inmortalidad que buscaban los alquimistas, el bálsamo de Fierabrás que embalsamó a Jesucristo, las manzanas de oro del jardín de las Hespérides que la Discordia utilizó para separar a los dioses y guardaba Ladón, el dragón de cien cabezas…

—Ya veo que estáis repuesto de vuestra enfermedad —Reinaldo me miró con esa melosa y afligida melancolía que tienen las miradas de los portugueses cuando se encuentran lejos de casa.

—Las infusiones de palo santo resultaban milagrosas, pero no sé cuánto tiempo resistiré sin ellas.

—¿Palo santo…?

—Guayaco, maderas resinosas que crecen en la isla de la Española, en el nuevo mundo.

—Me alegro mucho, Chiquinho.

—Resulta paradójico que tantos años después nos veamos aquí, en estas circunstancias.

Reinaldo se sintió incómodo al verme cargando con una bola de

adobe atada a una cadena y se ofreció a sostenerla con su manaza de dedos delgados y largos, más propios de un organista de catedral que del rudo aventurero en que se había convertido. Nos sentamos en el mismo rellano de la escalera que conducía al viejo almacén.

—Espero que te hayan tratado bien en todo este tiempo…

—Sí, con la gentileza esperada —le contesté mientras me llevaba la mano a la cicatriz que me atravesaba la sien, desde el nacimiento del pelo hasta el rabillo del ojo, por el culatazo recibido por atreverme a decir «a sangre y fuego» el día del descuartizamiento de Simón de Brito.

—Algo habrás hecho para merecer ese chirlo…

—Por supuesto… —ironicé.

—Esa señal aumentará tu prestigio y tapará muchas bocas cuando vuelvas a Lisboa…

—Lisboa está demasiado lejos de aquí para pensar en las habladurías…

—De hecho, nada está más lejos de aquí que Lisboa —Reinaldo intentó mirar al horizonte, pero su vista se tropezó con el muro, con el paisaje de piedra seca y cascajo—. ¿Sabéis qué fue de maese Queirós…?

—Poco después de vuestra marcha, acosado por las deudas, mal vendió su casa y la herboristería. Le veían borracho todos los días en el lupanar del puerto…

—No supo gestionar el éxito al principio, ni tampoco el fracaso al final.

—Terminó dedicándose a la venta de piedras bezoares engarzadas en joyeros de falsos zafiros que presentaba como antídotos contra la mala fortuna.

—Habría sido una buena idea en otro tiempo…

—En otro tiempo en que sus posibles compradores no llegaran a preguntarse por qué un hombre con tan mala fortuna no se aplicaba su propio remedio…

—Su vida y la mía cambiaron el día que llegó Ganda…

—Pienso mucho en la caprichosa naturaleza que rige el azar.

—¿Sabéis si Avatari y su elefante Alí continúan en Lisboa?

—Allí continuaban cuando me embarqué.

—¿Sabéis qué fue de Ganda?

—Se que se convirtió en el más famoso de los rinocerontes del mundo y en un regalo del rey Manuel para el papa León, pero cuantío iba camino de Roma, en las costas de Ligurio, su barco sufrió un naufragio al que no pudo sobrevivir. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Quién iba a ocuparse dé liberar sus patas de las cadenas y darle la oportunidad de salvarse? ¡Pobre Ganda…! Su cuerpo fue rellenado de paja y embalsamado para terminar de cumplir con su función de obsequio y pieza de museo.

—El destino no tuvo piedad de aquel maldito rinoceronte…

—Dicen que los soldados españoles y alemanes del emperador Carlos que cercaron el Vaticano y el castillo de Sant'Angelo jugaban a la pelota con las cabezas de las estatuas de San Pedro y San Pablo, y arrastraban y alanceaban a Ganda como si fuera un toro por las escalinatas de la basílica de San Pedro…

—No puedo creer que sea cierta esta historia, Chiquinho…

—¿Os cuesta creer el final de Ganda o que el muy católico ejército del emperador Carlos haya saqueado Roma y hecho prisionero al papa?

—Ambas cosas.

—Pues ambas son ciertas.

Reinaldo extrajo de su roñosa mochila un cuenco fabricado artesanalmente con una cáscara de coco partida por el medio; me ofreció en una de las mitades un trago de tuac, ese licor fresco y espumoso, de apariencia lechosa, capaz de levantar el ánimo de un muerto.

—¿No sientes nostalgia…?

—A veces me pregunto qué habría sido de mí en Lisboa, pero no volvería… —me contestó Reinaldo.

—Yo creo que estarías vendiendo aceite de escorpión macerado, emplasto de lombrices, testículos de ciervo…

—O lavaría pescado… O vendería aguardiente… O asaría sardinas… —dijo divertido, poniéndose en la piel de todos estos oficios que tal vez le hubieran tocado desempeñar después de perder

su trabajo en la herboristería.

—Entonces… ¿Brindamos por el futuro? —Mantuve el coco en el aire hasta notar en su cara un gesto aquiescente.

—Brindemos por una vida sin cadenas.

—¡Por una vida mejor, entonces…! —decidí enfrentarme al primer sorbo de tuac.

—¡Por el destino!

—El destino se da mucha prisa a la hora de cumplirse, Reinaldo… Contadme qué fue de vuestra vida desde que nos despedimos en el puerto de Lisboa… —me pareció que la bebida nos ofrecía la posibilidad de intercambiar noticias sobre ese largo periodo de tiempo que habíamos pasado sin vernos.

—Ya sabéis que viajábamos con la carta del rey Manuel que restituía al duque de Albuquerque como virrey para que organizara una nueva armada y cayera por sorpresa sobre el enemigo… Navegamos deprisa, por si fuera cierto que el sultán de los mamelucos, como sostenían los venecianos, preparaba una flota en el Mar Rojo para presentar batalla a la flota portuguesa en Ormuz, pero…

—Llegasteis con retraso a vuestra cita con el duque, contaban…

—Llegamos el día de su entierro en la ermita de Nuestra Señora de Goa… El resto de la historia ya la conoceréis. Me embarqué con una tripulación malaya y las mareas nos lanzaron unas leguas más allá de una isla en la que había presencia portuguesa, pero ya es tarde para cambiar de bando…

—No podemos elegir el orden natural en que pasan las cosas ni la dirección en la que soplan los vientos…

—Si Magallanes se hubiera presentado en Mactán con todo su ejército… En fin, no podemos cambiar la historia —deliberó Reinaldo.

—¿Sabéis si existen negociaciones para intercambiarme con otros prisioneros…?

—Tarde o temprano encontrarán el precio justo —Reinaldo frunció el ceño de forma teatral, mientras yo esbozaba una media sonrisa que terminó convertida en una mueca congelada.

—El precio justo… —repetí, esperando conocer detalles de las negociaciones.

—Si vuestra vida tuviera el mismo valor que la de un soldado más no os habrían prohibido subir al puente de mando el día de la batalla y ahora estaríais tan muerto como el capitán Baldaya.

—No me habría importado morir al lado del capitán Baldaya —repuse.

—Es de dominio público que el rey Juan quiere haceros regresar a su Corte en Évora con la intención de oír por vuestra propia boca lo que pasa en sus dominios, por eso el precio de vuestra libertad es difícil de concertar —Reinaldo me pasó la mano por encima del hombro, intentando consolarme.

—¿Cómo os habéis enterado de eso…?

—Os aseguro que los interrogatorios que ordena realizar el capitán De la Torre suelen ser muy eficaces —aseguró Reinaldo.

—Nadie puede estar seguro de lo que ni yo mismo sé, pero supongo que también sabréis por esos interrogatorios que Meneses ha puesto precio a vuestra cabeza…

—Mi cabeza huele a pólvora desde hace mucho tiempo.

—Pongamos fin a todo esto, Reinaldo… —hice una pequeña pausa y le pedí con un ligero movimiento del dedo índice que acercara el oído a mis labios.

—¿Qué queréis decir…?

—Que podría responder por vuestra vida y la de vuestra familia si me ayudáis a escapar —me atreví a hablarle claramente, aunque lo que salió de mi boca fue un susurro casi ininteligible, temiendo que las paredes oyeran.

—Supongamos que ocultara mi identidad bajo el más ingenioso disfraz que se os pueda ocurrir. ¿Por cuánto tiempo podría pasar desapercibido?

—Nadie se atrevería a poneros una mano encima en mi presencia.

—No sobreestiméis vuestro poder.

—El capitán De la Torre cree que las negociaciones para la venta de estas islas al reino de Portugal y la existencia de una

comisión para estudiar y negociar la oferta del rey Juan es un ardid del general Meneses para debilitar la moral de sus hombres, pero debéis convenceros de que España prefiere dinero en mano con el que seguir haciendo sus guerras en Europa…

—¿Cómo podéis estar tan seguro de eso…?

—¿Acaso creéis que el saqueo de Roma se habría producido si los soldados imperiales estuvieran bien pagados…? Prometedme que pensaréis en mi oferta.

—Lo haré.

—No os olvidéis de mí —le pedí con esa mirada que lanzan los náufragos al horizonte cuando ya solo tienen fuerzas para dar un par de brazadas más.

Pero Reinaldo y Moluquia se marcharon al día siguiente en el prao real para asistir a las honras fúnebres por Catarumbi, el viejo rey de Gilolo. Moluquia ya intuía que Catarumbi estaba enfermo porque decía que los papagayos repeinados que les regaló habían perdido el ánimo para hacer saltar las cáscaras de las nueces con las garras de sus patas y esta desgana debía interpretarse como un mal presagio. Sus chamanes áulicos diagnosticaron que el viento entró en su alcoba real y se llevó su alma o lo que venía a ser lo mismo, que tuvo un desenlace natural, o todo lo natural que podía ser la muerte de un rey en un reino sagrado donde la magia estaba considerada la principal causa de mortalidad. El capitán De la Torre también se sumó a la comitiva para mostrar sus condolencias al reino aliado y alcanzar nuevos acuerdos con el sobrino de Catarumbi, Quichilbumi, el nuevo regente. El hambre empezaba a minar la moral y la fidelidad de sus hombres. Gilolo poseía inmensas extensiones de terreno dedicadas a los sagotales y garantizaba el rancho diario de los españoles —arroz, sagú, higos, gallinas, huevos, mango, papayas…—, pero la vastedad del territorio también exigía una protección militar que podía llegar a ser asfixiante.

Después de numerosas rondas de consultas, con el beneplácito de Quichilderede, el capitán De la Torre aceptó la solicitud de

Quichilbumi, y prestó un escuadrón de veinte artilleros durante los cuarenta días que duraría la tregua por la muerte de Catarumbi, aunque fuera a costa de debilitar la defensa de Tidore. La guerra amenazaba con alargarse enfrentando a un bando que dominaba la situación, pero no recibía refuerzos suficientes para asestar el golpe definitivo, con otro que resistía pero carecía de recursos para romper su propio aislamiento.

Siguiendo las indicaciones de Reinaldo, la guardia del castillo me invitó a sustituir mi apresurado lavado de legañas en el agua de pozo, que cabía en una palangana de barro, por un diario baño matinal en la playa. Mi chapuzón en la orilla solía producirse a primera hora de la mañana, lejos de la mirada de los nativos, bajo la estrecha vigilancia de un artillero español que no quitaba de mi cabeza el punto de mira de su arcabuz y amenazaba con volarme la tapa de los sesos si desaparecía un solo instante bajo el manto de alguna ola gigantesca. Tanta era su obsesión por mi imposible fuga que dejaba cine me acariciaran las piernas esas medusas anaranjadas y traslúcidas, que traían las mareas al alba, con tal de no realizar un movimiento que pudiera resultar chocante o sospechoso a los ojos de mi guardián.

Reinaldo regresó de Gilolo tres días después y reapareció en el alcacer con dos esclavos que parecían quemarse las yemas de los dedos con una infusión de flores de color amarillento. Me contó que él mismo había picado los pétalos, siguiendo una receta del chamán Appiorán. El bebedizo tenía una textura agradable, pero desprendía un tufo a perros muertos pese al manojo de hierbas aromáticas que flotaban en la superficie como barquichuelas a la deriva. Me invitó a sentarme a la sombra de la antigua copa de la única palmera de la fortaleza, que ya empezaba a dar señales de agonía; sus hojas de palma estaban marchitas, ribeteadas del color de las castañas, tal vez presas de la nostalgia del paisaje tropical al que un día pertenecieron

antes de ser rodeada por murallas y almenas.

—¿Habéis pensado en lo que os dije?

—Ya es tarde para huir.

—No perdáis la esperanza, Reinaldo.

—Cuando me dirigía a Tidore desde Gilolo he visto una docena de embarcaciones portuguesas que se dirigían a Ternate, bien provistas de hombres y cañones. Eso significa que en Malaca han atendido a la demanda de refuerzos del general Meneses.

—No se atreverán a romper la tregua.

—Lo hicieron una vez y volverán a hacerlo de nuevo, sobre todo ahora que ya deben saber que Quichilbumi ha conseguido la cesión de la mitad del destacamento español para defender Gilolo.

La tisana medicinal nos curó el miedo y la pena en un santiamén. La cocción hizo sus efectos y una especie de vaporoso tul nubló mi vista; se secó mi boca, se desordenó mi respiración y ya no pude tragar saliva, ni controlar esa ingobernable sonrisa idiota que se instaló en las comisuras de mis labios, en flagrante contradicción con la gravedad de la situación…

XXXVI
DIOS NO QUISO ESTA GUERRA

En las noches moluqueñas, las tonalidades del cielo y el mar llegaban a confundirse, como el zafiro negro y las gemas de azabache que se vendían en los puertos de Java, Cochin y Goa. Las olas rompían en la orilla como si fueran las últimas estrofas de un poema escrito con espuma y sal. A ciertas horas el mar contaba sus historias con su propio lenguaje, en ese tono cansado que usan los caminantes que piden posada al caer la noche. A veces percibía ecos de voces que nacían de mi propio interior, un territorio fronterizo entre la enajenación y la demencia, y quizás por eso no presté atención a lo que parecía un trampantojo, un lejano murmullo humano que llegaba envuelto en un ondulante centelleo. Tal vez podían ser los fuegos de San Telmo, aquellas luces violáceas que la tripulación del capitán Gonzalo Gómez de Espinosa relacionaba con las visitas que Dios misericordioso les hacía para que no desesperaran en su viaje a ninguna parte…

Sin embargo, aquellos fogonazos familiares procedían de la proa de un barco y pretendían ser órdenes de quitar las bonetas para arriar la vela mayor. Solo la traición o el sueño podían estar detrás del silencio del cuerpo de guardia del bastión ante semejantes señales luminosas: tres destellos que se urdían desde distintos puntos a la velocidad del aleteo de un colibrí. Esas chispas azuladas rielaban en lontananza y tomaban despaciosamente la forma de una inmensa y amenazante uve. Se trataba de la armada que el general Meneses

había demandado durante varios meses, formada por un galeón y una decena de embarcaciones, entre galeazas y fustas, llegadas desde el cabo de Singapur. Esta vez se acercaban en silencio, sin la algazara de esos animosos guerreros de Ternate, que exteriorizaban su euforia previa a la batalla dando escandalosos bufidos y brincando con un solo pie sobre las frágiles tablas de sus canoas.

El alba se hacía notar lentamente, al tiempo que los nubarrones abandonaban las laderas del Kiemmatabu y filtraban esos brillos nacarados que convertían la orilla del mar en un escenario quimérico. El poblado de casas de adobe y techos de hojas de palma y bálago había crecido en las últimas semanas en dirección al baluarte, como si quisiera recostarse sobre su pecho en busca de protección, en un idilio condenado a terminarse como el amor prohibido de los triángulos amorosos, con la ira y el despecho del último en enterarse.

Un estruendo de bombardas, un clangor de trompas, un redoble de tambores y un ensordecedor griterío anunciaron la llegada a la playa de los primeros bateles portugueses, poniendo fin a un sosiego y silencio paradisíacos. Sonó una tímida caracola marina que avisaba de la inminencia y la gravedad de la amenaza. Un soldado castellano dio la voz de alerta y pidió a grito pelado a los nativos que abandonaran lo antes posible el interior de las empalizadas que marcaban el recinto del pueblo y se refugiaran en el interior del baluarte. Su generoso gesto, dirigiendo la huida de los tidoreses desde una de las dunas más visibles de la playa, le convirtió en fácil diana para una ráfaga de zambombazos que resultaban más apropiados para derribar palos mayores o alcázares. El pobre quedó irreconocible y despanzurrado, en medio del sanguinolento charco sobre el que quedaron flotando sus tripas.

La galera española cayó en las manos de los hombres de Meneses en los albores del asalto, sin necesidad de dar un solo cañonazo. Las tropas portuguesas se habían hecho con el control de una buena parte de la playa y, más por razones sentimentales que prácticas, con la desarbolada y desnuda galeaza perdida en la última batalla por el capitán Mendo Baldaya. Como los mejores guerreros

de Tidore estaban en compañía del gobernador Quichilderede, la veintena de nativos en edad de combatir formaron una deshilachada línea de combate entre los parterres y las primeras chozas. Allí estaban también Zumba y Zambo, los dos esclavos negros que habían cambiado de bando y se habían empeñado en todo ese tiempo en enseñar a todos a bailar el tumbalalá y el gurumbé. Estaban adormilados y desnudos, pero tenían preparadas sus flexibles zurriagas con una buena munición de palos tostados terminados en forma de púas, de hondas de lana con piedras redondeadas y puntiagudas, y de campilanes y lanzas de afiladas cañas a la espera de una señal desde la fortaleza que no llegaría nunca. Frente a ellos, en el ángulo muerto de la artillería de la fortaleza española, se había dispuesto un ejército organizado con tres hombres por arcabuz: uno sacaba la bala del morral y la vaciaba con la pólvora y el calepino en el tubo, otro baqueteaba el cañón y prendía la mecha y el último apuntaba y apretaba el gatillo. Seguían las indicaciones de Meneses, que dirigía la estrategia desde una aristocrática silla de caderas con tachas bronceadas. Sus ayudantes de cámara habían depositado sobre una gran caja negra sus tres inseparables relojes de arena, tal como prometió el día de su toma de posesión, con recipientes que servían para marcar tiempos distintos de una hora, inedia hora y un cuarto de hora. Meneses dio la vuelta a la primera de las clepsidras, la que marcaba una hora entera, con una flema teatral y lanzó una mirada desafiante hacia la fortaleza.

Un emisario se aventuró entre los matorrales, camino de la puerta principal, con una bandera blanca en las manos, y se detuvo en la empalizada para lanzar un mensaje relacionado con los relojes de arena de Meneses:

—El general quiere trasladaros que su deseo es respetar la vida de los españoles, pero también os advierte que si oye un solo disparo que salga de aquí no tendrá compasión de nadie —dijo el emisario portugués en un perfecto castellano.

Al reconocer su voz y su aspecto como el de un viejo soldado español que habían dado por muerto, el capitán De la Torre, desde el camino de la ronda, soltó una ristra de improperios: —«traidor»,

«serpiente», «lameculos…»— antes de rehacerse para contestar con cierta formalidad y oficio:

—No tenemos que ofrecer nada que no os ganéis a pulso… —contestó categórica y altaneramente.

—Disponéis de una hora y tres cuartos para abandonar la fortaleza, entregar el clavo que guardáis en vuestro almacén, los esclavos y esclavas que hicisteis en todo este tiempo, y las armas con lasque nos apuntáis desde vuestras almenas. Pasado este tiempo, el general Meneses dará por entendido que no entregáis la plaza y no habrá piedad para…

—Dile a tu amo que no hay trato, hideputa… —le retó De la Torre, mirándole de reojo con un gesto de desprecio.

—Quedáis avisados en nombre del rey de Portugal, dueño y señor de estas islas de la especiería —advirtió el emisario, devolviéndole una mirada esquinada.

Sin esperar a conocer la respuesta que llevaba su mensajero desde el bastión español, Meneses mandó disparar contra los nativos que asumían la defensa del poblado, blancos fáciles e inmóviles que quedaron abatidos sobre la arena sin tener la oportunidad de persignarse, como les había enseñado a hacer el padre Villazán en caso de peligro de muerte, ni lanzar una sola piedra con sus hondas o un solo dardo con sus arcos. Allí quedaron tendidos Zumba y Zambo, regando con su sangre la arena de Tidore frente a la misma bandera portuguesa de la Orden de Cristo que vieron ondear el día que les encadenaron y embarcaron en un barco negrero en el lejano puerto africano de Sofala.

Siguiendo instrucciones del general Meneses, que se correspondían con ligeros e indolentes cabeceos, una decena de soldados, elegantemente ataviados con calzas de lana y zapatos metálicos de pata de oso, prendieron sus teas en una gran hoguera encendida en la playa y se internaron en el poblado en dirección a la gran plaza. Apenas siete ancianos se atrevieron a hacer frente con cachiporras y bagacayes a todo un batallón armado con culebrinas y arcabuces. Con el objeto de no gastar inútilmente municiones, los soldados se limitaron a dar uso a sus espadas roperas y fueron

sorteando obstáculos con tajos secos y definitivos, sin necesidad de desperdiciar una sola bola, ni un solo cartucho de pólvora.

El destacamento se internó en el desordenado dédalo de callejuelas y prendió fuego a las chozas, sin atender a los gritos suplicantes de las madres ni al llanto de los niños. En el tiempo que se tarda en hervir un huevo, el pueblo quedó convertido en un erial negruzco. Recuerdo que permanecí un buen rato con la frente adherida a la saetera, hipnotizado por el revoloteo de las cenizas en el aire y la gruesa columna de humo que alcanzaba el vientre de las nubes. La tierra llegó a calentarse tanto, a la distancia de un tiro de ballesta del incendio, que las plantas descalzas de mis pies empezaron a notar cierta quemazón.

Los soldados españoles parecían desde sus almenas estatuas atrapadas en el tímpano de un templo griego. De la Torre decidió mandar un mensajero a Meneses, con una última contraoferta, ridícula e incontestable: «Os ofrecemos la isla de Maquien, los prisioneros y los esclavos, a cambio de la retirada de vuestras tropas».

Los nativos que habían escapado a tiempo de la aldea empezaron a llenar los dos patios del bastión, el principal y el de armas. Moluquia subió al brocal del pozo, se sujetó a los horcones y se dirigió a sus paisanos para pedirles calma y que se mantuvieran agrupados a la espera de los acontecimientos. De nuevo anunció el vigía la llegada por el terraplén de un heraldo portugués. Esta vez no pretendía gastar mucha saliva en el parlamento. Al abrir el portón del baluarte, entregó a la guardia un mensaje escrito en perfecto castellano, firmado por Meneses, requiriendo a los españoles la rendición de la plaza, en nombre de Dios y de su rey, pues no podían ya defenderse; el general portugués juraba y perjuraba en su carta que no quería ser la causa de una mayor desgracia y adjuntaba un pliego de condiciones, entre las que contaba el compromiso de respetar sus vidas y permitir que se marcharan con sus pertenencias y armas a Zamafo, donde el gobernador de los nativos, Babacar, les proporcionaría casa y sustento a la espera de embarcar rumbo a la India.

De la Torre pidió pluma y apenas utilizó tres líneas de un folio

apergaminado para expresar que podría entrar en la fortaleza por su propio pie cuando ya nadie quedara vivo en su interior, porque estaba determinado a defenderse como Dios le diera a entender y a morir si fuera preciso, cosa que el Altísimo no permitiría porque ya había dado sobradas muestras de estar de su parte. Nada más hacer entrega de la carta, el capitán compartió con sus hombres el sentido del recado que había mandado a Meneses; y al referirse al último párrafo, el relacionado con la parte que señalaba la opinión de Dios sobre el conflicto, el maestre Hans, condestable de los lombarderos españoles, alzó la voz desde la torre albarrana que protegía la entrada:

—Dios no está de ninguna parte, capitán: Dios no quiere esta guerra.

Justo en ese momento, cuando el capitán español miraba a sus artilleros para pedirle que respondieran con fuego al traidor y evitar que cundiera el ejemplo, se puso delante suya el lombardero flamenco Artus:

—Dios no quiere esta guerra, capitán.

El sobresaliente, Francisco de Godoy, apareció en el adarve próximo a la torre esquinera, en compañía de cuatro artilleros más, el padre Villazán y su mancebo:

—El padre Villazán sabe mejor que vos que Dios no quiere esta guerra y nosotros, tampoco.

Entonces tronó la voz del contador Hernando de Bustamante desde el torreón principal, estratégicamente situado con el control de uno de los cañones:

—No es hora ya de luchar, capitán, sino de ser todos uno y volver a casa.

—Maldito traidor… —pero calló al oír el movimiento sigiloso de las medias culebrinas de los artilleros dirigirse contra su pecho. De la Torre no podía permitirse una batalla entre españoles en el interior de la fortaleza, ni siquiera una votación.

—Nunca fue usted muy partidario de las votaciones, pero yo

haré las cuentas por usted: uno, dos, tres, cuatro… —Bustamante fue bajando el tono del cuenteo para abreviar—. Qué casualidad, en este momento, capitán, estamos empatados a diez.

Los guardianes del bastión, todavía fieles al capitán De la Torre, le advirtieron de nuevo de la presencia de otro mensajero, acompañado por una guardia de alabarderos ataviados con greguescos acuchillados de un color anaranjado muy chillón, calzas amarillas y botas altas de piel de vaca, dispuestos a servirnos de escolta. Esta vez habló en portugués y demostró estar al cabo de la calle de todo lo que estaba ocurriendo en el interior:

—El general Meneses os informa que ya solo disponéis de un cuarto de hora para abandonar la fortaleza y os ruega que dejéis salir a los prisioneros y a Bustamante con todos sus hombres…

El capitán De la Torre comprendió la situación y dio a su lugarteniente la orden de abrir el portón trasero que daba al hospitalillo, con la idea de permitir la huida a los nativos, desarmados e indefensos, que atestaban el patio de armas y el albacara, ahora que los soldados portugueses solo podían tener ojos para vigilar la salida principal. Mientras tanto, en la playa, el general Meneses dio la vuelta a su tercera clepsidra y empezó a contar el último cuarto de hora de plazo.

—Ha llegado el momento, Chiquinho… —me dijo Reinaldo con irnos ojos redondos y tristes que parecían bailar bajo sus cejas, enarcadas como de costumbre.

—Todavía estáis a tiempo de venir con nosotros; todos juntos, Moluquia, Nachil, vos…

—No perdáis el tiempo que nos queda en discutir lo que ya está decidido.

Desde que conoció al chamán Appiorán, Reinaldo había conseguido hacer valer su derecho al olvido con una críptica transformación del significado de la añoranza. Había escrito en su diario que solo sentía nostalgia del futuro, es decir, de cosas que no habían pasado, como las que se decían en las profecías. Ya no me quedaba más remedio que aceptar con resignación su determinación de enfrentarse a un camino incierto de arbustos espinosos, malezas

espesas, plantas trepadoras y serpientes de escamas brillantes y cabezas de vaca enroscadas en las ramas de los árboles…

Yo no podía concebir su idea, pero evité volver a hablarle de un mundo que ya no sentía como suyo y al que definitivamente había dejado de pertenecer. El día que llegó a bordo de su prao malaya, con las plumas de un papagayo por bandera, buscaba su lugar en el mundo; ahora que por fin sabía que lo había encontrado, estaba dispuesto a llegar hasta el final para defenderlo.

—No os vayáis sin el libro. Como vos decís, de nada sirve lo que uno hace si carece de quien pueda contarlo. Espero que hagáis llegar todo lo que está ocurriendo en esta parte del mundo.

—Perded el cuidado. Así lo haré —agarré su libro de contaduría y lo apreté contra mi pecho para que supiera que apreciaba el valor de todo lo que allí se contaba; el estudio científico, el relato histórico y la crónica de un mundo que estaba a punto de desmoronarse.

—Quedaros también con el regalo de maese Queirós — Reinaldo me entregó aquel objeto insólito y exótico que imitaba la forma del huevo gigantesco de avestruz y mostraba un mapa basado en los conocimientos de un geógrafo de Asia Menor llamado Megástenes; de cuya existencia, como de la propia existencia del avestruz, nadie tenía en aquellos parajes ni la más repajolera idea.

—Quiero pediros un último favor: Nachil no merece vivir una vida de fugitiva.

—Puede venirse conmigo, contad con ello —acepté de nuevo, tras recibir una mirada cómplice de Nachil, confirmando que estaba de acuerdo con la decisión.

—Cuidad de ella, por favor.

Moluquia y Nachil se abrazaron y el mundo y el tiempo se detuvieron. Sus almas parecieron transitar de un lado a otro en el hálito que intercambiaban, de tal modo que podría decirse que una parte de cada una permanecería en la otra para siempre. Moluquia pintarrajeó sin querer la cara de Nachil con el coral molido y las nueces de betel que empleaba para pintarse los labios y sonrosarse las mejillas, le traspasó sus gargantillas de coral y sus sartas de perlas, y musitó en su lengua una última promesa: cuidaría hasta el último

día de su vida del clavero que llevaba su nombre, como había cuidado del de Rachil desde que se embarcara con la tripulación de Juan Sebastián Elcano rumbo a Sevilla, y tendría noticias de su felicidad, por lejos que estuviera, por el modo de florecer de sus pétalos y de sus frutos. Moluquia tomó entonces las manos de Nachil y dejó en ellas una torta con manteca, azúcar y coco rallado, y la miniatura de un cofre que guardaba hierbas, mejunjes y remedios caseros para hacer frente a cien enfermedades distintas, incluso para hacer frente al final de su propia vida si de repente ya no mereciera la pena vivirla. Reinaldo introdujo en la alhajera todos sus ahorros en piscis y me pidió con la mirada que los administrara en su nombre. Al fin y al cabo, en los alrededores de los pantanos selváticos a los que se dirigían, las monedas no superaban el valor de las piedras, ni podían comprarse el árbol del pan o el espacio en la hendidura rocosa que, oculta por la maleza y una cortina de agua, estaba llamada a convertirse de nuevo en el hogar de Reinaldo y Moluquia.

—Hasta siempre —eso me dijo Reinaldo.

Ambos sabíamos que en aquella ocasión *hasta siempre* significaba también hasta nunca. Después me dio un último abrazo que no se pareció en nada a ninguno de los que me había dado de soslayo hasta entonces; un abrazo de verdad que casi me cortó la respiración. Luego se dio media vuelta y acomodó sus pasos a los de Moluquia, situándose ligeramente por detrás de su braceo natural, como hacía cada vez que paseaban en público para hacer notar el respeto que sentía por la autoridad aristocrática que representaba su amante. Al ver abierto el portón trasero, Reinaldo se subió desde la parte alta del codo hasta el hombro un brazalete de hierbas y mechones de plumas de aves del paraíso y empezó a caminar con la cabeza bien alta, mirando al frente, como la caballería andante de los relatos que leyó siendo un niño en la biblioteca de maese Queirós. Moluquia pidió a sus acompañantes en la caravana que dejaran el menor número posible de huellas y que no se detuvieran hasta que se internaran en el corazón de la selva y pudieran sentirse seguros; no lo estarían hasta que tomaran posesión de los viejos territorios de la

tribu de los hombres sin cabeza. Una anciana daba ligeros empujoncitos a sus nietos, como si les invitara a jugar al escondite. Así comenzó un nuevo éxodo en la historia de Tidore.

El capitán De la Torre dio la orden de abrir también la puerta principal para que pudiéramos abandonar la fortificación. Bustamante me dio un puñetazo en el brazo a modo de saludo, como si tuviera que agradecerle la libertad que empezaba a disfrutar, y al sorprenderse por la presencia de Nachil en la expedición, no supo qué decir y le guiñó el ojo izquierdo. Ella rehuyó su mirada y él supo entonces que nunca le perdonaría porque siempre conseguía arrancar su sonrisa con ese gesto que, por razones que nunca entendí, ningún nativo era capaz de componer sin llegar a cerrar parcial o completamente el ojo derecho. Aun después de sus devaneos con la reina madre, Bustamante se había mantenido firme en su promesa de llevarla a España, tal vez en agradecimiento por sus desvelos, pero a la hora de la verdad resultaba evidente que no se había acordado de sus viejos planes; es más, ni siquiera se había ocupado de echar la vista atrás antes de verla agarrada a mi brazo.

Nada más salir por el terraplén, los soldados de escolta tuvieron que enfrentarse a un par de nativos que se hallaban ocultos entre los matorrales para atacar con azagayas a quienes consideraban traidores, en un gesto inútil y suicida. Los soldados de escolta usaron sus alabardas para ensartar por el estómago a los atacantes, que cayeron fulminados con una sonrisa en los labios porque según la tradición, por morir en defensa de lo que consideraban justo, llegarían a la isla de los pájaros en un carro tirado por una bandada de aves del paraíso y serían recordados eternamente por su generosidad, valentía y dignidad.

Al avanzar por la playa, en dirección al improvisado embarcadero sobre el que flotaban varios esquifes, tuve esa sensación de la que tanto había oído hablar de andar sobre las escamas de un gigantesco pez dormido. Oí la tierra crepitar y gruñir, como si se sintiera lastimada por mis pisadas, y aligeré el paso, como temiendo que la

bestia se despertara y deseara librarse con un certero y enrabietado coletazo de aquellos jaleosos y odiosos visitantes que se habían atrevido a librar una guerra entre sus aletas. Por delante andaba Hernando de Bustamante cargando con un arcón de madera de castaño en el que guardaba bajo llave: mapas, cartas náuticas, libros de contaduría, inventarios, testamentos y almonedas de hombres ya fallecidos que le habían convertido en garante de compras y ventas de alhajas y especias, y del cobro y el pago de importantes deudas de juego. En el camino vimos también a un pregonero que leía, con teatrales maneras, escoltado por tres lanceros, la sentencia por la que el rey de Portugal mandaba prender fuego a la galera española por perturbar, alborotar y levantar los reinos que legítimamente le pertenecían. Las aves de la lluvia, esos podargos de plumajes negros que se distinguían por los destellos anaranjados de la parte inferior de sus picos, sobrevolaron en tropel por encima de nuestras cabezas con su presagio de aguacero.

Al ver llegar a Bustamante con tan aparatoso equipaje, el general Meneses le miró con desconfianza y cierto desprecio; pero decidió pasar por alto la inspección de sus bultos y le pidió con un rápido gesto de manos que se diera prisa en dirección a uno de los botes que se balanceaban con la marea de resaca en la orilla. A sus artilleros y al padre Villazán les dedicó, sin embargo, una sonrisa forzada y al menos una frase de cumplido:

—Sean todos bienvenidos.

—He cumplido mi palabra, general —Bustamante volvió la cabeza y se dirigió a él, un tanto sorprendido por la frialdad con la que le había recibido después del carteo casi familiar que habían tenido en las últimas semanas.

—Y yo también cumpliré la mía: dos mil escudos por cabeza y un pasaje de retorno —le contestó secamente, señalando la galeaza que le había prometido para llevarle de regreso a casa.

—Mi general… —acerté por fin a decirle al llegar a su altura, en posición de firme.

—Venga a mis brazos, amigo, no sabe lo difícil que ha resultado conseguir su liberación.

—No lo pongo en duda, general… —mentí sabiendo que podían haber pasado un centenar de años más sin salir de su boca una sola oferta convincente para liberarme.

—Bienhallado sea… —entonces reparó en la presencia de Nachil, que me pisaba los talones con su cara de susto, más blanca que de costumbre, aunque su piel tenía siempre el color de la luna; después de escudriñarla con cierto desdén, le dio a su modo lo que parecía una aprobación—. En mi nombre, haga llegar también nuestra bienvenida a su putita…

Decidí pasar por alto el insulto, confiando en que Nachil no dominara lo suficiente nuestro idioma para entenderlo. Salté al bote entre abrazos y parabienes de algunos de mis antiguos compañeros de fatigas. Intenté distraer a Nachil, acomodando su frente en mi hombro, para evitar que su mirada se detuviera en el paisaje abrasado, en los cuerpos calcinados que salpicaban las dunas o en la procesión de nativos que habían tomado el paseo de los enamorados, muchos de ellos para alcanzar el borde del acantilado y lanzarse al vacío. Habían perdido a sus seres queridos, o sentían que su reino les había dejado de pertenecer, o no querían seguir soportando el dolor de aquella derrota, o no deseaban pasar el resto de sus días ocultos en el interior de la selva… O tal vez resultaran verdaderamente insoportables todas estas sensaciones juntas.

Desde la galeaza vimos salir de la fortaleza al capitán De la Torre y sus hombres, coincidiendo con la caída de los últimos granos de arena en el recipiente inferior de la última de las clepsidras del general Meneses. Cayeron las primeras gotas de esa lluvia profetizada por los cantos lastimeros de los podargos. Los alabarderos adoptaron la posición de firmes para rendir honores a los soldados españoles, que fueron conducidos en canoa, con un trato considerado y amable, a su nuevo destino en el exilio de Zamafo.

Por babor comprobamos que el palacio real de Marieku se había sostenido en pie, aunque el ejército portugués controlaba su

perímetro, vaciaba sus graneros, retenía en su interior a la reina madre y a su hijo, y liberaba y embarcaba en chalupas a los esclavos, esclavas y sirvientes jorobadas, algunas en contra de su propia opinión porque, según decían, vivían allí desde los tiempos del sultán Almanzor y ya nada ni nadie les esperaba en ningún otro lugar del mundo.

XXXVII
LAS TRES MUERTES DE HERNANDO DE BUSTAMANTE

LOS SOLDADOS NOS MIRABAN DESCONFIADAMENTE Y se enseñaban, con cierto disimulo, los collares coralinos y los brazaletes plateados que decían haber arrebatado a las llamas, como si el fuego fuera el verdadero propietario de los abalorios que habían robado a los tidoreses. Comentaban en voz baja que habían sido testigos de determinados sucesos inexplicables, como la presencia de trémulas siluetas incorpóreas de personajes que lanzaban miradas hirientes como dagas. Decían haber oído el gimoteo de bebés invisibles que procedían de las empalizadas hechas de caña y paja; alucinaciones y espejismos que algunos atribuían a la excitación del momento, al aire envenenado y al daño que a la vista causaban las espesas y continuas cortinas de humo que se interponían en el camino, aunque en el fondo sospechaban que habían reconquistado una isla embrujada. También hablaban de dos raros pajarracos repeinados, de plumajes blanquecinos y encamados, que sobrevolaban los techos de hojas de palma gritándoles la palabra «malditos». Nachil y yo decidimos permanecer en silencio y ahorramos las explicaciones sobre todo eso que habían visto y no entendían, las maldiciones de los antepasados de los nativos, el drama del llanto de los niños que ya no podrían volver a nacer y las sobrenaturales habilidades de los papagayos que el rey Catarumbi regaló a Reinaldo y Moluquia,

Cathara y Nori, que no solo hablaban de lo que querían y cuando querían, como hacían todos sus congéneres en aquellas tierras, sino que sabían lo que decían, a veces con precisión sobrehumana.

Al recalar en el puerto de Ternate, ya todos conocían la noticia de la toma de Tidore por las hercúleas columnas de humo, que rompían al llegar al cielo en unas imponentes volutas. Esta vez los nativos no nos recibieron con brincos a una sola pierna ni desaforados gruñidos y aspavientos, como era su natural costumbre para celebrar una contundente victoria. En principio pensé que no lo hacían por respeto al duelo debido a cualquier gerifalte moluqueño, fuera amigo o enemigo, pero luego deduje que lamentaban en lo más profundo de sus almas no haber participado así en tan pintiparada ocasión de humillar a su atávico rival por temor al castigo divino al que se exponían por violar la tregua.

La guarnición entera que incendió el poblado almacenó en distintos puntos estratégicos de la fortaleza portuguesa el arsenal de armas confiscadas a los españoles: arcabuces, culebrinas, barbotes, celadas, pólvora, mechas… La dotación dirigió a la nao principal de la armada la parte más importante del botín ganado en la batalla, un cargamento de clavo y nuez moscada que, una vez comercializado en Lisboa, alcanzaría tal precio que sufragaría una decena de expediciones más con destino al sudeste asiático.

Antes de subir a bordo, el general Meneses me presentó al capitán de la nueva nao en la que embarcaría: Don Antonio Relimpio, así le llamó. Como dijo de mí que era el primogénito del ilustre conde de Portoalegre, que tanto esfuerzo había costado liberar, el capitán Relimpio se sintió obligado a invitarme a compartir diariamente su mesa y su mantel con el maestre, el escribano y el piloto. Rehusé el ofrecimiento de la forma más galante y educada que pude, excusándome por la atención que debía dispensar en todo momento a mi invitada. Nachil permanecía a una prudente distancia de la conversación, silenciosa, cabizbaja y con los párpados ligeramente entornados. Al verla tan desangelada, Relimpio hizo llamar al paje para que le diera un colchoncillo y una pequeña manta, y la acompañara a su nueva ubicación bajo la tolda,

entre el palo mayor y la popa, lo más lejos posible de la mirada de la marinería.

El capitán Relimpio había sido un viejo compañero de armas de Magallanes y Serrano en la conquista de Malaca. Parecía un tipo culto, que hablaba malayo y una decena de dialectos más; de mirada vivaracha y porte distinguido, sin una sola cicatriz en la cara, aunque con una pinta de filibustero y viejo lobo de mar que se desataba al pasear, cuando exhibía el singular soniquete sincopado de los remaches férreos de sus tacones, y la tripulación le abría paso temiendo alguna de sus inesperadas y volcánicas reacciones. Más adelante supe que Relimpio no era su apellido, sino el mote que le habían puesto los grumetes por su obsesión de tener la cubierta siempre reluciente como una patena. Llegué a pensar que todos los capitanes de las armadas del mundo se parecían entre ellos y que el mar les prestaba a todos una razón de existir, una verdadera patria, que amaban más que a sus propias banderas.

Antes de despedirse, el general Meneses nos invitó a un paseo por la cubierta, entre aparejos y cuerdas, y bajó el tono de la conversación para damos «instrucciones secretas», una «última misión», como si no fuera ya suficiente cometido el regreso a casa sano y salvo en una navegación llena de peligros que podría durar entre tres meses y medio año, dependiendo de los vientos y las circunstancias reinantes. Intenté no dar demasiadas señales de impaciencia o disgusto. Todos sabíamos que Meneses solía transmitir órdenes importantes precedidas de un puñado de frases llenas de prosopopeya que debíamos soportar hasta que llegara lentamente al meollo de la cuestión:

—Los hombres de Bustamante desembarcarán en Malaca y no continuarán el viaje bajo ningún pretexto…

Meneses dirigió una hosca mueca al capitán Relimpio y esperó unos segundos para saber si se había deslizado alguna duda sobre el inexcusable cumplimiento de lo que había dispuesto. Cuando estuvo seguro de haber sido entendido, se dirigió a mí, no sin antes acicalarse los extremos de su delicado bigotito negro con los dedos índice y pulgar:

—Bustamante continuará su viaje solo, en dirección a Lisboa, así le resultará más fácil cumplir con su encargo…

—¿En qué consiste el encargo, general?

—Bustamante será pasto de los tiburones. Me da igual si llega vivo o muerto a la barriga del tiburón, si lo hace en el océano Indico o al pasar el cabo de Buena Esperanza, hágalo dónde y cómo Dios le dé a entender. ¿Me ha entendido, Chiquinho…?

—Yo no he matado nunca a un hombre con mis propias manos, general… —repuse torpemente, dejando su respuesta en bandeja.

—No querrá volver a casa sin haber matado con sus manos a un solo enemigo… —Meneses tuvo tiempo de sonreír maliciosamente a costa de mi creciente gesto de sofoco.

—Con todos mis respetos, general, en los últimos meses no creo que Bustamante se haya comportado como un enemigo.

—Pero sabe demasiado…

Nada bueno podía esperarse de una instrucción secreta del general Meneses, desde luego, pero resultaba inimaginable un encargo tan perverso como el de tirar por la borda a un soldado español que había realizado un gran servicio a la Corona de Portugal y a la paz; si bien es cierto que nunca fue santo de la devoción de Reinaldo.

—Cuando Chiquinho haya hecho su trabajo, capitán Relimpio, confisque la valiosa documentación que lleva Bustamante en su arqueta y, a su llegada a la aduana de Lisboa, póngala a disposición de las autoridades —le dijo después en ese tono casi ininteligible con el que daba las instrucciones secretas.

Lo primero que pensé fue desafiar públicamente sus órdenes y recordarle mi condición de heredero del condado de Portoalegre, pero luego supuse que mi vida y la de Nachil podían correr la misma suerte a manos de otro sicario al que pondría en un brete similar. Por eso decidí mostrar al general una fingida y anuente sonrisa. Cuando tomó la escala de popa camino de su esquife, se detuvo bruscamente para darme un último y sardónico encargo:

—No olvide saludar de mi parte a su majestad —dijo eso Meneses, aunque sabía que eso sería lo último que haría en mí vida,

dar un solo indicio en la Corte de Evora que permitiera pensar que mi relación con el general estuviera basada en la complicidad, la simpatía o la admiración.

Hernando de Bustamante fue instalado con sus hombres en el pañol de cables, entre el mamparo de proa y el trinquete. Como buen conocedor de un oficio que había desempeñado con gallardía y constancia en los diez últimos años de su vida, a punto como estaba de convertirse en el primer hombre en la historia en dar dos vueltas enteras al mundo, Bustamante pasaba las horas muertas de pie haciendo su propia guardia, mirando por la proa o por barlovento, que eran los dos únicos sitios por donde podían verse llegar los peligros del mar, las nubes que anunciaban las tormentas o los cañones de los enemigos. No sabía —no podía saber, o quizás sí— que la verdadera amenaza se cernía a su espalda.

Como su propia madre, Nachil desprendía esa mágica fragancia de cera de abejas, aceite de coco y madera de cedro llorón capaz de conjurar el pestilente olor que cada amanecer desprendía el agua estancada de la sentina. Su enigmática belleza era debida, como la de su propia madre, al hechizo practicado por su bisabuelo, el chamán Appiorán, al frotar con hierbas mágicas su piel de recién nacida. Así decían que obtuvo ese delicado toque de distinción, esas mejillas sonrosadas que sobresalían en su cara redonda del color de la luna llena, esos cabellos negros, largos y lacios que caían despreocupadamente sobre su frente, que a veces se recogía con cintas o guirnaldas de flores blancas y amarillas. Menuda y pizpireta, caminaba por la cubierta del barco con una elegancia y naturalidad inimitables, ocultando sus pechos pequeños bajo unos relucientes collares hechos con corales y caparazones de tortugas marinas. Nachil contoneaba sus caderas y bamboleaba su cesto hecho de cortezas de bambú, donde guardaba los mil y un remedios caseros y mágicos que su madre le había preparado para afrontar las más insospechadas dificultades que pudiera encontrarse a lo largo del viaje. Pero lo que más llamaba la atención —una sensación parecida

debía tener Reinaldo al mirar a Moluquia— no eran sus rasgos exóticos y singulares, sino precisamente esos otros que hacían de ella una mujer cercana, semejante y reconocible para cualquier portugués. Me parecía muy poética la versión del ensalmo de la gracia y la belleza del chamán Appiorán, pero sospechaba que tal vez la de Francisco Serrano no hubiera sido la primera expedición en arribar a las Molucas y quizás la aristocrática estirpe de Moluquia entroncara con algún tatarabuelo europeo por esa extraña propensión familiar a soñar y enamorarse de los sucesores de Lambulá, es decir, de los extranjeros. Sin embargo, cualquier indagación en esta dirección habría sido incomprendida por los tidoreses porque no se contemplaba que los hombres jugaran ningún papel en la descendencia, de tal modo que el parecido de los progenitores y los vástagos pasaba desapercibido. Decidí, en consecuencia, que todo debía seguir a sus ojos fluyendo de la misma manera; dejar las cosas como estaban, que las madres concibieran con la colaboración de los espíritus de los antepasados y el alumbramiento de una nueva vida se festejara como un regreso.

A veces, si lo permitía el zumbido de colmena que emanaba de la bomba de achique, Nachil respondía a las cantinelas de los grumetes en el cambio de ampolleta con la entonación de estrofas de canciones moluqueñas, como se había prometido a sí misma para mantener vivo el idioma de su tierra en su memoria. De vez en cuando, el capitán Relimpio intercambiaba con ella algunos vocablos sencillos —heroch (mañana), luza (día), belaiar (navegar), laut (mar) …— y aunque lo que aspiraba a ser una conversación no pasaba de ser una enumeración de palabras sin demasiado sentido, el capitán se desvivía en hacer más agradable la estancia de la única dama que llevaba a bordo y demostrar que era un hombre galante y de mundo.

Poco a poco, Nachil se sintió con la libertad y el respaldo suficientes para andar por el barco sin ser molestada por la marinería. Cuando el sol estaba en lo más alto, si hacía buen tiempo, el despensero mandaba a los pajes por leña, echaba un puñado de tierra sobre las planchas de hierro y llamaba a Nachil para que hiciera sonar los almireces, cazos y morteros del fogón; anunciar a la

tripulación que se iba a servir el único guiso caliente del día era lo más parecido a la música de flautas, tamboriles y campanillas de bronce que en su poblado amenizaba las veladas nocturnas alrededor de la hoguera.

Tampoco podía decirse que aquel galeón fuera un lugar idílico, pero a falta de espacio para dar paseos románticos por la cubierta, cualquier pretexto podía servirme para distraer su nostalgia y estar cerca de sus labios y sus mejillas. Nachil y yo nos asomábamos a la parte trasera de la toldilla para ver la danza de los juguetones delfines que saltaban por encima de los nudos de la corredera. Solía pasar las últimas horas de luz de la tarde enseñándole el funcionamiento de la rosa náutica de la caja de la bitácora, aunque poco o nada le importara saber que los números rojos y negros marcaban las leguas navegadas; rumbos que, en cualquier caso, solo eran los signos que la alejaban cada vez más y más de su hogar, aunque no entendiera del todo el concepto de la velocidad. Así parecía quedar demostrado cada noche, cuando se asomaba al firmamento desde la popa del barco y creía que «esa misma luna y esas mismas estrellas» que veía desde su playa de Tidore seguían paradas en el mismo sitio.

En todo ese tiempo me resultaba difícil escapar de la mirada inquisidora del padre Villazán, sobre todo cuando el sacerdote notaba que me iban a estallar las costuras de las calzas y la palabra verga cobraba el sentido que la marinería daba al miembro masculino. Después de varios días de navegación, la plaga de garrapatas y piojos que asoló la embarcación me dio una perfecta excusa para estar cerca de sus enaguas de fibras vegetales sin llamar la atención. Todas las mañanas, Nachil se sentaba en una caja de nogal, me atrapaba las costillas con sus muslos y sus hábiles dedos emprendían la búsqueda, captura y destrucción de esos parásitos rojizos que parecían haber construido un bastión en mi coronilla. Para las nativas moluqueñas, despiojar era también una forma de mostrar afecto y declarar su predilección por una persona. Bustamante lo sabía, pero debió percibir aquella señal como una verdadera liberación porque a esas alturas del viaje, por su cabeza ya

solo debía rondar la idea de reencontrarse con María Rodríguez, la esposa que tal vez en Mérida, cual Penélope a la espera de Ulises, estuviera dedicándose a destejer por las noches lo que tejía de día. Podría decirse que el amor empezaba a nacer entre Nachil y yo cuando aparecieron tras la vela de mesana, envueltas en un paisaje de acuarela de atlas náutico, las fachadas de caprichosos colores de las casas del puerto de Malaca, atrapadas entre los esbeltos mástiles de sus extrañas balsas, y el hormigueo de la gente que menudeaba bajo las lonas de los puestecitos ambulantes.

Nada más llegar a Malaca, el gobernador de la isla confirmó al capitán Relimpio que ya se había suscrito el contrato por el que el emperador Carlos vendía los derechos sobre las islas Molucas a su cuñado, el rey Juan, por trescientos cincuenta mil ducados de oro, con la condición de poder deshacer la venta con la devolución de la misma cantidad de dinero; eso significaba que España renunciaba a rodo derecho sobre sus supuestas posesiones y a navegar, contratar y comerciar en aquellas islas; en resumidas cuentas, que terminaba la guerra desatada entre dos reinos vecinos de una península común en sus mismísimas antípodas. Ambos monarcas quedaban, eso sí, a la espera del veredicto que dictaría una expedición conjunta de astrólogos y pilotos de ambas nacionalidades sobre «el derecho de propiedad de las tierras, objetos de la venta», pero esta cláusula también formaba parte del Tratado de Tordesillas y su cumplimiento se había postergado más de treinta años ante la imposibilidad de determinar la longitud en el mar. Ni que decir tiene que la confirmación del acuerdo fue muy bien recibida por Bustamante y sus hombres, que por arte de birlibirloque quedaban liberados de responder ante los tribunales españoles de la acusación de alta traición; al fin y al cabo, no podían ya ser imputados por estar mejor informados que el resto y entregar una fortaleza que había dejado de pertenecerles.

Nunca podré conocer si el piadoso rey Juan de Avis estuvo algún día verdaderamente interesado en este relato; pero bueno será que conozca que ha pagado una fortuna por los derechos de unas islas que caen bajo su demarcación y que esta guerra estaba ganada antes

de empezarse por una sencilla razón: España había decidido no mandar una sola nave más a través del estrecho descubierto por Magallanes…

A la espera de que empezaran a soplar los vientos del este, los más fuertes del solsticio de invierno, que debían empujamos a las costas de la India y las islas Maldivas, el capitán Relimpio me ordenó la contratación al mejor precio posible de resina, estopa y clavos para restaurar y calafatear el casco. Entre regateos en los tenderetes del puerto, oí el rumor de la muerte del primo de Hernán Cortés, el capitán Álvaro de Saavedra, después de una penosa travesía en la que tampoco supieron encontrar las corrientes propicias para alcanzar las costas de Nueva España. Al parecer, el resto de la expedición regresaba de nuevo a Tidore con el cargamento de especias intacto, ajenos al cambio de manos de la fortaleza y al fin de la guerra. Allí serían esperados por los soldados portugueses como ciertos pulpos de las Molucas, que se camuflaban con el color de los fondos marinos para atrapar a sus presas.

Cuando regresaba a cubierta con la resina, la estopa y los clavos, apareció ante mi vista una de las galeazas de la armada que participó en la reconquista de Tidore. Traían noticias inquietantes para el gobernador de Malaca. Aseguraban que el destacamento del capitán español Andrés de Urdaneta, apoyado por un escuadrón de nativos giloleses, se negaba a aceptar las paces firmadas por el capitán Hernando de la Torre y dedicaba su tiempo a cobrar las cosechas de clavo contratadas con anterioridad al acuerdo, a comprar madera de sándalo y oro en las islas Célebes e incendiar todos los poblados que encontraba a su paso en nombre de la nueva y hegemónica isla de Gilolo. Cuando el gobernador de Malaca preguntó a qué diablos esperaba Meneses para dar caza a veinte soldados españoles que, en virtud del nuevo tratado firmado en Zaragoza, podían ser juzgados y ahorcados por comportarse como corsarios, la respuesta del capitán de la galeaza de la armada fue que tenía cosas más graves de las que ocuparse.

Sentí una extraña sensación de vértigo, como si los acontecimientos nos sobrepasaran y circularan a mayor velocidad

que los nudos que la corredera mostraba por nuestra propia popa. ¿Podía ocurrir algo más grave y prioritario en Ternate que retrasara la defensa del general Meneses de los poblados que estaban siendo incendiados por declararse vasallos del rey Juan III el Piadoso? La respuesta no resultaba tan sencilla. Según contaron estos marineros portugueses, la reina madre —Sania, la hija de Almanzor, la última esposa de Abuleis— había sido confinada en la más alta torre de su bastión, acusada de instigar una rebelión de nativos de todas las islas circundantes para acabar con el poder de las tropas portuguesas y sus nuevos aliados españoles. Cuando parecía que el atropello de la dignidad de su realeza resultaba suficiente castigo, Meneses hizo llamar a una decena de «cachiles» y otros miembros del consejo de ancianos presuntamente implicados en el levantamiento y, en presencia de Sania, fue despeñándoles uno a uno, atados de pies y manos, para garantizar que caían en el foso de cabeza. No contento con la pública defenestración de lo más granado de la aristocracia local, Meneses hizo llamar al gobernador de Ternate, Cachil Daroes, uno de los hijos del sultán Abuleis, y mandó que le amputaran las manos, le ataran por los muñones a su espalda y sirviera de almuerzo a unos fieros y gigantescos lebreles de caza, recién llegados de Lisboa, que la pobre víctima debió contemplar antes de morir como animales mitológicos salidos del mismísimo infierno. Lo más sorprendente de todo es que, según mantenía Meneses, el principal testimonio que probaba el complot de los nativos contra la presencia europea se la había dado, desde su exilio en Zamafo, el capitán español Hernando de la Torre. Estuviera o no en lo cierto, el gobernador de Malaca creyó que los ataques de cólera de Meneses habían llegado demasiado lejos y puso a un tipo llamado Gonzalo de Pereira al mando de un nuevo convoy de galeras, con la orden de destituirle antes de que su demencia le llevara a creerse Nerón y terminara incendiando su propia fortaleza.

Mientras tanto, el capitán Relimpio se manejaba con soltura en aquellas arenas movedizas. Con la anuencia del gobernador de Malaca, permitió que se acomodaran en la cubierta unos extraños personajes que traían importantes cantidades de oro molido cosidos

a los dobladillos de sus anchas camisas de seda y abrió las bodegas de su nao para que entraran nuevos fletes de madera de Timor, pimienta y pulpa de nuez moscada de Malabar, porcelanas, lacas y sedas chinas, resinas balsámicas de Adén y provisiones suficientes para alcanzar las costas africanas; jarras de alcaparras y mostaza, barriles de vino, barricas de anchoas y cajas de queso, azúcar y carne de membrillo, que presentaban en total un peso equivalente al de la decena de artilleros flamencos y soldados españoles que no sabían que se iban a quedar en tierra. Relimpio argumentó que se limitaba a cumplir una nueva cédula sobre portes y que los visitadores nunca permitirían la salida de una nao que excediera la carga permitida por las ordenanzas.

Ajeno a las maquinaciones, Hernando de Bustamante se quejó de la presencia en el barco de los extraños tipos de ampulosas camisas y amenazó al capitán con hundir su carrera militar por ignorar el salvoconducto del general Meneses, ajeno a su caída en desgracia. Sin embargo, una vez estibada la carga, al ver que cinco arcabuceros de la guardia del gobernador también estaban dispuestos a llevárselo a empellones a la prisión portuaria, Bustamante accedió a subir a la embarcación y seguir en solitario su camino de vuelta a casa, no sin antes prometer solemnemente, con la mano derecha puesta sobre los Sagrados Evangelios, que una vez en España movería cielo y tierra para conseguir el regreso de todos sus hombres —de sus artilleros flamencos, de sus soldados españoles, del padre Villazán y de su mancebo— y que no daría tiempo a que los vientos enfermos que azotaban aquellas islas se llevaran el pelo de sus cabezas.

Bustamante enfermó gravemente pocos días después de zarpar. Lo que al principio parecía una mala digestión o un ataque de melancolía provocado por la soledad o por la mala conciencia, empezó a ofrecer síntomas tan serios que un sacerdote portugués le administró los últimos sacramentos. Relimpio decía que había que creer que había llegado de verdad la hora de la muerte de Bustamante porque el clérigo tenía muchas leguas recorridas y sabía distinguir a los moribundos de los holgazanes que se excusaban en

enfermedades imaginarias para ganarse unos días de libranza de las tareas cotidianas. Bustamante quedó tan flacucho que apenas podía sujetarse a la cubierta para vomitar o liarse en los brazos las cuerdas que, a modo de columpio, sujetaban la tabla agujereada por donde caían al mar los excrementos. Se pasaba tanto tiempo en lo que llamábamos eufemísticamente el jardín de popa que a nadie hubiera extrañado su caída. «Todo suyo», me propuso el capitán Relimpio, ofreciéndome el látigo del cómitre para que redondeara la misión. «Todo a su debido tiempo», le contesté, como si los acontecimientos se correspondieran con una premeditada planificación.

En la botica del galeón solo se disponía de triaca para aliviar las indigestiones causadas por ciertos peces. Lejos de armarme de valor para darle el latigazo de gracia y hacerle pasto de los tiburones, como me había ordenado el general Meneses, propuse a Bustamante que visitáramos en Goa la consulta del doctor Carvalho, aprovechando la aguada y la nueva estiba de la bodega porque la nao ahocicaba por la proa. Le hablé de sus habichuelas mágicas y de los polvos de moringa, marfil y ámbar. Sin embargo, rehusó la ayuda con una singular respuesta que entonces me pareció llena de soberbia: me dijo que Dios le había señalado con su dedo para que fuera el primer hombre en dar dos vueltas al mundo y que nada torcería su divina providencia. Luego pensé que su negativa pudiera deberse a los delirios de la calentura o a su desconfianza en los métodos de Carvalho, inspirados en faquires que, según había oído decir el propio Bustamante, consistían en la curativa música de los timbales, en lavarse la cabeza con agua fría, beber agua de coco y enloquecer con las semillas del infierno que solía dar a los moribundos.

Al llegar a Goa, Nachil pareció apiadarse de su antiguo amante. Al comprobar que ya no tenía fuerzas para llevarse la escudilla a la boca, se ocupó personalmente de llevarle uno a uno a la boca los contados garbanzos de su ración diaria de sopa y le untaba con sus propios dedos en las encías la portentosa resina roja de los árboles de la sangre que reducían la inflamación y la calentura. Llegó tan lejos en sus cuidados que le quitó la camisola blanca y se la devolvió

impoluta, después de lavarla con unas azucenas jabonosas de la selva de Tidore y de ungirla con yerba viva, un bálsamo que tenía la virtud de confundir la razón. Al principio pensé que pretendía ahorrarle el sufrimiento de la agonía, pero con el paso del tiempo llegué a enfermar de celos al recordar que los nativos usaban el mismo mejunje para inducir a las reconciliaciones más difíciles. Sospeché que quisiera curarle y reconquistar su atención y su mirada, esa misma que los moluqueños consideraban inextricablemente unida al flujo del deseo.

El capitán Relimpio se tomó el día libre en Goa para visitar a un yogui amigo suyo que vivía como un ermitaño en una cueva cercana a un riachuelo. Gracias a su don de lenguas, es decir, a que chapurreaba el malayalam, que era la lengua de la región de las colinas del sur de la India, Relimpio aprendió de su amigo yogui cosas muy prácticas, como descansar con las piernas cruzadas, mirar a su propio interior con los ojos del alma y atajar sus conocidos ataques de cólera encauzando la energía que le daban el sol y la luna; incluso aseguraba que se habría atrevido a practicar la levitación, pero temía que su galeón siguiera su camino sin él y se quedara flotando por encima de las olas como un náufrago sin isla.

El color rojizo de las casas de Goa parecía inspirarse en el incendio de luces de sus atardeceres. En las tiendecillas de su puerto aspiré la suave fragancia que dejaban las más exóticas y delicadas especias, pimienta del norte, cardamomo del este, jengibre del Kotayam y canela de Anjarakandi, pero tuve que conformarme con regalar amorosamente a Nachil un frasco de agua de rosas y otro de azafrán. Se notaba la presencia de opulentos mercaderes portugueses en las nuevas casas, con fachadas salpicadas de azulejos azulados. La ciudad parecía enfrascada en una lucha sin cuartel entre el progreso y la tradición. Habían pavimentado sus calles principales, aunque las que conducían al caserío seguían igual de enlodadas, inmundas y endiabladamente retorcidas. Los soldados portugueses vigilaban los funerales de los hindúes para que sus viudas no se ataran a sus piras

funerarias, pero los encantadores de serpientes seguían recorriendo las callejuelas con sus cobras, que viajaban encerradas en cestas llenas de ratas con las que saciaban su hambre. Nachil salía corriendo como una niña cada vez que oía los timbales anunciadores del espectáculo y pasamos toda la tarde al ritmo de los hipnóticos balanceos de las flautas de aquellos impávidos personajes hasta que uno de ellos recibió una mordedura en su cuello y murió a nuestros pies, rodeado de sus apenados espectadores, sin perder la sonrisa en la boca pese a los espumarajos que anunciaban los efectos irremediablemente mortales del veneno inoculado por su víbora.

Al hacernos de nuevo a la mar, camino de las costas africanas, las distracciones fueron diluyéndose como el azucarillo en el agua. El capitán Relimpio tuvo que prohibir las partidas de naipes que solían jugarse a la caída de la tarde porque muchos de sus marineros se jugaban las ropas y terminaban desnudos, pero sobre todo porque luego usaban contra ellos mismos los cuchillos que se apostaban al descubrirse que todas las cartas de las barajas estaban marcadas con humillos y raspadillos. Durante un tiempo llegaron a resultar divertidas las peleas de dos gallos comprados en el puerto de Goa, pero el hambre impuso su criterio y ambos terminaron en el fogón, convertidos en almuerzo de la tripulación antes de que se comieran el uno al otro en sus combates. Ya por entonces se habían prohibido los concursos de cazas de cucarachas al demostrarse la beneficiosa tarea que realizaban en la extinción de pulgas y chinches, y tan solo la caza de ratas, con la recompensa de doble ración de vino para el vencedor, sacaba a la tripulación del sopor de la tranquila navegación por las perennes aguas de los mares índicos.

Al divisar las islas Maldivas por estribor, el sacerdote portugués dio la extremaunción a Hernando de Bustamante y anunció su fallecimiento. El capitán Relimpio se acercó para darme un falso pésame y susurrarme al oído unas palabras que tampoco me sirvieron de verdadero consuelo: «Enhorabuena, no está mal para ser la primera vez que matas a alguien con tus propias manos». Unos grumetes se encargaron de envolverle en la esterilla en la que dormía, con sus zaragüelles pardos y su camisa blanca, además de

dos botijas de barro que garantizaran su reposo en el fondo marino. Antes de lanzarle al agua por la borda, solicité que le cosieran un capacho de estopa a su cuerpo, con la idea de protegerle de la afilada mandíbula de los tiburones, en un último acto de misericordia con el difunto y tal vez de rebeldía contra las órdenes del general Meneses. Su cuerpo cayó al mar con estrépito, dejando una leve estela de espuma y olvido; se convirtió así en uno de esos sueños que se disgregan al despertar y no consiguen recordarse nunca más.

Siguiendo las órdenes de Meneses, el capitán mandó requisar el arcón de Bustamante, que ocultaba un verdadero tesoro cartográfico con mapas de islas cercanas y no tan cercanas, cartas náuticas, mapas portulanos, testamentos, correspondencia, documentos, diarios y documentos secretos que podrían facilitar en un futuro el acceso a las islas Molucas o sugerir ideas y estrategias para su reconquista; una montaña de papeles que rememoraban exploraciones, travesías y correrías de los españoles por esos mares de Dios…

Y Nachil entremezcló su aliento con el mío para decirme en un perfecto portugués:

—Ya soy libre para amarte.

La naturaleza de su amor se relacionaba con la libertad y la muerte; solo así podía entenderse la incondicional y sublime determinación que había mostrado Nachil desde la noche en que Hernando de Bustamante apareció por primera vez en sus sueños premonitorios. Todavía resonaba su frase como un eco de música celestial, cuando abrió su cofre secreto y entre las monedas agujereadas que le regaló Reinaldo, esas mismas que ya habían perdido su valor en esa parte del océano Indico, empezaron a flotar matas de color verde, hiedra del Maluco, bichos de Ormuz, piñones venenosos, hojas de hierba cuajadas con cera y polvos de extrañas ramas; un arsenal de tósigos que podían convertir la nao del capitán Relimpio en un buque fantasma antes de que hubiesen cantado los últimos gallos que nos comimos:

—El espíritu de las hierbas mata por dentro el alma de los

injustos —dijo Nachil.

El aturdimiento que demostraba mi gesto, parecido a una contracción aterida de los músculos que hacían posible las sonrisas, fue reemplazando lentamente a mi plácido semblante de enamorado, y obligó a Nachil a dar una explicación que en realidad ya no resultaba necesaria.

—La muerte es un hechizo —dijo por fin.

Quedaba claro que había aprovechado su relación de confianza con el despensero para servirle en la escudilla con garbanzos toda aquella ponzoña que le había dado Moluquia y mandarle al otro mundo, ya no podía nadie saber si por ser verdaderamente libre para amarme, por rencor o por ambas cosas:

—No te preocupes, Nachil. Bustamante habría muerto tres veces, de tres maneras distintas antes de llegar a Lisboa —le contesté, antes de ofrecerle mi mejilla para que pudiera darme ese ligero mordisco moluqueño que simbolizaba todo el amor y el deseo que sentía y todavía no había sido capaz de expresarme libremente.

XXXVIII
LA CRÓNICA DE UN MUNDO PERDIDO

ENTRE NOVIEMBRE Y MARZO, LOS VIENTOS MONZONES, que soplan desde el norte y el este, transforman la singladura en una especie de plácida convalecencia y traen la visión de horizontes del color de la ceniza, de incontables y titilantes estrellas, que parecen ensanchar el mar, y de la rutilante presencia de la costa oriental de África, que alegra la vista del pasajero como un lienzo que permaneciera colgado en una imaginaria pared surgida por estribor.

Al fondear el galeón en el puerto de Sofala, el general Lopo de Almeida nos contó que los intermediarios locales habían concertado en los últimos meses acuerdos muy rentables con los traficantes árabes, que accedían sin competencia posible a filones de oro y marfil de la mejor calidad, procedente de colmillos de elefantes y cuernos de hipopótamos y rinocerontes. Desde mi último paso por la factoría, la presencia de soldados, tratantes y misioneros portugueses se multiplicó por tres, pero el volumen de negocio disminuyó considerablemente hasta reducirse en dos tercios el envío de onzas de oro a Lisboa procedentes de las minas y de las cuencas auríferas del reino de Monomotapa. Con la intención de resarcirse de sus pérdidas en el comercio de oro y marfil, los mercaderes vendían esclavos swahilis que llegaban encadenados a la costa y eran embarcados en galeras en dirección a Lisboa.

En Sofala tuve la oportunidad de volver a saludar a esos nativos de alegres telas rojizas de la tribu que se estableció junto a la

fortaleza, esos tipos avispados que en opinión del capitán Mendo Baldaya me habían estafado en el viaje de ida. Nada más vernos llegar nos invitaron a degustar su exquisita manteca de leche de búfalo con azúcar y aceite de sésamo. En los últimos meses, ante la insistencia de los misioneros portugueses, aquellos simpáticos demonios habían accedido a venerar al Dios de los cristianos y postergado su devoción monoteísta por un dios llamado «Mozimo» que, a fin de cuentas, resultaba ser muy parecido al nuestro. Como hacían los negreros en este taimado juego de resarcimientos, los nativos no tardaron en tomarse la libertad de compensar la pérdida de su religión natural con un considerable aumento de sus tarifas. Aún así, no tardamos en alcanzar un acuerdo porque nuestra negociación se había simplificado mucho: ellos no tenían colmillos de elefante ni cuernos de rinoceronte que ofrecernos, ni nosotros teníamos tampoco tiempo ni ganas de visitar el templo dorado del rey Salomón, tal como habíamos concertado en el viaje de ida. En ese nuevo orden de cosas, accedimos a darles algunas piezas de porcelana y lacas chinas, a cambio de un lote de cristales de roca y madera de granadillo negro, un material que empezaba a ser muy apreciado en Lisboa para la fabricación de flautas, castañuelas y laudes. Sin embargo, como años atrás hiciera Baldaya, el capitán Relimpio volvió a decirme que aquellos cafres habían salido ganando con el trueque y que mi intercambio estaba muy lejos de ser algo parecido a un buen negocio.

Los ladridos de los primeros perros que oí ladrar en mucho tiempo llegaron a la nao desde el cabo de Buena Esperanza. A diario ayudaba al capitán Relimpio a sujetarle con firmeza el cuadrante, como me enseñó Mendo Baldaya, compensando en sentido contrario los movimientos del barco para que pudiera leer la altitud en la cuerda, de la que pendía un peso plomizo; ya por entonces había aprendido a utilizar con precisión las varas de la ballestilla, extraer los más íntimos secretos del sol en las tablas de declinaciones y descifrar las cartas náuticas y los calendarios lunares. Esta tarea requería tal dosis de confianza mutua que, en el transcurso de nuestras rutinarias mediciones, Relimpio tuvo un arranque de

sinceridad y me confesó que el general Meneses le había encomendado que confiscara también el libro de Reinaldo Duarte y vigilara mis movimientos al desembarcar en Lisboa. Le había ordenado poner todos mis documentos, mapas y diarios en manos de la guardia real, con el objeto de que quedaran a buen recaudo en la Casa de Indias o la Torre de Tombo, antes de que los agentes del conde de Portoalegre hicieran valer sus influencias en la aduana.

Un libro no puede ocultarse debajo de la lengua o en la entrepierna, como tenían previsto hacer con sus perlas y diamantes de contrabando los comerciantes que subieron al galeón en Malaca. La valiosa crónica escrita por Reinaldo Duarte de ese mundo que estaba a punto de desaparecer, si no lo había hecho ya, solo podría estar a salvo en un solo sitio, en mi propia cabeza; solo en mi dura mollera podría permanecer, lejos de las manazas de los guardias de la aduana, aquel relato entreverado con mis propios recuerdos, como la manteca que se baña en azúcar en la receta del «kulkul», mi dulce navideño preferido. Por eso me abracé a las hojas encuadernadas de su viejo libro de contaduría, como el padre Villazán se aferraba a las de su Biblia, y recordé que no sirve lo que uno haya hecho si carece de quien pueda contarlo. Era la única manera de rescatar aquella fabulosa historia nacida de la propia pluma de Reinaldo Duarte, una remera del ala derecha que había extraído de algún exótico avechucho.

Ya sé que mi memoria es una especie de tahúr que juega sus partidas con las cartas marcadas, como lo hacían los marineros de Baldaya y Relimpio, pero no tuve más remedio entonces, ni el paciente lector tendrá ahora, que confiar en ella. Solo así podría salvaguardar aquella especie de Arca de Noé que albergaba insectos con formas de palo camuflados entre la hojarasca, bandadas de patos negros con patas de papagayos y bestias basadas en cosmogonías y alegorías, tan dotadas de vida propia por el pulso y la mano de dibujante de Reinaldo, que se salían de los ribetes apergaminados que les habían sido dados para existir; criaturas fantasiosas que tal vez no existieran, pero que convivían en las mismas cuartillas con otras que, según quedaba anotado a pie de página, había

contemplado con sus propios ojos. Una parte estaba escrita con tinta china de contrabando y otra con la agalla de roble del mismo color cobrizo que utilizaban los escribanos y contadores de los galeones, pero Reinaldo Duarte sabía que la veracidad de todo lo que resultaba maravilloso debía siempre asentarse en un manuscrito. Sus trazos eran angulosos, legibles, esmerados, sin abreviaturas, en esa letra italiana de cancillería que le había enseñado el maestro de caligrafía que tres veces por semana visitaba la herboristería de maese Queirós. Conforme me fui adentrando en la lectura de sus páginas entendí el misterio de sus cejas, que parecían permanentemente enarcadas y dominadas por la misteriosa fascinación que producía esa naturaleza pródiga y superlativa, poblada por gusanos del tamaño de conejos que jugaban a ser equilibristas en las ramas de los árboles como si fueran cucos, musarañas y pichones verdes; por árboles que aborrecían el sol y reaccionaban contra la madre tierra con sombras venenosas y mortales; por hojas que imitaban el vuelo de las mariposas con el sigiloso deseo de tener una vida propia, por livianas criaturas de alas transparentes y ojos flotantes que atraían al viento para enamorarlo y compartir para siempre su secreto etéreo; por lagunas frecuentadas por culebras de dimensiones colosales que masticaban hierbas venenosas con las que atontaban a los peces, antes de comérselos de un solo bocado, y por cocodrilos cobardes, que tal vez fueran hombres condenados por chamanes a vivir y penar por toda una eternidad bajo la piel de lagartos azules y dorados…

Allí estaban, formando parte del mismo bestiario, los hombres sin cabeza, retratados con sus pendientes de conchas de cauri y sus arcillosos tatuajes, y la transcripción de los sagrados relatos moluqueños, tal como habían sido narrados en su día por los contadores de cuentos, a la lumbre de los palos bermejos que ardían y hacían ascuas sin consumirse; allí estaban registradas las propiedades de las rejuvenecedoras aguas y los medicinales claveros, que dominaban las laderas del Kiematabu; y las aves del paraíso inmersas en sus danzas nupciales, en busca de admiraciones cenitales, con sus plumas temblonas y centelleantes y sus penachos

enderezados y desplegados como abanicos de tela sostenidos por varillas…

Ya las aves del paraíso no sobrevuelan sus cielos manchados de pólvora y salitre, ni llueven almendras al atardecer sobre la arena de sus playas del color de la ceniza, pero aquí queda la memoria de todas estas cosas, cronológicamente registradas y meticulosamente clasificadas por epígrafes: de cuando el mar hacía la guerra al cielo, de cuando las erupciones de los volcanes marcaban el ciclo de la vida, de cuando los dioses aún derramaban su maná en forma de lluvia de almendras, de cuando los descendientes de Lambulá regresaron en oleadas a bordo de cascarones de nueces con una engañosa promesa de progreso… Con la ayuda de mi memoria ilusoria, hoy puedo dar a la imprenta esta historia que había sido injustamente condenada al olvido, a esa perpetua penumbra en la que viven los archivos secretos, y cumplir por fin el último deseo de Reinaldo Duarte de dar noticias al mundo conocido de lo ocurrido en su otra mitad.

FIN

GUILLERMO SÁNCHEZ MARTÍNEZ nació en Sevilla en 1960. En 2012 publicó *La levitación*, su ópera prima literaria, una novela histórica ambientada en la Sevilla del siglo XVII que aborda el último gran proceso inquisitorial contra los iluminados. En su carrera profesional ha cultivado sus géneros periodísticos preferidos, la entrevista en la prensa (Diario 16 y Nueva Andalucía), la narración y la crónica en la radio (Radio Popular y Cadena SER en Sevilla, Málaga y Madrid) y el reportaje y el documental en la televisión. Actualmente trabaja en Canal Sur Televisión, como periodista deportivo y especialista en historia de la Semana Santa de Sevilla.